LA TENTACIÓN SE APELLIDA *Reed*



DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

LA TENTACIÓN SE APELLIDA *Reed*

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Primera edición.

La tentación se apellida Reed

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©marzo, 2026

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo

Capítulo 1



Abigail

El jueves siempre había sido mi día favorito de la semana. El cansancio ya estaba asumido, el café sabía más fuerte y las ideas, curiosamente, fluían mejor. Quizá porque el fin de semana estaba lo bastante cerca como para no sentirse eterno y lo bastante lejos como para no distraerme.

Aquel jueves llevaba casi cuatro horas sentada frente a la maqueta del proyecto en el que mi equipo y yo habíamos invertido las últimas seis semanas de nuestra vida. Y estaba casi perfecto.

—Si muevo un milímetro más esa pasarela, voy a acabar tirando el edificio entero —murmuró Julia desde el otro lado de la mesa.

Sonreí sin levantar la vista.

—No dramatices. Solo serían cien millones en daños estructurales.

—Ah, bueno, entonces nada —respondió ella, soplando un mechón de su pelo pelirrojo que siempre parecía tener electricidad propia.

El estudio olía a café recién hecho y madera cortada. Las cristaleras del South End dejaban entrar una luz gris invernal que se deslizaba sobre las mesas largas compartidas. Me gustaba ese espacio industrial: techos altos, vigas metálicas, maquetas iluminadas en pedestales y el murmullo constante de teclados, lápices y conversaciones técnicas.

Era un lugar donde las ideas respiraban. Y yo respiraba con ellas.

Me aparté el cabello que ya tenía demasiado largo y demasiado ondulado para obedecerme cuando estaba concentrada, y repasé los planos en la pantalla. El proyecto era ambicioso: rehabilitación contemporánea con respeto histórico. Elegancia sin perder memoria. Exactamente el tipo de desafío que me hacía olvidar todo lo demás. Incluido a mí misma.

Siempre había sido así. Cuando diseñaba, el mundo se reducía a líneas, proporciones y luz. Cuando dejaba de diseñar… el mundo volvía.

—Abi —dijo Alisa, apoyándose en el borde de mi mesa—. Si reforzamos aquí, podemos permitirnos un ventanal más amplio sin comprometer la carga.

La miré. Alta, impecable y metódica hasta el extremo.

—Hazlo. Pero quiero que la transición sea limpia. Nada de parches visuales —le pedí, y ella asintió con esa expresión suya que mezclaba aprobación y desafío intelectual.

Me gustaba mi equipo. Funcionábamos bien. Éramos competitivos, sí, pero hacia fuera. Entre nosotros había respeto. Y una extraña lealtad silenciosa.

Piero apareció con dos cafés.

—Uno para la jefa oficiosa del proyecto —me lo tendió con una inclinación exagerada.

—No soy la jefa.

—Pero todos sabemos que si esto sale perfecto será gracias a ti —guiñó un ojo.

Negué con la cabeza, pero acepté el café. No era falsa modestia, simplemente no me gustaba llamar demasiado la atención. Aunque irónicamente siempre acababa haciéndolo.

Me apoyé en el respaldo de la silla y observé la maqueta iluminada sobre la mesa central. El diseño tenía carácter. Era elegante y fuerte. Como me

gustaban las cosas. Como me gustaba aparentar que era yo.

Tenía treinta años, era arquitecta senior y una mujer independiente y soltera. Esto último por decisión propia. Eso era lo que decía, porque la realidad era un poco más compleja.

Había aprendido hacía tiempo que el amor tenía un talento especial para humillarme. O quizá solo había aprendido que yo tenía un talento especial para elegir mal.

Mi exnovio del instituto, el único hombre al que había querido sin reservas, me dejó con una frase que todavía, años después, podía repetirse en mi cabeza con la misma claridad que aquel día: "Necesito a alguien más delgada." Así, sin anestesia.

Durante mucho tiempo asocié amor con evaluación. Con examen. Con comparación. Con no ser suficiente. Podía diseñar edificios imponentes, ganar concursos, dirigir equipos… pero en el terreno sentimental siempre sentía que estaba a prueba.

Y yo no quería volver a examinarme. Por eso hice un pacto. Nada de enamorarme. Nada de depender. Nada de esperar mensajes que no llegaban. Solo placer, compañía ocasional y distancia emocional.

Algo funcional, muy adulto y, sobre todo, sin dramas.

Nick encajaba perfectamente en esa ecuación. Nick Sanders, mi amigo con derecho. Nos conocimos en la universidad. Siempre hubo algo ahí, una corriente eléctrica sutil, pero yo tenía novio entonces y él tenía paciencia. Mucha paciencia.

La primera vez que nos acostamos fue cinco años después, cuando me encontró vulnerable tras la ruptura. No fue algo romántico ni hubo promesas. Solo deseo honesto y una comprensión silenciosa que me desarmó más que cualquier declaración.

Desde entonces, cada vez que viajaba a Boston por trabajo, me escribía. "¿Sigues teniendo esa terraza perfecta para ver nevar?" Y yo respondía. Siempre respondía.

Con Nick todo era fácil, natural y cálido. Salíamos a cenar, pasábamos un buen rato después, pero nunca desayunábamos juntos. Ese detalle marcaba la frontera. Él nunca la cruzaba, yo tampoco, y así funcionábamos.

Clare decía que aquello era una mentira que quería creerme.

—*No puedes pasarte la vida en una zona cómoda* —me repetía.

Mi prima, mi mejor amiga, mi conciencia con gafas finas y vocación romántica. Clare creía en el amor como quien cree en una religión optimista. Después de cada cita desastrosa, volvía a intentarlo. Con la esperanza intacta.

—*No todos los hombres son tu ex, Abi* —me decía—. *Y no todos te van a medir la cintura antes de besarte.*

Me reía. Siempre me reía. Porque era más fácil protegerse con humor que admitir que todavía dolía.

Di un sorbo al café y volví a inclinarme sobre el plano. La oficina estaba especialmente concentrada aquella mañana. Se notaba cuando un proyecto estaba a punto de cerrarse: el ambiente se tensaba, las conversaciones se afinaban, el perfeccionismo se volvía casi obsesivo.

Me gustaba esa tensión porque era una tensión que podía controlar, no como otras. Miré el reloj. Las doce y veinte. Mi móvil vibró sobre la mesa y vi que era un mensaje de mi prima Clare.

Clare: *¿Comemos hoy o sigues casada con tus maquetas?*

Sonreí mientras tecleaba.

Abi: *Estoy en proceso de divorcio arquitectónico. Nos vemos en una hora.*

Clare: *Tengo historia trágica que contarte.*

Abi: *Eso promete.*

Bloqueé la pantalla, pensé en Nick y se me dibujó una leve sonrisa en los labios mientras recordaba lo mucho que le gustaba mi terraza.

Mi apartamento estaba en Back Bay y tenía una terraza acristalada que era una preciosidad llena de plantas que regaba los sábados por la mañana mientras amanecía y la ciudad cobraba vida. Pero la joya de aquella terraza era, sin lugar a dudas, el sillón colgante donde me sentaba con café y croissants, fingiendo que la vida era una película.

Me gustaba mi vida. Era ordenada, era bonita y era mía. Y, sin embargo, había momentos en los que una inquietud se filtraba entre los huecos. Como si algo estuviera a punto de moverse.

Sacudí la cabeza. No necesitaba dramatismos internos un jueves antes de comer.

—Abi —Julia chasqueó los dedos delante de mí—. Vuelve a la Tierra.

—Nunca me fui.

—Mentira. Estabas en modo introspectivo sexy.

—Eso no existe.

—Contigo sí.

Volteé los ojos, pero me reí. Quizá sí había algo en mí que esperaba un incendio. Pero por ahora me conformaba con fuego controlado. Y con planos perfectamente alineados.

No sabía que aquel jueves iba a romper mi equilibrio. Ni que el lunes siguiente iba a empezar algo que haría que todos mis pactos parecieran ingenuos.

En ese momento solo sabía que el proyecto estaba casi terminado. Que tenía hambre. Y que Clare probablemente estaría esperándome con una historia absurda sobre algún hombre incapaz de diferenciar entre una cita y una entrevista laboral.

Me levanté, estiré la espalda y observé una última vez la maqueta. Era perfecta, estaba controlada y era predecible.

Exactamente como mi vida sentimental. Y eso, en teoría, era justo lo que quería.

Volví del baño con las manos aún frías por el agua y la mente ligeramente más despejada. Me recogí el cabello en una coleta baja y regresé a mi mesa dispuesta a cerrar los últimos ajustes del proyecto.

Eran las doce y cuarenta y cinco y la oficina seguía en su ritmo concentrado. El murmullo técnico, el sonido suave de las impresoras 3D trabajando, el olor persistente a café.

Me senté, abrí el archivo y entonces apareció Clara, la secretaria del jefe, en medio del espacio común.

Clara era eficiente, discreta y siempre vestía de negro impecable. Si el estudio tuviera un sistema nervioso, ella sería el que transmitía las órdenes sin alterarse jamás.

—Abigail —dijo con esa voz firme pero amable—. Gabriel quiere verte en la sala de reuniones. A ti y a tu equipo.

No levantó el tono, no hacía falta. Alisa levantó la vista inmediatamente, Julia dejó caer el cúter y Piero silbó por lo bajo. Yo no reaccioné durante medio segundo.

—¿Ahora? —pregunté.

—Ahora.

Intercambié una mirada rápida con los demás.

—Vale —dije, cerrando el portátil—. Recoged lo necesario.

No sabía por qué, pero sentí una presión leve en el estómago. No desagradable. Solo… expectante. Gabriel no convocaba reuniones improvisadas a menos que hubiera algo importante.

La sala de juntas estaba al fondo, tras las paredes de cristal esmerilado. Desde fuera solo se intuían sombras. Me gustaba ese detalle: transparencia con

límites.

Entramos los cuatro casi al mismo tiempo. Gabriel ya estaba allí, de pie, apoyado en la mesa con esa energía suya que llenaba la habitación sin necesidad de levantar la voz.

—Gracias por venir tan rápido —dijo, dedicándonos una sonrisa breve.

Siempre había admirado su manera de dirigir. Visionario sin ser tirano. Protector con el equipo. Exigente, pero justo.

Se pasó una mano por el cabello rubio oscuro y nos indicó que nos sentáramos.

Yo lo hice frente a él, como siempre.

—Imagino que estáis ultimando el proyecto de Beacon —empezó.

—Está casi cerrado —respondí antes que nadie—. Ajustes estructurales finales y revisión de materiales.

Sus ojos se posaron en mí con aprobación.

—Lo sé. Estáis haciendo un trabajo excelente.

Un silencio. Y entonces cambió ligeramente el tono.

—Pero no es por eso por lo que os he llamado.

Y ahí estaba. La presión en el estómago volvió, un poco más intensa.

Capítulo 2



Abigail

Gabriel se separó de la mesa y empezó a caminar despacio, como hacía cuando estaba organizando mentalmente lo que iba a decir.

—Esta mañana he recibido una llamada. Un cliente nuevo.

Julia se inclinó hacia delante.

—¿Residencial? ¿Corporativo?

Gabriel negó con la cabeza.

—Privado. Un proyecto de gran envergadura. Reformulación completa de un edificio.

Noté cómo Alisa se tensaba ligeramente. A ella le gustaban los desafíos estructurales grandes.

—¿Presupuesto? —preguntó Piero.

Gabriel esbozó una media sonrisa.

—Suficiente como para que no tengamos que preocuparnos por él.

Eso sí llamó mi atención. Cuando Gabriel hablaba así, significaba cifras importantes. Muy importantes.

—El cliente es… —hizo una pausa breve— extremadamente exigente.

Julia soltó una risa nerviosa.

—Eso suena tranquilizador.

—Lo digo en serio —añadió él, mirándonos uno a uno—. No es alguien que delegue y desaparezca. Se va a implicar en cada detalle. Quiere reuniones constantes. Quiere excelencia absoluta.

Sentí algo vibrar bajo mi piel. Excelencia absoluta. Eso no me asustaba, al contrario, me activaba.

—¿Y por qué nosotros? —pregunté.

Gabriel volvió a mirarme.

—Porque nos han recomendado específicamente.

Eso no era habitual.

—¿Quién es el cliente? —preguntó Alisa.

—Prefiero no dar demasiados detalles hasta el lunes.

Ahí estaba el misterio. Julia bufó.

—Eso es cruel.

Gabriel ignoró el comentario.

—La reunión será el lunes a las nueve en punto aquí, en esta sala. Quiero que el equipo esté preparado para presentar un enfoque preliminar, no un diseño cerrado. El cliente quiere ver cómo pensamos.

Eso era interesante. No querían un resultado, querían todo el proceso.

—¿Qué tipo de edificio? —pregunté.

—Antiguo.

Mi mente se activó inmediatamente. Restauración. Integración contemporánea. Equilibrio entre pasado y presente. Me gustaba. Me gustaba mucho.

—Ubicación —insistí.

Gabriel dudó una fracción de segundo.

—Los Ángeles.

Eso reducía el abanico, pero no demasiado.

—¿Algo más que debamos saber? —preguntó Piero.

Gabriel apoyó ambas manos sobre la mesa, y entonces su expresión cambió. No era preocupación, era… anticipación.

—Sí.

Nos miró uno a uno.

—Este proyecto puede cambiar la proyección del estudio.

El aire pareció volverse más denso.

—Si lo hacemos bien —continuó—, nos posiciona en otro nivel.

Silencio. Y mi pulso se aceleró ligeramente. No por miedo, sino por ambición.

—Y si lo hacemos mal… —murmuró Julia.

Gabriel sonrió levemente.

—No lo haremos mal.

Había confianza en su voz. Pero también advertencia.

—Quiero que este fin de semana desconectéis lo justo. Pero el lunes quiero a mi mejor equipo aquí —añadió—. Abigail, liderarás la presentación inicial.

Ahí estaba. Sentí la mirada de los demás sobre mí. No era sorpresa, era lógica, pero, aun así, la responsabilidad cayó con peso palpable.

—De acuerdo —respondí, sin vacilar.

Gabriel sostuvo mi mirada un segundo más de lo necesario. Había algo en su expresión. Algo que no descifré del todo.

—Eso es todo por ahora.

Nos levantamos casi al unísono. Cuando estábamos saliendo, su voz me detuvo.

—Abigail.

Me giré y los demás continuaron hacia fuera.

—¿Sí?

Gabriel dudó solo un instante.

—El cliente tiene fama de ser… intenso.

Una palabra elegida con cuidado.

—Puedo manejar intensidad —respondí.

Una chispa cruzó su mirada.

—Lo sé —respondió, y no añadió nada más.

Salí de la sala con la sensación de que algo se había puesto en marcha. Algo grande. Algo que todavía no tenía forma.

Volvimos a nuestras mesas en silencio durante unos segundos. Fue Julia la que rompió la tensión.

—Vale. Necesito saber quién demonios es.

—Alguien con dinero y ego —dijo Piero.

—Eso reduce poco —replicó Alisa.

Yo me senté sin decir nada. Abrí el portátil, pero no estaba viendo los planos. Estaba pensando en la palabra que Gabriel había usado. Intenso.

No sabía por qué, pero esa palabra se quedó conmigo. Intenso. Como si el lunes no fuera solo una reunión. Como si fuera el inicio de algo que iba a descolocar el equilibrio perfecto que llevaba años construyendo.

Sacudí la cabeza. No tenía que pensar en nada. No era más que un cliente, otro más de los muchos que pasaban por nuestro estudio. Pero mientras miraba la maqueta iluminada, ya no la veía igual.

Había algo en el aire. Algo eléctrico. Y por primera vez en mucho tiempo, no estaba completamente segura de querer que todo siguiera siendo predecible.

Miré el reloj y vi que era casi la hora de irme a comer con Clare. Necesitaba su caos para equilibrar mi nueva tensión profesional.

Cerré el portátil, cogí el abrigo, me despedí de mi equipo y, mientras salía del estudio, no pude evitar pensar que el lunes estaba más cerca de lo que parecía.

El aire de febrero en Boston tenía esa cualidad cortante que te despejaba las ideas, aunque no quisieras. Me subí el cuello del abrigo y caminé un par de calles hasta el acogedor restaurante donde Clare y yo solíamos comer los jueves cuando nuestros horarios coincidían.

Un italiano acogedor, mesas pequeñas, mantel blanco, camareros que ya sabían que yo pediría pasta y ella ensalada… antes de robarme media pasta.

Empujé la puerta y el olor a tomate, albahaca y pan me envolvió como una bienvenida cálida. Y allí estaba Clare Monroe.

Sentada junto al ventanal, gafas finas, melena rubia oscura perfectamente lisa, expresión expectante. Tenía esa postura de profesora que parecía evaluar al mundo incluso cuando estaba pidiendo vino.

Cuando me vio, levantó una ceja.

—Cinco minutos tarde. Estoy orgullosa.

—El arte requiere sacrificios —respondí, dejando el bolso en la silla.

Se inclinó para darme un beso en la mejilla.

—Cuéntame que al menos vienes con una historia interesante.

—Nuevo cliente misterioso. Extremadamente exigente. Lunes a las nueve.

Sus ojos se iluminaron.

—Eso suena caro.

—Lo es.

—Eso suena sexy.

—Clare.

—¿Qué? Los hombres exigentes suelen tener dinero y traumas de infancia. Es un combo literario irresistible.

Solté una carcajada. Siempre conseguía hacerme reír, aunque mi cabeza estuviera en modo estrategia arquitectónica.

Nos sentamos y el camarero apareció casi al instante.

—Lo de siempre —dijimos a la vez.

Clare me miró.

—Estamos sincronizadas. Eso me preocupa.

—No empieces.

Pidió una copa de vino blanco. Yo, agua con gas.

—Vale —dije, apoyando los codos en la mesa—. Suéltalo. ¿Qué desastre me traes hoy?

Clare inhaló profundamente, como si fuera a empezar una conferencia académica.

—Se llamaba Daniel.

—El "se llamaba" ya me preocupa.

—Escucha. Abogado. Treinta y cinco. Educado. Buen abrigo.

—El abrigo es importante.

—Muchísimo. El abrigo habla de compromiso.

—Eso lo acabas de inventar.

—Probablemente. Pero déjame seguir.

Hice un gesto teatral de invitación.

—Primera media hora: conversación fluida, intereses comunes, cita prometedora. Yo ya estaba pensando que, quizá, por fin…

Se detuvo dramáticamente.

—¿Qué hizo?

Clare me miró fijamente.

—Sacó una lista.

Parpadeé.

—¿Una lista?

—Una lista, Abigail. En papel. Doblada en cuatro. Con bolígrafo azul.

No pude evitar reírme.

—No.

—Sí.

—¿De qué?

—De cualidades que busca en su futura esposa.

Me llevé la mano a la frente.

—Por favor, dime que te levantaste.

—No inmediatamente. Soy profesora de Historia. Tengo tolerancia al drama estructurado.

—Eso explica muchas cosas.

Clare tomó un sorbo de vino.

—Empezó a leerla. "Capacidad de adaptación". "Buena relación con la familia". "Interés en formar una familia antes de los treinta y siete". "Índice de masa corporal saludable".

La miré lentamente.

—¿Índice de masa corporal?

—Literal.

Sentí una punzada incómoda, automática. Clare lo notó. Siempre lo notaba.

—Le dije que me parecía fascinante que alguien con entradas pronunciadas y ego frágil estuviera evaluando cuerpos ajenos —continuó con una serenidad sorprendente.

Solté una carcajada que hizo que la mesa de al lado nos mirara.

—Por favor, dime que no pagaste tú.

—Por supuesto que no. Me levanté con dignidad, como una dama de la antigüedad, y me fui.

—Estoy orgullosa de ti.

—Lo sé.

Sonreí. Esa era nuestra dinámica. Ella vivía historias que parecían escritas por un guionista de comedia con un humor de lo más sarcástico, y yo analizaba cada detalle como si fuera una estructura mal calculada.

Llegaron nuestros platos y Clare esperó exactamente doce segundos antes de pinchar mi pasta.

—Eres una ladrona profesional.

—Es reparto equitativo emocional.

—No sabes lo que significa equitativo.

Me observó con esa mirada suya que atravesaba defensas.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Sigues convencida de que el celibato emocional es tu mejor estrategia?

—No es celibato.

—Ah, cierto. Tenemos a Nick —dijo, volteando los ojos.

El nombre flotó entre nosotras con naturalidad. Nick era el único hombre del que podía hablar sin tensión. O eso fingía.

—Me dijo que viajaría este mes —dije, encogiéndome de hombros.

—Y tú ya sabes qué día exacto llega.

No respondí, y Clare elevó ambas cejas.

—Abi.

—Es cómodo —dije finalmente—. Nos entendemos. Sin presión. Sin expectativas absurdas.

—Sin futuro.

Su tono no era acusador, era suave.

—No todo necesita futuro.

—Eso lo dices porque el pasado te dejó una cicatriz fea.

Suspiré.

—No quiero volver a sentirme evaluada.

Clare dejó el tenedor.

—Nick no te evalúa.

—No.

—Entonces, ¿qué miedo tienes exactamente?

Abrí la boca, pero la volví a cerrar. Buena pregunta.

—No quiero necesitar a nadie —murmuré al final.

Clare sonrió con ternura.

—Necesitar no es debilidad.

—Depende de cómo termine.

—Eso no lo controlas.

Ahí estaba el problema. Yo sí quería controlarlo. Todo. El diseño. El trabajo. Las emociones. Porque cuando no controlaba… dolía.

—El lunes conoceremos a un cliente exigente, intenso y probablemente insoportable —dije, cambiando el tema—. Eso ya es suficiente inestabilidad

para una semana.

Clare me estudió.

—¿Te intriga?

—Profesionalmente.

—Ajá.

—Solo profesionalmente.

Sonrió con malicia.

—Te brillan los ojos.

—Eso es ambición.

—Eso es anticipación.

Le lancé una servilleta.

—Eres insoportable.

—Soy tu prima favorita.

—Eres mi única prima.

—Pequeñeces.

Nos quedamos en silencio unos segundos, cómodas.

El restaurante estaba lleno de conversaciones suaves y del tintinear de copas, mientras afuera la ciudad seguía su ritmo acelerado.

—¿Sabes qué creo? —dijo Clare de pronto.

—Temo la respuesta.

—Que un día va a aparecer alguien que no sea cómodo. Ni fácil. Ni seguro. Y te va a desmontar todos tus pactos.

—Eso suena agotador.

—Eso suena real.

La miré fijamente.

—No quiero incendios.

Clare sonrió lentamente.

—Todo el mundo quiere incendios, Abi. Lo que no queremos es quemarnos.

Esa frase se me quedó dentro. Incendios. No sabía por qué, pero desde la reunión esa mañana, la palabra intensidad no dejaba de rondarme.

—Prométeme algo —añadió ella.

—Depende.

—Si ese cliente intenso resulta interesante… no te cierres antes de tiempo.

Solté una risa.

—Clare, ni siquiera sé si es hombre.

—Mi intuición histórica dice que sí.

—Tu intuición histórica también te dijo que Daniel era “material matrimonial”.

—Eso fue un error metodológico.

No pude evitar reír.

—Es solo un cliente más de los muchos que hemos tenido en el estudio con los que me ha tocado trabajar —concluí.

—Y muchos de ellos resultaron ser especímenes de lo más tentadores, no lo niegues. Aún recuerdo a ese guapo y atractivo cirujano que os contrató para que diseñarais su casa. ¿Por qué diantres no aceptaste salir con él?

—No es bueno mezclar lo profesional con lo personal.

—Prima, si yo fuera la arquitecta, te aseguro que no tendría citas desastrosas con hombres que llevan listas en el bolsillo —resopló y volví a reír.

El resto de la comida fue como siempre, divertida y amena. Con esas miradas de mi prima, solo tres años mayor que yo, que insistía en que quería verme feliz con un hombre que me viera de verdad y no con la rata asquerosa que había resultado ser mi ex.

Pagamos, salimos a la calle y, antes de separarnos, Clare me abrazó con fuerza.

—Eres brillante —me dijo al oído—. No dejes que nadie te haga sentir pequeña otra vez.

Tragué saliva.

—No lo permitiré.

Y lo decía en serio.

Mientras volvía caminando hacia el estudio, el viento me golpeó el rostro y sentí algo extraño. Expectativa. Como si el equilibrio de mi vida estuviera a punto de inclinarse apenas unos grados.

Todavía no sabía hacia dónde, pero el lunes se había convertido en algo más que una reunión. Y por primera vez en mucho tiempo, la idea de que algo no fuera cómodo… no me asustaba del todo.

Me asustaba lo suficiente. Que era peor.

Capítulo 3



Abigail

El sábado por la noche tenía un ritmo distinto. No era el vértigo del viernes ni la melancolía del domingo. Era una pausa elegante entre ambos.

La ciudad empezaba a iluminarse bajo el frío de febrero, y las luces de Boston reflejaban un brillo cálido sobre la nieve reciente, como si el mundo estuviera intentando compensar el invierno con destellos de vida. Yo estaba frente al espejo de mi dormitorio, decidiendo qué versión de mí quería mostrar esta noche.

Nick había llegado esa misma mañana. Un proyecto de restauración, un cliente importante. Como siempre, su viaje traía un patrón que me resultaba familiar y agradable: él llegaba, trabajaba durante la mañana y parte de la tarde, y siempre nos encontrábamos para cenar. Era una tradición, un ritual que sabía que ninguno de los dos cuestionaba.

El silencio del apartamento me envolvía mientras deslizaba el vestido negro por mis piernas. Era ajustado, de una tela suave que abrazaba cada curva sin pedir permiso. La espalda descubierta hasta la mitad, una abertura lateral que insinuaba más de lo que mostraba. Me detuve un instante, contemplándome. No era para gustarle a él. Era para mí. Para recordarme que mi cuerpo no necesitaba justificación, que mis curvas no eran un problema ni un defecto, que no tenía que ser más delgada, ni más pequeña, ni más discreta.

Mi reflejo me devolvió la mirada con seguridad. Cintura marcada, caderas firmes, pecho generoso. Cabello castaño oscuro cayendo en ondas largas sobre

mis hombros desnudos. Mis ojos avellana brillaban con un destello de desafío propio. Me gustaba lo que veía. Me gustaba quién era cuando me sentía deseada. Con Nick siempre me sentía así: ni juzgada, ni medida, simplemente deseada.

Me incliné para ponerme las botas altas negras de tacón fino que añadían altura a mi postura, y paso firme que llenaba el espacio con seguridad sin necesidad de artificios. El apartamento estaba en silencio; las luces cálidas contrastaban con la nieve que empezaba a caer tras los ventanales. Mi terraza acristalada parecía un refugio suspendido en invierno, y por un momento contemplé las plantas envueltas en escarcha, pensando en cómo aquel pequeño mundo era completamente mío.

Sacudí la cabeza. Esta noche no era para pensar en trabajo. Esta noche era para Nick.

Mi móvil vibró sobre la encimera de la cocina. Un mensaje simple y conciso: *"Estoy abajo."* Sonreí. Siempre tan puntual y tan seguro. Cogí el abrigo, me eché un último vistazo en el espejo del recibidor y bajé.

El aire frío me golpeó al salir del edificio. Y allí estaba él. Apoyado en el coche, con manos en los bolsillos del abrigo oscuro, y esa calma que siempre parecía envolverse a sí mismo sin esfuerzo.

Nick siempre había sido atractivo de una forma cálida. No intimidaba. No imponía. Simplemente estaba. Altura cómoda, hombros amplios, cabello castaño ligeramente despeinado como si nunca intentara arreglarlo del todo. Barba de tres días perfectamente imperfecta. Ojos marrón miel que parecían iluminarse cuando me vieron.

Me recorrió de arriba abajo sin disimulo.

—Vaya —murmuró, con una mezcla de sorpresa y diversión en la voz.

—Hola a ti también —respondí, ladeando la cabeza, consciente del efecto que él tenía sobre mí.

Sonrió. Esa sonrisa suya que empezaba lenta y terminaba ladeada, con un brillo travieso en los labios. Se acercó y me envolvió en un abrazo firme. Sus

manos grandes en mi espalda hicieron que mi piel reaccionara de inmediato. El contacto era familiar y eléctrico a la vez.

—No podemos pasar casi dos meses sin vernos —dijo junto a mi oído.

—Has sobrevivido —repuse, jugando con la ironía que siempre nos acompañaba.

—A duras penas. —Sus labios rozaron mi cabello, susurrando, provocando un escalofrío que recorría mi cuello.

Me separé lo justo para mirarlo.

—Podrías venir a Chicago alguna vez —añadió con suavidad, y esa sugerencia que se repetía cada pocos meses.

—Ya sabes cuál es nuestro pacto —dije, firme, pero con una sonrisa que no podía ocultar la diversión.

Sus ojos brillaron, cómplices, y se inclinó un poco más para darme un beso rápido en los labios. Rápido, sí, pero cargado de electricidad. Luego, rozando mi oído, susurró:

—No creo que lleguemos al postre sin que te quite ese vestido.

Solté una carcajada auténtica, dejándome llevar por la familiaridad de nuestra broma.

—Eres incorregible.

—Soy realista —respondió, ladeando la cabeza con esa seguridad que siempre parecía flotar a su alrededor.

Me abrió la puerta del coche con una reverencia exagerada, y durante unos segundos, todo fue fácil: sin pasado, sin futuro, solo presente.

Nick siempre se alojaba en un hotel elegante del centro. Nada ostentoso, pero impecable, con esa sobriedad que a él le gustaba. Subimos a la suite entre bromas sobre clientes imposibles y arquitectos con un ego demasiado inflado.

Su risa era contagiosa y sentí cómo mi propio humor se deshacía en carcajadas.

Cuando abrió la puerta, me quedé mirando. Amplia, minimalista, tonos neutros, ventanales enormes con vistas a la ciudad. Sofá gris oscuro y mesa preparada con la cena lista.

—¿Has sobornado al servicio de habitaciones? —pregunté, arqueando una ceja.

—Encanto natural —respondió, con esa seguridad suya que siempre me hacía sonreír.

Dejé el abrigo sobre el sillón y caminé despacio por la estancia, tocando la mesa con la yema de los dedos, admirando la luz que entraba por los ventanales.

—Me gusta —dije, sincera.

—Sabía que dirías eso —repuso con una sonrisa de satisfacción.

Cenamos entre risas, hablando de proyectos, edificios antiguos que sobrevivían milagrosamente a intervenciones desastrosas y planes para mi estudio que yo no podía compartir con nadie más. Sus dedos rozaban mi rodilla de vez en cuando, como si quisiera asegurarse de que estaba allí, presente y consciente. Como una promesa silenciosa.

—Extremadamente exigente, ¿eh? —dijo mientras cortaba un trozo de pan.

—Eso parece —respondí—. Pero me gustan los retos.

—Eso lo sé —contestó, guiñando un ojo.

Le lancé una mirada fingidamente molesta, pero con verdad oculta. Entre frase y frase, los toques de sus dedos y nuestras miradas cargadas de complicidad hacían que todo pareciera un juego silencioso de poder y deseo.

Cuando acabamos la cena, el ambiente cambió. La ciudad brillaba tras los cristales, y el silencio se volvió más denso, lleno de anticipación.

Nick fue el primero en levantarse. No dijo nada, tan solo se acercó. Sus manos se deslizaron por mi cintura con una lentitud deliberada, redescubriendo cada curva.

—Siempre me olvido de lo mucho que me gustas —murmuró.

—No te olvides demasiado —contesté, con la voz más baja de lo que pretendía, dejando que el calor subiera por mi pecho.

Sus labios recorrieron mi cuello, despacio, sin prisa, sin urgencia. Con él nunca había prisa. Había intensidad. Sus manos exploraban con seguridad, con conocimiento. Sabía dónde tocar, dónde detenerse, dónde presionar para que mi respiración se volviera irregular.

Yo también conocía su cuerpo, cada reacción, cada respuesta. Nos movimos hacia el dormitorio sin dejar de tocarnos ni de mirarnos. Había algo profundamente adictivo en la forma en que me miraba, como si no hubiera nada más en el mundo, como si mi cuerpo fuera exactamente lo que deseaba.

La ropa desapareció entre caricias y besos cada vez más intensos. Respiraciones desordenadas, suspiros compartidos. Nick era apasionado, generoso, atento incluso en medio de la urgencia. Con él me permitía soltar el control. Me permitía sentir.

No tardó en sacar del cajón de la mesita un vibrador y un succionador de clítoris. Sonreí al verlo y él me hizo un guiño.

Nick comenzó a dejar besos suaves y cortos por todo mi cuerpo mientras deslizaba las yemas de sus dedos por mi piel, haciendo que me estremeciera. El último beso lo dejó justo en mi centro del placer, sobre mi clítoris que ya pedía que le colmaran de atenciones. Y no tardó en deslizar la lengua entre mis pliegues y lamer ese pequeño botón mientras mis jadeos resonaban en la oscura habitación.

Tras unos minutos escuché el vibrador y no tardé en sentirlo dentro, penetrándome una y otra vez con esa vibración que me hacía gemir presa del placer. Miré a Nick y vi cómo se inclinaba para lamer y mordisquear mis pezones, tirando de ellos, haciendo que mis gritos se escucharan más altos cada vez.

Y mientras el vibrador seguía penetrándome, lo siguiente que noté fue el succionador de clítoris uniéndose al juego.

Nick siempre me había dicho que antes que su placer, estaba el mío, y por eso nunca me hacía tener solo un orgasmo.

Y como siempre, el primero llegó como una oleada, haciendo que un intenso escalofrío me recorriera de pies a cabeza. Me corrí mientras él seguía penetrándome con el vibrador y mantenía el succionador en mi clítoris. Y también, como siempre, retiró ambas cosas antes de que se me pasara el subidón del orgasmo y comenzó a lamerme con avidez el clítoris hasta conseguir que me corriera por segunda vez.

Exhausta y satisfecha, respirando con dificultad, le vi ponerse el preservativo y acomodarse entre mis piernas, cubriéndome con su cuerpo, inclinándose para besarme mientras me penetraba con una fuerte y profunda embestida.

Me agarré a sus hombros con fuerza y gemí en su boca, dejándome llevar por lo que me hacía sentir. Deslicé las manos por su espalda y noté cómo se estremecía, cómo se le erizaba la piel ante mi tacto.

Tras besarme una última vez, me recostó de lado y se situó a mi espalda. Colocó mi pierna flexionada sobre la suya y me penetró de nuevo desde atrás, fuerte y profundo. Ambos nos dejamos llevar por el placer y el deseo, por el momento y por las ganas que nos teníamos después de dos meses sin vernos.

El placer creció lento, después imparable. Compartido. Vibrante. Sin timidez entre nosotros, solo confianza.

Cuando finalmente nos dejamos caer sobre las sábanas deshechas, el mundo se redujo a latidos y piel caliente. Me acomodé contra su pecho y su brazo rodeó mi cintura automáticamente. Cerré los ojos y disfruté del silencio y de nuestras respiraciones sincronizadas.

—Algún día dejarás que alguien se quede hasta el desayuno —susurró, con su voz profunda y cálida.

—No hagas eso —dije, con una sonrisa contra su piel—. No intentes cambiar las reglas de lo que hay entre nosotros.

—No intento cambiarlas. Solo digo que podrías dejar que alguien entre en tu vida de nuevo —respondió.

—La última vez que me enamoré terminé hecha pedazos —confesé, casi sin voz.

—Tu ex es un gilipollas —dijo, firme y decidido.

Solté una risa suave.

—No ve más allá del físico —continuó—. Eso dice más de él que de ti.

Me besó la sien con suavidad. Un beso tierno y perfecto.

—Eres increíble, Abi. Aunque te empeñes en blindarte —susurró.

Cerré los ojos un momento sintiendo su calor, cogí aire y después me incorporé despacio.

—Es hora de irme —dije, como siempre que nos veíamos.

—Puedo llevarte —propuso.

Negué con la cabeza mientras buscaba mi vestido en el suelo.

—Es mejor así. Como siempre.

Me acerqué y le di un beso lento, con cariño.

—Descansa —susurré.

—Siempre que vienes, descanso mejor —contestó, sonriendo.

Salí de la suite y de la seguridad de su abrazo. Mientras caminaba por el frío de Boston, hasta el taxi, pensé lo mismo que siempre: cualquier mujer querría tener a Nick en su vida. Y yo, por encima de todo, deseaba que él

encontrara ese amor completo, ese futuro compartido que yo nunca podría darle.

Porque ya me enamoré una vez, porque me veía con él el resto de nuestras vidas, porque ese amor de instituto sobrevivió a la universidad, o eso creí yo, porque Clare siempre había tenido la sospecha de que mi ex tenía a alguien más en su vida durante aquella época y nunca lo supimos.

El amor para mí había significado dolor, un dolor tan grande que nadie, jamás, podría romper los muros que había forjado alrededor de mi corazón en los últimos años.

Capítulo 4



Declan

El domingo por la mañana aterricé en Boston con la misma sensación que tenía cada vez que regresaba: orden. Control. Previsibilidad.

El jet descendió atravesando una capa de nubes grises y la ciudad apareció bajo nosotros, fría y precisa, como un plano bien ejecutado. Me gustaba verla desde arriba. Las líneas rectas. El río serpenteando con disciplina. Los edificios alineados como piezas de un tablero que yo entendía.

Boston era mi punto de partida. Y mi punto de control.

Bajé del avión sin prisas. No me gustaban las prisas. Eran síntoma de improvisación, y yo no improvisaba. Mi equipo ya había coordinado el traslado al ático. El coche me esperaba. El conductor sabía que no debía hablar salvo que yo iniciara conversación.

Quince minutos después, mientras atravesábamos el centro, repasé mentalmente el calendario de la semana. Reunión, lunes, nueve en punto. Estudio de arquitectura seleccionado. Documentación preparada. Presupuesto delimitado. Plazos no negociables.

El nuevo hotel insignia de Los Ángeles no era un proyecto más. Era el último movimiento estratégico. El único lugar en Estados Unidos donde todavía no había una propiedad de *Reed International Hotels.* Y no podía permitirme que fuera simplemente bueno. Tenía que ser impecable.

La fachada debía imponer sin resultar ostentosa. El interior debía hablar de poder sin necesidad de gritarlo. Tecnología integrada sin que se viera. Experiencia sensorial medida al milímetro.

No construía hoteles, construía territorios. Territorios donde el lujo no era decoración, sino estructura.

El coche se detuvo frente al edificio donde estaba mi ático. Subí directamente y la puerta se abrió con reconocimiento biométrico. Siempre me había parecido absurdo depender de una llave física. Entré y el silencio fue inmediato y absoluto.

Mi ático en Boston era minimalista. Tonos negros y grises. Líneas limpias. Domótica total. La chimenea lineal encendida automáticamente al detectar mi presencia. Ventanales que ofrecían una vista amplia del río, frío y constante. No había nada innecesario. Nada superfluo. Todo tenía su función.

El dormitorio era amplio, cama de tamaño *King size* con sábanas egipcias que cambiaban cada dos días, aunque yo no estuviera. El baño tenía ducha efecto lluvia con paredes de cristal, suelo calefactado e iluminación indirecta regulable. Control absoluto.

Me quité el abrigo, lo colgué con precisión y caminé hacia la terraza acristalada. Apoyé las manos en el cristal y respiré.

Había estado en París la última semana supervisando el rendimiento del hotel de la cadena allí. Cada dos semanas viajaba a uno distinto. No delegaba lo esencial. Podía tener directores brillantes, pero la última palabra era mía. Siempre mía.

Pensé en el hotel de París. Elegante. Clásico. Rentabilidad en ascenso. Pensé en el de Nueva York. Energético. Vibrante. En el de Miami. Sensorial. En el de Chicago. Sobrio. En el de Londres. Estratégico. Cada uno tenía carácter propio. Pero todos compartían lo mismo: mi sello.

Sin embargo, cuando viajaba a ciudades donde no tenía presencia, debía alojarme en hoteles ajenos. Correctos, funcionales y caros, sí, pero nunca suficientes. Siempre encontraba fallos.

Detalles mal resueltos. Materiales mediocres disfrazados de lujo. Servicio excelente, pero arquitectura sin alma. No toleraba la mediocridad. No en mis proyectos, y tampoco en mi vida.

Mi vida personal, en realidad, era un espacio limpio de interferencias. No creía en el amor. No porque fuera incapaz, sino porque era innecesario.

Había visto lo que hacía. Lo imprevisible que lo volvía todo. La forma en la que debilitaba estructuras sólidas.

Mi padre murió de un infarto hacía quince años. Mi madre, Colette Reed, quedó devastada durante meses. Había sido una mujer fuerte, elegante, intuitiva. Pero el amor la dejó expuesta.

Yo aprendí la lección. Las emociones intensas desestabilizaban. Y la estabilidad era poder.

Mi relación más constante en el último año había sido con Sofía Rinaldi. Azafata internacional. Inteligente. Independiente. Sin expectativas irreales.

Nos veíamos cuando coincidíamos en ciudades. Cenas. Noches compartidas. Despedidas sin reproches. Era adulta. Yo también. Nunca hablábamos de futuro. Funcionaba. El amor era una distracción. Y yo no me distraía.

Caminé hacia la cocina, activé la cafetera desde el panel táctil y, mientras el aroma llenaba el espacio, mi mente volvió inevitablemente a la reunión del lunes.

Había seleccionado personalmente el estudio de arquitectura. No fue casualidad que estuviera en Boston. Mi ciudad. Mi terreno.

Había revisado decenas de propuestas preliminares antes siquiera de aceptar la reunión. Analicé trayectoria, ejecución, coherencia conceptual.

Thompson & Atelier Architects. Prometedores, precisos y ambiciosos. Si estaban a la altura, trabajaríamos juntos. Si no, buscaría otro equipo. Así de simple. El control siempre era mío.

Tomé el café negro y sin azúcar, como siempre, y miré la ciudad otra vez.

Mañana comenzaba el mayor proyecto de mi vida. Y yo no cometía errores en proyectos importantes. Nunca.

David no llamó al timbre. Nunca lo hacía. Su acceso estaba autorizado en el sistema desde hacía años, y si alguien en el mundo tenía permiso para entrar en mi espacio sin anunciarse, era él.

Escuché el sonido casi imperceptible de la puerta al desbloquearse y el eco de sus pasos seguros sobre el suelo de madera oscura.

—Hueles a aeropuerto —dijo antes siquiera de aparecer en el salón.

No me giré.

—Y tú a dramatismo innecesario.

Se detuvo a mi lado frente al ventanal. Llevaba abrigo gris, bufanda mal colocada y esa sonrisa franca que siempre contrastaba con mi expresión más medida.

David Whitmore era muchas cosas: mi mejor amigo desde la infancia, mi abogado personal y el único hombre que me hablaba sin medir consecuencias.

—¿Un vuelo tranquilo? —preguntó.

—Eficiente.

—Eso significa que no gritaste a nadie.

—No había motivo.

Se apoyó en la encimera de la cocina mientras yo dejaba la taza vacía.

—Mañana es el gran día —dijo. No era pregunta.

—Lo sé.

—¿Tienes todos los papeles preparados? ¿Las ideas claras? ¿El enfoque estructural? ¿Las cláusulas de confidencialidad revisadas?

Lo miré con calma.

—David.

—¿Qué?

—No es mi primera reunión con un grupo de arquitectos —le recordé, y levantó ambas manos en gesto conciliador.

—Ya lo sé.

Pero no apartó la mirada.

—Pero te recuerdo que ninguna de las anteriores ha sido para el mayor proyecto de tu vida.

Silencio.

—Y el último —añadió—, por si se te había olvidado.

Suspiré, no por cansancio, sino por reconocimiento.

—No lo he olvidado —respondí.

Nunca lo olvidaba.

El último hotel que abrí estuvo a punto de fracasar por confiar en un estudio mediocre recomendado por intereses políticos locales. Perdí dinero, tiempo y paciencia. Lo solucioné. Siempre solucionaba las cosas. Pero el error quedó registrado.

—Por eso este proyecto es tan importante —continué—. No solo es Los Ángeles. Es el cierre del mapa. Es consolidación total en el país.

David asintió lentamente.

—Lo sé. Por eso estoy aquí.

Se acercó a la mesa donde había dejado la carpeta con los planos conceptuales, proyecciones financieras y líneas maestras del diseño que esperaba. La abrió sin pedir permiso.

—¿Qué quieres exactamente de ellos?

—Precisión.

—Eso lo das por hecho.

—Ambición sin perder disciplina. Un edificio que no necesite explicación. Que imponga desde el primer ángulo.

David hojeó las páginas.

—¿Y margen creativo?

—Controlado —contesté, y sonrió de medio lado.

—Siempre controlado.

—Siempre.

Se dejó caer en el sofá gris oscuro, cruzando las piernas.

—¿Te preocupa algo?

No respondí de inmediato. Me dirigí a la chimenea lineal y ajusté la intensidad de la llama con el panel táctil.

—No me preocupa. Evalúo.

—Eso no responde a mi pregunta.

Lo miré. David me conocía demasiado.

—Lo único que me preocupa —dije finalmente— es elegir mal.

Él apoyó los codos en las rodillas.

—Por eso has elegido al mejor estudio disponible.

—Eso dicen los informes.

—¿Y tu instinto?

No me gustaba esa palabra. Instinto implicaba emoción.

—Mi criterio está basado en datos.

—Declan.

Su tono cambió solo un poco, volviéndose más serio.

—No puedes tratar este proyecto como si fuera una auditoría más.

Lo sostuve con la mirada.

—Es negocio.

—Es legado.

Esa palabra sí tuvo peso. Legado. Mi padre había construido una empresa sólida. Yo la transformé en un imperio internacional. Cada hotel era una extensión de mi nombre.

El de Los Ángeles sería el último en el país. El más visible. El más analizado.

—No puedo fallar —dije.

David se levantó despacio.

—No vas a fallar.

—Eso no es garantía.

Se acercó hasta quedar frente a mí.

—Has construido todo esto sin permitir que nadie te desestabilice. Pero a veces —bajó la voz— el miedo a fallar es lo único que te hace perder perspectiva.

Apreté la mandíbula.

—No tengo miedo —dije, y él sonrió levemente.

—Claro que lo tienes. Solo que lo llamas planificación.

Hubo un silencio breve, cargado, pero no incómodo.

David siempre había sido más emocional que yo. Sus padres murieron hacía seis años en un accidente múltiple. Lo vi derrumbarse. Lo vi reconstruirse. Desde entonces, veía el mundo con una intensidad que yo evitaba.

—Mañana solo es una reunión —dije.

—No —negó con la cabeza—. Mañana eliges quién va a construir la pieza más importante de tu historia.

Esa afirmación quedó suspendida entre nosotros. No respondí, porque tenía razón. David cerró la carpeta con cuidado.

—Confía en tu criterio. Pero no olvides que estás jugando en casa.

—Eso es una ventaja.

—O una vulnerabilidad.

Mis ojos se endurecieron ligeramente.

—Boston es mi ciudad.

—Precisamente.

Nos quedamos mirándonos unos segundos; después su expresión volvió a relajarse.

—Bien. ¿A qué hora quieres que esté aquí mañana?

—Ocho y media.

—Estaré a las ocho y veinte.

Asentí y se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir se giró.

—Por cierto.

—¿Qué?

—Intenta no intimidar demasiado al equipo. A veces no hace falta.

Lo observé con una frialdad medida.

—Si se intimidan, no son los adecuados.

David soltó una risa suave.

—Nunca cambias.

—No es necesario.

—Eso ya lo veremos.

La puerta se cerró tras él y el silencio regresó al ático. Mañana. Nueve en punto. Nuevo estudio. Nuevo proyecto. La mayor inversión de mi vida.

Y esta vez, no habría margen para errores. Porque no estaba construyendo solo un hotel. Estaba consolidando mi dominio.

Sabía que, al otro lado del muro, en el ático contiguo, David estaría quitándose el abrigo mientras probablemente repasaba mentalmente cada una de mis respuestas. Siempre analizaba más de lo que aparentaba.

Habíamos comprado los dos áticos hacía años. Yo primero, y él después. No fue casualidad.

Crecimos en el mismo barrio. Compartimos colegio. Compartimos adolescencia. Compartimos la pérdida de mi padre. Y cuando sus padres murieron en aquel accidente hacía seis años, durante meses prácticamente vivió aquí. No porque lo necesitara económicamente, ya que nunca le faltó nada, sino porque necesitaba presencia. Y yo necesitaba no pensar demasiado.

David era leal hasta el extremo. Irónico cuando la tensión aumentaba, más emocional de lo que yo consideraba prudente, pero brillante. El mejor abogado que podía tener. El único al que confiaba cada contrato estratégico, sin revisar cada línea tres veces después.

Aun así, nuestras vidas eran distintas. Él aún creía que el amor era posible. Yo creía que era una variable de riesgo.

Caminé hasta el dormitorio y me quité la chaqueta con movimientos mecánicos. Aflojé el nudo de la corbata y me detuve un segundo frente al espejo.

Treinta y ocho años. Espalda ancha. Postura recta. Cabello negro siempre perfectamente cortado. Ojos grises que mi madre decía que eran demasiado fríos para un niño. No me molestaba. La frialdad protegía.

Terminé de desnudarme y entré en la ducha. El efecto lluvia cayó uniforme sobre mi piel. Cerré los ojos y dejé que el agua templada relajara la tensión acumulada del viaje.

París había ido bien. El hotel allí era uno de mis favoritos. Fachada clásica, interiores contemporáneos, servicio impecable. Cada dos semanas, visitaba un hotel diferente de la cadena. No era desconfianza hacia mis directores. Era supervisión directa.

Cada ciudad representaba una pieza estratégica en el mapa. Cada hotel tenía su carácter propio, adaptado al entorno, pero con una identidad común: elegancia estructural, tecnología integrada y discreción absoluta. El lujo no debía exhibirse. Debía sentirse.

Cuando me alojaba en mis propios hoteles, todo encajaba. La temperatura exacta. La iluminación adecuada. El silencio real. El personal entrenado para anticiparse sin invadir.

Pero cuando viajaba a ciudades donde no tenía presencia, me veía obligado a reservar en cadenas ajenas. Y siempre encontraba algo. Siempre. Un detalle mal ejecutado. Una textura barata bajo apariencia cara. Una recepción demasiado ruidosa. Una suite que intentaba impresionar en lugar de convencer.

Eso iba a terminar. Los Ángeles era el último punto pendiente en el país. Mi país.

Era irónico que hubiera expandido la marca por Europa antes de completar el territorio nacional. Pero el mercado californiano exigía algo distinto. Competencia feroz. Imagen potente. Expectativas altísimas.

No bastaba con abrir un hotel allí, tenía que ser el mejor. Por eso rechacé tres estudios antes siquiera de aceptar propuestas formales. Buscaba algo específico: visión sin perder disciplina. Creatividad con estructura.

Y lo encontré en Boston. Mi ciudad natal. Donde había nacido. Donde vivía desde siempre, aunque mis viajes fueran constantes.

Elegir un estudio aquí no fue un gesto sentimental, fue estratégico. Conocía el terreno. Conocía la exigencia. Conocía el estándar. Y, si algo salía mal, sabría exactamente a quién responsabilizar.

Salí de la ducha y me puse ropa cómoda: pantalón oscuro, camisa negra sin abrochar del todo. Caminé descalzo hasta el salón y activé el panel central para revisar informes.

Las cifras del último trimestre eran sólidas. Ocupación alta. Margen en crecimiento. Proyección favorable. Todo bajo control. Siempre bajo control.

Me serví un whisky y me senté frente al ventanal, con la ciudad extendiéndose bajo mis pies, y pensé en Sofía.

Estaría volando esa noche, probablemente hacia Dubái o Singapur. Nuestra relación funcionaba porque no exigía. Porque no pedía más de lo que ofrecía. Nos encontrábamos, compartíamos tiempo, y cada uno regresaba a su mundo.

Sin promesas. Sin dependencia. Así debía ser. El amor complicaba estructuras sólidas. Yo no construía estructuras frágiles.

Revisé mentalmente el nombre del director del estudio de arquitectura. Gabriel Thompson. Joven, pero con visión, según los informes. Equipo reducido pero eficaz. Proyectos con carácter. No me interesaban arquitectos complacientes. Me interesaban los que sabían sostener una idea bajo presión. Y yo sabía ejercer presión.

Terminé el whisky y dejé el vaso exactamente en el centro de la mesa auxiliar. Mi madre solía decir que mi obsesión por la simetría tenía algo de poético. No era poesía, era control.

La domótica redujo automáticamente la intensidad de las luces al detectar la hora. La chimenea bajó la llama. Todo respondía. Todo obedecía. Cerré los ojos un momento y visualicé el hotel de Los Ángeles terminado.

Fachada imponente al atardecer. Recepción amplia y silenciosa, con materiales nobles. Suite presidencial con vistas abiertas. Terraza panorámica. Experiencia completa. Mi nombre asociado a excelencia absoluta.

Ese proyecto no era solo expansión, era consolidación definitiva. Y para lograrlo necesitaba al mejor equipo. Por eso quería esa reunión. Por eso la controlaría desde el primer minuto.

No sabía aún quién lideraría la presentación. No sabía quién estaría sentado al otro lado de la mesa. Pero sí sabía algo. Si detectaba inseguridad, descartaría el estudio sin dudarlo. Si detectaba mediocridad, terminaría la reunión en diez minutos. Si detectaba talento… Entonces empezaríamos a construir algo grande.

Me levanté y caminé hacia el dormitorio. Las sábanas egipcias estaban perfectamente tensas. Me tumbé bocarriba con las manos detrás de la cabeza.

La ciudad seguía vibrando más allá del cristal. Boston. Mi territorio. Mañana, en esta misma ciudad, comenzaría la fase más importante de mi carrera. Y yo no permitía que nada, ni nadie, interfiriera en mis decisiones.

Ni emociones. Ni distracciones. Ni nada.

Solo que aún no sabía que el verdadero riesgo no estaba en el presupuesto. Ni en el diseño. Estaba en lo imprevisible.

Y lo imprevisible no se podía controlar. Pero esa lección todavía no había empezado.

Capítulo 5



Declan

No solía aparecer sin avisar.

Mi agenda estaba planificada con semanas de antelación y mi madre lo sabía. Por eso, cuando aparqué frente a su casa aquella mañana de domingo sin haberla llamado antes, supe que la sorpresa sería completa.

La casa seguía exactamente igual que siempre. Amplia, de fachada clara, ventanales grandes y un jardín cuidado con una precisión que no tenía nada que envidiar a la de mis hoteles.

La piscina al fondo reflejaba el cielo gris de febrero; en verano era el centro de todo. Barbacoas improvisadas, vecinos invitados, risas que se mezclaban con el olor a carne y romero. Mi madre adoraba esas reuniones. Yo las toleraba.

Bajé del coche y recorrí el sendero de piedra hasta la puerta principal. No necesité llamar. Aún conservaba la llave, aunque rara vez la utilizaba.

Entré y el olor fue lo primero que me golpeó. Mantequilla, azúcar, algo horneándose. Sonreí.

—Estoy en casa —anuncié, dejando las llaves sobre el mueble del recibidor.

Escuché el sonido rápido de pasos desde la cocina y entonces apareció ella.

Colette Reed llevaba el cabello blanco recogido en un moño bajo algo desordenado, delantal floral sobre un vestido azul claro y una sonrisa que siempre parecía más joven que sus sesenta y cinco años.

—¡Declan!

Cruzó el salón casi corriendo. No me dio tiempo a prepararme. Me abrazó con fuerza, rodeándome el cuello, y empezó a llenarme la cara de besos como si yo siguiera teniendo diez años.

—Mamá —protesté sin demasiada convicción.

—¡Qué alegría verte! —dijo separándose un poco para mirarme el rostro con detenimiento—. Estás más delgado. Ya te echaba de menos.

—He pasado una semana en París, no en la guerra.

Frunció los labios.

—Para mí una semana es una vida entera.

Puse los ojos en blanco.

—Drama innecesario.

—Amor maternal —corrigió ella con dignidad.

Me estudió un segundo más, como si estuviera evaluando algo que solo ella veía.

Mi madre siempre había sido así. Intuitiva. Observadora. Elegante incluso con un delantal manchado de harina. Su casa era cálida. Nada minimalista. Tonos suaves, madera clara, fotografías enmarcadas en las paredes. Recuerdos. Texturas. Vida.

Exactamente lo contrario a mi ático.

—¿Qué haces aquí sin avisar? —preguntó finalmente, volviendo a la cocina, y la seguí.

—Pasaba por aquí.

Se giró despacio.

—Declan.

—Tenía la mañana libre.

Eso era más cercano a la verdad. En realidad, el silencio del ático esa mañana después del viaje me había resultado diferente y sentí algo extraño. No era inquietud ni nerviosismo. Era algo más difícil de definir.

Y, sin pensarlo demasiado, conduje hasta aquí. Ella negó con la cabeza, divertida.

—Pues has llegado en el momento perfecto.

Miré el horno.

—¿Qué estás cocinando?

Sus ojos brillaron.

—Un pastel.

—Eso ya lo veo.

—Es para la nieta de Richard. Es su cumpleaños. Ha prometido pasar la tarde con él después de que coma con sus compañeros de universidad.

Me apoyé en la encimera.

—¿Universidad? Pensaba que la nieta pequeña era la adolescente.

—No, ese es el hijo de su hijo mayor. Esta es la única nieta que tiene por parte de su hija. Ya sabes que los otros tres son varones y rondan los treinta. Tienen trabajos estupendos, pero son aburridísimos —dijo con naturalidad, y sonreí.

—¿Cómo está Richard?

Ella suspiró con una sonrisa ladeada.

—Cada vez más gruñón.

—Eso lo da la edad.

—Eso lo da que no sabe estarse quieto y el cuerpo ya no responde igual.

Se movía por la cocina con soltura, comprobando el punto del bizcocho con un palillo. Observé la escena en silencio unos segundos.

Mi padre había muerto hacía quince años de un infarto fulminante. Yo tenía veintitrés. Ella, cincuenta. Aún podía recordar el hospital. El silencio después. La forma en que su mundo pareció quedarse sin aire.

Richard ya vivía al lado entonces. Tenía setenta años ahora, cinco más que mi madre. También era viudo por aquel entonces. Sus hijos vivían en otras ciudades y solo venían en fechas señaladas.

Se hicieron amigos casi sin planearlo. Café por las tardes. Cartas. Conversaciones largas sobre el pasado. Mi madre le hablaba de decoración. Él de sus años en la universidad. De cómo había conocido a su mujer. De los viajes que nunca hicieron.

Se hacían compañía, nada más. Y, sin embargo, lo era todo.

—Es bueno que os tengáis —dije sin apartar la vista del horno.

Ella levantó la mirada hacia mí.

—Lo es.

Hubo algo en su expresión, algo que no analicé.

—¿Y tú? —preguntó con suavidad.

—¿Yo qué?

—¿Alguien te hace compañía? Y no me refiero solo a David.

La pregunta quedó flotando entre nosotros. No respondí de inmediato.

—No necesito compañía —dije al final.

Ella sonrió con esa paciencia infinita que solo tenían las madres.

—Claro que no.

Pero su tono decía otra cosa. No insistió, nunca lo hacía. Simplemente sacó el pastel del horno y lo dejó enfriar mientras yo observaba cómo el vapor se elevaba en espirales suaves.

La casa estaba llena de calor. De olor a azúcar. De algo que no tenía nada que ver con el control. Y, por un instante, me permití simplemente estar allí.

Sin estrategia. Sin planificación. Solo yo como su único hijo.

Mientras el pastel se enfriaba, nos sentamos en la pequeña mesa redonda de la cocina. La luz del mediodía entraba por los ventanales y caía sobre los azulejos blancos, sobre la madera cálida de la mesa, sobre su rostro, iluminando cada arruga suave que había ido marcando los años, pero que no le quitaba ni un ápice de su energía.

—¿Sabes lo que me sorprende? —empecé, mientras removía mi café sin mirar—. Que Richard siga tan animado a sus setenta años.

—No le queda otra —dijo ella con una sonrisa—. Sus hijos están ocupados. Sus nietos, igual. Y si se queda solo en casa, se aburre.

—Como tú y papá —murmuré, más para mí que para ella.

Ella bajó los ojos unos segundos, luego los levantó con suavidad.

—Tu padre… sí. Era joven cuando murió. Todo cambió de golpe. —Hizo una pausa, respirando hondo—. Pero Richard y yo… nos entendimos rápido.

Asentí, comprendiendo el patrón. La soledad a veces encontraba compañía en otras soledades. Mi madre y Richard habían construido algo así: un espacio

de amistad, de cercanía, de rituales pequeños pero sólidos. No necesitaban nada más. No necesitaban grandes emociones, solo presencia.

—Eso siempre te ha gustado, ¿verdad, hijo? —preguntó con esa voz suave que podía atravesar cualquier coraza que yo construyera—. La compañía sin exigencias, la rutina que se respeta, las tardes de café…

—Sí —respondí, aunque no era algo de lo que hablara a menudo—. Siempre he admirado la estabilidad de ambos.

Ella asintió, pensativa.

—Tu padre también era así. Firme, seguro. Muy poco dado a improvisaciones, pero con gran sentido de lo importante. Me enseñó mucho, Declan. Y Richard también. Aprendes a valorar esas pequeñas cosas que llenan la vida sin necesidad de ruido.

Lo sabía, había visto a mis padres y sus rutinas durante años, hasta que lo perdimos a él.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó, cambiando de tema con delicadeza—. ¿Qué tal la semana en París?

—Bien —respondí—. Todo en orden. Supervisé el hotel, revisé detalles, resolví un par de incidencias… nada que no supiera manejar.

—Eso es lo que me preocupa, Declan —dijo ella, sonriendo con ese tono de madre que podía ser dulce y de regaño a la vez—. Que solo veas trabajo y estructuras, y no vida.

No respondí. Ella conocía mi respuesta de antemano.

—Richard es un buen ejemplo —continuó—. Aun con setenta años, con todo lo que ha perdido, encuentra tiempo para disfrutar de la compañía de otros, aunque sea un café o unas cartas. Eso lo hace más rico que cualquiera de tus hoteles.

Miré a mi madre mientras hablaba. Tenía razón. No había tomado suficiente nota de esas cosas últimamente. Mi vida era expansión, control,

excelencia. Pero el café compartido, la conversación tranquila, los recuerdos… eso era lo que mantenía las raíces.

Después de limpiar los platos, mi madre me llevó a la mesa del comedor, un espacio luminoso con ventanales que daban al jardín. Aunque no era tan minimalista como mi ático, había algo en su orden cálido que resultaba reconfortante: manteles claros, flores frescas y fotografías familiares enmarcadas discretamente en las paredes.

—Bien, hijo, toca comer algo caliente antes de que te marches a tus reuniones —dijo, quitando su delantal y acomodándose en la silla frente a mí.

El aroma del guiso casero era perfecto: estofado de ternera con verduras, un toque de vino y hierbas que solo ella sabía equilibrar. Me serví un poco mientras ella me observaba con esa mirada que siempre parecía conocer mis pensamientos antes de que yo los expresara.

—¿Sabes? —empezó con tono bromista mientras cortaba un trozo de pan —. Podrías invitar a tus arquitectos a comer aquí. Así, de paso, les das una lección de cómo se cocina bien.

—¿Me estás llamando mal anfitrión? —pregunté con una media sonrisa.

—No, Declan. Te estoy diciendo que cualquier invitado que entre en tu vida debería aprender a apreciar la buena compañía —replicó con sorna, guiñándome un ojo.

—Incluso arquitectos arrogantes —añadí con un tono irónico, mientras levantaba la cuchara hacia su boca.

Ella se rio. Su risa tenía esa mezcla de dulzura y fuerza que nunca envejecía.

—Exacto. Especialmente esos —dijo, dando un sorbo a su vino.

Comimos entre bromas sobre la vida universitaria de la nieta de Richard y sus travesuras, los trabajos monótonos de los nietos varones y la eterna capacidad de Richard para gruñir sin motivo. Por un momento, todo el estrés

de la expansión, los hoteles, los proyectos y la obsesión por el control desapareció.

—Oye —dijo mi madre mientras se limpiaba las manos—, mañana es la gran reunión con esos arquitectos, ¿verdad?

—Sí —respondí con un sorbo de agua—. He revisado todo, desde planos hasta proyecciones. Nada se me escapa.

—Eso sé —sonrió—, pero no solo es cuestión de planes y números. A veces la mejor estrategia es escuchar más que imponer, aunque sé que no es tu estilo.

—Lo sé —dije, dejando la cuchara—. Pero ellos están ahí por su talento. Yo, por la visión. Mañana será cuestión de encontrar el equilibrio.

—Ahí está mi hijo —dijo, orgullosa—. Siempre todo bajo control, pero con inteligencia.

Terminamos la comida entre carcajadas por un pequeño accidente: se le cayó un trozo de pan al suelo, y ambos fingimos indignación antes de reírnos. Parecía imposible, pero hasta las cosas más simples se convertían en momentos memorables con ella.

—¿Crees que mañana saldrá bien? —preguntó mientras tomaba su café.

—Sí —respondí con firmeza—. Todo está preparado. Y si algo no va como espero, lo corregiré sobre la marcha.

—Eso está bien —asintió—. Pero recuerda disfrutarlo, aunque solo sea un poco. No todo en la vida es trabajo.

—Lo intentaré —dije con media sonrisa.

Nos quedamos en silencio un instante, compartiendo el café final. El aroma de la bebida, el calor de la casa y la sensación de cercanía me hicieron recordar que, aunque mi mundo fuera frío y calculado, ciertos vínculos no podían reemplazarse. La relación con mi madre era uno de ellos. Indestructible, clara y segura.

—Bien, hijo —dijo finalmente levantándose—. Entonces nos vemos en unos días. No te olvides de llamar cuando regreses de Los Ángeles. Porque imagino que irás, ¿cierto?

—Lo haré —asentí, levantándome también—. El martes iré por allí.

Nos despedimos con un abrazo, esta vez más calmado que a mi llegada, pero igual de cálido. Un abrazo que contenía años de apoyo, de complicidad y de cariño incondicional.

Salí de su casa con el viento frío golpeándome la cara, pero con la sensación de que había recargado energía. No era solo la comida, ni el café, ni siquiera la risa compartida. Era la certeza de que, a pesar de todo, había raíces firmes en mi vida que no se movían.

Mañana, cuando me enfrentara a los arquitectos, no solo tendría mis cifras y planos, sino también esa fortaleza silenciosa que me daba la seguridad de que podía controlar cualquier situación, incluso la que parecía imposible.

Y mientras me alejaba por el camino de entrada, sabía que aquellos momentos de calma, cercanía y complicidad con mi madre eran los que, sin darme cuenta, me preparaban para todo lo que estaba por venir.

Capítulo 6



Abigail

Era lunes por la mañana y el estudio ya estaba lleno de actividad, aunque yo había llegado un poco antes que el resto.

Estaba en mi despacho, sentada frente al ordenador, revisando unos correos y tomando un café mientras el aroma fuerte y amargo me despertaba más rápido que cualquier alarma. La luz de las cristaleras inundaba la estancia, reflejándose en las maquetas que teníamos sobre las mesas compartidas, y me permitió disfrutar de un momento de calma antes del caos que se avecinaba.

Mi jefe, Gabriel, apareció en la puerta con su habitual sonrisa serena y ese aire de seguridad que siempre transmitía.

—Abi, el cliente está por llegar —dijo—. Quiero hablar con todo el equipo en la sala de juntas antes de empezar.

Asentí, guardé los emails y terminé mi café de un sorbo. Sentí una mezcla de emoción y tensión, porque los lunes nunca eran tranquilos, pero este lo prometía aún más: un cliente grande, un proyecto importante, algo que podía cambiar la visibilidad de todo nuestro estudio.

—Vamos a reunirnos en la sala —dije, mientras recogía mis cosas cuando entraron los demás—. Vosotros también.

El resto del equipo me siguió: Julia Bennett, pequeña y pelirroja, que parecía nerviosa pero entusiasmada; Alisa Smith, alta y metódica, con la

mirada intensa fija en la pantalla de su Tablet; y Piero DeLuca, que caminaba a mi lado con esa sonrisa italiana y la confianza de siempre, lanzándome un guiño cómplice.

Al llegar a la sala de juntas, las paredes de cristal esmerilado reflejaban la luz del día y daban al espacio un aire transparente pero seguro. Las sillas ya estaban colocadas alrededor de la mesa larga, las maquetas bien alineadas sobre los extremos y el café todavía humeante en la esquina.

—Bien, equipo —dijo Gabriel—. Este cliente tiene un proyecto muy grande entre manos y ha puesto toda su confianza en nosotros para que lo llevemos a cabo. Al menos eso espero, porque no tenemos nada cerrado todavía.

Asentí, sintiendo un hormigueo familiar de responsabilidad. Sabía que éramos buenos, que nuestro equipo era capaz de cumplir, y quería transmitirlo.

—No te preocupes, Gabriel —dije con seguridad—. Sé que somos los mejores para esto.

Piero me miró por un instante, sorprendido por mi confianza, y Julia soltó una pequeña risa nerviosa. Alisa me dedicó una mirada que mezclaba respeto y admiración.

—Bien dicho —comentó Gabriel—. Vamos a esperar al cliente, que no debería tardar.

Mientras esperábamos, revisamos todo: posibles estrategias, enfoques, materiales y tiempos de entrega. Todo tenía que estar listo para cuando entrara, porque no habría margen de error.

El aire estaba cargado de anticipación, de esa sensación de que algo importante estaba a punto de ocurrir. Y yo estaba lista para afrontarlo, confiando en mi experiencia, en mi equipo y en todo lo que habíamos construido durante años en *Thompson & Atelier Architects.*

El leve zumbido de la puerta automática me hizo levantar la vista de las maquetas. Mis ojos se encontraron inmediatamente con un hombre que parecía que acaba de salir de una revista de empresarios o de un catálogo de modelos.

Alto, impecable, con un porte que imponía respeto: cabello negro perfectamente peinado, traje oscuro, mirada gris acero que evaluaba todo a su alrededor. Su presencia era fría, casi glacial, y aun así había algo magnético en él que me obligó a fijarme en cada gesto, en cada línea de su rostro.

—Buenos días —dijo, con una voz profunda y controlada, mientras entraba con paso firme—. Soy Declan Reed.

La sala se quedó en silencio por un instante. Mi corazón dio un ligero vuelco; conocía su rostro por las revistas y los artículos sobre los hoteles más exclusivos del mundo, pero jamás pensé que lo vería frente a mí. Lo observé de pie, evaluando el espacio como si fuera una estructura más, midiendo cada ángulo y cada línea de la mesa. Yo le sostenía la mirada, consciente de que un hombre como él no estaba acostumbrado a que alguien lo mirara sin intimidarse.

A su lado estaba un hombre ligeramente más bajo, de cabello castaño claro, sonrisa franca y relajada, con un aire más cercano y humano que contrastaba con la frialdad de Declan Reed. No lo conocía, pero por la forma en que se movía, parecía un socio o asistente importante. Mi mente empezó a tejer hipótesis: tal vez quería que le diseñáramos una casa, una cabaña, una reforma en su casa… cualquier cosa que necesitara nuestra firma de calidad.

—Y este es David Whitmore —presentó Declan, señalando al hombre—. Mi abogado.

—Encantado de conocerlos —dijo Gabriel, presentando al equipo—. Abigail Monroe, arquitecta senior; Julia Bennett, especialista en interiores sostenibles; Alisa Smith, estructuras; y Piero DeLuca, arquitecto de proyectos.

—Encantado —respondió Declan con un gesto breve y calculado hacia cada uno de nosotros, mientras su mirada volvía a posarse en mí por un instante que me resultó incómodo y estimulante a la vez.

—Bien —dijo Gabriel, retomando el control—. Podemos empezar.

Declan tomó asiento con la misma precisión que había usado al entrar y comenzó a explicar lo que quería. Ideas ambiciosas, innovadoras, una visión

clara de lo que esperaba del proyecto. Mientras hablaba, yo tomaba notas mentalmente, evaluando cada detalle y cada posible complicación.

—Es un proyecto ambicioso —intervine finalmente—. Puede que sea un poco arriesgado; no es algo que se haga en un par de semanas. Requiere tiempo, planificación y rigor. Nosotros no hacemos chapuzas ni trabajos precarios.

Declan arqueó una ceja y me miró directamente, con una intensidad calculada al extremo.

—Lo sé —dijo, con esa voz fría y firme—. Tengo constancia de que ustedes son el mejor estudio de arquitectura de Boston. He estudiado sus proyectos, he hablado con algunos de sus clientes, y todos coinciden en lo mismo: usan lo mejor y cumplen con los tiempos. Yo quiero lo mejor, y les pido un año para acabarlo.

Gabriel asintió, confiado:

—Podemos cumplir con ese plazo.

—Sí —intervine—, siempre y cuando no haya cambios de última hora que retrasen los trabajos.

Su mirada se cruzó de nuevo con la mía. No era una mirada casual: era evaluadora, intensa, como si estuviera calculando cada detalle de mi persona junto con lo que estaba diciendo. Una mezcla de control y curiosidad que me sacó de quicio, porque sabía que ese tipo de hombres no miraba a alguien así por interés trivial, sino por algo más profundo y exigente.

Mientras continuábamos con la reunión, discutiendo ideas, trazados iniciales y posibles enfoques, yo no podía quitarme de la cabeza esa primera impresión: un hombre que no dejaba nada al azar, que imponía respeto sin necesidad de levantar la voz y cuya presencia convertía cualquier espacio en territorio suyo.

La reunión avanzaba y nos adentramos en los detalles más técnicos: tipos de materiales, costes aproximados, presupuestos preliminares. Yo hablaba con precisión, señalando opciones, comparando calidades y tiempos de entrega.

Julia tomaba notas frenéticamente; Alisa analizaba cada estructura y Piero aportaba sugerencias creativas. Todo iba fluido, profesional, como cualquiera de los proyectos que habíamos llevado o los que actualmente teníamos entre manos.

Pero no podía ignorar la constante sensación de que Declan no dejaba de mirarme. Cada vez que pronunciaba una frase, su atención parecía posarse en mí, evaluándome con un escrutinio casi físico. Era incómodo y, al mismo tiempo, desconcertantemente atrayente. Sabía perfectamente lo que significaba esa mirada: no era curiosidad por mi trabajo, ni interés superficial, sino un examen silencioso de algo mucho más profundo.

Me sacó de quicio. Porque yo no era como las modelos de *Victoria's Secret*, ni él me miraba como si tuviera esa belleza; su evaluación iba más allá, a un nivel que me hacía sentir expuesta y, paradójicamente, viva. Ajusté mi postura y me concentré aún más en los planos, dejando que mi voz mantuviera la firmeza que siempre tenía en estas situaciones.

—Entonces, para resumir —dijo Gabriel, cerrando un dosier—, podemos cumplir los plazos, respetar los materiales que proponen y mantener los costes dentro del presupuesto previsto.

Declan asintió, pero en lugar de dirigirse a Gabriel, su mirada volvió a mí. La tensión en el aire se hizo más palpable cuando dijo, con esa voz controlada pero firme:

—Quiero que lidere el proyecto. Quiero trabajar directamente con usted, señorita Monroe.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda. Mi jefe me lanzó una mirada rápida, una mezcla de aprobación y orgullo.

—Abigail es una de nuestras mejores arquitectas —dijo Gabriel con voz segura—. Confío plenamente en que hará un trabajo excelente.

—Lo haré —respondí, manteniendo la calma—. Me comprometo a que este proyecto se realizará con la misma precisión, compromiso e intención que nuestros trabajos anteriores.

Declan asintió, sonriendo tan levemente que bien podría haberlo no hecho, como quien no necesitaba más palabras. David se limitó a asentir también, más relajado que su jefe, con una sonrisa que mostraba una complicidad silenciosa.

Cuando la reunión terminó, ambos se levantaron. Declan me dirigió un último vistazo, evaluador y directo, y dijo:

—Nos veremos pronto, señorita Monroe. Espero que esté preparada para esto.

—Que no le quepa la menor duda —respondí, intentando que mi voz sonara firme, mientras mi corazón latía un poco más rápido de lo normal.

Gabriel acompañó a ambos hasta la puerta y les deseó buen día. Piero, Julia y Alisa intercambiaron miradas, comentando en voz baja la intensidad del momento, mientras yo me quedaba unos segundos más, contemplando la puerta por la que Declan y David se habían marchado.

Mientras regresaba a mi despacho, no podía evitar pensar que ese hombre no me lo iba a poner nada fácil. No en el trabajo, ni probablemente en la vida. Había algo en su forma de mirar, de imponerse con calma y autoridad, que prometía desafíos que no se resolvían solo con talento o experiencia.

Y, aunque intenté concentrarme en los planos y en los presupuestos, una certeza se instaló en mi mente: trabajar con Declan Reed iba a ser de todo menos sencillo.

Capítulo 7



Declan

Era miércoles y, hasta ese momento, no había vuelto a tener ninguna reunión con el equipo de *Thompson & Atelier Architects* desde el lunes. No era casualidad: había decidido darles margen.

Les había enviado mis ideas, bocetos y esquemas iniciales para que tuvieran una base de cómo quería que fuera el hotel: las suites, las habitaciones, el restaurante, la zona de spa, los jardines y la piscina. Sabía que necesitaban tiempo para procesarlo todo y elaborar sus primeros bocetos. No era mi estilo presionar antes de tiempo; tampoco quería perder la oportunidad de verlos trabajar sin mi intervención directa. Pero pronto los llamaría: sobre todo porque había una mujer que me había despertado curiosidad y no podía quitarla de mi mente. Abigail Monroe.

La recordaba con claridad. Alta, de figura curvilínea, sensual sin esfuerzo, con un estilo elegante y moderno. No era consciente de que lo era, no posaba, no necesitaba atraer miradas: simplemente las atraía. Su cabello castaño oscuro, largo y ondulado, caía sobre sus hombros con naturalidad. Sus ojos avellana mostraban inteligencia y una chispa de desafío. Y, sobre todo, su carácter… ese carácter que me irritaba y fascinaba a la vez.

Lo que más me había sorprendido de ella fue que no se había intimidado ante mí. Ni un atisbo de temor, ni sumisión. La mayoría de las personas, hombres y mujeres, bajaban la mirada o se encogían frente a mi presencia; ella no. Abigail había mantenido la cabeza erguida y firme, hablando con

convicción, con un tono seguro y, a la vez, un talento que podía percibir incluso en cómo explicaba los plazos, las estructuras y las ideas de su equipo.

Pero no era solo su talento. Había algo más, algo indefinible, que no podía poner en palabras. Una fuerza silenciosa, una presencia que no se doblegaba, que contrastaba con la frialdad y control que yo ejercía a diario. Eso, unido a su carácter directo, me irritaba de manera sorprendente y, no iba a mentir, me gustaba. Quería volver a verla. No por cortesía ni por supervisión del proyecto, sino porque me intrigaba de una forma que no estaba acostumbrado a sentir.

Mientras revisaba mentalmente los bocetos que esperaba recibir, me sorprendí admitiendo para mis adentros que algo en la señorita Abigail Monroe iba a ser diferente. No sabía si sería un problema o una distracción, pero algo me decía que no sería sencillo trabajar con ella. Y, probablemente, tampoco me dejaría indiferente.

Había llegado al restaurante unos minutos antes que mi madre, como de costumbre. Me acomodé en la mesa junto a la ventana, mirando el río, disfrutando del sol de mediodía y de ese silencio previo a la conversación. Minutos después, la vi entrar y no pude evitar sonreír. Colette Reed tenía esa manera de iluminar cualquier lugar: cabello blanco suave, ojos azules cálidos y esa elegancia natural que siempre me había fascinado.

—¡Declan! —exclamó, mientras se acercaba—. Me alegro de que me hayas llamado. —Me abrazó con fuerza y, antes de que pudiera reaccionar, me cubrió de besos en la mejilla y la frente—. Pero qué guapo estás, hijo.

—Eso es que tú me miras con buenos ojos —dije, divertido—. Estoy como siempre.

—Ya sabes cómo somos las madres, nuestros hijos siempre son los más guapos —dijo encogiéndose de hombros, y sonreí negando.

Nos sentamos y pedimos algo ligero para comer. Mientras revisaba mentalmente los correos y los primeros apuntes sobre el proyecto, mi madre no dejaba de sonreír, como si pudiera leer mi mente y mis preocupaciones.

—¿Y qué tal fue la reunión con el estudio de arquitectura? —preguntó tras dar un sorbo al vino mientras dejaba su copa en la mesa.

—Para nada como la esperaba —respondí sinceramente—. No eran los típicos arquitectos que se intimidan frente a mí. Pero sé que son los mejores de Boston y confío en que harán un buen proyecto con lo que les he dado.

Ella sonrió, ladeando ligeramente la cabeza.

—Eso es bueno. Me alegra que confíes en ellos. Ya te dije que Mary Sinclair había quedado encantada con el proyecto que hicieron para la casa de su hijo. Pero me pica la curiosidad: esa mujer… la arquitecta principal —dijo con un brillo divertido en los ojos—. El hijo de Mary decía que tenía carácter, pero era muy profesional. ¿Tú qué piensas?

Asentí, sin ocultar mi interés:

—Sí. Abigail Monroe. Tiene carácter. Y talento. Pero hay algo en ella… algo más que no sabría explicar bien. Es directa, segura de sí misma y, de alguna manera, no se doblega. Me irrita y me intriga al mismo tiempo.

Mi madre soltó una pequeña risa, reconociendo mi habitual mezcla de control y fascinación ante situaciones que no podía dominar.

—Me gusta eso —dijo mientras cogía un poco de su ensalada—. Una mujer así hará que no te aburras demasiado.

Seguimos charlando mientras comíamos, hablando del proyecto, de los posibles diseños de las suites, la piscina y la zona de spa, de cómo quería que cada detalle estuviera a la altura de los estándares de *Reed International Hotels*. Mi madre, siempre observadora, hacía comentarios con una chispa de humor y elegancia que hacían la comida ligera y amena, y que me hacían relajarme más de lo habitual.

—Confío en que los arquitectos sepan interpretar tus bocetos y tus ideas —dijo mientras tomaba un sorbo de vino—. Pero no te sorprendas si alguna vez te desafían un poco. Eso también forma parte de su talento.

—Lo sé —respondí—. Y no puedo esperar a ver los primeros bocetos. Estoy seguro de que habrá sorpresas interesantes.

La comida continuó con bromas, risas y ese tipo de conversación que solo podías tener con alguien que te conocía desde siempre. Su presencia me calmaba, me permitía desconectar de la rigidez de mi día a día y del control que ejercía en mi trabajo, aunque solo fuera durante unas horas.

Tras la comida, pedimos café. Mi madre siempre insistía en que era el mejor momento para hablar sin prisas, saboreando la conversación mientras nos dejábamos llevar por el aroma del *espresso* recién hecho. Yo la observaba disfrutar del momento, con su elegancia natural intacta incluso en gestos sencillos: cómo movía la cucharilla, cómo sonreía al probar un sorbo, cómo me miraba con ese cariño que nunca necesitaba palabras para expresarse.

—¿Y cuándo verás a los arquitectos otra vez? —preguntó mientras tomaba su café—. ¿Ya tienes alguna cita programada?

—No —respondí—. Les he dado margen para que se preparen. Si no me llaman antes de las diez de mañana, les llamaré yo para concertar una cita.

—Ah, muy bien —dijo, ladeando la cabeza con curiosidad—. Espero que todo vaya como esperas.

—Para eso los he elegido —dije, intentando sonar confiado—. Sé que son de lo mejor que hay en Boston. Y con los bocetos y lo que les he dado, confío en que será un buen proyecto.

Ella asintió, satisfecha, y seguimos charlando de manera ligera sobre otras cosas, desde pequeños detalles del restaurante hasta sus últimos libros del club de lectura donde acudía cada miércoles. Me acompañó hasta la puerta del restaurante, donde un taxi la esperaba para llevarla a su cita semanal.

—Bueno, Declan —dijo, abrazándome—. Nos veremos otro día para comer. No me hagas esperar mucho.

—Lo prometo —respondí, correspondiendo al abrazo y besándola en la mejilla con cariño.

Se subió al taxi y la vi desaparecer por la ventanilla. Suspiré suavemente y me giré, apoyándome un instante en la puerta. Mi móvil vibró en ese instante. Era un número desconocido. Abrí el mensaje y lo leí.

Desconocido: *Señor Reed, soy Abigail Monroe, del estudio de arquitectura Thompson & Atelier. Queremos reunirnos con usted el viernes para mostrarle los bocetos y presentarle las cifras del coste de su nuevo hotel.*

No pude evitar sonreír. Me gustaba que hubiera sido ella quien me enviara el mensaje y no una secretaria o asistente. Había algo en esa decisión, en la firmeza de la señorita Monroe, que me decía que no era una mujer que se dejara llevar por la rutina o la complacencia.

Guardé el número en mi agenda de contactos y respondí.

Declan: *Buenas tardes, señorita Monroe. Si les parece bien, nos vemos el viernes a las nueve.*

Abigail: *Perfecto. Lo dejo agendado ahora mismo. Nos vemos el viernes. Que tenga una feliz tarde, señor Reed.*

Sostuve el teléfono un momento, dejando que la sonrisa permaneciera. Tenía la sensación de que la señorita Monroe iba a ser algo más que la arquitecta que diseñara mi nuevo hotel. Podía ser un verdadero quebradero de cabeza, un desafío constante por su carácter fuerte y directo, y una persona que, de algún modo, iba a chocar con mi forma de ser controladora y autoritaria.

Y para mi sorpresa, por primera vez en mucho tiempo, la idea de tener que lidiar con alguien así, con alguien como la señorita Abigail Monroe, me resultó emocionante.

Capítulo 8



Abigail

El viernes amaneció gris, con ese frío limpio de Boston que parecía cortar la piel y despejar la mente al mismo tiempo.

Llegué al estudio antes de las ocho. El *South End* todavía estaba medio dormido y la luz blanquecina del amanecer se filtraba por las cristaleras enormes del espacio industrial, tiñendo de plata las maquetas iluminadas. El olor a café recién hecho ya flotaba en el aire; Gabriel siempre decía que ningún proyecto serio empezaba sin una buena cafetera trabajando a pleno rendimiento.

Me quité el abrigo, lo colgué en el perchero de mi despacho acristalado y dejé el bolso sobre la mesa. Respiré hondo. Era el día.

Habíamos pasado toda la semana desarrollando los bocetos preliminares para el nuevo hotel de Declan Reed, un proyecto ambicioso en pleno centro financiero de Boston. Un hotel insignia. Su nuevo buque insignia en la costa este. Y yo lo lideraba.

Encendí el ordenador y abrí el archivo maestro del proyecto. Las cifras aparecieron ante mí: estimaciones de coste por metro cuadrado, materiales de fachada, acero estructural, vidrio de triple aislamiento, revestimientos de piedra natural importada de Italia porque, por supuesto, el señor Reed no quería nada mediocre. Revisé la hoja de cálculo con detenimiento, deslizando el ratón mientras comparaba presupuestos de proveedores y ajustes en la mano de obra especializada.

No podíamos fallar. Ni en diseño. Ni en tiempos. Ni en presupuesto. Porque con un cliente como él, el margen de error era inexistente.

A las ocho y cuarto empezó a llegar el equipo. Julia irrumpió la primera, pelirroja y eléctrica como siempre, con una carpeta enorme contra el pecho.

—Buenos días, jefa —dijo, asomándose por la puerta del despacho—. He rehecho la propuesta de las suites ejecutivas con materiales sostenibles de alta gama. Vas a flipar.

—Eso espero —respondí sin levantar la vista—. Si no, te hago rediseñar hasta el pomo de la puerta.

Soltó una carcajada nerviosa y desapareció hacia la sala de juntas.

Alisa llegó poco después, impecable como siempre, Tablet en mano y expresión concentrada.

—He recalculado la estructura del ala oeste —me informó con serenidad —. Si el señor Reed cuestiona las cargas, esta vez tendremos margen técnico para callarle la boca.

Eso me arrancó una media sonrisa.

—Gracias. Lo necesitaremos.

Piero apareció el último, oliendo a colonia cara y optimismo italiano.

—Abi, si hoy ese hombre vuelve a mirarte así, voy a empezar a cobrar entrada —susurró mientras dejaba los planos enrollados sobre la mesa grande.

Le fulminé con la mirada.

—Concéntrate, Piero.

—Estoy concentradísimo. En el proyecto… y en la tensión sexual no resuelta que flota en el ambiente.

Le lancé un bolígrafo y lo esquivó riendo.

A las ocho y media ya estábamos todos en la sala de juntas. Las paredes de cristal esmerilado dejaban pasar la luz, pero mantenían cierta intimidad. La mesa larga estaba cubierta de planos impresos, maquetas conceptuales y muestras de materiales: madera oscura, mármol veteado, textiles de alta resistencia y paneles acústicos.

Yo me senté en la cabecera, con el portátil abierto frente a mí. Revisé por última vez los costes totales. Estructura. Instalaciones. Acabados. Mano de obra. Imprevistos.

Habíamos ajustado el presupuesto al límite sin comprometer calidad. Era un equilibrio delicado, como caminar sobre un cable de acero a veinte metros del suelo.

—Bien —dije, mirando al equipo—. Repasamos una vez más.

Durante media hora afinamos detalles. Julia explicó la distribución interior de las suites presidenciales: espacios abiertos, techos altos, iluminación indirecta regulable, terrazas privadas con vistas panorámicas.

Alisa detalló la solución estructural del atrio central, un vacío vertical de seis plantas coronado por una claraboya geométrica. Piero defendió la fachada dinámica con paneles móviles de aluminio anodizado que reaccionaban a la luz.

Yo escuchaba, corregía, asentía y, al mismo tiempo, sentía esa presión silenciosa en el estómago. No era miedo, ni mucho menos, era anticipación.

A las ocho cincuenta y ocho el ambiente cambió. No sabría explicarlo, pero fue como si el aire se volviera más denso. Y entonces, exactamente a las nueve en punto, el zumbido de la puerta automática resonó en la sala y todos levantamos la vista.

Entró primero él, Declan Reed. Alto. Impecable. Traje oscuro perfectamente cortado sobre esa espalda ancha. Cabello negro pulcramente peinado. Mandíbula tensa. Ojos gris acero recorriendo el espacio con precisión.

Detrás de él, más relajado, con una sonrisa franca que suavizaba el conjunto, venía David Whitmore.

—Buenos días —dijo Declan con voz grave y controlada.

Sentí cómo algo en mi interior respondía a ese tono. No era solo autoridad. Era seguridad absoluta. Me puse en pie.

—Buenos días, señor Reed. Señor Whitmore.

Nuestros ojos se encontraron un segundo más de lo necesario. No parpadeó, y yo tampoco.

—Puntuales —comentó Gabriel, estrechándoles la mano.

—Siempre —respondió Declan.

Hice un gesto hacia la mesa.

—¿Les apetece un café antes de empezar?

Una pregunta profesional y neutral.

—Sí —dijo él sin apartar la mirada de mí.

—Lo agradecería —añadió David.

—Alisa. —La miré, ella asintió y se dirigió a la cafetera del rincón, sirviendo dos tazas con movimientos precisos.

Mientras tanto, Declan se quitó el abrigo con una lentitud medida y lo dejó sobre el respaldo de la silla. El gesto dejó al descubierto la línea firme de sus hombros bajo el traje.

Me decía que no debía mirar, pero… Miré. Y Declan Reed se sentó junto a mí. Demasiado cerca.

Alisa dejó las tazas delante de ellos y el aroma del café recién hecho se mezcló con algo más sutil, más masculino. Su perfume.

Amaderado, profundo y elegante. Inspiré sin querer, y aquel fue mi gran error.

—Bien —dije, obligándome a centrarme—. Hemos desarrollado varias propuestas basadas en las directrices que nos facilitó el lunes.

Proyecté la primera imagen en la pantalla. La imagen en 3D del hotel apareció en gran formato: fachada imponente, líneas contemporáneas, equilibrio entre vidrio y piedra, un juego de volúmenes que transmitía solidez y sofisticación.

Declan apoyó los antebrazos sobre la mesa y observó en silencio. Ese silencio suyo no era pasivo, era análisis puro. Sentí su mirada alternar entre la pantalla y yo, evaluando, midiendo, como si el proyecto y yo formáramos parte del mismo conjunto.

—Continúe, señorita Monroe —dijo finalmente.

Mi nombre en su voz sonó distinto. Más bajo y cercano, y tragué saliva con discreción.

—Hemos reforzado la verticalidad del atrio central para generar impacto desde la entrada. Las suites mantienen el concepto de privacidad absoluta que usted solicitó, con circulación independiente para clientes premium.

Pasé a la siguiente diapositiva. Julia intervino explicando interiores. Alisa señaló los refuerzos estructurales. Piero defendió la fachada. Yo alternaba entre exposición técnica y control de costes.

—En cuanto a materiales —dije—, hemos optado por proveedores europeos para garantizar calidad, pero hemos equilibrado con producción local en ciertos acabados para mantener el presupuesto dentro del margen acordado.

Declan bebió un sorbo de café sin dejar de mirarme.

—¿Desviación estimada?

—Un cuatro coma tres por ciento por encima del cálculo inicial, contemplando posibles variaciones del mercado.

David levantó ligeramente las cejas, impresionado. Declan no reaccionó.

—Explíqueme por qué debería aceptar esa desviación.

Ahí estaba, el desafío. Sostuve su mirada.

—Porque el resultado final no será solo un hotel. Será una declaración de marca. Y eso no se construye escatimando en los cimientos.

Silencio. Un silencio espeso. Noté cómo Piero dejaba de respirar. Declan apoyó la espalda en la silla y entonces, por primera vez desde que entró, una leve sombra de sonrisa curvó la comisura de sus labios.

—Interesante respuesta.

Mi pulso se aceleró, pero mi expresión permaneció firme.

—Es la respuesta correcta.

Sus ojos brillaron un poco. No era aprobación, era reconocimiento, y supe, con una claridad casi física, que ese viernes no iba a ser simplemente una revisión de bocetos.

Iba a ser un campo de batalla. Y yo no pensaba retroceder.

No apartó la mirada, y yo tampoco. Había algo en ese cruce de silencios que iba más allá de los planos proyectados en la pantalla. Era una especie de pulso invisible. Profesional, intelectual e incluso personal.

—Veamos las suites presidenciales —dijo al fin, dejando la taza sobre el plato con una precisión casi milimétrica.

Asentí y cambié la diapositiva.

La imagen mostró un espacio amplio, elegante, con líneas limpias, madera oscura contrastando con piedra clara y ventanales de suelo a techo con vistas abiertas al perfil urbano de Boston. La iluminación indirecta aportaba calidez sin perder sobriedad.

—He respetado su idea de privacidad absoluta —expliqué—. Acceso independiente mediante ascensor exclusivo, control domótico completo y un sistema de aislamiento acústico reforzado en paredes y suelos.

Declan inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Qué tipo de aislamiento?

—Panel multicapa con núcleo de lana mineral de alta densidad y doble placa de yeso técnico. Coeficiente de reducción acústica superior a sesenta decibelios.

No dudé ni respiré más de lo necesario.

—Eso incrementa el peso estructural —respondió él de inmediato.

—Correcto —intervino Alisa con serenidad—. Por eso hemos reforzado los forjados en esa zona con vigas mixtas de acero y hormigón postensado.

Declan se volvió hacia ella.

—¿Margen de carga?

—Treinta por ciento por encima del mínimo exigido por normativa.

David tomó algunas notas. Declan volvió a mirarme.

—¿Y el coste?

Ahí estaba otra vez.

—Aumenta en un uno coma dos por ciento el presupuesto total —contesté —, pero reduce en un noventa por ciento las posibles quejas por ruido. En hoteles de su categoría, la experiencia del cliente es innegociable.

Su mandíbula se tensó levemente.

—No me gusta pagar por márgenes excesivos.

Sentí el primer latigazo de irritación.

—No es exceso. Es previsión.

—Es dinero.

—Es inversión.

Silencio, y sentí cómo el aire empezó a cargarse.

Piero carraspeó con discreción, pero nadie le prestó atención. Declan se inclinó hacia delante, apoyando las manos sobre la mesa.

—Señorita Monroe, en mis hoteles cada decisión responde a una estrategia financiera clara. No tomo medidas basadas en "por si acaso".

La forma en que pronunció "por si acaso" me erizó la piel. No por miedo, sino por desafío. Enderecé la espalda.

—Y en mis proyectos no tomo decisiones estructurales basadas únicamente en ahorro inmediato. Construimos para décadas, no para balances trimestrales.

Vi el destello, no de enfado, sino de interés. Gabriel observaba en silencio, pero sabía que estaba disfrutando del intercambio. A él le encantaban las mentes fuertes.

—Continúe —ordenó Declan.

Ordenó, no lo pidió, lo ordenó. Noté cómo esa palabra me atravesaba. Respiré hondo y pasé a la siguiente sección: el atrio central.

La imagen mostraba el vacío vertical de seis plantas, atravesado por pasarelas suspendidas y coronado por una claraboya geométrica que dejaba entrar luz natural.

—Este será el corazón del edificio —expliqué—. Genera impacto visual desde la entrada y mejora la circulación vertical.

Declan estudió la imagen con intensidad.

—Es demasiado abierto.

Fruncí el ceño.

—¿Disculpe?

—Demasiado abierto —repitió—. Me preocupa la eficiencia energética. Demasiado volumen vacío implica pérdida térmica.

Antes de que pudiera responder, ya estaba señalando la pantalla.

—Aquí. Y aquí. La superficie acristalada es excesiva.

Sentí el calor subir por mi cuello.

—Hemos previsto vidrio de triple acristalada y control solar selectivo —repliqué—. La pérdida energética es mínima.

—¿Simulaciones reales o estimaciones de catálogo?

Eso fue un golpe directo. Apreté la mandíbula.

—Simulaciones térmicas realizadas por nuestro ingeniero externo con datos climáticos históricos de la ciudad.

David levantó la vista, mientras Declan sostuvo mi mirada unos segundos más.

—Quiero ver esos informes.

—Los tendrá.

Su tono autoritario empezaba a crisparme. No cuestionaba solo el diseño, me estaba cuestionando a mí.

La reunión continuó, adentrándose en materiales de fachada.

—¿Vida útil estimada del aluminio exterior?

—Treinta años con mantenimiento adecuado.

—¿Coste de sustitución por módulo?

Respondí sin mirar notas, y él contraatacó con otra pregunta. Y otra. Y otra.

Cada decisión era examinada como si estuviera bajo un microscopio. No dejaba pasar nada. Ni una cifra. Ni una justificación. Y lo peor era que disfrutaba haciéndolo.

Sentía cómo mi orgullo profesional se activaba como un resorte. No iba a titubear.

—El mármol de la recepción es importado —dijo él—. ¿Por qué no nacional?

—Porque el veteado que usted pidió no se consigue con la misma profundidad cromática en proveedores locales.

—¿Ha buscado lo suficiente?

Ahí perdí un poco la paciencia.

—He comparado doce proveedores distintos durante tres días. Sí, he buscado lo suficiente.

El silencio cayó como una losa. Julia dejó de escribir, Alisa permaneció impasible y Piero miraba alternativamente a uno y otro como si estuviera viendo un partido de tenis.

Declan se reclinó en la silla y sus ojos grises me atravesaron.

—No la estoy atacando, señorita Monroe.

—Lo parece.

David soltó una leve exhalación, casi una risa contenida. Declan no apartó la vista de mí.

—Estoy asegurándome de que el proyecto que llevará mi nombre esté a la altura.

—Y yo estoy asegurándome de que lo esté desde el punto de vista técnico y arquitectónico.

El choque fue frontal. Dos voluntades. Dos formas de control. Durante un instante nadie habló. Y en ese silencio tenso sentí algo más, algo que no tenía que ver con cálculos ni estructuras. Era electricidad.

Él disfrutaba del desafío, y yo también. Eso era lo peligroso.

—Hablemos de tiempos —dijo finalmente, rompiendo el silencio.

Agradecí el cambio de frente y proyecté el cronograma.

—Fase de diseño ejecutivo: tres meses. Licencias y permisos: variable según administración; estimamos entre cuatro y seis meses. Construcción total: doce meses desde inicio de obra.

—Le pedí un año.

—Y se lo daremos —respondí—. El margen adicional contempla imprevistos burocráticos.

—No me gustan los márgenes amplios.

Volví a sentir la irritación.

—A nadie le gustan. Pero existen.

Sus labios se tensaron ligeramente.

—Usted siempre tiene respuesta.

—Forma parte de mi trabajo.

Esa vez la sonrisa fue más clara. Pequeña y contenida, pero real.

—¿Está segura de poder liderar algo de esta magnitud?

No era una pregunta técnica, era personal. Sentí cómo mi pulso se aceleraba.

—Absolutamente.

—Es el proyecto más ambicioso que hemos desarrollado en esta ciudad —añadió—. No toleraré errores.

Su tono era bajo, firme y autoritario. Me incliné ligeramente hacia delante.

—Entonces estamos de acuerdo en algo.

—Yo tampoco.

El aire volvió a cargarse. No sabía en qué momento la discusión técnica se había convertido en algo más. En un pulso de voluntades. En una batalla de orgullo. Y, sin embargo, debajo de todo eso latía otra cosa.

Cada vez que me miraba así, con esa intensidad fría, sentía un calor inesperado recorriéndome la espalda. Molesto, inoportuno y totalmente innegable.

—Quiero revisar personalmente cada decisión estructural importante —dijo finalmente.

—Puede hacerlo —respondí—. Pero la dirección técnica seguirá siendo responsabilidad mía.

Otro silencio, más denso y más cercano. Y supe, sin necesidad de palabras, que ese proyecto no iba a ser solo un desafío arquitectónico. Iba a ser un campo de fricción constante entre él y yo. Entre su necesidad de control absoluto y mi incapacidad para dejar que alguien me pisara.

—Bien —dijo al fin, cerrando la carpeta frente a él—. Continuemos.

Pero ya no era solo una reunión. Era una guerra fría y no había hecho más que empezar.

Capítulo 9



Abigail

La reunión terminó una hora después, pero la tensión no descendió ni un milímetro.

Habíamos repasado cronogramas, contratos preliminares y cláusulas de supervisión. David intervino en cuestiones legales con tono sereno, intentando suavizar algunos momentos, pero la electricidad entre Declan y yo seguía vibrando bajo la superficie.

Cuando Gabriel cerró la carpeta y dio por concluida la sesión, pensé que lo peor había pasado, pero me equivoqué. Declan se puso en pie con esa calma calculada que parecía medir cada movimiento.

—Quisiera hablar a solas con la señorita Monroe.

No fue una petición, fue una decisión. Noté cómo Julia levantaba la cabeza de golpe, Piero abrió ligeramente los ojos y Alisa mantuvo su expresión neutra, aunque sus dedos se tensaron sobre la Tablet.

Gabriel me miró una fracción de segundo. Yo asentí.

—Por supuesto.

Declan se volvió hacia David.

—Espérame fuera.

David me dedicó una mirada que mezclaba curiosidad y advertencia, pero obedeció sin discutir. Uno a uno, el resto salió de la sala. Las puertas de cristal esmerilado se cerraron con un leve clic que resonó más de lo que debería, y entonces nos quedamos solos.

El silencio fue inmediato, espeso e incómodo. Me quedé sentada frente al portátil abierto, con los planos aún en pantalla. No iba a mostrar debilidad poniéndome en pie como si necesitara más altura para enfrentarle.

Declan permaneció unos segundos junto a la mesa, observándome. Sentí su mirada recorrerme con la misma precisión con la que analizaba una estructura.

—No le ha gustado mi tono —dijo al fin, directo y sin rodeos.

—No me gustan los cuestionamientos constantes sin base técnica suficiente.

Vi cómo una de sus cejas se arqueaba sutilmente.

—¿Insinúa que no tengo base técnica?

—Insinúo que ha asumido errores donde no los había.

El aire volvió a cargarse y Declan se acercó. No rodeando la mesa, sino directamente hacia mí. Mi corazón dio un golpe seco contra el pecho cuando se detuvo a mi lado, inclinándose ligeramente para mirar la pantalla de mi portátil. Estaba demasiado cerca. Su hombro casi rozaba el mío, y su calor corporal atravesó la tela de mi vestido entallado como si fuera más fina de lo que era.

—Aquí —dijo, señalando el plano estructural del atrio—. Esta unión. No me convence.

Su voz sonó más grave a esa distancia. Más baja y más íntima. Intenté concentrarme en la pantalla.

—Está reforzada con placa de anclaje doble y pernos de alta resistencia. No hay riesgo.

Se inclinó un poco más y su brazo rozó el mío. Un contacto mínimo, pero suficiente para que mi respiración se alterara.

—Podría haber torsión si el flujo de personas supera la previsión —murmuró.

No escuché la mitad de lo que decía, porque su perfume me envolvió. Amaderado. Oscuro. Masculino. Invadió mi espacio, mi oxígeno, mi concentración. Levanté la vista sin querer y lo vi.

El mentón firme. La línea recta de su nariz. La sombra leve bajo los pómulos. Y esos labios… Firmes y definidos, moviéndose mientras hablaba. No oía las palabras, solo veía el movimiento.

Noté un calor inesperado recorrerme el estómago, descender por la espalda e instalarse en un lugar peligroso.

—¿Me está escuchando, señorita Monroe?

Su voz me atravesó como una descarga y parpadeé.

—Sí. Por supuesto —mentí.

Se inclinó aún más, apoyando una mano junto al teclado para ampliar la imagen, y sus dedos rozaron los míos. No fue accidental, o quizá sí, pero no apartó la mano. Yo tampoco, y entonces ocurrió.

Una corriente eléctrica, real y física, me recorrió desde la punta de los dedos hasta la nuca. Un escalofrío intenso que me dejó sin aire durante un segundo eterno. Levanté la vista lentamente y sus ojos grises estaban clavados en los míos. Muy cerca. Demasiado cerca.

No había frialdad en esa mirada, había algo distinto, algo más oscuro. Como si él también hubiera sentido esa descarga. Como si estuviera midiendo mi reacción.

Mi pulso se disparó. Podía oírlo en mis oídos. Pero no me moví. No retrocedí. No le di esa victoria.

—Si tiene dudas estructurales —logré decir, aunque mi voz salió más baja de lo habitual—, podemos recalcular el punto de unión.

Sus dedos siguieron junto a los míos, sin tocar del todo, pero sin retirarse.

—No me gustan las recalculaciones improvisadas —murmuró.

—No son improvisadas. Son preventivas.

Su mirada descendió brevemente a mi boca, o quizá lo imaginé. El aire entre nosotros se volvió denso, casi irrespirable. Podía sentir su respiración mezclándose con la mía. Un paso más, y mi rodilla habría rozado su pierna.

—Está usted muy segura de sí misma —dijo en voz baja.

—Es mi trabajo.

—No solo en el trabajo.

Aquello ya no tenía nada que ver con estructuras.

—¿Qué insinúa?

Su mirada volvió a mis ojos. Intensa, directa y capaz de desarmarme.

—Que no retrocede.

—No cuando tengo razón.

Sus labios se curvaron levemente en una sombra de sonrisa peligrosa. Sus dedos se movieron solo unos milímetros y rozaron los míos con claridad esta vez. El contacto fue inequívoco y la descarga regresó, más fuerte.

Me quedé sin aire un instante y supe que él lo notó. Porque su mirada se oscureció y porque no se apartó.

Durante un segundo, el mundo desapareció. No había estudio ni proyecto. Solo ese espacio mínimo entre nuestros cuerpos. Esa tensión cargada de algo que no tenía nombre profesional. Y fue él quien rompió el momento.

Se incorporó lentamente, la distancia entre nosotros volvió y el aire regresó a mis pulmones como si hubiera estado bajo el agua.

—Revisen bien todo —dijo, recuperando el tono frío y autoritario—. No quiero fallos. Este proyecto es importante para mí.

Tragué saliva.

—No los habrá.

Me sostuvo la mirada un instante más.

—Eso espero —dijo mientras cogía su abrigo del respaldo con un movimiento preciso—. Nos veremos la semana que viene, señorita Monroe.

Y salió de la sala sin mirar atrás.

La puerta se cerró con suavidad, pero el eco de su presencia permaneció. Me quedé sentada unos segundos sin moverme, mirando la pantalla, pero sin ver los planos. Notando aún el cosquilleo en mis dedos. Intentando convencerme de que aquello no había sido nada.

Que solo había sido proximidad. Que solo había sido tensión profesional. Pero mi cuerpo sabía que no era cierto. Y lo peor era que, cuando levanté la vista hacia la puerta por la que se había marchado, no sentí alivio. Sentí anticipación.

Me quedé sola en la sala de juntas durante varios segundos más.

El silencio era tan espeso que casi podía tocarlo. La pantalla del portátil seguía mostrando el plano ampliado del atrio, esa unión estructural que había servido de excusa para acercarse demasiado. Bajé la vista hacia mis manos y todavía sentía el cosquilleo. Resoplé con fuerza.

—*Ridículo* —murmuré para mí misma.

Cerré el portátil de golpe, como si así pudiera cerrar también lo que había ocurrido. Recogí los planos impresos, los apilé con movimientos mecánicos y los guardé en la carpeta correspondiente. Mi mente intentaba regresar al

terreno conocido: cifras, materiales, cálculos. Pero cada vez que intentaba concentrarme, volvía a ver su rostro inclinado sobre el mío.

Su mandíbula. Sus ojos. Sus labios moviéndose tan cerca que casi… Me puse en pie bruscamente; necesitaba aire.

Salí de la sala y crucé el espacio industrial del estudio. Julia levantó la cabeza de su mesa.

—¿Todo bien?

—Sí —respondí demasiado rápido.

Piero me observó con una media sonrisa sospechosa.

—¿Sobreviviste al cara a cara?

—Perfectamente.

Alisa me sostuvo la mirada un segundo más de lo habitual. Ella era la única que parecía percibir cuando algo no encajaba del todo.

—Si necesitas revisar la unión del atrio, puedo recalcularla esta tarde.

—No hace falta —dije, más seca de lo que pretendía—. Está bien como está.

Gabriel salió de su despacho acristalado.

—Buen trabajo —me dijo en voz baja—. Le has plantado cara.

—No estaba plantando cara. Estaba defendiendo el proyecto.

Él sonrió levemente.

—Exactamente.

Asentí, pero no me quedé. Fui hasta mi mesa, cogí el abrigo del perchero y el bolso. No podía sentarme frente al ordenador como si no hubiera pasado. No cuando mi pulso seguía alterado.

—¿Te vas? —preguntó Julia.

—Necesito un café.

—Pero si acabamos de… —empezó Piero.

—Otro —corté.

Me puse el abrigo, ajusté el cinturón y salí del estudio sin dar más explicaciones.

En cuanto crucé la puerta, el aire frío me golpeó el rostro. Inspiré profundamente y entonces lo vi. Empezaba a nevar.

Copos pequeños, ligeros, cayendo con timidez sobre las aceras del *South End*. El cielo gris parecía haberse abierto en silencio, cubriendo la ciudad con una capa blanca que amortiguaba el ruido.

Caminé sin rumbo fijo durante unos minutos, dejando que el frío me despejara la cabeza. Las botas resonaban sobre el suelo húmedo y el aire frío me mordía las mejillas. Eso necesitaba. Algo que me anclara.

Entré en una cafetería a la vuelta de la esquina y el contraste de temperatura me envolvió al instante: calor, olor a café tostado y canela, el murmullo bajo de conversaciones ajenas.

Pedí un café grande y me senté junto a la ventana, desde donde podía ver cómo la nieve empezaba a cubrir los coches aparcados.

Saqué el móvil porque necesitaba hablar con alguien que no analizara estructuras ni cuestionara márgenes de carga y marqué el número de Clare.

Respondió al segundo tono.

—Si es para decirme que te has enamorado del cliente multimillonario, cuelgo.

No pude evitar soltar una risa breve.

—Hola a ti también.

—Es viernes. Tengo treinta adolescentes revolucionados porque empieza el fin de semana. Necesito distracción adulta.

Apoyé la frente contra el cristal frío.

—Mi cliente es insufrible.

—Ah. Entonces no te has enamorado.

—No he dicho eso.

Silencio al otro lado.

—Abi.

—Es autoritario. Controlador. Cuestiona absolutamente todo lo que hago. Cree que el mundo funciona a base de órdenes.

—¿Y es atractivo?

Cerré los ojos. Maldita Clare.

—No viene al caso.

—Eso es un sí.

Suspiré.

—Es… intenso.

—Traducción: alto, traje perfecto y mirada que te desarma.

No respondí y ella soltó una carcajada.

—Te cambio al cliente sexy, atractivo, intenso e insoportable por treinta alumnos adolescentes hasta arriba de hormonas que llevan toda la semana preguntando si pueden hacer el examen el lunes porque “el viernes es antipedagógico”.

Reí de verdad esta vez. La tensión en mi pecho se alivió un poco.

—Te juro que no sabes lo que dices.

—Oh, sí lo sé. Tú llevas años diciendo que no necesitas a nadie, que los hombres son complicaciones innecesarias… y ahora llega uno que te saca de quicio.

Miré la nieve caer.

—No me saca de quicio.

—Te ha hecho salir del trabajo en mitad de la mañana para tomar café. Eso no es indiferencia.

Tenía razón. Y eso me molestaba más que cualquier comentario autoritario de Declan.

—Es solo un proyecto —murmuré.

—Claro. Y yo soy monja.

Sonreí.

—No me mires así.

—No te estoy mirando porque no te veo.

—Pero tienes esa mirada.

Clare suspiró al otro lado.

—Escúchame. Esta noche te saco de copas. Necesitas desconectar del señor Reed antes de que se te meta demasiado en la cabeza —dijo.

Demasiado tarde, pensé.

—Vale —acepté—. Ven a mi apartamento. Pido pizzas y cenamos antes de salir.

—Perfecto. A las ocho estoy allí. Y ponte algo que no sea negro corporativo, por favor.

—No prometo nada.

—Abi…

—Vale, vale —contesté, y colgué sonriendo.

El café estaba casi frío cuando volví a sostener la taza entre las manos. La nieve caía con más intensidad ahora, dibujando una cortina blanca frente al cristal. Y, sin querer, mi mente volvió a él.

A la forma en que se inclinó sobre mí. A sus dedos rozando los míos. A esa mirada que había dejado de ser fría durante un segundo. Un leve escalofrío me recorrió la espalda. No de frío, sino por ese recuerdo.

¿Por qué ese hombre se me había metido en la cabeza así? No era mi tipo. No era mi estilo. No creía en el amor. Y yo tampoco creía en los hombres que necesitaban controlarlo todo. Y, sin embargo… Había sentido algo. Algo real, físico e innegable.

Apreté la taza con más fuerza. No podía permitirme distracciones. Era mi proyecto, mi responsabilidad, mi reputación. Y él no era más que el cliente.

Me repetí esas palabras como un mantra. Pero cuando salí de la cafetería y el aire frío volvió a golpearme el rostro, supe que estaba mintiéndome un poco.

Porque cada copo de nieve que caía parecía susurrar su nombre. Y eso era lo que realmente me inquietaba.

Capítulo 10



Declan

Los domingos por la noche siempre habían sido mis favoritos. La ciudad se volvía más silenciosa. Más contenida. Como si incluso el ruido supiera que el lunes acechaba.

Desde el ventanal de mi ático, el perfil iluminado de Boston se extendía bajo mis pies. La nieve del viernes aún cubría algunas azoteas, aunque las calles ya estaban limpias. La calefacción mantenía el ambiente templado mientras yo ajustaba los gemelos frente al espejo del vestidor.

Traje oscuro. Camisa blanca. Reloj de oro. Precisión, control y disciplina. Siempre me había gustado la rutina previa a salir. El ritual de vestirme era casi una forma de orden mental. Cada prenda en su sitio. Cada detalle calculado.

Esta noche cenaba con Sofía.

Sofía había aterrizado esa misma mañana. Era azafata en una compañía internacional, y estaba acostumbrada a escalas impredecibles y destinos cambiantes. Mañana volaba a Italia y habíamos quedado para vernos con una cena tranquila.

Nada complicado. Nunca lo era. Nuestro acuerdo era claro desde el principio: cuando coincidíamos en ciudad, cenábamos, hablábamos y compartíamos la noche. Sin promesas. Sin exigencias. Sin escenas.

Funcionaba. O al menos había funcionado hasta ahora.

Me ajusté la chaqueta y entonces, como si mi mente tuviera voluntad propia, apareció ella. Abigail Monroe.

La primera vez que la vi sostenerme la mirada en la sala de juntas, supe que no era como las demás. No bajó los ojos. No se intimidó. No intentó agradarme. Me contradijo con firmeza y con seguridad. Con una convicción que no era fingida.

La mayoría de las personas, cuando me enfrentaban, adoptaban uno de dos papeles: sumisión diplomática o desafío artificial. Ella no hizo ninguna de las dos cosas. Simplemente fue sólida como lo era el acero.

Apoyé las manos en la cómoda del vestidor y me miré en el espejo. Había algo en esa mujer, algo que no terminaba de encajar en mi esquema habitual.

No era solo su físico, aunque sería absurdo negarlo. Su figura elegante bajo esos vestidos entallados, la forma en que caminaba con seguridad, esa cintura marcada que parecía diseñada para provocar distracciones innecesarias.

No. Era otra cosa. Su mente. Su manera de anticiparse a mis preguntas. La calma con la que defendía cada decisión técnica y esa chispa en sus ojos cuando la presionaba. Disfrutaba del enfrentamiento. Y eso… eso era nuevo.

Nunca me había alterado alguien en un entorno profesional. Nunca había sentido la necesidad de acercarme más de lo estrictamente necesario.

El recuerdo del viernes regresó con una claridad incómoda. La pantalla del portátil. La unión estructural. Mis dedos rozando los suyos. La descarga. No había sido imaginación mía, lo vi en su mirada. Ella también lo sintió.

Exhalé despacio. No era prudente. Me gustaba tener el control y con Abigail Monroe el control parecía desplazarse a un terreno menos predecible.

Cogí las llaves del coche del aparador y salí del vestidor.

El ático estaba en silencio, impecable, ordenado. Demasiado grande para una sola persona, según algunos. Perfectamente funcional, según yo.

Mientras me dirigía hacia la puerta, volví a pensar en la manera en que me respondió cuando cuestioné su presupuesto. “Construimos para décadas, no para balances trimestrales.”

Había convicción real en esa frase. No miedo, y tampoco complacencia. Convicción.

¿Desde cuándo una arquitecta me rondaba la cabeza un domingo por la noche? Negué ligeramente con la cabeza. Era un proyecto importante. Nada más. La presión de una inversión millonaria exigía atención constante. Eso era todo.

Salí al pasillo privado y bajé en el ascensor hasta el garaje subterráneo.

El motor del coche arrancó con un rugido contenido. Conduje por las calles iluminadas con la fluidez de siempre, dejando que la ciudad pasara a ambos lados del parabrisas.

Debería estar pensando en la cena. En Sofía. En la conversación ligera que tendríamos sobre vuelos y escalas. En el perfume que seguramente llevaría. En la noche que terminaría, como siempre, sin complicaciones.

En lugar de eso, me descubrí recordando la expresión de Abigail cuando me enfrentó. Orgullosa, desafiante y viva.

Apreté ligeramente el volante. No era conveniente mezclar interés personal con negocios y, sin embargo, una parte de mí quería volver a provocarla. Quería ver hasta dónde llegaba su firmeza. Quería entender qué era exactamente lo que me había descolocado.

La luz roja del semáforo iluminó el interior del coche con un tono carmesí. Me miré en el retrovisor. Frío, impecable y controlado. Así era como debía mantenerme. Mañana seguiríamos revisando números, planos, cláusulas y nada más.

Pero mientras el semáforo cambiaba a verde y avanzaba por la avenida, una certeza incómoda se instaló en mi mente: No estaba pensando en la mujer con la que iba a cenar.

Estaba pensando en la que me había desafiado, y eso no me gustaba. Porque significaba que, por primera vez en mucho tiempo, algo se estaba moviendo fuera de mi planificación.

Y yo no toleraba lo imprevisible. Ni en los negocios, ni mucho menos en mi vida privada.

El hotel donde se alojaba la tripulación estaba a pocos minutos del centro financiero. Uno de los establecimientos de gama alta que no pertenecían a mi cadena, pero que cumplían estándares aceptables.

Aparqué en la zona reservada y entregué las llaves al aparcacoches sin más palabras. El vestíbulo estaba iluminado con luz cálida, música suave de fondo y ese perfume neutro que todos los hoteles de lujo parecían compartir.

Entré en el restaurante y no tardé en verla.

Sofía estaba sentada cerca de los ventanales, con la ciudad iluminada como telón de fondo. Llevaba un vestido negro ajustado que dejaba los hombros al descubierto y marcaba cada curva con una intención evidente. El tejido se ceñía a su cintura y descendía con una abertura lateral que revelaba una pierna larga y perfectamente delineada. Atractiva. Muy atractiva.

Su cabello oscuro caía en ondas suaves sobre la espalda y sus labios, pintados en un rojo profundo, se curvaron al verme acercarme.

—Pensé que me harías esperar —dijo cuando me incliné para besarla en la mejilla.

—Nunca hago esperar a quien merece puntualidad.

Sonrió con ese brillo en los ojos que siempre anunciaba juego. Me senté frente a ella y el camarero se acercó de inmediato. Pedimos vino. Ella eligió un blanco italiano; yo asentí sin discutir.

—Ha sido un vuelo largo —comentó mientras acomodaba la servilleta sobre su regazo—. Esta semana he hecho Nueva York–Chicago–Madrid–Boston. Mañana salgo hacia Roma.

—Ritmo intenso —respondí.

—Es lo que me gusta. No me veo viviendo en un solo sitio.

Asentí. Sofía vivía en tránsito. Maletas siempre preparadas. Habitaciones impersonales. Aeropuertos como rutina. Era una mujer acostumbrada al movimiento constante, y quizá por eso nuestra dinámica funcionaba: ninguno pedía raíces.

El vino llegó y brindamos.

—Por las escalas cortas —dijo ella.

—Y por las despedidas sin drama —contesté, y rio suavemente.

Durante la cena me habló de anécdotas en cabina, pasajeros complicados, destinos que quería repetir. Su voz era musical, expresiva. Movía las manos al hablar y el vestido se tensaba levemente con cada gesto.

La escuchaba, respondía e incluso hacía preguntas. Pero mi mente no estaba completamente allí. Ella lo notó antes de que yo mismo lo admitiera.

—¿Y tú? —preguntó inclinándose hacia delante—. ¿En qué andas metido ahora?

Ahí estaba el terreno cómodo. Trabajo.

—Tengo un nuevo proyecto en la ciudad. Mi hotel insignia.

Sus ojos brillaron.

—¿Otro más? No paras.

—No es uno más.

—¿Qué lo hace diferente? —insistió.

Pensé en el atrio. En la discusión. En la mirada desafiante de Abigail Monroe.

—La arquitecta.

La palabra salió antes de que pudiera filtrarla. Sofía arqueó una ceja con interés inmediato.

—Eso suena peligroso.

—Es competente —corregí—. Y no se deja impresionar.

—¿Y eso te molesta o te gusta?

Sostuve su mirada.

—Me resulta… interesante.

Ella sonrió despacio.

—Declan Reed, intrigado por una mujer. Debería marcar la fecha en el calendario.

No respondí, porque no era exactamente intriga. Era algo más incómodo.

La conversación derivó hacia mis próximos viajes, la expansión internacional de *Reed International Hotels*, nuevas aperturas previstas. Sofía escuchaba con atención real; siempre le había interesado mi mundo, quizá porque representaba estabilidad frente a su vida itinerante.

Pero había una diferencia clara entre nosotros. Ella buscaba conexión y yo buscaba intensidad sin ataduras.

Durante el segundo plato, su mano cruzó la mesa y se posó sobre la mía. Un gesto natural y familiar. Deslicé el pulgar sobre sus dedos en respuesta automática.

Química había. Deseo también. Pero no había esa chispa mental que me había sorprendido días atrás en una sala de juntas.

Sofía inclinó la cabeza ligeramente.

—Te noto distante.

—Estoy aquí.

—Sí, pero no del todo.

Sus dedos ascendieron por mi muñeca, lentos y sugerentes.

—¿Es por la arquitecta?

La forma en que lo dijo no era celosa, sino curiosa, analítica incluso. Retiré la mano con suavidad.

—Es un proyecto importante.

Ella me sostuvo la mirada unos segundos más. Luego sonrió de nuevo, aunque esta vez con un matiz distinto.

—Entonces necesitabas distraerte.

No era una pregunta, era una conclusión.

—Podría decirse así —respondí.

Su risa fue suave, casi indulgente.

Cuando terminamos el postre, el ambiente entre nosotros se había cargado de una tensión distinta. No emocional, sino física. Ella se levantó primero.

—Subimos —dijo simplemente. No hubo más palabras.

En el ascensor, su perfume llenó el espacio cerrado. Se acercó a mí, y sus dedos se deslizaron por la solapa de mi chaqueta.

—No me gusta competir con proyectos —murmuró.

—No estás compitiendo.

—Entonces demuéstralo.

Las puertas se abrieron en su planta y la seguí por el pasillo alfombrado hasta su habitación.

Mientras ella buscaba la tarjeta en el bolso, me descubrí pensando, fugazmente, que aquella noche debía servirme para despejar la mente. Para volver a lo que siempre había sido simple. Cena, sexo y nada más.

La puerta se abrió, entramos y el mundo exterior quedó al otro lado.

Capítulo 11

Declan

La puerta se cerró tras nosotros y el silencio llenó la habitación.

Sofía se apoyó contra el marco del armario, mirándome con una mezcla de expectación y picardía. Su vestido todavía se ajustaba perfectamente a su figura, y la luz cálida del dormitorio jugaba con las sombras sobre su piel. Había algo en la forma en que me observaba que encendía un instinto que llevaba tiempo controlando: un fuego que no toleraba distracciones, pero que tampoco podía ignorar.

Me acerqué sin prisa, cada paso calculado. No había ternura en mi movimiento, solo intención, precisión y deseo contenido. La distancia que separaba nuestros cuerpos se redujo hasta sentir el calor de su piel, el aroma que la envolvía, la forma en que su respiración se aceleraba en cuanto me acercaba.

—Te noto muy decidida esta noche —dije con voz baja y firme.

—Solo quiero disfrutar —respondió ella, con un toque de desafío, mientras sus ojos brillaban con complicidad.

Un juego silencioso comenzó: acercamientos calculados, roces apenas perceptibles, miradas que medían cada reacción. Sofía no dudaba, y eso me estimulaba aún más; su confianza encendía mi instinto dominante, el control que mantenía en todo lo demás de mi vida.

Me incliné para mirar los bordes del vestido, admirando cómo caía sobre su cuerpo. Ella sonrió cuando percibió mi atención, pero no esperó que fuera complaciente. Mi mano rozó la suya accidentalmente, o tal vez no tan accidentalmente, y la corriente que recorrió mi brazo me recordó que no había espacio para distracciones en mi mundo, pero sí para la intensidad.

—¿Sigues pensando en tus proyectos? —susurró con voz baja, acercándose más, buscando reacción.

—Siempre —respondí, sin apartarme, midiendo el efecto que tenía sobre ella.

Sus dedos rozaron mi camisa, desabotonando un botón sin esperar permiso. Cada gesto era un desafío silencioso: insinuante, directo, controlando el ritmo, igual que yo. Nuestra química no necesitaba palabras; cada movimiento, cada mirada era una conversación intensa de deseo y juego de poder.

Sofía apoyó su frente contra la mía, respirando rápido, y por un instante, incluso con todo mi control, me dejé llevar por la tensión acumulada. Cada roce y cada mirada se sentían como un aviso de lo que podía suceder si dejábamos las reglas a un lado.

—Declan… —murmuró ella, rozando mis labios sutilmente.

No respondí con palabras. Me acerqué más, controlando, manteniendo la intensidad, acercándola a mí sin ceder terreno. No había ternura; había fuego, decisión y un deseo que no conocía suavidad. Cada gesto era calculado, cada reacción medida, pero intensa. La habitación se llenó de silencios cargados y respiraciones entrecortadas.

Sofía arqueó ligeramente la espalda cuando mi mano se deslizó por su cintura, y sus labios buscaron los míos en un roce rápido, intenso y demandante. Cada contacto era un desafío silencioso de fuerza y deseo. Yo no cedía en dulzura; ella no cedía en provocación. Todo era pasión contenida, un juego donde ninguno de los dos daba el primer paso completo, pero ambos sentíamos la intensidad del otro.

Mis dedos se encontraron con los suyos otra vez, esta vez sin soltarlos. La electricidad que recorrió mi brazo confirmó lo que ya sabía: había tensión, deseo y un entendimiento tácito de cómo funcionábamos. Ninguno de los dos necesitaba hablar; el control, la pasión y la atracción hablaban por sí mismos.

Ella se apartó ligeramente, sus ojos me retaban, y mi mirada respondió con igual intensidad. Sabía que cualquier momento podía romper las reglas tácitas que nos habíamos impuesto, pero también sabía que era un juego que ambos entendíamos y aceptábamos. Cada movimiento era medido, cada roce era calculado, y aun así la química era innegable, insoportable.

Sofía bajó la cremallera de su vestido y lo dejó caer a sus pies, revelando que bajo aquella tela no llevaba nada; estaba completamente desnuda. Me tensé y noté cómo mi miembro reaccionaba, queriendo liberarse de la presión de mi propia ropa.

Ella sonrió, se acercó a mí y comenzó a deslizar las manos por mi torso, hasta que llegó a los hombros y me quitó la chaqueta. Después, uno a uno fue desabrochando los botones de la camisa, me besó el cuello y se deshizo también de la camisa.

Comenzó a besarme despacio mientras se iba arrodillando ante mí, y cuando llegó a la cintura, me desabrochó el cinturón y el pantalón y bajó estos junto con los bóxers, dejando libre mi duro y erecto miembro. La vi pasarse la lengua por los labios, coger mi miembro con la mano y tocarlo de arriba abajo mientras se mordía el labio.

Me miró fijamente a los ojos, se acercó a mi miembro y deslizó la lengua por toda su longitud, de abajo arriba, despacio, sin apartar la mirada, para después llevárselo a la boca con esa lujuria que había visto otras veces en sus ojos.

Sofía era sumisa cuando debía serlo, pero también hacía lo que quería y eso me gustaba.

Siguió mirándome fijamente a los ojos mientras mi miembro desaparecía entre sus labios, haciendo que me tensara y que deseara follarla cuanto antes, pero la dejé hacer unos minutos más porque la boca de esa mujer siempre me había resultado de lo más placentera.

Recogí su cabello con la mano y la fui guiando, como siempre, con los ojos cerrados mientras ella me engullía por completo. Un leve sonido ronco salió de mis labios y, durante una fracción de segundo, solo una, otro rostro se cruzó en mi mente en ese instante.

Abrí los ojos de golpe y miré hacia abajo, donde Sofía seguía degustando mi miembro como si del postre de la cena se tratara, mientras se tocaba a sí misma. Me aparté, me quité la ropa y la cogí en brazos para besarla y la llevé a la cama.

La recosté en ella y le devolví el favor, lamiendo su sexo húmedo y excitado hasta que se corrió con fuerza en mi boca.

La giré sobre la cama, hice que se arrodillara y apoyara ambas manos en ella, me puse un preservativo y la penetré con una certera y firme estocada que la hizo gritar con fuerza. Comencé a moverme, dentro y fuera, rápido y más profundo cada vez, y como a ella le gustaba, le di un leve azote en la nalga.

—Oh, sí, así, Declan —me dijo tras varios azotes más.

Me aparté de ella y protestó, mirándome con furia contenida en los ojos. Fui hasta mi ropa, cogí el cinturón y regresé a la cama. Ella se lamió de nuevo los labios al saber lo que iba a hacer. Inmovilicé sus manos con el cinturón, la ayudé a ponerse en pie y la incliné sobre la cama, apoyada con su torso, separando sus piernas.

Volví a penetrarla tan profundamente como esa postura me permitía, y me agarré con fuerza a su cadera con una mano mientras con la otra mantenía su cabello sujeto para poder ver su rostro, ese rostro enrojecido por el deseo y el placer, y el brillo lujurioso en sus ojos.

Me follé a Sofía como a los dos nos gustaba, sin delicadeza ni romanticismos. Ambos nos corrimos minutos después, con los ojos cerrados, el cuerpo tenso pero satisfecho. Hubo un grito de Sofía de esos que estaba seguro que los huéspedes de las habitaciones contiguas habrían escuchado a la perfección.

La noche transcurrió así, entre acercamientos calculados, miradas ardientes y gestos que mantenían la intensidad al límite, sin necesidad de palabras, sin

suavidad, sin ternura. Todo era deseo puro, control y fuego compartido, un juego que ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder, y que nos consumía de manera silenciosa, devastadora y perfectamente peligrosa.

Cuando todo acabó y le quité el cinturón de las muñecas, nos recostamos en la cama para recobrar el aliento, y Sofía apoyó la frente contra mi pecho.

—¿Te quedas a dormir? —preguntó, con un hilo de esperanza en la voz.

Me incorporé y me levanté de la cama, dejando claro que las reglas seguían siendo las mismas: nada de pasar la noche juntos.

—Ya sabes que no. Nuestro acuerdo es sencillo —dije con voz firme mientras comenzaba a vestirme—. Cena, sexo y nada más.

Ella sonrió con cierta resignación y desafío al mismo tiempo.

—Espero que algún día te des cuenta de que incluso tú necesitas un poco de cariño, además de solo sexo salvaje. Y puede que entonces yo no esté disponible para ti.

Giré la manecilla de la puerta, medio vestido, con la camisa aún abierta y mirándola una última vez.

—Conmigo no van las amenazas. Si no quieres verme más, no hay problema. Puedo encontrar otra mujer cuando quiera y donde quiera.

Salí de la habitación dejando el silencio tras de mí, mientras el aroma de su perfume y el recuerdo de su mirada quedaban suspendidos en el aire.

Ya en el pasillo, el móvil vibró en mi bolsillo. Era un mensaje de la señorita Monroe.

Abigail: *Disculpe la hora, pero quería dejarle algunas correcciones del proyecto para que las revise a primera hora.*

Respondí sin dudar.

Declan: *Prefiero discutirlo en persona. Mañana por la noche. Dígame la dirección y enviaré a mi chófer.*

Mientras guardaba el teléfono, no pude evitar pensar en lo que me esperaba. Unas horas a solas con la señorita Abigail Monroe, lejos de miradas y oídos, para poder disfrutar de su presencia. Sobre todo, para intentar entender qué era exactamente lo que tenía que no podía sacarme de la cabeza.

Salí del hotel y la noche de Boston me recibió con un viento frío que se colaba entre el abrigo y el traje. La nieve caía con suavidad, dibujando sobre el asfalto reflejos de luz que hacían que la ciudad pareciera distinta, más silenciosa, más expectante. Caminé hasta el coche con pasos firmes, calculando cada movimiento, controlando cada respiración, mientras mi mente seguía regresando a Abigail Monroe.

No era un pensamiento accidental ni pasajero. Había algo en ella que había dejado una huella, sutil pero persistente, en mi mente. Esa forma de enfrentarse a mí, de sostener la mirada, de desafiarme sin romperse, me perturbaba más que cualquier mujer que hubiera conocido. Eso era incómodo y excitante a la vez. Un riesgo que no podía ignorar y, aun así, no estaba dispuesto a admitir.

El trayecto hasta mi ático fue silencioso. La ciudad pasaba a mi alrededor, pero yo estaba completamente centrado en lo que esperaba al día siguiente: la posibilidad de tenerla durante unas horas, lejos de ojos curiosos, lejos de cualquier interferencia.

Al llegar, aparqué y subí en el ascensor privado. La calefacción del apartamento me recibió con un calor familiar. Quitándome el abrigo, dejé que el aroma de la nieve húmeda se disipara, aunque mi mente seguía ocupada en el recuerdo de su mirada.

Me senté en el sillón junto al ventanal y revisé de nuevo el mensaje de Abigail.

Tomé un sorbo de whisky mientras consideraba la forma más eficiente de manejarlo. Mis proyectos siempre requerían precisión, control y planificación, y la señorita Monroe no era la excepción.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí anticipación. No era por ninguna obligación ni por necesidad profesional. Era por ella. Por esa mujer que parecía capaz de desarmarme con una mirada y que, sin proponérselo, había logrado que mi mente permaneciera fija en ella incluso mientras me ocupaba de todo lo demás. Incluso estando con otra mujer.

Suspiré, recostándome en el sillón. Los números, los planos, los presupuestos y las decisiones estructurales del proyecto iban a esperar hasta mañana. Ahora, el tiempo estaba dedicado a un pensamiento concreto y, en cierta medida, peligroso: entender qué tenía Abigail Monroe que me hacía perder el control que tan celosamente mantenía sobre mí mismo.

La nieve seguía cayendo sobre la ciudad, cubriendo las luces y los sonidos. Fuera, Boston parecía tranquila, silenciosa. Dentro, sin embargo, mi mente no conocía calma. Calculaba, analizaba, anticipaba. Qué diría. Cómo reaccionaría. Cómo me sostendría la mirada. Cómo mantendría la distancia mientras quería acercarme.

Por primera vez, me enfrentaba a algo que no podía controlar por completo. Algo que desafiaba mi planificación, mis protocolos, mis acuerdos. Y, de manera incómoda, tenía que admitir que no me desagradaba.

Mañana, el encuentro con Abigail Monroe prometía ser un juego de precisión, intelecto y tensión. Un desafío que no podía ignorar.

Mientras apagaba la luz del salón y me dirigía al dormitorio, una parte de mí sonrió con ironía. No habría ternura. No habría promesas. Solo habría tiempo y control.

Pero incluso el control más firme sabía que no podía anticipar todo lo que esta mujer traería consigo. Y, sin embargo, no podía dejar de esperar.

Capítulo 12



Abigail

El lunes por la tarde siempre tenía algo de castigo divino.

El estudio empezaba a vaciarse a partir de las seis y media, cuando la luz que entraba por las cristaleras del *South End* se volvía más azul, más fría, como si la ciudad recordara que todavía era invierno. Las maquetas iluminadas proyectaban sombras largas sobre las mesas compartidas y el olor a café recién hecho, el último de la jornada, flotaba en el ambiente como una promesa que nadie pensaba cumplir.

Yo seguía en mi sitio. Sola, con el portátil abierto frente a mí y el mensaje de Declan Reed dando vueltas en mi mente desde la noche anterior.

"Prefiero discutirlo en persona. Mañana por la noche. Dígame la dirección y enviaré a mi chófer."

Ni una palabra sobre las correcciones. Ni una sola opinión técnica. Ni un miserable "lo veo bien" o "esto no me convence". Nada. Solo esa orden disfrazada de invitación.

Apoyé la espalda en la silla ergonómica y me pasé una mano por el cabello, apartándolo del rostro. Había estado revisando por enésima vez los cambios que le envié el domingo por la noche. Ajustes en la fachada sur para maximizar la entrada de luz sin comprometer la eficiencia energética, redistribución de la recepción para ganar amplitud visual y una modificación

en la estructura de la azotea del edificio para reforzar el efecto panorámico hacia el río.

Había sido un buen trabajo, lo sabía. Y, aun así, su respuesta me tenía con el estómago en tensión.

No le había enviado ninguna dirección porque no pensaba ir a ningún sitio con él. No pensaba dejar que me recogiera un chófer como si fuera… no sabía qué. Una cita. Una empleada sumisa. Una distracción de su agenda.

Quería que me respondiera por mensaje. Que me dijera si las correcciones eran válidas. Que fuera profesional. Que dejara de jugar.

—¿Sigues aquí, Abi? —la voz de Julia me sacó de mis pensamientos.

Levanté la vista y vi que ella estaba ya con el abrigo puesto, bufanda verde anudada al cuello y el pelo pelirrojo recogido en un moño alto desordenado.

—Estoy terminando unas cosas —respondí.

—Eso dices siempre.

—Y siempre es verdad.

Julia sonrió y se apoyó un momento en el borde de mi mesa.

—No dejes que ese magnate hotelero te amargue el lunes.

Fruncí el ceño.

—¿Quién dice que me lo está amargando?

—Tu cara. Y el hecho de que llevas diez minutos mirando la pantalla sin mover el ratón.

Bufé.

—Es insoportable.

—Pero interesante —canturreó y la miré de lado.

—Vete a casa, Julia.

Se rio y levantó las manos en señal de rendición.

—Vale, vale. Hasta mañana. No te quedes hasta las diez.

—No prometo nada.

—Al menos revisa las notas que te di sobre la recepción y la redistribución de las suites premium —dijo, señalando el dosier que había junto a mi portátil —. Creo que podríamos ganar más fluidez si desplazamos el núcleo de ascensores medio metro hacia el oeste.

—Lo miraré —respondí, ya concentrada.

Ella se inclinó sobre el plano digital.

—Si hacemos esto… —Dibujó una línea imaginaria en el aire—. Conseguimos que la circulación sea más orgánica.

—Y perdemos simetría.

—Pero ganamos experiencia de usuario.

Sonreí de lado.

—Te encanta decir “experiencia de usuario”.

—Porque vende.

Volteé los ojos, aunque sabía que tenía razón.

—Lo consideraré.

Julia me observó un segundo más.

—¿Quieres que me quede?

La miré y agradecí el gesto.

—No. Tranquila.

—Vale, pero en serio. No te quedes hasta tarde.

—Que sí, mamá.

—Descansa, jefa. —Me guiñó un ojo y se despidió.

Poco después, Alisa se despidió desde la puerta de la sala de reuniones, Piero me lanzó un "Ciao, *architetta*" exageradamente teatral y, en cuestión de minutos, el estudio quedó en silencio.

Volví a pensar en el mensaje. "Enviaré a mi chófer." El descaro de ese hombre era insultante.

Cogí el móvil con la intención de responderle algo frío y perfectamente profesional, cuando la pantalla se iluminó con una llamada entrante.

Al ver el nombre de Nick no pude evitar sonreír.

—Hola, forastero.

—Eso ha sonado a que me echas de menos —respondió él con esa voz grave y relajada que siempre parecía estar a punto de reírse.

Me acomodé mejor en la silla.

—Depende. ¿Traes noticias interesantes o solo arrogancia de Chicago?

—Ambas cosas. Pero hoy empiezo por lo interesante.

—Te escucho.

Nick carraspeó.

—Un cliente mío tiene un conocido en Boston. Muy buen perfil. Quiere construir una casa para su hija. Se casa en otoño y quiere regalársela.

Me incorporé ligeramente.

—Eso suena… importante.

—Lo es. Y cuando le hablé de tu estudio, le dije que preguntara por ti. Que estarías encantada de ponerte al frente del proyecto.

Mi sonrisa se ensanchó.

—¿Has hecho eso?

—Claro. ¿Creías que solo te llamaba para cosas indecentes?

—La mayoría de las veces, sí —contesté, y Nick se rio.

—Eres terrible.

—Y tú me conoces demasiado bien.

Me explicó algunos detalles: terreno amplio a las afueras, presupuesto generoso, plazos razonables. Mientras hablaba, yo ya estaba imaginando líneas, volúmenes e incluso la luz entrando por ventanales altos.

—Gracias, Nick —dije con sinceridad cuando terminó—. De verdad. Estaré encantada de atenderle cuando venga a vernos.

—Lo sabía. Te brillan los ojos cuando te emocionas con un proyecto.

—No puedes verme.

—No necesito verte.

Hubo un breve silencio cómodo.

—¿Cuándo vienes a Boston? —pregunté.

—En dos semanas, probablemente. Pero podrías venir tú antes.

Sonreí, apoyando el codo en la mesa.

—Ah, ¿sí?

—Chicago no es tan terrible en invierno.

—Discrepo.

—Ven a verme, Abi.

Su tono cambió solo un poco, más suave y personal. Sentí ese calor familiar, esa comodidad sin exigencias. Con Nick todo era fácil, sin promesas y sin expectativas.

—Lo pensaré —respondí.

—Eso significa que no.

—Eso significa que tengo mucho trabajo.

—Siempre tienes mucho trabajo.

—Y tú siempre intentas distraerme.

Se rio.

—Porque me gusta cómo suenas cuando finges que no quieres venir.

Negué con la cabeza, aunque no podía verme.

—Eres imposible.

—Y aun así me contestas el teléfono.

—Eso es porque me traes clientes.

—Claro. Solo por eso.

Nos despedimos entre bromas, quedando en hablar pronto. Y, antes de colgar, volvió a decirlo:

—Chicago te espera.

La llamada terminó y me quedé unos segundos mirando el móvil.

Con Nick nunca había tensión incómoda. Nunca había juegos de poder. Nunca había miradas que me hicieran sentir expuesta. Era cómodo y seguro.

Volví a dejar el teléfono sobre la mesa y pensé otra vez en el mensaje de Declan. Y entonces ya no me pareció tan simple.

Porque con Declan no había comodidad. Había algo más oscuro. Más inquietante. Más vivo. Sacudí la cabeza, molesta conmigo misma. No. Era mi cliente. Nada más.

Abrí el archivo de nuevo y repasé las plantas con gesto crítico. Si él quería discutirlo en persona, lo haríamos en la oficina, con todo el equipo. Con planos sobre la mesa. Con distancia profesional. No iba a darle mi dirección. Ni a ir a ningún otro sitio que no fuera mi oficina.

El reloj marcaba las siete y cuarto cuando empecé a notar el cansancio en los hombros. Me levanté para estirarme y caminé hasta la cristalera. La ciudad estaba teñida de luces amarillas y el tráfico fluía lento bajo el cielo oscuro.

Me abracé a mí misma un segundo y pensé en mi exnovio. En aquella frase absurda y cruel que había dejado una marca invisible pero persistente. En cómo, desde entonces, siempre medía cada gesto. Cada insinuación. Cada posible rechazo.

No iba a dejar que un hombre arrogante me descolocara.

El lunes se me estaba haciendo eterno.

Había días en los que el estudio parecía vibrar con energía creativa y otros, como aquel, en los que cada minuto pesaba más de lo que debería. Desde primera hora tuvimos una reunión interna con Gabriel para revisar el cronograma del hotel del señor Reed. Él habló de plazos, de presupuestos, de la presión mediática que rodeaba el proyecto. Yo asentía, profesional y eficiente como siempre.

Suspiré, volví a sentarme, abrí las notas de Julia y empecé a revisar los cambios. Estaba tan concentrada en ajustar medidas, en recalcular proporciones, en imaginar cómo se movería la gente por aquel espacio, que el mundo exterior desapareció.

Hasta que una voz grave, perfectamente modulada, rompió el silencio.

—No me ha dado la dirección.

Se me heló la sangre un segundo y levanté la vista despacio.

Declan Reed estaba apoyado en el marco de la puerta, con traje oscuro impecable, abrigo negro perfectamente cortado y las manos en los bolsillos. Su presencia llenaba el espacio como si lo reclamara. Fruncí el ceño.

—¿Qué hace aquí?

Cerró la puerta tras de sí con suavidad.

—Le escribí ayer.

—Lo sé.

Avanzó unos pasos, y el sonido de sus zapatos sobre el suelo industrial resonó demasiado alto en el silencio.

—No me dio la dirección.

—Porque no me gusta hablar de trabajo fuera de la oficina.

Lo sostuve con la mirada y me mantuve firme. Él inclinó ligeramente la cabeza, con una media sonrisa dibujándose en sus labios.

—No me gusta que me desobedezcan.

La palabra cayó entre nosotros como una provocación deliberada. Me incorporé en la silla.

—No le he desobedecido. Le propuse revisar las correcciones aquí y esperaba que me respondiera, no que me dijera que quería hablar de trabajo fuera de mi horario.

Su sonrisa se ensanchó tan solo un milímetro.

—Menos mal que he venido, entonces.

Se detuvo frente a mi mesa.

—Aunque no volverá a hacerlo —añadió con voz más baja—. Si le digo que me dé una dirección para que mi chófer la recoja, usted sencillamente me la da y va donde la espero.

Sentí el impulso de levantarme y lo hice.

—No soy su mascota para tener que hacer lo que diga.

Sus ojos, gris acero, se oscurecieron ligeramente.

—No me gusta llamar mascotas a mis sumisas.

El aire se me quedó atascado en la garganta al escucharle decir aquello, y lo miré con los ojos muy abiertos. Él sonrió de medio lado. Una sonrisa sin humor, pero con intención.

—Se está equivocando si cree que voy a ser algo más que la encargada del proyecto de su hotel —dije.

—Eso ya lo veremos.

La seguridad en su tono era exasperante.

Capítulo 13



Abigail

Declan se acercó un poco más a la mesa y, sin pedirme permiso, giró mi portátil hacia él para ver la pantalla. Y así, con ese simple gesto, mi espacio quedó completamente invadido.

—¿Qué es esto? —preguntó, señalando el plano abierto.

—Cambios que me propuso Julia esta tarde. Estoy valorándolos.

Se inclinó ligeramente para observar mejor. Su perfume, limpio, sobrio y masculino, me alcanzó de inmediato.

—Me gustan —dijo con un asentimiento.

La respuesta me pilló por sorpresa.

—¿Perdón?

—La circulación mejora. Y la sensación de amplitud en la recepción será más impactante.

Parpadeé.

—Aún no he decidido si implementarlos.

—Debería.

Se apoyó en el escritorio, cruzando un pie delante del otro, con las manos firmes sobre la superficie. El gesto era relajado, pero su cuerpo irradiaba control.

—Pero no he venido por eso —añadió y tragué saliva.

—Lo imagino.

—Quiero hablar de las correcciones que me envió anoche.

Su mirada se deslizó hacia mí. Una mirada lenta e intensa que hizo que me estremeciera, aunque intenté que no se notara.

—Adelante —dije, obligándome a sonar neutra.

Él empezó a hablar de la fachada sur. De la entrada de luz. De cómo el juego de volúmenes reforzaba la identidad de marca que quería proyectar. Yo asentía, señalando detalles en la pantalla, explicando decisiones técnicas. Pero era imposible ignorar su cercanía.

Estaba demasiado cerca. Sentía el calor de su cuerpo. La tensión contenida en su postura. La forma en que sus ojos no solo miraban el plano. También me miraban a mí.

—La azotea —continuó—. Quiero que sea el elemento más fotografiado de la ciudad.

—Lo será.

—¿Está segura?

—Siempre estoy segura cuando hago bien mi trabajo.

Su mirada brilló con algo parecido a desafío.

—Eso me gusta.

—¿El qué?

—Su seguridad.

No supe qué responder, y un silencio denso se estiró entre nosotros.

—La redistribución de la recepción —retomó él—. Si desplazamos el núcleo estructural, ¿qué ocurre con la carga?

Agradecí el regreso al terreno técnico.

—Se compensa con refuerzos laterales. Ya lo he calculado.

—¿Y el presupuesto?

—Se ajusta dentro del margen que aprobó.

Me observó unos segundos.

—Confía mucho en sus decisiones.

—Porque sé lo que hago.

—No me cabe duda —dijo, después de una breve pausa.

El tono cambió. Era más bajo y personal, y me di cuenta de que mis manos estaban apoyadas en la mesa, a escasos centímetros de las suyas. Demasiado cerca.

—Señor Reed…

—Declan.

—Estamos en el estudio.

—Precisamente.

Su mirada descendió un segundo hacia mi boca antes de volver a mis ojos y mi pulso se aceleró sin permiso.

—Las correcciones técnicas están justificadas —dije, volviendo a la pantalla—. Si hay algo que no le convenza, podemos revisarlo ahora.

Él no respondió de inmediato; en lugar de eso, me observó. Como si evaluara algo que no estaba en los planos.

—¿Siempre es tan desafiante con sus clientes? —preguntó al fin.

—Solo con los que creen que pueden dar órdenes fuera de contrato.

Una chispa cruzó sus ojos.

—Interesante.

Se incorporó un poco, pero no se apartó.

—Quiero que el hotel sea impecable, Abigail.

Mi nombre en su boca sonó distinto. Más lento.

—Lo será.

—No tolero errores.

—Yo tampoco.

El silencio volvió a caer y, aunque la conversación seguía siendo profesional en apariencia, algo había cambiado.

El aire era más denso. Más cargado. Como si la discusión sobre planos fuera solo la superficie de algo mucho más peligroso.

Y lo peor era que yo era perfectamente consciente de ello y no me estaba apartando.

No supe en qué momento la conversación dejó de ser únicamente técnica. Quizá fue cuando dejó de mirar los planos. O cuando yo dejé de escuchar lo que decía.

Declan Reed hablaba. Lo veía mover los labios. Veía cómo su mandíbula se tensaba un poco al remarcar una idea, cómo la comisura de su boca se

curvaba ligeramente cuando algo le parecía brillante o insuficiente. Pero no estaba escuchando.

Porque me había quedado atrapada mirando su boca. Era absurdo. Infantil. Impropio de mí. Y, sin embargo, no podía apartar la vista. Sus labios eran firmes, definidos, demasiado atractivos para un hombre que se permitía el lujo de ser tan arrogante. Cuando pronunciaba mi nombre, el sonido parecía rozarme la piel.

—…la estructura del ala este podría reforzarse con un gesto más audaz.

Parpadeé. No tenía ni idea de qué había dicho antes.

—¿Podría repetirlo? —pregunté, odiando que mi voz sonara un poco más baja de lo habitual.

Una sombra de sonrisa cruzó su rostro.

—Claro.

Se inclinó ligeramente hacia la pantalla, pero yo apenas miré el plano. Seguía observándolo a él. La línea recta de su nariz. El contraste entre su cabello oscuro y la piel clara. La seguridad absoluta con la que ocupaba el espacio.

Arrogante. Egocéntrico. Imponente. Y jodidamente atractivo. Eso era lo peor. Que lo sabía. Que lo pensaba. Que mi cuerpo reaccionaba a él, aunque mi mente estuviera decidida a poner distancia.

—¿Me está escuchando, Abigail? —preguntó, y su voz sonó más grave y más cercana.

—Por supuesto.

—Entonces dígame qué opina.

Cogí aire y forcé mi cerebro a volver al proyecto.

—Si reforzamos el ala este con un gesto más audaz, como dice, perderemos coherencia con la fachada principal. La elegancia está en la sutileza.

—Yo no busco sutileza.

—Eso es evidente.

Sus ojos centellearon.

—Explíquese.

—Su marca no es discreta. Es dominante. Pero eso no significa que el edificio deba gritar.

—A veces hay que hacerlo para que te escuchen.

—O para ocultar inseguridades.

El silencio cayó como un golpe seco. Lo miré fijamente. No iba a retroceder. Su expresión cambió. Ya no había media sonrisa, solo intensidad.

—Tenga cuidado —dijo despacio—. Está cruzando una línea.

—¿Cuál? ¿La de decir lo que pienso?

—La de provocarme.

El aire se volvió eléctrico.

—No estoy provocando a nadie. Estoy defendiendo un criterio arquitectónico.

—No me hable como si esto fuera solo arquitectura.

Mi corazón dio un salto.

—¿Y qué es, entonces?

Se incorporó del todo, dejando de apoyarse en la mesa, de modo que la distancia entre nosotros era mínima. Demasiado mínima.

—Usted disfruta llevándome la contraria.

—Y usted disfruta intentando imponer su voluntad.

—Porque, por norma general, casi siempre lo consigo.

—Conmigo no.

Se hizo un silencio tenso, cargado y vibrante.

—No me provoque si no quiere consecuencias —susurró.

La frase me recorrió la columna vertebral, pero no bajé la mirada.

—¿Qué consecuencias? —repliqué—. ¿Va a irse a otro estudio de arquitectura? Puedo lidiar con ello. Mi jefe me perdonará cuando le explique que usted es un hombre insufrible e insoportable.

Por un segundo pensé que se enfadaría, pero, en lugar de eso, soltó una carcajada profunda y auténtica.

—¿Insufrible e insoportable?

—Exactamente eso.

—No serían esas las consecuencias.

Su risa se apagó lentamente, y entonces dejó de haber ironía. Solo algo mucho más peligroso.

Se quedó mirándome fijamente, sin pestañear, y sentí cómo el corazón me golpeaba contra las costillas. Demasiado rápido. Demasiado fuerte. Mi cuerpo reaccionaba a su proximidad como si hubiera una corriente invisible entre nosotros.

Retrocedí un paso. Él avanzó uno. No me tocaba. Al menos todavía.

—¿Qué consecuencias, entonces? —pregunté, odiando que mi voz sonara un tono más bajo.

Su mirada descendió lentamente por mi rostro. Mis labios. Mi cuello. Mi escote apenas insinuado bajo la blusa ajustada. Finalmente, volvió a mis ojos.

—Las que no figuran en ningún contrato.

Sentí cómo el aire me faltaba en ese instante.

—No le tengo miedo —dije, esperando sonar convincente.

—No he dicho que deba tenerlo.

Y entonces su mano se movió. No fue brusco ni invasivo en apariencia. Pero cuando sus dedos rozaron mi costado, apenas por encima de la cintura, el mundo se contrajo a ese punto exacto de contacto.

Y me estremecí de forma involuntaria. Mi cuerpo reaccionó antes de que pudiera controlarlo. Durante un segundo cerré los ojos. Solo un segundo. Y, maldita sea, me mordí el labio. Un gesto inconsciente e instintivo.

Cuando volví a abrirlos, él estaba más cerca. Demasiado. Sentí su aliento en la curva de mi cuello, cálido, lento y deliberado. No me estaba sujetando. No me estaba reteniendo. Podría haberme apartado. Pero no lo hice.

—No juegue conmigo si no está preparada para perder el control —susurró junto a mi oído, con una voz baja y cargada de una promesa indecente—. Porque cuando decida tocarla de verdad… no va a recordar su propio nombre.

Un escalofrío me atravesó entera. Mi piel ardía donde sus dedos habían estado. Mi respiración se volvió irregular. Y odié que una parte de mí quisiera comprobar si decía la verdad.

Se apartó despacio, sin prisa. Como si supiera exactamente el efecto que había provocado, y volvió a colocarse el abrigo con un gesto impecable.

—Revisaré el presupuesto actualizado mañana —dijo con absoluta normalidad, como si no acabara de incendiarme por dentro—. Envíemelo

antes del mediodía.

Me quedé inmóvil, intentando recomponerme.

—Lo tendrá —logré responder.

Se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir, se detuvo sin mirarme.

—Y, Abigail…

Tragué saliva.

—La próxima vez que le pida una dirección… piénselo dos veces antes de negarse.

La puerta se cerró tras él con un clic suave y el estudio volvió al silencio. Pero ya no era el mismo.

Apoyé las manos en la mesa para sostenerme. Mi corazón seguía desbocado. Me llevé los dedos al costado, justo donde me había tocado, como si pudiera borrar la sensación. No era una amenaza lo que me había dejado. Era una promesa.

Y lo peor de todo era que no sabía si quería huir de ella. O acercarme un paso más.

Capítulo 14

Declan

El miércoles amaneció gris sobre el río, y la ciudad parecía suspendida en esa calma fría que precedía al movimiento real. Desde la terraza acristalada de mi ático, el agua reflejaba un cielo plomizo, y el cristal devolvía mi propia imagen: impecable, controlada, inalterable. Como siempre.

La cafetera automática emitió un leve sonido al terminar el segundo *espresso;* cuando escuché la puerta. No necesité mirar la pantalla del sistema domótico para saber quién era.

La puerta se abrió y David entró sin esperar invitación formal, como llevaba haciendo más de media vida.

—Siempre me ha parecido obsceno que tengas vistas al río y yo a un edificio de oficinas —dijo, dejando las gafas de sol sobre la encimera de la cocina.

—Cómprate un ático mejor.

—Claro. Mañana mismo. Después de que herede una cadena hotelera internacional.

Le tendí una taza.

—No heredo nada. Lo construyo.

—Sí, sí. El discurso de siempre.

Se apoyó en la isla de mármol y dio un sorbo al café.

—Está bueno. Al menos no eres un tirano con la cafeína.

—Solo con lo demás —dije, y él sonrió.

David siempre había tenido esa facilidad para pincharme sin que me molestara. Quizá porque era el único que podía hacerlo sin segundas intenciones.

—Entonces —dijo, apoyando los codos en la encimera—. Hablemos del hotel.

Me senté frente a él.

—El proyecto avanza. Las correcciones estructurales son sólidas. La redistribución de la recepción mejora la circulación.

—Traducción: La arquitecta sabe lo que hace.

Lo miré.

—Sí.

David arqueó una ceja.

—¿Solo “sí”?

—Es brillante.

—Ajá.

—No empieces.

Se echó a reír.

—No he dicho nada.

—Lo estás pensando.

—Estoy pensando que cada vez que pronuncias la palabra “arquitecta” bajas medio tono la voz.

Negué con la cabeza.

—Ridículo.

—¿Sabes qué es ridículo? —se inclinó hacia delante—. La electricidad que hay cuando estáis en la misma sala.

Me tensé apenas un segundo.

—No hay ninguna electricidad.

—Declan… —Su sonrisa se amplió—. Saltan chispas.

—Es profesional.

—Claro. Por eso casi os arrancáis la cabeza el lunes pasado.

No respondí.

—Esa mujer no te teme —añadió, más serio.

—No.

—Y eso te desconcierta.

Tomé un sorbo de café.

—No me desconcierta.

—Te desafía constantemente.

—Sí.

—Y te gusta.

Lo miré con una frialdad estudiada.

—Me gusta la competencia.

David soltó una carcajada.

—Lo que te gusta es que, por primera vez en mucho tiempo, alguien no baja la mirada cuando la atraviesas con esa expresión tuya de "yo mando aquí".

—Porque mando.

—Con casi todo el mundo.

Apoyé la taza en la encimera.

—Es mi proyecto. Es mi inversión.

—Y, sin embargo, cuando ella te planta cara, no la despides.

—Porque es la mejor para el trabajo.

—O porque te pone contra las cuerdas.

Sonreí de lado.

—Nadie me pone contra las cuerdas.

David dio otro sorbo, evaluándome.

—Te vi el otro día.

—Ah, ¿sí?

—Cuando hablaba, tú no mirabas los planos —dijo; yo no respondí—. La mirabas a ella.

El silencio fue respuesta suficiente.

—¿Qué es lo que te molesta más? —preguntó—. ¿Que no te tema o que no te obedezca?

—No necesito que me obedezcan fuera de lo profesional.

—Pero se negó a darte una dirección.

Lo fulminé con la mirada.

—No es relevante.

—Lo es para ti.

David sonrió con esa mezcla de ironía y afecto que solo él sabía usar.

—Hermano… cuando estáis en la misma sala, el aire cambia. Y tú, que siempre lo controlas todo, pierdes el ritmo medio segundo.

—Exageras.

—Nunca exagero cuando se trata de mujeres y de ti.

Me recosté en la silla.

—No creo en el amor.

—Nadie ha mencionado el amor.

—Ni en las relaciones.

—Tampoco he dicho eso.

—Entonces no sé qué intentas insinuar.

David apoyó la taza y cruzó los brazos.

—Que te has encontrado con alguien que no encaja en tu esquema.

Guardé silencio, porque, en el fondo, sabía que tenía razón.

Ella no encajaba. No agachaba la cabeza. No suavizaba el tono. No intentaba agradarme. Me sostenía la mirada y me desafiaba.

—¿Sabes qué creo? —continuó—. Que por primera vez no estás evaluando un proyecto. Estás evaluando a una mujer.

—No mezcles.

—Ya están mezclados.

Me levanté y caminé hasta la cristalera. El río seguía fluyendo con calma.

—Es competente —dije al fin—. Y orgullosa. Y no tolera que le den órdenes fuera de contrato.

—Te dijo que no es tu mascota, ¿verdad?

Lo miré con gesto neutro.

—Más o menos.

David se echó a reír.

—Dios, me habría encantado ver tu cara.

—No fue gracioso.

—Para mí sí lo es.

Sacudí la cabeza.

—El proyecto es prioritario.

—Claro.

—Y no voy a permitir que nada lo comprometa.

—Incluida ella.

—Incluida ella.

Pero incluso mientras lo decía, recordé cómo había cerrado los ojos cuando la toqué. Y cómo se había mordido el labio.

David me observó en silencio.

—Ten cuidado —dijo al fin.

—¿Con qué?

—Con no querer algo que no sabes manejar.

Lo miré con una calma glacial.

—Siempre sé lo que manejo.

David sonrió.

—Eso dices ahora.

Y, por primera vez en mucho tiempo, no estuve completamente seguro de tener razón.

—Hablando en serio —dijo David un rato después, ya más centrado—. Los materiales.

Volvimos a la mesa con los planos desplegados.

—El equipo ha elegido bien —añadió—. La piedra tiene carácter. El acero aporta modernidad sin resultar frío.

Asentí.

—La combinación es sólida.

—Si no estás convencido, deberías ir a verlos antes de firmar.

—Lo haré.

—No delegues eso.

—No lo hago.

David me miró un segundo más.

—Entonces estamos en sintonía.

Se levantó y dejó la taza vacía en el fregadero.

—Tengo una reunión en una hora. No puedo quedarme a seguir analizando tu crisis arquitectónica emocional.

—No tengo ninguna crisis.

—Claro que no.

Cogió las gafas y caminó hacia la puerta.

—Y, Declan…

—¿Qué?

—Si vas a lanzarte al vacío, al menos disfruta la caída.

Volteé los ojos.

—Vete —ordené. David se rio y salió.

El silencio volvió a instalarse en el ático y, por primera vez en días, no fue un silencio cómodo.

Me serví otro café e intenté concentrarme en los planos. Pero no funcionó. Porque mi mente no estaba en la piedra ni en el acero. Estaba en ella. En su olor.

No era un perfume empalagoso, era algo más limpio, más cálido. Como madera suave mezclada con algo dulce que no supe identificar.

Recordé la curva de su cintura bajo mi mano. La firmeza de su cuerpo cuando la acorralé verbalmente. La forma en que se estremeció.

Cerré los ojos un segundo y la imaginé en mi ático. En mi dormitorio. Contra el cristal con la ciudad extendiéndose a su espalda.

Mi mandíbula se tensó. No era solo deseo. Era una necesidad irritante de tenerla cerca. De medir sus reacciones. De ver hasta dónde llegaba su desafío cuando dejaba de ser puramente verbal.

Abrí los ojos con una idea en la cabeza, cogí el teléfono y escribí un mensaje.

Declan: *Voy a viajar a Nueva York para revisar los materiales del hotel. Debería venir. Es importante que vea las texturas y acabados in situ.*

La respuesta tardó demasiado. Pero finalmente, apareció.

Abigail: *Esta semana me resulta imposible. Tengo mucho trabajo.*

Mi boca se tensó.

Declan: *Puede delegar el proyecto unos días en su equipo.*

Tardó menos en contestar.

Declan: *No es solo por su proyecto. Tengo un nuevo cliente.*

Fruncí el ceño. ¿Un nuevo cliente? Una punzada absurda atravesó mi pecho.

Declan: *¿Qué cliente?*

Abigail: *Uno importante.*

No sabía por qué, pero la idea de ella trabajando estrechamente con otro hombre me irritó más de lo razonable. Respiré hondo.

Declan: *Vayamos el fin de semana.*

El silencio volvió. Un silencio tan largo como exasperante.

Abigail: *Podría ir el viernes por la tarde. Pero debemos estar de regreso el domingo por la noche. Tengo una cita que no puedo cancelar.*

Me quedé inmóvil. Una cita. No sabía por qué me tensé. No tenía ningún derecho, no era nada mío. Y, sin embargo, la idea me resultó insoportable.

Declan: *De acuerdo.*

Envié el mensaje antes de poder reconsiderarlo y dejé el teléfono sobre la mesa. El fin de semana. Nueva York. Con ella. Y dos días completos para comprobar si la chispa que saltaba entre nosotros era solo por una lucha profesional… O algo mucho más peligroso.

Al mediodía fui a ver a mi madre, que me recibió con un beso en la mejilla.

—Llegas puntual. Milagro.

—Siempre soy puntual.

—Con el trabajo.

Sonrió y me hizo pasar al comedor.

Durante la comida hablamos del proyecto, de la expansión internacional, de las cifras. Ella escuchaba con atención, como siempre.

—¿Y el equipo de arquitectos? —preguntó.

—Competente.

—Eso no me dice nada.

—Son buenos.

—¿Y la arquitecta principal?

Sabía que llegaría a eso.

—Es… distinta.

Mi madre arqueó una ceja.

—Explícate.

—No es como otros empleados.

—¿En qué sentido?

—No se achanta. No agacha la mirada. No me teme.

Mi madre se echó a reír suavemente.

—Vaya. Qué tragedia.

—No es una tragedia.

—Suena a que te desconcierta.

—No.

—Declan.

Suspiré.

—Es directa. Orgullosa. Y me desafía.

—¿Y eso te molesta?

—A veces.

Mi madre sonrió con una calma casi divertida.

—Tal vez al fin has encontrado a la horma de tu zapato —dijo, y volteé los ojos.

—No te hagas ilusiones. No voy a casarme nunca.

—Eso han dicho muchos otros antes de caer rendidos a los pies de la mujer que les ha hecho perder la cabeza.

—No estoy perdiendo la cabeza.

—Todavía.

Negué con la cabeza, pero no pude evitar una mínima sonrisa. Terminamos el postre hablando de asuntos más ligeros. Antes de irme, me abrazó.

—Espero verte pronto.

—Lo harás.

—Y tráeme algún día a esa arquitecta tan interesante.

La miré con una advertencia fingida.

—No empieces.

Ella sonrió con esa intuición que siempre la había caracterizado.

—No empiezo. Solo observo.

Le di un beso en la mejilla y salí.

Mientras conducía de vuelta al ático, pensé en Abigail. En Nueva York. En el fin de semana. Y en esa cita que no podía cancelar.

Por primera vez en mucho tiempo, algo que no estaba bajo mi control me incomodaba. Y no sabía si eso me enfadaba… O me impulsaba a querer tenerla aún más cerca.

Capítulo 15



Abigail

El viernes por la tarde el estudio tenía ese aire extraño de víspera de algo. No de vacaciones. No exactamente. Sino de expectativa.

Había llevado una pequeña maleta de mano conmigo esa mañana, intentando fingir que no era gran cosa. Que viajar a Nueva York con Declan Reed era simplemente parte del trabajo. Que no tenía ningún significado añadido. Mentira.

A las cinco y media, mientras guardaba el portátil en la funda y revisaba por última vez los correos, Julia apareció apoyándose en mi mesa.

—¿Lista para el fin de semana corporativo más intenso de tu vida?

—Es una visita técnica —respondí sin mirarla.

—Claro. Y yo soy minimalista.

Alisa se acercó por el otro lado, siempre elegante incluso con su abrigo puesto.

—Recuerda que vas a evaluar materiales, no a evaluar abdominales.

La miré.

—No evalúo abdominales.

Piero apareció detrás de ellas como si la escena estuviera ensayada.

—Pero podrías, ¿eh?

—No empieces tú también.

Cerré la cremallera de la maleta con más fuerza de la necesaria.

—Os recuerdo que es trabajo.

Julia hizo un gesto dramático con la mano.

—Trabajo con el señor Reed. Mucha suerte, jefa.

Suspiré.

—Más que suerte voy a necesitar un cura. Ese hombre tendría que ser exorcizado.

Los tres estallaron en carcajadas.

—Igual el cura, en vez de exorcizarle a él, os casa —dijo Piero con su característica teatralidad italiana.

Puse los ojos en blanco.

—No hay hombre en el mundo capaz de hacer que me vista de novia.

Alisa arqueó una ceja.

—Nunca digas “de esta agua no beberé”.

—Lo digo con absoluta seguridad.

Julia me miró con una sonrisa ladeada.

—Eso mismo dicen todas antes de caer.

—No voy a caer en nada.

Pero incluso mientras lo decía, recordé la forma en que me había susurrado al oído el lunes y sentí un calor incómodo en el cuello.

—Vale, basta —dije, agarrando la maleta—. Os veo el lunes.

—Suerte —repitieron casi al unísono.

Salí del estudio con el corazón latiendo más rápido de lo normal. No era miedo. Era anticipación. Y odiaba que fuera así.

Estaba a punto de llamar al ascensor cuando sonó mi móvil. Lo saqué del bolso y sonreí al ver el nombre de mi madre.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. ¿Te pillo bien?

—Sí, estoy saliendo del estudio.

—Me alegro, no quería molestar.

—Sabes que vosotros nunca molestáis. ¿Va todo bien?

—Sí, sí, todo perfecto. Es que tu padre y yo nos vamos a Florida esta noche; un conocido suyo quiere vender la casa que tiene allí y quiere que nos encarguemos nosotros. Quería avisarte, por si tenías pensado venir este fin de semana a casa.

—Pues lo pensé, sí —dije mientras entraba en el ascensor—. Pero al final no te dije nada porque me ha surgido un viaje de trabajo.

—¿Un viaje de trabajo? ¿Algún cliente nuevo?

—En realidad, sí. Es un cliente que va a remodelar un edificio aquí en Los Ángeles, pero quiere ver los materiales que hemos escogido antes de decidir algo. Me voy ahora al aeropuerto. Regresaré el domingo.

—Vale, pues ten cuidado.

—Siempre lo tengo —sonreí—. Vosotros disfrutar, que seguro que papá quiere llevarte a cenar o a algún otro sitio.

—Mientras no se enamore de la casa de su amigo y la compre, como hizo hace unos años con la de aquel músico… —Suspiró y me reí.

Recordaba aquella casa, una preciosa en California con vistas a la playa. Mi padre quería tenerla como casa de vacaciones, a pesar de que mi madre le insistía en que a qué vacaciones se refería si hacía años que no disfrutaban de un mes entero. Finalmente, puso la propiedad en venta y le sacó un pellizquito de beneficios que repartió conmigo, abriéndome una cuenta de ahorros para cuando me casara. Lástima que esa boda nunca llegó y nunca llegaría.

—Tengo que dejarte, mamá. Voy a salir ya del edificio.

—Claro, cariño. Nos vemos la próxima semana. Te queremos.

—Y yo a vosotros —respondí con una sonrisa.

Al salir a la calle, el aire frío de febrero me golpeó el rostro.

Un coche negro elegante esperaba junto a la acera. Impecable, discreto y potente. Un hombre trajeado estaba junto a la puerta trasera. Claro. Había enviado al chofer. Por supuesto que sí.

Caminé hacia el vehículo con la maleta rodando suavemente detrás de mí. El hombre me dedicó una inclinación respetuosa.

—Señorita Monroe. Soy Edward.

—Encantada.

Cogió mi maleta con eficiencia, abrió la puerta trasera y entonces lo vi.

Declan estaba sentado en el interior, hablando por teléfono. Traje oscuro, abrigo perfectamente ajustado y expresión concentrada. Levantó la mirada al oír la puerta y nuestros ojos se encontraron.

—Sí, David, lo reviso el lunes —dijo al teléfono—. No, no cambies nada hasta entonces —hizo una pausa—. Confía en mí.

Colgó, y sentí un calor inexplicable cuando sus ojos me recorrieron de arriba abajo.

—Buenas tardes, Abigail.

El simple sonido de mi nombre en su voz me recorrió la piel.

—Buenas tardes.

Edward cerró la puerta tras guardar mi maleta en el maletero y rodeó el coche para ponerse al volante.

El interior olía a cuero nuevo y a su perfume. Me acomodé en el asiento, manteniendo una distancia prudente. El coche arrancó con suavidad y, durante unos segundos, ninguno habló.

La ciudad empezó a desfilar tras los cristales tintados.

—He concertado las reuniones con los proveedores mañana a primera hora —dijo él finalmente—. Veremos la piedra natural, los revestimientos interiores y las opciones de iluminación.

—Perfecto.

—Quiero que toque los materiales. Que vea cómo reaccionan con la luz real.

Asentí.

—Es fundamental. Las muestras en estudio nunca cuentan toda la verdad.

Una ligera curva apareció en sus labios.

—Me alegra que estemos de acuerdo.

—No siempre discrepamos.

—No. Solo cuando me desafía.

Lo miré.

—Cuando tengo razón.

Sus ojos brillaron.

El resto del trayecto transcurrió con comentarios breves sobre el proyecto. Técnicos y correctos. Pero debajo de cada frase había algo más. Una corriente silenciosa.

Y cuando el coche se detuvo frente a la terminal privada del aeropuerto, sentí que el fin de semana empezaba de verdad.

No estábamos en la zona habitual del aeropuerto. El coche se detuvo directamente frente a un jet privado impecable con el logo de *Reed International* en la cola. Lo miré.

—¿Vamos en… eso?

—Sí —contestó, como si fuera lo más normal del mundo.

Edward bajó primero y abrió mi puerta. El aire olía a queroseno y a viento frío.

Subí la pequeña escalinata con el corazón latiendo con fuerza y, al entrar en el jet, me recibió un interior elegante pero sobrio: asientos de cuero claro, madera pulida, iluminación cálida. Nada ostentoso. Todo perfecto.

El despegue fue suave. Sorprendentemente relajado.

Estábamos sentados frente a frente con una mesa plegable entre nosotros. Me ofrecieron una copa de vino y acepté, más para relajarme que por otra cosa.

—Háble me de su nuevo cliente —dijo él en tono casual.

Lo miré con cautela.

—Un padre que quiere regalarle una casa a su hija por su boda.

—Generoso.

—Mucho.

—¿Es arquitecto también?

—No.

—Bien.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué “bien”?

—Porque no me gustan los hombres que comparten demasiado su tiempo con usted.

Mi corazón dio un salto absurdo.

—Es trabajo.

—Lo sé.

La conversación derivó hacia nuestras trayectorias. Le hablé de mis primeros años en el estudio, de cómo había tenido que demostrar más de una vez que mi talento no dependía de mi género ni de mi físico. Él escuchaba de verdad, y eso me sorprendió.

—¿Y usted? —pregunté—. ¿Por qué este hotel? Podría haber elegido cualquier otro edificio.

Su expresión cambió. Se volvió más serena.

—El edificio que compré era el hotel donde mis padres se conocieron. Hace cuarenta años.

Parpadeé.

—¿De verdad?

Asintió.

—Allí celebraban cada aniversario. Mi padre fundó la cadena hotelera que yo heredé cuando murió. Siempre quiso comprar ese hotel. Que formara parte del grupo.

Hubo un silencio distinto, más íntimo.

—Lo hago por él —añadió—. Para cumplir su sueño.

Sentí algo cálido en el pecho.

—Eso es… muy bonito.

Sus ojos se suavizaron un poco.

—No suelo hablar de esto. Ni de mi vida privada.

—Lo sé.

Y no supe cómo, pero en ese momento la distancia entre nosotros pareció reducirse de otra manera. No física. Más profunda.

Cuando aterrizamos en Nueva York, ya no me sentía tan tensa. El coche nos llevó al hotel donde nos alojaríamos. Uno de los suyos.

El edificio era imponente, con fachada de cristal y piedra clara. El interior combinaba lujo con eficiencia energética visible en cada detalle: iluminación LED integrada, plantas naturales estratégicamente ubicadas, espacios abiertos llenos de vida.

Era vibrante, moderno, sostenible y absolutamente impresionante.

—Bienvenida a casa —dijo él.

Lo miré. Y, por primera vez desde que lo conocía, no vi solo al hombre dominante y arrogante. Vi al hijo que quería honrar a su padre. Y eso me

pareció infinitamente más peligroso.

Porque empezaba a gustarme no solo el hombre que me desafiaba. Sino también el que escondía esa parte que casi nadie veía.

Capítulo 16



Declan

Después de dejar mi equipaje en la suite principal, respiré hondo y me dirigí a la contigua, la que había reservado para Abigail. No se trataba solo de una habitación: era una extensión de la experiencia que quería transmitirle con este nuevo proyecto.

Cada detalle tenía un propósito: la luz natural que iluminaba los rincones estratégicos, los materiales de cada superficie, el aroma sutil que impregnaba la estancia… Todo debía hablar de lo que quería que los huéspedes sintieran, y también de lo que esperaba de ella al frente del proyecto de mi hotel insignia. Quería que Abigail lo sintiera, que lo viviera, que comprendiera lo que pretendía sin necesidad de explicárselo todo con palabras.

Golpeé suavemente la puerta y esperé, pero ella no tardó en abrir la puerta, apoyada en el marco, descalza, pero con la ropa del trabajo aún puesta. Esa mirada suya, mezcla de curiosidad y desconfianza, siempre tenía un efecto en mí que no lograba controlar del todo. Me hizo sonreír por dentro y, al mismo tiempo, tensar los músculos. No sabía si quería entrar para admirarla o para retarla. Probablemente para ambas cosas.

—¿Necesita algo? —preguntó, con la voz serena, casi profesional.

—Quiero que bajes a cenar conmigo —dije, sin rodeos, dejando que la seguridad en mi tono hiciera parte del trabajo.

Se cruzó de brazos, arqueando una ceja como si quisiera desafiarme con solo mirarme.

—Pensaba pedir algo rápido. Tengo una llamada importante.

—No voy a permitir que te quedes aquí cenando una triste ensalada cuando puedes disfrutar de un menú en condiciones —le dije, ladeando la cabeza con una sonrisa que esperaba que entendiera perfectamente.

Suspiró, pero finalmente asintió.

—Espere un momento —dijo, y se alejó hacia la sala.

La observé mientras caminaba, notando cómo su cadera se balanceaba ligeramente con cada paso, cómo su pelo castaño caía sobre sus hombros, ondulado y brillante. Mi mente se llenó de pensamientos que no debía admitir: la sensualidad que desprendía era más que evidente, pero lo que realmente me desarmaba era su seguridad y la forma en que controlaba su propio espacio, incluso ante mí.

No pude evitar sonreír mientras la escuchaba hablar por teléfono. Era un hombre, eso estaba claro, y por un momento sentí una ligera punzada de celos irracional. Sabía que ella era deseada, pero también sabía que nadie la miraba ni la entendía como yo podía hacerlo.

Se volvió hacia mí, dejando escapar un leve suspiro antes de acercarse a la puerta.

—Estoy lista —dijo—. Vamos a cenar.

Asentí, y ambos salimos. El silencio entre nosotros estaba cargado de una tensión que no necesitaba palabras. Cada paso, cada mirada, cada roce accidental de su mano con la mía parecía cargar la atmósfera de electricidad.

El restaurante estaba impecable: elegante, íntimo, con iluminación cálida y mesas separadas lo suficiente para no sentirse observado. Las paredes de madera oscura combinaban con paneles de vidrio que dejaban ver la ciudad iluminada. Todo diseñado para que uno se sintiera cómodo, pero consciente de cada detalle.

Nos sentamos en una mesa apartada y la observé acomodarse en la silla con esa mezcla de gracia y control que me volvía loco. La forma en que se movía, cómo se apoyaba levemente en la mesa, cómo cruzaba una pierna sobre la otra… Cada gesto era una declaración silenciosa de confianza en sí misma y, al mismo tiempo, de vulnerabilidad contenida.

Pedí un par de platos de carne, con vino tinto de la bodega del hotel. Mientras lo servían, aproveché para estudiar sus gestos, sus manos, cómo se inclinaba hacia mí mientras hablábamos del proyecto. Sus observaciones eran impecables, cada detalle analizado con precisión, y sin embargo había una chispa en sus palabras, una especie de juego implícito que hacía que no pudiera apartar la mirada de ella.

—¿Estás casada? ¿Prometida? ¿Tienes pareja? —pregunté, con un tono casual, aunque cada palabra llevaba la carga de mi curiosidad.

—Ninguna de esas cosas —respondió, arqueando una ceja—. ¿Y usted? No se habla de su vida amorosa en la prensa.

—Me gusta así —contesté, tomando un sorbo de vino—. No quiero que se hable de mi vida privada, solo de la profesional. —Hice una pausa, evaluando su reacción—. Tampoco tengo pareja.

Su sonrisa traviesa me hizo arquear una ceja. Era imposible no notar cómo brillaban sus ojos cuando me retaba de esa manera.

—Entonces, no hay nadie que la haga vibrar en la cama.

—Eso no es profesional.

—Me gusta saber todo sobre las personas con las que trabajo —dije, ladeando la cabeza y observando cómo un mechón de su pelo caía sobre su hombro, cayendo con naturalidad frente a su cara.

—A pesar de ser una pregunta muy personal, le diré que en cuanto a sexo estoy servida, en la medida de lo posible.

—Interesante. Entonces, ¿cómo vive el sexo, señorita Monroe? Es más sumisa, o de las que toman la iniciativa.

—Me gusta disfrutar, es cuanto voy a responder.

Sus labios se curvaron en una sonrisa casi imperceptible, y su mirada se clavó en la mía, desafiante. Sentí que me leía con facilidad, que sabía lo que pensaba incluso antes de pensarlo. Eso me desconcertaba y me excitaba al mismo tiempo.

—¿Y usted cómo vive el sexo? —preguntó, en un tono que mezclaba curiosidad y provocación.

—Me gusta dominar y tener el control —respondí, sin vacilar—. Pocas veces lo cedo.

Ella sonrió con ironía, y mi corazón dio un leve vuelco.

—Desde luego tiene pinta de ser un mandón.

—No soy un mandón —dije, acercándome levemente—. Soy dominante y controlador, pero disfruto tanto dando placer como recibiéndolo.

Pude ver cómo su respiración se aceleraba levemente, y la manera en que sus ojos se dilataron me hizo comprender que estaba tocando un punto delicado.

—Vaya… —murmuró, mientras su mirada no me dejaba escapar—. Esto no es un tema que se suela tratar con un cliente.

—No somos solo cliente y proveedor —susurré, dejando que el comentario flotara entre nosotros como un desafío silencioso.

Cuando llegaron el postre y el café, la conversación adquirió un tono más íntimo, cargado de miradas y silencios prolongados. No hacía falta hablar para sentir la conexión; cada gesto suyo hablaba de deseo, de curiosidad y de complicidad.

—Tengo la sensación —dije, en un susurro— de que no has experimentado todo lo que se puede vivir y sentir en el sexo.

—No me quejo —respondió, firme, aunque con un destello travieso en los ojos—. Estoy bien con lo que hago.

—Entonces hay pareja —insistí, provocándole una ligera sonrisa.

—No —dijo rápidamente—. Es solo sexo con alguien, nada más.

Cené demasiado rápido porque no podía apartar mis ojos de ella. Cada gesto, cada movimiento, cada leve roce de su mano con la mía era eléctrico. Me encantaba cómo podía desafiarme con solo mirarme, cómo no se achantaba nunca ante mí, cómo conseguía que mi control se viera cuestionado de manera deliciosa.

Al terminar la cena, nos levantamos y caminamos hacia el ascensor en silencio, solo nuestras respiraciones y los pasos resonando en el pasillo. Una vez dentro y a solas, pude notar cómo se mordía el labio inferior, cómo evitaba mirarme directamente, y eso aumentaba la tensión entre nosotros de manera casi insoportable.

—No quiero que te apartes —susurré, dejando a un lado las formalidades, acercándome lentamente mientras la acorralaba contra la pared—. Tu cuerpo me dice que quieres que te enseñe cosas que aún no conoces.

Ella tragó saliva y se inclinó ligeramente hacia mí, quedando a escasos centímetros. Mi mano rozó la curva de su cintura mientras nuestras respiraciones se mezclaban, llenando el espacio de calor y anticipación.

—Declan… —murmuró, con voz apenas audible, y eso hizo que mi mandíbula se tensara con fuerza.

—No digas nada —susurré.

Y entonces la besé. Su entrega fue inmediata, perfecta, como si supiera exactamente lo que quería de mí sin necesidad de palabras. Cada movimiento suyo, cada suspiro, cada roce confirmaba algo que ya sabía: no habría un solo beso, ni solo una noche con Abigail Monroe, que pudiera satisfacerme por completo. Su calor, su olor, su sabor… todo quedaba impregnado en mí, y solo podía imaginar lo que vendría.

Era intenso. Era eléctrico. Era real. Y sin duda era solo el comienzo.

Capítulo 17



Abigail

Seguíamos besándonos en el ascensor, y cada roce de su cuerpo contra el mío me hacía estremecer de manera casi incontrolable. Había algo en él… algo que no podía describir con palabras, pero que me atrapaba.

La seguridad de sus manos, la firmeza con que me sostenía, la intensidad de su mirada… todo me hacía sentir al descubierto, como si pudiera leer partes de mí que nadie más había visto jamás. Era incómodo y excitante a la vez; me sentía vulnerable, sí, pero también protegida, como si él supiera exactamente cómo no hacerme daño mientras me empujaba a límites que nunca había explorado.

Mi mente giraba en mil direcciones a la vez. Pensaba en cómo lo conocía por las revistas y las noticias, en todas las veces que lo había visto seguro, arrogante y absolutamente imponente, y, aun así, no había nada en su actitud que me intimidara del todo esta vez. Todo lo contrario: me provocaba, me desafiaba y, al mismo tiempo, me hacía sentir viva de una manera que no había sentido en mucho tiempo.

Me estremecí otra vez cuando rozó mis costados mientras me acercaba más a él. Un pequeño gemido se me escapó, y lo escuché incluso antes de darme cuenta de que lo había emitido. Eso me hizo ruborizarme, y él soltó una sonrisa apenas perceptible, ladeando la cabeza de manera que me resultó imposible no mirarlo más detenidamente. Cada segundo que pasaba a su lado me consumía, me excitaba y me desconcertaba a la vez.

Pero entonces sonó el ascensor llegando a la décima planta, y el sonido nos sacó de nuestra burbuja. Nos separamos solo unos centímetros, jadeando, con la respiración entrecortada. Lo miré a los ojos y sentí algo inequívoco: me deseaba tanto como yo lo deseaba a él. Y lo que era peor… cada vez estaba más claro que no había vuelta atrás.

—La noche aún no ha terminado —susurró, y sentí su voz grave y profunda vibrando en mi pecho.

Antes de que pudiera reaccionar, me levantó en brazos con una facilidad que me dejó sin aliento. Mientras me sostenía, volvió a besarme y avanzaba por el pasillo hacia su suite. Mis manos se apoyaban en sus hombros, intentando equilibrarme, pero la verdad era que no quería moverme, no quería escapar de ese calor, de esa cercanía.

Cada segundo junto a él hacía que mi corazón latiera con una fuerza descontrolada. Me sentía arrastrada a un territorio que nunca había explorado y, sorprendentemente, quería explorar cada centímetro de ese territorio.

Mientras cruzábamos el pasillo, no pude evitar lanzar un comentario casi en broma, intentando romper un poco la tensión.

—¿Siempre llevas a las chicas en brazos? —pregunté, tratando de sonar despreocupada, aunque la voz me temblaba un poco.

—Solo a las que lo merecen —respondió, con una media sonrisa, y yo me mordí el labio para no soltar una risa nerviosa.

La forma en que decía eso, con seguridad y un ligero brillo en los ojos, hizo que mis mejillas se calentaran aún más. Cada palabra suya era un pequeño juego, un desafío que no podía ignorar.

Entramos en su suite, y el ambiente cambió de inmediato. La luz cálida de las lámparas, la amplitud del espacio, el silencio del hotel… todo nos envolvía en una intimidad palpable. Seguíamos besándonos, cada gesto cargado de tensión y complicidad. Me parecía imposible respirar con normalidad, pero cada inhalación estaba impregnada de él: su aroma, su calor, la cercanía de su cuerpo.

Sus manos exploraban mi espalda, mis hombros y mis brazos con una suavidad que contrastaba con la intensidad de nuestro beso. Cada contacto me hacía estremecer, cada roce de sus dedos me provocaba una mezcla de deseo y adrenalina que no había sentido antes. Y, sin embargo, no había nada brusco ni violento en él; todo estaba lleno de intención, de cuidado, de una especie de posesión controlada que me dejaba sin aliento.

Yo respondía con mis propias caricias, rozando su cuello, su pecho, sintiendo cada latido, cada tensión de su cuerpo. No necesitábamos palabras. Cada mirada, cada suspiro, cada roce decía más que cualquier frase que pudiéramos pronunciar. La química entre nosotros era palpable, casi física. Me encontraba perdida en su presencia, atrapada en un juego que no sabía cómo acabaría, pero que no quería terminar.

—Nunca había sentido algo así —murmuré entre besos, dejando que mis dedos se enredaran ligeramente en su cabello—. Me refiero a que hace mucho tiempo que yo no…

Él sonrió, inclinándose un poco hacia mí, y su respiración se mezcló con la mía.

—Me alegra que lo digas —susurró mirándome fijamente y noté que el sonrojo de mis mejillas ya no era un leve rubor, sino que estaba encendido por completo.

Me hizo reír suavemente, y por un instante, todo el peso de mi día a día desapareció. No había proyectos, no había correcciones, no había nada más que nosotros dos, y esa sensación era embriagadora.

Tenía a Nick en mi vida, era quien me hacía sentir viva y deseada desde hacía unos años en nuestros encuentros, pero con Declan Reed era completamente diferente.

Solo había estado con dos hombres, tan distintos el uno del otro, que encontrarme entre los brazos de Declan era tan nuevo como excitante.

Me recosté contra el sofá, apoyando la cabeza en su hombro mientras sus manos recorrían mis brazos con cuidado. Cada caricia despertaba en mí emociones que no había explorado del todo. Era extraño: me sentía segura y

vulnerable al mismo tiempo, excitada y tranquila, deseosa y respetada. Cada mirada suya me estremecía, y cada gesto de cercanía me recordaba que no se trataba solo de deseo físico; había algo más, algo que no podía explicar, una comprensión silenciosa de que estábamos conectados de una manera que no podía ignorar.

Mis pensamientos giraban sin cesar. Recordaba cada momento de nuestra relación profesional y me sorprendía al darme cuenta de cuánto había deseado algo más, sin saberlo. Cada roce, cada comentario, cada mirada de desafío que me había lanzado en cada reunión o en sus mensajes, ahora cobraba sentido. Él había estado aquí todo el tiempo, y yo también. Solo que nunca había permitido que la atracción tomara el control hasta ahora.

—Eres imposible —dije entre risas y susurros, apoyando una mano en su pecho mientras mis dedos trazaban líneas imaginarias sobre su chaqueta.

—Imposible me parece un cumplido viniendo de ti —replicó, ladeando la cabeza y sonriendo con esa mezcla de arrogancia y humor que me volvía loca.

Me mordí el labio, conteniendo una risa nerviosa, y él aprovechó para inclinarse y rozar mi oído con un beso fugaz. Un escalofrío recorrió mi espalda, y supe que estaba completamente atrapada.

—Esto… —dije, tratando de mantener el control—. Esto no es solo un juego de miradas y provocaciones.

—Lo sé —respondió con voz baja y firme—. Y me gusta.

Era imposible resistirse a él. Cada palabra, cada gesto, cada silencio estaba cargado de intención. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, sentía cómo me desenredaba de la racionalidad y me perdía en la corriente de nuestra conexión.

Sus labios se apoderaron de los míos en un beso voraz y hambriento, gemí en su boca y noté cómo mi cuerpo se relajaba y simplemente me dejaba llevar.

Comenzó a quitarme la chaqueta del traje, después desabrochó uno a uno los botones de mi camisa y la abrió llevando ambas manos a mi cintura, atrayéndome hacia él mientras el calor de sus dedos me hacía estremecer.

Fue subiéndolas despacio por mis costados y no tardé en sentirlas sobre mis pechos. Comenzó a masajearlos despacio y la fricción del encaje del sujetador sobre mis sensibles pezones hizo que gimiera de nuevo. Declan sonrió en mi boca y bajó la tela del sujetador, dejando mis pechos libres, cubriéndolos de nuevo con sus grandes manos y masajeándolos sin ningún tipo de barrera.

No tardó en jugar con mis pezones, pellizcándolos suavemente al principio para después tirar de ellos de tal modo que me aparté rompiendo el beso y grité.

—Sensibles y receptivos —susurró inclinándose y, sin apartar la mirada de la mía, lamió un pezón y después el otro—. Perfectos.

Jadeé, cerré los ojos y dejé caer la cabeza hacia atrás mientras Declan seguía lamiendo y mordisqueando uno de mis pezones mientras pellizcaba el otro. Desde luego que nunca había sentido que mis pezones fueran unas zonas erógenas tan condenadamente sensibles y receptivas, y mucho menos perfectos como había dicho Declan.

—Me perdería durante horas en estos pechos —dijo, y abrí los ojos.

Al mirarle vi cómo juntaba ambos y comenzaba a lamer mis pezones al mismo tiempo, mordisqueándolos y tirando de ellos mientras mi excitación iba en aumento. Gemí de nuevo y le vi llevarse un pecho a la boca mientras masajeaba el otro; después lamió la piel sensible entre ellos y subió hasta mi cuello sin dejar de jugar con mis pezones entre sus dedos.

Suspiré cuando comenzó a dejarme besos suaves y breves en el cuello y sentí cómo todo mi cuerpo se estremecía en respuesta. Desde luego, no me cabía duda de que Declan Reed sabía lo que hacía y cómo hacerlo para que una mujer perdiera la cabeza por completo.

Ni siquiera me había tocado entre las piernas todavía, y ya podía sentir la humedad cubriendo mis braguitas.

Me quitó la camisa y después el sujetador, y no tardó en llevar ambas manos hasta la cremallera de mi falda en la parte trasera, esa que bajó

lentamente sin dejar de besarme. Lo siguiente que noté fue la tela cayendo a mis pies.

Declan se apartó y me observó con esos ojos penetrantes y brillantes por el deseo de tal modo que me sonrojé y sentí que me invadía la vergüenza. No pude evitar cubrirme, un gesto reflejo, y aparté la mirada.

Yo estaba bien con mi cuerpo, me sentía bien y cómoda con él, pero sabía que para muchos hombres no era el tipo de mujer con el que solía vérselos, y sin duda a Declan Reed nunca se le había visto con una mujer con curvas como las mías, con un cuerpo fuera de los estándares.

—¿Por qué te cubres? —preguntó apartando mis brazos hasta dejarlos a ambos lados de mis costados, de modo que volví a quedarme ante él únicamente con las braguitas y los zapatos.

—Porque… —Estaba perdiendo la fuerza que me caracterizaba ante él, y eso, eso jamás me había pasado con Nick.

—¿Por qué, Abigail? —insistió sosteniendo mi barbilla, haciendo que volviera a mirarle.

—Porque es evidente que no soy como otras mujeres.

—Es evidente, sí.

—Me refiero a que no soy el tipo de mujer que tiene un cuerpo hecho para las pasarelas.

—Tienes un cuerpo hecho para seducir, aunque no lo sepas, para tentar, aunque no seas consciente, y para excitar, aunque no lo creas.

—Tengo algunos kilillos extra.

—Tienes unas curvas de infarto, Abigail. Unos pechos que no pasan desapercibidos, y un cuerpo que me vuelve jodidamente loco.

—Si lo que quieres es follar, puedes ahorrarte todo eso —dije, y Declan arqueó la ceja.

—¿En serio crees que, si no me sintiera atraído por ti, estaría así ahora mismo, pequeña? —preguntó, cogiendo mi mano y llevándola a su entrepierna.

Al notar el bulto hinchado, grueso y palpitante que había bajo mi mano, se me abrieron los ojos como platos porque aquello estaba muy por encima de la media, seguro. Ojo, que a mí el tamaño nunca me importó, pero… que con eso que tenía Declan Reed entre las piernas me podría partir en dos.

—Me has puesto a mil, Abigail, y no solo deseo follarte, sino que voy a hacer que te corras tantas veces y tan fuerte que no podrás volver a estar con ningún otro amante que no sea yo.

Y tras esas palabras me atrajo con la mano en mi cuello hasta apoderarse de mis labios en un beso tan apasionado y salvaje que perdí la poca cordura que me quedaba.

Declan comenzó a desnudarse con prisa y yo le ayudé, observando aquel cuerpo desnudo ante mí que sí que estaba hecho para el placer y el pecado. Dios mío, ese hombre tenía músculos definidos que ni sabía que existieran. Y sí, su miembro era de tal envergadura que dudaba que pudiera acogerlo en mi vagina.

Sonrió al ver que tragaba saliva sin apartar la vista de su miembro y comenzó a tocarse a sí mismo; esa visión fue… excitante, cuando menos.

—Tengo dudas —susurró—. No sé si miras con gula o con miedo.

—Con miedo —murmuré—. Eso no me cabe.

La carcajada de Declan fue tan sonora que estaba segura de que la habrían oído en todo el hotel.

—Créeme, pequeña, no vamos a tener ningún problema para que encajemos.

Capítulo 18



Abigail

Volvió a besarme y sentí sus manos en mis caderas, atrayéndome a él hasta que su miembro, duro y ligeramente húmedo en la punta, rozó mi vientre.

Declan me quitó las braguitas y me cogió en brazos hasta que me sentó en el respaldo del sofá, me separó las piernas y se arrodilló ante mí con los ojos fijos en los míos.

—Vamos a empezar a prepararte para que podamos follar como sé que deseas que hagamos —dijo con un tono grave y ronco que me excitó de un modo que nunca antes había sentido.

Sin dejar de mirarme, hundió el rostro entre mis piernas y me lamió el clítoris lenta y deliberadamente hasta que me estremecí y dejé caer la cabeza hacia atrás con un jadeo. Declan siguió lamiendo sin parar, alternando esas lamidas con penetraciones cortas y rápidas de su lengua en mi vagina, y para cuando quise darme cuenta, estaba cerca del orgasmo.

—Aún no —dijo apartándose, me besó en el interior del muslo y se incorporó—. Va a ser una noche larga, señorita Monro. Larga y excitante.

Volvió a besarme y noté su mano en mi sexo, cubriéndolo por completo mientras me penetraba con el dedo corazón y la fricción de su palma sobre mi clítoris me llevaba de nuevo al borde de la locura.

Siguió así hasta que de nuevo ambos sentimos que me acercaba al orgasmo y, como había hecho antes, se detuvo antes de que eso ocurriera.

—Tócame —me pidió en un susurro.

Tragué saliva y comencé a deslizar las manos por su torso, despacio, sintiendo el modo en el que se estremecía, notando el fuerte golpeteo de los latidos de su corazón y perdiéndome en el brillo de sus ojos cargados del mismo deseo que estaba segura que tenían los míos.

No me detuve ni dudé cuando llegué a su miembro; lo envolví con una mano y comencé a tocarlo despacio, con los ojos fijos en los suyos, observando su rostro y contemplando cada gesto, por leve que fuera, que hacía.

Le gustaba, y así me lo hicieron saber los suaves gemidos que escapaban de sus labios mientras mi mano seguía subiendo y bajando por la longitud de su virilidad. Y en un arrebato que no sabía de dónde había salido, me bajé del sofá y me arrodillé ante él sin dejar de tocarlo. Le miré a los ojos, me acerqué y deslicé la punta de mi lengua muy despacio por su miembro, desde la base hasta la punta del glande, y repetí esas lamidas varias veces antes de acogerlo en mi boca.

El gruñido que escuché de sus labios me hizo sonreír levemente, pues estaba claro que no solo le gustaba, sino que habría querido que le hiciera aquello.

Lo acogí en mi boca sin pudor ni vergüenza, lamiendo mientras escuchaba sus leves jadeos cada vez que lo cubría con mis labios de nuevo. Hasta que se apartó mientras me acariciaba la mejilla y al mirarle vi en sus ojos un tono más oscuro del habitual.

—Eres peligrosa, Abigail Monroe, muy peligrosa —dijo mientras me cogía en brazos y de nuevo volvía a besarme.

Me llevó hasta la habitación y sentí un leve escalofrío por todo el cuerpo cuando las sábanas rozaron mi sensible piel. Estaba excitada de tal modo que no recordaba haberlo estado antes, y mi cuerpo mucho más sensibilizado que de costumbre.

Declan fue hacia la cómoda, abrió una puerta y después un cajón donde escuché que cogía algo. Cuando regresó a la cama, me quedé sin palabras al ver que llevaba un vibrador, un succionador de clítoris, un antifaz negro y una pluma.

—No sé si preguntar si tenías esto planeado —dije en un susurro y Declan sonrió.

—Esta es mi suite personal, siempre que vengo al hotel me alojo en ella, y está equipada con todo lo que puedo necesitar para una noche de… juegos.

—Ya veo.

Declan se arrodilló en la cama, entre mis piernas, y comenzó a pasarme la pluma por todo el cuerpo, empezando por los pezones que ya tenía más que sensibles y excitados. Bajó por mi vientre, mis muslos, mis piernas, y subió de nuevo por el interior de estas hasta que llegó a mi sexo, donde se entretuvo demasiado tiempo, haciendo que no solo me excitara más, sino que llegara a casi el orgasmo.

Me puso el antifaz y me pidió que confiara en él y que simplemente me dejara llevar y sintiera, nada más. Y eso hice.

Escuché el vibrador en funcionamiento y no tardé en sentirlo sobre mis pezones, vibrando de tal modo que gemí mientras arqueaba la espalda y me agarraba con fuerza a las sábanas.

Lo bajó despacio por mi cuerpo y, al llegar a mi sexo, lo pasó repetidas veces sobre mi clítoris, haciéndome gemir y moverme, hasta que me penetró con él y lo dejó funcionando, llevándome a la locura.

Pero no le bastó con eso, sino que añadió el succionador al juego y ahí sí que perdí el control por completo.

Movía las caderas mientras me agarraba a las sábanas y buscaba el clímax, porque lo necesitaba, porque quería correrme.

—Toca tus pechos, Abigail —me pidió con esa voz grave y ronca que me hacía temblar, y lo hice.

Masajeé mis pechos y me pellizqué los pezones como él me pedía, tirando de ellos y gritando presa del placer que estaba sintiendo. Declan retiró el vibrador y comenzó a penetrarme con dos dedos, haciendo que mis gritos fueran en aumento.

—Por favor —jadeé sin poder evitarlo.

—Por favor, ¿qué? —preguntó, y noté que se inclinaba y lamía mi vientre, subiendo con la lengua lentamente hasta uno de mis pechos.

—Necesito correrme, Declan.

—¿Recuerdas lo que dije? Soy dominante, llevo el control. No puedes correrte si no te dejo hacerlo.

—Por favor —supliqué.

No podía verlo, pero sí sentirlo. Sus dedos entraban y salían con fuerza mientras el succionador seguía sobre mi clítoris y él lamía y mordisqueaba uno de mis pezones. Estaba excitada, mucho más que nunca, y necesitaba con urgencia correrme.

—Declan, por favor, lo necesito.

—Solo un poco más, pequeña, un poco más —susurró.

Tragué saliva con fuerza y seguí gimiendo y gritando mientras él me penetraba con los dedos, lamía y mordisqueaba mi pezón y el succionador me llevaba al borde de la más absoluta y placentera locura.

—Córrete —dijo, y como si mi cuerpo hubiera esperado esa simple palabra, se liberó.

El orgasmo me golpeó con fuerza y me corrí entre chillidos de puro placer. No sabría decir cuánto tiempo me duró aquel orgasmo, pero sí que había sido el más intenso y brutal de mi vida.

Declan retiró el succionador y la mano, me hizo girar sobre la cama hasta que quedé bocabajo y, tras separarme las piernas, noté que se movía en la

cama. Una de sus manos cogió la mía y llevó el brazo hasta mi espalda; después hizo lo mismo con el otro.

—¿Qué haces? —pregunté mirándole por encima del hombro a pesar de que no podía verle con el antifaz que llevaba aún puesto.

—Confía en mí —repitió, y luego sentí una tela suave alrededor de mis muñecas.

—Declan —dije con cierto miedo en la voz.

—Confía en mí.

Noté cómo anudaba la tela y de ese modo mis manos quedaban completamente inmovilizadas. No me gustaba, eso nunca me gustó después de…

—Declan, por favor —insistí—. Suéltame.

Me removí tratando de liberarme, pero no podía. Sentí un azote en una de las nalgas y, a pesar de que no había sido excesivo ni exagerado, noté un leve escozor y me sobresalté.

—Declan, esto no me gusta, por favor.

—Te dije que podría mostrarte cosas que no habrías hecho antes, y si no lo has hecho, no sabes si te gusta o no.

—Declan, quítamelo, suéltame las manos.

Sentí sus besos suaves y breves por mi espalda y, aunque me gustaban y eran tiernos y excitantes por cómo me tocaba los costados con las manos y las bajaba hasta mi sexo, no podía evitar ponerme tensa al tener las manos inmovilizadas.

No tardé en notar la punta de su miembro en mi sexo, deslizándose despacio, de arriba abajo, tranquilizándome y llevándome de nuevo hasta la excitación más exquisita, pero seguía tensa y con imágenes que no quería ver ni revivir pasando por mi mente.

—Por favor, Declan, así no —le pedí, y esta vez mi voz sonó con un tono que no me gustó, y que hizo que él se detuviera.

No se movía, y yo tampoco; solo podía sentir las lágrimas queriendo salir mientras esas imágenes pasaban por mi mente.

Delan retiró la tela que me inmovilizaba y, cuando me supe libre, me aparté de él gateando por la cama, me quité el antifaz y me levanté para apartarme de allí. Entré en el cuarto de baño y el reflejo de mi cuerpo desnudo, marcado por besos y los dedos de Declan, aún sensible ante esa excitación, me hizo saber que no estaba en aquella noche que quería olvidar a toda costa.

La puerta se abrió y Declan entró, desnudo y con el ceño fruncido. Me miró a través del espejo y ese ceño se frunció aún más al ver mis ojos vidriosos.

—¿Qué pasa, pequeña? —preguntó acercándose y me abrazó desde atrás.

—Eso no me gusta, Declan.

—No puedes saber si algo te gusta o no, si no lo has probado antes.

—Mi ex me inmovilizó las manos una vez, tuvimos sexo y fue distinto a como siempre lo teníamos. No me gustó porque fue brusco y además… —Cerré los ojos.

—¿Qué? —preguntó con un tono más bajo y suave.

—Esa noche me dejó porque estaba gorda y no le podía dar lo que él quería.

—¿Cómo dices? —frunció el ceño.

—Quería una novia más delgada.

—Ese tío es un gilipollas —dijo entre dientes—. Siento haber… —Cogió aire, y en ese momento vi en sus ojos que lo sentía de verdad—. Jamás hago algo que no le guste a la mujer con la que estoy, y mucho menos la obligo o la

fuerzo. No volverá a pasar —me aseguró mientras me giraba hasta quedar el uno frente al otro y se inclinó para besarme.

Me perdí en ese beso, en sus manos acariciándome con cuidado por los costados, en cómo me atraía más hacia él y me abrazaba, como si de ese modo me dijera que no iba a permitir que nadie me hiciera nada.

—Podemos dejarlo aquí —susurró.

—Podemos, pero no queremos —contesté y vi una leve sonrisa en sus labios.

—Nada de ataduras —dijo.

—No.

Volvió a besarme, me cogió en brazos y me llevó de nuevo a la cama, donde me recostó y, tras ponerse un preservativo, volvió a besarme y comenzó a penetrarme.

El tiempo pasó casi sin que nos diéramos cuenta. Nuestros cuerpos se movían al unísono, nuestras respiraciones se mezclaban, nuestras manos se encontraban en un juego de exploración silenciosa. Me encontraba en un estado de alerta constante, consciente de cada sensación: del calor de sus manos, del roce de sus labios, del aroma que desprendía. Era intoxicante y embriagador, y no quería que terminara.

Era imposible no rendirse ante él. No era solo la atracción física; era la manera en que me comprendía, la complicidad, el humor que compartíamos incluso en medio de la tensión, la seguridad que me transmitía y la electricidad que recorría cada gesto suyo. Era… abrumador.

Nos dejamos llevar por el momento, por el deseo y la pasión que nos envolvía, y la tela con la que me había inmovilizado quedó fuera del juego. Se apartó y, tras hacer que me pusiera de rodillas, volvió a penetrarme desde atrás, fuerte y rápido, cada vez más rápido y profundo, y así llegamos los dos al clímax, al unísono.

—Te dije que encajaríamos —susurró y me eché a reír negando mientras me perdía en su mirada, en el brillo de sus ojos tras haber liberado aquel intenso orgasmo.

Me apoyé contra su pecho, sintiendo los latidos de su corazón, y su mano se deslizó suavemente por mi cintura, asegurándose de que no me apartara. En ese instante comprendí que no había nada que temer. Ni de él ni de mí. Podía dejarme llevar, podía disfrutar del momento, y lo haría sin reservas.

—Declan… —susurré, dejando que mi cabeza descansara un momento sobre su hombro—. Eres… complicado, imposible y demasiado atractivo.

Él rio suavemente, inclinándose para rozar mi mejilla con los labios en un beso ligero, casi juguetón.

—Y tú eres… más que desafiante —dijo—. Me gusta que me reten. Me hace querer conocerte aún más.

Ese comentario me hizo sonreír y suspirar al mismo tiempo. Cada palabra suya era un recordatorio de la conexión que compartíamos, de la química que no podíamos negar y de la complicidad que crecía segundo a segundo.

Nos quedamos así, entre risas, miradas y susurros, abrazados en silencio, hasta que finalmente comprendí que no importaba cuánto tiempo pasara, ni lo que viniera después. Cada momento junto a él estaba cargado de intensidad, de complicidad, de deseo contenido y de la certeza de que estábamos viviendo algo que ninguno de los dos había experimentado antes.

Cerré los ojos un instante, respirando profundamente, dejando que su calor y su cercanía me llenaran completamente. Su presencia era intoxicante, su energía imposible de ignorar, y supe, sin lugar a dudas, que esa noche no sería solo un recuerdo fugaz: había algo en Declan Reed que me perseguiría mucho más allá de ese momento, y que quería que fuera así.

Me mordí el labio al sentir su mano deslizarse suavemente por mi espalda, y abrí los ojos solo para encontrarme con su mirada, profunda, intensa y cargada de promesas silenciosas. Todo lo que sentía por él se condensaba en ese instante: deseo, complicidad, diversión, curiosidad y, sorprendentemente, confianza.

Y entonces, con una sonrisa traviesa que solo él podía provocar en mí, supe que estábamos listos para explorar lo que viniera después. Juntos.

Capítulo 19



Declan

Me desperté antes que ella.

No fue el sonido de nada lo que me sacó del sueño, fue la conciencia. Esa sensación de presencia. De calor ajeno en mi cama.

Abrí los ojos despacio, acostumbrándome a la luz tenue que se filtraba entre las cortinas de la suite en Nueva York. Durante un segundo no me moví. Solo respiré y entonces la vi.

Abigail estaba dormida de lado, parcialmente cubierta por la sábana blanca, el cabello castaño oscuro desparramado sobre la almohada como una marea suave y desordenada. Tenía una mano bajo la mejilla y la otra descansaba sobre el colchón, cerca de donde yo había estado.

Sonreí levemente. Ese tipo de sonrisa que no concedía a nadie.

Me incorporé lo justo para apoyarme sobre el codo y contemplarla sin prisas. No llevaba maquillaje. No llevaba su ironía afilada. No llevaba esa armadura con la que solía plantarse ante el mundo. Solo era ella.

Le aparté un mechón del rostro con la yema de los dedos, despacio, casi con reverencia. Su piel estaba tibia. Era tan natural, tan real.

Y anoche…

Mi mirada descendió por la curva de su hombro desnudo, por la línea de su espalda parcialmente descubierta bajo la sábana.

Se entregó. No como una mujer que buscaba impresionar. Ni como una que intentaba cumplir expectativas. Se entregó como alguien que deseaba y tenía miedo al mismo tiempo.

Lo vi en sus ojos. El deseo era claro. Ardía. Era frontal. Directo. Me miraba como si yo fuera exactamente lo que quería en ese instante. Pero también vi las dudas. La vergüenza. El instante en que quedó desnuda frente a mí y se cubrió.

Recordaba perfectamente su gesto. Sus brazos cruzándose sobre el pecho y su mirada desviándose apenas un segundo. “Porque es evidente que no soy como otras mujeres.”

Cerré los ojos un instante. No, Abigail no era como otras mujeres. Y no hablaba solo de su cuerpo.

Es cierto. No tenía el cuerpo de una modelo de pasarela. No era angulosa. No era frágil. No era delgada hasta la transparencia. Era real. Curvas que se notaban. Pechos generosos. Caderas pronunciadas. Cintura marcada que invitaba a ser rodeada con ambas manos. Perfecta.

No perfecta, según revistas. Perfecta según instinto.

Deslicé la mano por su espalda, muy despacio, siguiendo la línea de su columna hasta la curva suave de su cintura. Su piel reaccionó bajo mis dedos. Se estremeció levemente, aunque no llegó a despertarse.

Mi mandíbula se tensó al recordar cuando mencionó a su exnovio. “Inmovilizó mis manos una vez.” En ese momento no lo entendí.

Cuando la até, pensé que temblaba por anticipación. Por excitación. Por esa tensión deliciosa previa al control. Y entonces oí el tono de su voz. No era deseo, era miedo. Y yo jamás había disfrutado del miedo.

La sangre me hirvió solo de recordar cómo cerró los ojos en el baño al hablar de aquel idiota. Cómo pronunció que la dejó por estar “gorda”.

Gorda, por el amor de Dios. Solté aire por la nariz.

Había hombres que no sabían tocar a una mujer. Que no sabían mirar. Que no sabían escuchar lo que el cuerpo decía antes que la boca. Y peor aún: hombres que confundían dominio con imposición.

El sexo no era obligar. El sexo era conducir, provocar, esperar. Leer la respiración, la tensión muscular, el temblor que sí era deseo y el que no lo era.

Anoche rectifiqué en el segundo exacto en que entendí que no estaba disfrutando. Y lo volvería a hacer siempre.

Me incliné hacia ella y besé su cuello con suavidad. Apenas un roce de labios. Sentí cómo su respiración cambiaba ligeramente, pero siguió dormida.

Observé su rostro otra vez. Más relajado que nunca la había visto. ¿Se sentiría segura?

Me quedé así unos segundos más, dejando que el silencio de la suite nos envolviera. El mundo fuera todavía no existía. No había hoteles. No había decisiones. No había imperios que dirigir. Solo una mujer en mi cama. Y eso, para alguien que no creía en el amor, era una anomalía considerable.

Miré el reloj de la mesilla y vi que eran las siete y media. Demasiado temprano para reuniones.

Con cuidado, retiré la sábana de mi lado y salí de la cama sin hacer ruido. No quería despertarla.

Caminé hasta el baño y cerré la puerta sin hacerla sonar. El espejo me devolvió la imagen de un hombre que no parecía especialmente afectado por nada. Pero yo sabía que sí lo estaba.

Abrí la ducha y dejé que el agua caliente comenzara a llenar el espacio de vapor. Mientras esperaba a que alcanzara la temperatura adecuada, apoyé las manos en el lavabo y bajé la cabeza. Abigail Monroe no era un entretenimiento más. Y eso… era un problema.

Entré en la ducha y el agua golpeó mi espalda, relajando los músculos tensos. Cerré los ojos y apoyé la frente en la pared de mármol.

Pensé en su risa. En su sarcasmo. En la manera en que me desafiaba en cada reunión. En cómo me miraba cuando creía que no la estaba observando.

Pensé en invitarla a cenar esa noche. No en un restaurante, sino en la suite. Algo privado. Sin distracciones. Y cuando volviéramos a Boston… podría repetirlo allí. Una noche cualquiera. Sin motivo. Solo porque sí. La idea me resultó peligrosamente atractiva.

Terminé de ducharme más rápido de lo habitual. Me sequé con la toalla y la até a mis caderas antes de salir al dormitorio.

Al ver que la cama estaba vacía, me detuve en seco y fruncí el ceño. La sábana estaba retirada y la almohada fría. Miré alrededor. Ni rastro de ella.

Salí del dormitorio hacia el salón de la suite. Vacío. Su ropa no estaba en el suelo donde la dejamos.

Sonreí, pero esta vez no era una sonrisa suave. La señorita Abigail Monroe era un poquito desobediente. Y tendría que hacerle ver que no me gustaba que me desobedecieran.

Regresé al dormitorio, abrí el armario y comencé a vestirme con movimientos precisos. Camisa blanca. Traje oscuro. Reloj. Gemelos.

Mi móvil vibró sobre la cómoda y vi que era David.

—Habla —respondí mientras me abrochaba la camisa.

—Buenos días para ti también —dijo con su tono habitual, cargado de ironía.

—Son las siete y cuarenta y cinco. Si llamas a esta hora es porque pasa algo.

—Hotel de París.

Suspiré.

—¿Qué ocurre ahora?

—He recibido una llamada del encargado. El chef ha dimitido. Al parecer, su ayudante arruinó uno de los platos estrella anoche y han tenido una discusión monumental.

Cerré los ojos un segundo. François.

—No te preocupes —dije con calma—. Volverá en un par de horas diciendo que, sin él, ese hotel no sería lo mismo.

David se rio.

—Ojalá tengas razón. El encargado estaba alterado.

—La tengo.

Siempre la tenía en estos casos.

—Por cierto —añadió David—, ¿qué tal la noche?

Sonreí levemente mientras me ajustaba la corbata.

—Productiva.

—Eso me temía.

—Ocúpate de París. Yo me encargo de Nueva York.

—Como siempre.

Colgué. Me guardé el móvil, cogí el abrigo y salí de la suite.

Caminé por el pasillo hasta la habitación de Abigail y llamé a la puerta. Tardó unos segundos en abrir.

Estaba terminando de vestirse. Blusa abotonada hasta la clavícula. Falda entallada. Cabello suelto, aún ligeramente húmedo. Profesional. Pero sus

mejillas se sonrojaron al verme.

Entré sin pedir permiso.

—No deberías haberte ido así —dije cerrando la puerta tras de mí—. Sin despedirte.

—Tenía cosas que hacer —respondió, aunque su voz no sonó tan firme como pretendía.

La rodeé por la cintura y la atraje hacia mí sin esfuerzo.

—Quería desayunar contigo —informé, y la besé despacio, sin urgencia.

Disfrutando de cómo, a pesar de su aparente resistencia, se dejaba hacer. Sus manos terminaron apoyándose en mi pecho.

Cuando me aparté, sus labios estaban ligeramente hinchados.

—Deberíamos ser profesionales —dijo, y sonreí.

—Te espero en la cafetería del hotel para desayunar.

Me incliné, rocé su oído con los labios apenas un segundo y salí antes de que pudiera responder.

Y mientras caminaba hacia el ascensor, supe que aquello no había hecho más que empezar.

Bajé al restaurante del hotel sin prisa.

No porque no tuviera responsabilidades ni porque el mundo no me estuviera esperando con problemas que resolver, sino porque, por primera vez en mucho tiempo, quería saborear la anticipación.

Pedí café solo y me senté en una de las mesas junto a los ventanales. Desde allí podía ver el movimiento temprano de la ciudad: coches, ejecutivos con prisas, turistas desubicados, el vapor saliendo de las alcantarillas en las frías calles de Nueva York.

El encargado del hotel se acercó casi de inmediato.

—Señor Reed —saludó con esa mezcla de respeto y tensión que solía provocar mi presencia inesperada.

—Buenos días, Thomas.

Se sentó frente a mí cuando se lo indiqué con un gesto.

—He recibido noticias de París —empezó.

—Lo sé. Ya he hablado con David.

—¿Cree que volverá?

Tomé un sorbo de café antes de responder.

—François necesita ese hotel tanto como el hotel lo necesita a él. Su ego no soportará que otro ocupe su cocina más de veinticuatro horas.

Thomas dejó escapar una risa nerviosa.

—Esperemos que tenga razón.

—La tengo.

Siempre había patrones. Solo teníamos que observarlos.

—¿Algo más que deba saber?

—No, señor. Todo está funcionando correctamente aquí.

Asentí y él se retiró.

Capítulo 20



Declan

Miré la hora y entonces la vi.

Abigail cruzaba el restaurante con paso firme, profesional e impecable. Abrigo negro, botas altas, la cabeza erguida. Parecía exactamente la arquitecta competitiva y brillante que todos conocían. Pero yo sabía cómo respiraba cuando perdía el control.

Se acercó a la mesa y arqueó una ceja.

—Buenos días.

—Señorita Monroe.

Sus labios se curvaron levemente.

—¿He llegado tarde?

—Justo a tiempo.

Se sentó frente a mí y pidió el desayuno. Yo la observaba sin disimulo.

—¿Qué? —preguntó al notar mi mirada.

—Nada. Solo verifico que no vayas a desaparecer otra vez sin avisar.

Abigail volteó los ojos.

—No desaparecí. Me fui a mi habitación a ducharme y vestirme. Lo normal.

—Lo normal habría sido esperarme.

—Estabas duchándote.

—Podrías haberte unido, por ahorrar agua y tiempo.

Eso la hizo sonreír al tiempo que negaba con la cabeza.

Cuando trajeron su desayuno, el ambiente ya era distinto al de la noche anterior. Más ligero. Más contenido. Pero no menos cargado.

—¿Te levantas siempre tan temprano? —preguntó mientras untaba mantequilla en una tostada.

—Solo cuando tengo la conciencia tranquila.

—Interesante.

—¿Y tú?

Se encogió de hombros.

—Solo cuando duermo bien por no pensar demasiado.

—Anoche no parecías pensar demasiado.

Sus mejillas se sonrojaron ligeramente.

—Declan…

—Es un hecho, no una provocación.

Me sostuvo la mirada unos segundos, desafiándome.

—Eres insufrible a primera hora.

—Y tú sigues aquí.

Eso la hizo reír. Y me gustó demasiado.

El desayuno se convirtió en un intercambio de comentarios con doble sentido, miradas que duraban medio segundo más de lo necesario y silencios que no resultaban incómodos.

Había conexión. De esa que no se fabricaba.

—Quiero que cenemos juntos esta noche —dije finalmente, apoyando la taza en el plato.

Ella levantó la vista.

—¿Otra vez?

—En la suite.

Se quedó quieta un segundo.

—No es buena idea.

—Es una idea magnífica.

—Declan…

—¿Te asusta?

—No me asusta. Me parece imprudente.

—Me dedico a tomar decisiones imprudentes que acaban siendo brillantes.

—Eso no siempre funciona en el terreno personal.

—Funciona cuando ambas partes quieren.

Su respuesta fue el silencio, pero no bajó la mirada.

—No deberíamos mezclar demasiado las cosas.

—Ya están mezcladas.

Eso la dejó sin respuesta durante unos segundos. Se levantó ligeramente para coger su bolso.

—Tenemos que ver los materiales esta mañana.

Sonreí. Había evitado decir que no.

—Perfecto. El coche nos espera.

Salimos juntos del restaurante y el aire frío de Nueva York nos golpeó al cruzar la puerta del hotel. Ella se ajustó el abrigo instintivamente. Mi chófer abrió la puerta trasera del vehículo y entramos.

Durante el trayecto, la ciudad pasó frente a nosotros como una película gris y acelerada. Abigail miraba por la ventanilla, pero sabía que estaba pensando.

—No voy a dejar de invitarte —dije sin mirarla.

—Lo sé.

—Y tú vas a seguir resistiéndote un poco.

—Probablemente.

—Me gustan los retos.

Giró el rostro hacia mí.

—No soy un reto.

—No. Eres una mujer que está acostumbrada a controlar todo… y anoche decidió no hacerlo.

Su respiración cambió un poco.

—No lo decidí todo.

—No —admití—. Y cuando no quisiste algo, lo dijiste y paré.

Me sostuvo la mirada.

—Eso fue importante.

Asentí una sola vez.

—Siempre lo será.

El coche se detuvo frente al almacén donde revisaríamos los materiales para el nuevo proyecto. El chófer abrió la puerta, salí primero y le ofrecí la mano para ayudarla. Dudó una fracción de segundo antes de aceptarla.

Su mano encajó en la mía con naturalidad. Y mientras caminábamos hacia la entrada, comprendí algo con una claridad incómoda: No era solo deseo. Y eso complicaba todo.

El interior del almacén olía a madera recién cortada, metal y polvo. Un olor limpio, industrial y preciso. Exactamente el tipo de entorno donde solía sentirme cómodo. Negocios. Decisiones. Datos. Terreno firme.

El encargado del proveedor se acercó en cuanto nos vio entrar.

—Señor Reed, señorita Monroe. Todo está preparado para la revisión.

—Perfecto —respondí.

Miré de reojo a Abigail. Su expresión había cambiado. La calidez de la cafetería desapareció y la arquitecta estaba de vuelta. Espalda recta. Mirada analítica. Paso decidido. Y joder… me gustaba verla así.

Nos condujeron hasta la zona donde estaban expuestas las muestras: mármoles italianos, maderas tratadas, textiles de alta gama, paneles acústicos, herrajes personalizados.

Abigail se inclinó sobre una de las mesas, pasando la mano por la superficie de una losa de piedra gris.

—Este tono funciona mejor con iluminación cálida indirecta —dijo—. Si lo combinamos con acero, el contraste será demasiado frío.

—Podemos equilibrarlo con roble natural —añadí, y me miró.

Esa mirada, breve y evaluadora. Como si estuviera comprobando que no solo era el hombre que la desnudó anoche.

—Exacto —asintió.

El proveedor nos explicó especificaciones técnicas. Yo escuchaba e intervenía cuando era necesario. Pero parte de mi atención estaba puesta en ella.

En cómo gesticulaba al explicar una idea. En cómo fruncía ligeramente el ceño cuando algo no le convencía. En cómo su voz se volvía más firme cuando defendía una decisión.

Era competitiva, inteligente y segura de sí misma. Nada que ver con la mujer que se cubrió el cuerpo desnudo anoche. Y sin embargo… era la misma.

En un momento, se inclinó para revisar la textura de un panel acústico colocado a baja altura. Su falda se tensó sobre sus caderas y automáticamente recordé la curva de esas mismas caderas bajo mis manos.

Apreté la mandíbula. No era el momento.

—¿Qué opinas? —preguntó sin mirarme.

—Que necesitas una segunda opinión —respondí con neutralidad estudiada.

Se incorporó y me sostuvo la mirada. Sabía perfectamente que no estaba hablando del panel y, aun así, continuamos trabajando como si nada.

Una hora después, salimos del almacén con decisiones cerradas y fechas confirmadas. El aire seguía frío. Ella exhaló una nube de vapor al respirar.

—Ha ido mejor de lo que esperaba —dijo mientras caminábamos hacia el coche.

—Siempre va mejor cuando estás preparada.

—Eso ha sonado casi a cumplido.

—Lo era.

Me miró de lado.

—Gracias.

Entramos en el vehículo. Esta vez se sentó ligeramente más cerca de mí que antes. No lo suficiente como para que fuera evidente, pero sí lo suficiente como para notarlo.

El coche arrancó y durante unos segundos ninguno habló.

—Anoche… —empezó ella.

Giré un poco el rostro hacia ella.

—¿Sí?

—Gracias por parar.

No fue una frase grande ni dramática, pero fue sincera.

—No tienes que agradecer algo que es básico.

—No siempre lo es.

Eso me molestó más de lo que esperaba.

—Conmigo sí lo es.

Silencio.

—No estoy acostumbrada a perder el control —añadió.

—Lo sé.

—Y tú sí estás acostumbrado a tenerlo.

—También.

—Eso es lo que me preocupa.

Sonreí levemente.

—No te estoy pidiendo que me lo entregues todo.

—Todavía —murmuró.

La miré de lleno esta vez.

—No soy tu enemigo, Abigail.

—No he dicho que lo seas.

—Pero te estás defendiendo como si lo fuera.

Su mandíbula se tensó.

—Porque cuando dejo de hacerlo… pasan cosas.

La observé un momento más largo de lo necesario.

—Anoche pasaron cosas.

—Sí.

—¿Te arrepientes?

Tardó en responder.

—No.

La palabra quedó suspendida entre nosotros. No. Y esa única sílaba tenía más peso que cualquier declaración.

Me incliné ligeramente hacia ella, sin tocarla.

—Entonces deja de buscar el peligro donde no lo hay.

Su respiración cambió sutilmente.

—No soy una de tus conquistas, Declan.

—Nunca he dicho que lo seas.

—Pero estás acostumbrado a que las cosas sean sencillas.

Sonreí sin humor.

—No tienes ni idea de lo poco sencillas que suelen ser mis decisiones —dije, y ella me sostuvo la mirada, como si intentara descifrar algo más profundo.

—Lo de esta noche…

Ahí estaba.

—¿Sí?

Suspiró.

—No prometo nada.

Sonreí, despacio.

—No te estoy pidiendo promesas.

—Eres imposible.

—Eso ya me lo han dicho.

Volteó los ojos y suspiró, lo que me hizo sonreír tan disimuladamente como pude.

Y mientras la observaba, comprendí algo que no me resultaba cómodo admitir: No era solo que la deseara, era que quería que volviera a estar a solas conmigo.

Y eso, para alguien que no creía en el amor… empezaba a ser peligrosamente cercano a algo que sí se le parecía.

Capítulo 21



Abigail

El coche se detuvo frente a la siguiente empresa.

Miré por la ventanilla y vi la fachada de cristal y acero reflejando el cielo gris de la mañana. Moderna. Minimalista. Exactamente el tipo de proveedor que Declan Reed solía elegir.

Él bajó primero, impecable en su traje oscuro, con esa seguridad que parecía no abandonarle nunca. El chófer me abrió la puerta y, cuando puse el pie en la acera, el frío de Nueva York me despejó cualquier pensamiento residual de la noche anterior.

Negocios. Eso era lo que tocaba. Entramos y el encargado nos recibió con una sonrisa amplia y perfectamente ensayada.

—Señor Reed, señorita Monroe. Es un placer.

Nos condujo a la sala de muestras, donde habían dispuesto distintos materiales seleccionados específicamente para el nuevo hotel que Declan abriría en Los Ángeles.

Los Ángeles. Solo pensar en ese proyecto hacía que algo dentro de mí se activara. Era ambicioso, elegante, vanguardista, y estaba segura de que marcaría un antes y un después en la cadena.

Comencé a revisar las muestras con atención profesional. Maderas tratadas resistentes al clima costero, mármoles claros con vetas sutiles, textiles pensados para soportar uso intensivo sin perder sofisticación.

Declan observaba en silencio mientras yo analizaba acabados y combinaciones.

—Este roble tiene demasiada calidez para el concepto de la recepción —dije pasando la mano por la superficie—. Si queremos mantener esa línea contemporánea, necesitamos algo más neutro.

—¿Ceniza blanqueada? —propuso él sin dudar.

Lo miré.

—Sí. Sin embargo, con tratamiento antihumedad reforzado. En Los Ángeles la variación térmica es distinta.

El encargado tomaba notas con rapidez.

Durante casi una hora revisamos cada detalle: iluminación indirecta integrada en paneles, revestimientos acústicos, herrajes personalizados para las suites. Trabajar con Declan era… estimulante.

No intentaba imponer. Escuchaba, evaluaba, decidía, y cuando nuestras opiniones coincidían, la sensación era casi eléctrica.

—Creo que podemos cerrar con esta línea —dije finalmente.

—Yo también —confirmó él.

El encargado sonrió, satisfecho.

Salimos de allí con acuerdos cerrados y muestras enviadas directamente a producción.

Las dos siguientes empresas fueron igual de productivas. En la segunda, revisamos tejidos para habitaciones y zonas comunes. Probé texturas entre los dedos, comprobé resistencia, discutí tonalidades.

—Este azul es demasiado frío —murmuré.

—Pero elegante —replicó Declan.

—Elegante no siempre es acogedor.

Me miró de lado.

—Tú sabes bastante de eso.

Le lancé una mirada que prometía represalias futuras.

En la tercera empresa, especializada en iluminación arquitectónica, terminamos de perfilar el ambiente que tendría la azotea del hotel.

—Quiero que desde arriba se sienta exclusivo, pero no inaccesible —dije mientras observaba un sistema de luz regulable.

—Exactamente —añadió Declan—. El lujo no debe intimidar, debe invitar.

Lo miré un segundo más de lo necesario. Había algo en su forma de entender los espacios que me sorprendía. No era solo un empresario, entendía sensaciones.

Cuando salimos de la última visita, ambos estábamos satisfechos.

—Ha sido una buena mañana —comenté mientras nos dirigíamos al coche.

—Lo ha sido.

—Eso no siempre pasa cuando hay cuatro proveedores distintos en un mismo día.

—Pasa cuando eliges bien a la arquitecta.

No pude evitar sonreír.

—Eso ha sido un cumplido claro.

—No suelo disimularlos cuando los doy.

Subimos al coche y me permití relajarme contra el respaldo. Había sido una mañana intensa, profesional, productiva y, sorprendentemente, cómoda.

Porque trabajar con él después de lo que había pasado entre nosotros la noche anterior no había sido incómodo. Había sido… natural.

Eso era lo que más me desconcertaba.

—He reservado mesa para comer —anunció Declan mientras el coche avanzaba.

—Ah, ¿sí?

—Un sitio que me gusta.

—Eso suena peligroso.

Sonrió de medio lado.

—No exageres.

No sabía entonces que, en realidad, sí era un poco peligroso. Y no por la comida.

El restaurante era elegante sin ser ostentoso. Techos altos, lámparas de cristal ahumado, mesas bien separadas y un ambiente íntimo a pesar de estar en pleno Manhattan.

Nada más entrar, una mujer se acercó a nosotros y durante un segundo olvidé respirar. Era preciosa. Alta, piel oliva impecable, cabello negro recogido en un moño bajo perfectamente pulido. Vestido rojo ajustado, tacones imposibles y una sonrisa que mezclaba sofisticación y seguridad.

—Declan —dijo con una familiaridad que me erizó la piel.

—Valeria —respondió él.

No fue solo el nombre, fue cómo lo dijo.

Ella se inclinó y le dio dos besos, demasiado lentos para ser puramente sociales. Sus manos se apoyaron brevemente en los hombros de él. Después me miró.

—Y tú debes de ser Abigail. He oído hablar de ti.

¿En serio? Eso sí que era sorprendente.

—Espero que bien —respondí con mi mejor sonrisa profesional.

—Siempre.

Nos condujo hasta una mesa privilegiada junto a la ventana. Mientras se alejaba, no pude evitar mirar a Declan. Él ya estaba mirándome.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada.

—No sabes mentir.

Suspiré.

—¿Hubo algo entre vosotros?

No parpadeó.

—Sí —contestó, directo y sin rodeos.

—¿Hace cuánto?

—Algunos años.

—¿Serio?

—No.

Cogí la carta, aunque no la estaba leyendo realmente.

—¿Solo sexo?

—Solo sexo.

Tragué saliva antes de preguntar lo siguiente.

—¿Sexo como el de anoche?

Sus labios se curvaron levemente.

—Un poco más fuerte.

Sentí calor subir por mi cuello.

—¿Más fuerte… cómo?

Se inclinó ligeramente hacia mí, bajando la voz.

—Más que juguetes.

Mi pulso se aceleró.

—¿Más que juguetes?

—En mi ático en Boston tengo un cuarto que únicamente utilizo para dar rienda suelta al placer.

El aire pareció espesarse.

—¿Un cuarto…?

—Sí.

Se acomodó en la silla con absoluta calma.

—Tiene una cama enorme en el centro. Un sofá. Un jacuzzi. Una camilla de masajes.

Tragué saliva de nuevo.

—¿Y…?

—Y sí —añadió con una sonrisa lenta—. También hay esposas, látigos y más cosas de las que imaginas.

Mi mente intentó no visualizar nada. Falló.

—Declan…

—Sé que sientes curiosidad.

—No lo sabes.

Se inclinó un poco más, apenas invadiendo mi espacio.

—Pregúntame.

Respiré hondo.

—¿De verdad tienes… látigos?

Se rio.

—Sí.

—¿Y esposas?

—También.

Mi corazón latía demasiado deprisa para una simple conversación durante una comida de negocios.

—Cuando quieras —añadió— estaré encantado de enseñártelo.

Me guiñó un ojo y tuve que apartar la mirada para recomponerme.

Valeria regresó en ese momento con una sonrisa impecable.

—¿Todo bien por aquí?

—Perfecto —respondió Declan.

Y yo me pregunté cuántas veces habría estado ella en ese famoso cuarto de Boston.

La comida fue sorprendentemente amena. Bromas, comentarios irónicos, anécdotas de proyectos pasados. Pero cada vez que Valeria se acercaba a la mesa, notaba esa corriente invisible entre ellos.

No era presente, era pasado, pero existía. Y eso me molestaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Decidí cambiar de tema antes de que mi imaginación siguiera jugando en mi contra.

—Los materiales de esta mañana han sido un acierto —dije mientras removía el café.

—Coincido.

—La recepción va a ser espectacular con esa combinación de piedra, madera y acero.

—Será un hotel espectacular.

Lo miré.

—Solo con ver los bocetos que tenías en mente… estoy segura de que lo será. Tu padre estaría orgulloso.

El comentario salió sin pensarlo demasiado. Él se quedó en silencio un segundo; después sonrió. Una sonrisa suave y auténtica.

—Espero que así sea.

Había algo vulnerable en esa respuesta. Algo que no mostraba casi nunca.

Seguimos hablando del proyecto. De la ubicación. De cómo queríamos que los huéspedes se sintieran al entrar. Estábamos inmersos en la conversación cuando mi móvil vibró sobre la mesa.

Miré la pantalla y, al ver que era Nick, lo cogí casi por reflejo.

—Perdona —murmuré mientras me ponía en pie.

—Puedes contestar aquí mismo —dijo Declan con naturalidad.

Dudé, pero después volví a sentarme.

—Hola —respondí.

—Abi, ¿qué tal? —la voz de Nick sonó cercana, familiar.

—Bien. Ahora mismo en una comida de trabajo.

Hablamos del cliente que él me había recomendado.

—Sí, la próxima semana me reuniré otra vez con él para enseñarle los bocetos —le dije.

—¿Vas a venir a Chicago?

Sonreí.

—Ya sabes que no.

Hubo una pequeña pausa.

—Vale. Llámame luego.

—Tengo que colgar. Estoy en medio de una reunión.

—Hablamos pronto, ¿sí?

—Sí.

Colgué, y al levantar la vista, Declan me observaba con una intensidad que me hizo estremecer instintivamente.

—¿Tienes algo con ese hombre del teléfono?

Sentí el calor subir a mis mejillas.

—Es un amigo.

Sonrió lentamente.

—Ese sonrojo me dice que es un amigo con derechos.

No tenía sentido mentir, así que asentí.

—No hay más de lo que hablar.

Hizo un gesto al camarero para que trajera más café, y yo me quedé mirando mi taza, pensativa.

Nunca antes había tenido sexo con alguien que no fuera Nick. Nunca había compartido mi cuerpo con dos hombres en el mismo periodo. Y mucho menos mientras el segundo me hablaba de un cuarto lleno de esposas, látigos y camas enormes en Boston.

No sabía exactamente qué significaba eso, solo sabía que, por primera vez en mucho tiempo, mi vida estaba dejando de ser cómoda.

Y, de algún modo inquietante… eso me gustaba.

Capítulo 22



Declan

Sábado por la noche y estaba esperando. No era algo habitual en mí.

Normalmente, si alguien llegaba tarde, no me afectaba. Si cancelaban, reorganizaba mi agenda. Si una mujer dudaba, simplemente pasaba a la siguiente. Pero esa noche no era “una mujer”. Era Abigail.

La suite estaba preparada. Iluminación cálida, tenue, perfectamente medida. La mesa dispuesta junto al ventanal con vistas a la ciudad iluminada. Nueva York brillaba abajo como si estuviera compitiendo por atención.

Y yo, por primera vez en mucho tiempo, no estaba pensando en cifras ni contratos. Estaba pensando en cómo reaccionaría al entrar.

El móvil vibró en mi mano y vi que era David.

—Dime.

—Actualización desde París —anunció con tono satisfecho.

Me serví un poco de vino mientras escuchaba.

—François lleva todo el día trabajando en el hotel. No ha salido de la cocina.

Sonreí.

—Te lo dije.

—Ha pedido que despidan al ayudante.

Solté una breve carcajada.

—Eso también me lo esperaba.

—De momento, el encargado le ha dado el día libre al chico y ha puesto a una de las cocineras a ayudarle. François parece más tranquilo.

—Volverá a pedir que lo readmitan en un par de días —respondí con calma —. Es teatral, no estúpido.

David resopló.

—A veces me asombra lo bien que conoces a la gente.

—La mayoría somos predecibles cuando se toca el ego.

—¿Y los materiales?

Miré la mesa preparada.

—Perfectos. Todos. Si producción cumple plazos, ese hotel va a marcar un antes y un después.

—Te noto… entusiasmado.

—Lo estoy. Quiero verlo en marcha.

Hubo un silencio breve al otro lado.

—¿Y la señorita Monroe?

Sabía que llegaría ahí.

—Vamos a cenar juntos otra vez.

David se rio.

—No voy a preguntar si ha pasado algo entre vosotros.

—Haz lo que quieras.

—Porque, de no haber pasado… —continuó con tono divertido—, seguro que pasará esta noche.

Negué con la cabeza, aunque sonreía.

—Ocúpate de París, Whitmore.

—Siempre. Buenas noches, Reed.

Colgué y en ese momento llamaron a la puerta. Fui a abrir y era el servicio de habitaciones con el carro cubierto de bandejas plateadas. Lo dejé entrar y supervisé personalmente que todo quedara dispuesto como lo había pedido.

Ostras frescas sobre hielo. Ensalada templada con vinagreta ligera. Pescado al horno con verduras asadas. Vino blanco. Y un postre de chocolate que había elegido deliberadamente.

El camarero se marchó y entonces, apenas unos minutos después, volvieron a llamar a la puerta.

Abrí y Abigail estaba allí. Vestido negro entallado, sencillo pero imposible de ignorar. Cabello suelto cayendo sobre los hombros. Labios ligeramente más oscuros que de costumbre.

—Buenas noches —dijo.

La recorrí con la mirada sin disimularlo.

—Lo son.

Entró y cerré la puerta tras ella.

—Huele muy bien —comentó mientras avanzaba hacia la mesa.

—Espero que sepa mejor.

Le serví una copa de vino blanco y retiré la silla para que se sentara. Sus mejillas se sonrojaron suavemente ante el gesto. Me gustaba provocar ese color en su piel.

Empecé a destapar los platos uno a uno.

—Ostras —murmuró.

—Afrodisíacas, dicen —contesté, y ella arqueó una ceja.

—No creo que necesitemos ayuda en ese sentido.

Sonreí despacio. No. No la necesitábamos.

La cena fue ligera, elegante y sorprendentemente divertida. Abigail tenía esa capacidad de alternar sarcasmo con vulnerabilidad sin darse cuenta.

Probó una ostra y me miró con expresión desconfiada.

—Si mañana me intoxico, te haré responsable.

—Si mañana no puedes caminar, también.

El rubor volvió a subirle por el cuello.

—Eres insufrible.

—Y aun así has venido.

Bebió un poco de vino para ocultar la sonrisa. Hablamos de Los Ángeles. Del diseño. De cómo imaginábamos la inauguración. Pero cada conversación terminaba, inevitablemente, derivando hacia algo más personal.

—No pensé que me inviarías a una cena así —dijo en un momento dado.

—Nunca pensé que querría hacerlo.

Y tras mi respuesta, un silencio cómodo llenó la suite. La observaba mientras hablaba. Mientras gesticulaba. Mientras reía. Y no era solo deseo lo que sentía. Era algo más peligroso.

Me gustaba escucharla. Me gustaba verla pensar. Me gustaba la forma en que se mordía el labio cuando estaba a punto de decir algo atrevido.

En más de una ocasión me sorprendí imaginando cómo sería verla entrar en mi ático en Boston. En ese cuarto del que le había hablado. No por el juego, sino por su reacción. Porque lo que me excitaba de Abigail no era solo su cuerpo. Era cómo se sonrojaba. Cómo dudaba. Cómo, aun así, avanzaba.

Cuando llegó el postre, el ambiente ya no era solo ameno. Era denso. El vino había suavizado sus defensas. O quizá simplemente estaba más cómoda.

—¿Siempre eres así cuando cenas con una mujer? —preguntó.

—¿Así cómo?

—Atento. Intenso. Observador.

La miré sin parpadear.

—No.

—¿Y por qué conmigo lo eres?

—Porque contigo no puedo evitarlo.

Sus dedos jugaron con la base de la copa.

—Eso suena peligroso.

—Lo es.

No sabría decir quién se levantó primero. Solo que estaba de pie frente a ella, que mi mano subió por su brazo con una lentitud deliberada, que su respiración cambió y que la besé sin prisas, pero sin suavidad. Fue un beso que no pedía permiso.

Sus manos se aferraron a mi camisa y la empujé suavemente hasta el ventanal. La ciudad brillaba detrás de ella como un escenario perfecto.

—Declan… —susurró.

No era una protesta. Era una advertencia o quizá una rendición.

La levanté ligeramente, sentándola en el borde bajo del cristal, y sus piernas se abrieron para mí con una naturalidad que me hizo perder el control durante un segundo.

La besé el cuello, la clavícula y bajé despacio. Ella me sujetaba del cabello, de los hombros. Había hambre en sus gestos. Deseo sin filtros.

El cristal frío contrastaba con el calor de su piel, con Nueva York como testigo.

No había dudas esa noche. No había miedo. Solo necesidad.

Levanté la falda de su vestido y me deleité con la suavidad de su piel bajo las yemas de mis dedos. Le acaricié los muslos despacio, subiendo sin dejar de besarla hasta su cintura. Con ambas manos cogí la tela del tanga y se lo quité con rapidez.

Me arrodillé frente a ella, la miré fijamente contemplando el brillo en sus ojos y el deseo que los invadía en ese momento; la vi morderse el labio inferior y sonreí antes de enterrarme entre sus piernas.

Lamí con avidez su clítoris, entre sus pliegues, penetrándola con la lengua y haciendo que gimiera y se estremeciera. La agarré por las nalgas y la atraje más hacia mí, lamiendo sin parar, cada vez más rápido y más continuo, hasta que sus gemidos pasaron a ser gritos y sentí cómo su cuerpo se preparaba para el orgasmo.

—Todavía no, pequeña —dije incorporándome y la besé.

Abigail me devolvió el beso con tal fiereza que supe que esa mujer era perfecta para mí, una compañera de juegos entregada y apasionada que no me defraudaría.

Comencé a tocarle el clítoris con el pulgar de una mano mientras la penetraba con dos dedos de la otra; ella gemía, se movía y me agarraba del

pelo dando leves tirones. Estaba excitada y necesitaba llegar al orgasmo; lo sabía porque empezaba a conocerla a pesar de ser solo nuestro segundo encuentro, pero no sería el último, eso lo tenía claro.

Me detuve de nuevo antes de que se corriera y ella me miró con los ojos brillantes y el ceño ligeramente fruncido; sonreí y me incorporé. La hice girar y quedar mirando hacia la ciudad, volví a llevar mi mano entre sus piernas, me pegué a su espalda y, cuando notó mi miembro duro y palpitante en sus nalgas, movió las caderas hacia atrás en busca de ese roce.

Le mordí el lóbulo de la oreja y le besé el cuello, mirando el reflejo de su rostro en el cristal. Tenía los ojos cerrados y gemía mientras la tocaba, mientras mis manos jugaban con su sexo húmedo y caliente.

Y cuando su cuerpo se tensó contra el mío y pronunció mi nombre como si fuera la única palabra que existía, supe que ya no estábamos jugando.

La llevé a la habitación sin dejar de besarla. El espejo ocupaba toda una pared frente a la cama y la coloqué delante.

—Quiero que mires —le susurré en el oído.

Negó con la cabeza levemente.

—Declan…

—Mírate.

Mis manos recorrieron su cuerpo con firmeza y sentí cómo se estremecía.

Le quité el vestido despacio y lo dejé caer al suelo. Después le quité el sujetador y me fascinó verla completamente desnuda, llevando únicamente los zapatos de tacón. Comencé a acariciarle los brazos, los costados, la cintura y el vientre, y ella se estremecía con cada caricia de mis manos.

—Mira cómo te sonrojas.

Sus ojos se clavaron en el reflejo.

—Mira cómo se te eriza la piel cuando te toco.

Su respiración se volvió irregular.

—Mira cómo te excitas cuando pierdes el control.

La sostuve con fuerza, guiando cada movimiento, cada reacción. Ella no apartó la mirada esta vez. Se vio. Nos vio. Y la intensidad fue casi insoportable.

Sin dejar de besarle el cuello y los hombros, me fui quitando la ropa hasta quedar completamente desnudo como ella. La rodeé por la cintura con un brazo y cogí su mano, haciendo que me rodeara con él por el cuello.

Besé su muñeca y dejé algunos besos en su brazo antes de dejarlo alrededor de mi cuello, y volví a mirar hacia el reflejo.

Era perfecta, joder, en todos los sentidos, y no podía entender cómo su ex había tenido la poca vergüenza de decirle que estaba gorda.

Me acerqué a ella moviendo las caderas para que sintiera el roce de mi miembro entre sus nalgas y ella gimió al tiempo que cerraba los ojos.

—Ábrelos y mírate, pequeña —le ordené, y lo hizo con un estremecimiento—. No puedes cerrar los ojos en ningún momento, ¿me oyes? Quiero que veas todo, cada segundo, cada caricia, cada beso. Quiero que veas cómo te follo, que veas la cara de placer que pones y la que pongo yo. Porque sí, Abigail, me excitas más de lo que estaba dispuesto a admitirme a mí mismo cuando te conocí.

Sostuve su barbilla y la besé con hambre y necesidad, porque quería que supiera y le quedara claro que no era solo un entretenimiento, que me excitaba de verdad y que con ella perdía el control tanto como lo perdía ella.

Llevé una mano a su pecho y la otra entre sus piernas, rompí el beso y le ordené que mirara hacia el espejo en todo momento.

Masajeé su pecho, pellizqué su pezón y tiré de él hasta hacerla gemir. Deslicé mis dedos entre sus pliegues y jugué con su clítoris, pellizcándolo,

haciendo fricción cada vez más rápido, y la penetré con dos dedos.

Ella no apartaba los ojos del reflejo, no dejaba de mirarnos y de sonrojarse, de gemir, de jadear, de mover las caderas y rozar las nalgas con mi miembro que a esas alturas goteaba líquido preseminal por lo excitado que estaba.

Me incliné por un lado hasta alcanzar su pecho y lamí su pezón mientras ella gemía, tiré de él ligeramente con los dientes y gritó cuando lo solté. La miré a los ojos y me devolvió la mirada, con ese brillo del deseo, la lujuria y el placer que me volvía loco.

Podría llevarla a la cama, ponerle el antifaz, usar el vibrador y el succionador, incluso alguno de los látigos que tenía en la cómoda, pero no lo hice. Quería que disfrutara de ese momento, de verse y saber que la observaba con los ojos llenos de deseo porque la deseaba, porque me excitaba verla así.

Volví a incorporarme y me pegué a su espalda, penetrándola con dos dedos de una mano mientras con la otra le tocaba el clítoris. Ella jadeaba y gemía sin dejar de mirar nuestro reflejo en el espejo, y cuando la sentí temblar entre mis manos…

—Córrete, Abigail —le susurré en el oído y ella estalló con un grito ensordecedor mientras se sacudía y se corría en mis manos sin dejar de mirar el reflejo.

Cuando liberó el orgasmo, la acerqué al espejo, apoyé sus manos en él, elevé sus caderas y le pedí que no dejara de mirarnos en ningún momento.

Me agarré a sus caderas y la penetré de una fuerte y profunda embestida, haciendo que ella gritara y que un gruñido casi primitivo saliera de mis labios. Esa mujer me ponía a mil, me volvía loco y me hacía perder el control que siempre tenía.

Seguí moviéndome rápido y fuerte, entrando y saliendo una y otra vez, acariciando sus costados, sus nalgas, sus generosos pechos que no dejaban de moverse con ese vaivén que me excitaba mientras los veía en el reflejo, y cuando quise darme cuenta, los dos estábamos corriéndonos al unísono, alcanzando un clímax tan intenso como placentero, que nos dejó exhaustos, jadeantes y con el cuerpo tembloroso y brillante por el sudor.

Le besé la espalda y subí con suaves besos hasta su cuello mientras me retiraba y nos incorporábamos. La rodeé con mis brazos y me quedé pegado a ella, notando cómo mi corazón latía con fuerza y retumbaba en su espalda, disfrutando del sonrojo de sus mejillas y de esos ojos brillantes por el éxtasis alcanzado.

No fue solo sexo. Fue poder compartido. Fue vulnerabilidad expuesta. Fue deseo sin reservas.

La cogí en brazos y la recosté en la cama; suspiró al sentir las sábanas, agotada, sonrojada y todavía temblando. Me incliné sobre ella y rocé su mandíbula con los labios.

—Eres mucho más valiente de lo que crees, Abigail Monroe.

Y mientras la ciudad seguía brillando tras el cristal, comprendí que ya no se trataba solo de dominarla en la cama.

Se trataba de no querer soltarla, de no querer dejar que se fuera.

Capítulo 23



Abigail

Desperté antes de abrir los ojos.

No fue un sonido lo que me sacó del sueño, ni la luz filtrándose entre las cortinas pesadas de la suite. Fue una caricia lenta y deliberada con la yema de unos dedos recorriendo mi espalda desnuda con una suavidad que no pretendía despertarme… sino comprobar si ya lo estaba.

No me moví. Mantuve los ojos cerrados y fingí que seguía dormida mientras mi piel reaccionaba traicioneramente bajo aquel roce. El colchón era firme, las sábanas increíblemente suaves, y el calor del cuerpo de Declan a mi espalda era una presencia imposible de ignorar.

Anoche… El recuerdo me golpeó como una ola cálida.

La cena frente al ventanal. Su mirada recorriéndome sin disimulo. Las ostras. El vino. La forma en que dijo mi nombre. Y después…

Tragué saliva. No había sido solo sexo. No como el que había tenido otras veces. No como con Nick.

Con Nick era físico, directo, sencillo. Dos cuerpos que se conocían desde hacía años y sabían exactamente qué hacer sin demasiadas palabras. Con Declan había sido otra cosa. Había sido… exposición.

Me había hecho mirarme. Literalmente. Me había obligado a enfrentar el reflejo de mi propio deseo. A no esconderme. A no apagar la luz. Y lo peor era que me había gustado.

La caricia descendió por mi columna hasta la curva de mis caderas. Sentí su respiración cerca de mi hombro.

No te estremezcas, Abigail. No le des esa satisfacción tan pronto. Me decía una y otra vez. Pero cuando sus labios rozaron mi hombro desnudo, cálidos y lentos, mi cuerpo traicionó cualquier intento de dignidad. Un leve escalofrío me recorrió entera.

—Buenos días —murmuró con voz grave junto a mi piel.

Abrí los ojos, me giré solo un poco el rostro y me encontré con los suyos. Gris acero. Despiertos. Observándome con una intensidad tranquila, casi analítica. Como si llevara un rato estudiando cada gesto, cada respiración.

Declan Reed no tenía aspecto desaliñado al despertar. Por supuesto que no. Incluso con el cabello ligeramente revuelto y la mandíbula cubierta por una sombra oscura de barba incipiente, seguía pareciendo peligrosamente impecable.

Empresario. Hombre de poder. Dueño absoluto de cada espacio que pisaba. Y, sin embargo, estaba allí, apoyado sobre un codo, mirándome como si yo fuera su próximo proyecto.

—Buenos días —respondí, intentando que mi voz sonara más firme de lo que me sentía.

Sus labios se curvaron levemente, se inclinó hacia mí y me besó. No fue un beso exigente como los de la noche anterior. Fue lento, explorador y cálido. Un beso que decía: sigues aquí.

Cuando se separó solo unos centímetros, habló contra mis labios.

—Voy a pedir el desayuno.

Ahí volvió la arquitecta organizada y prudente.

—No es necesario —respondí, incorporándome un poco y recogiendo la sábana sobre mi pecho—. Me ducharé y me vestiré en mi suite, y bajaré a desayunar a la cafetería. Como ayer.

Vi cómo su expresión cambiaba. No por enfado, sino algo más afilado. Una sonrisa lobuna apareció unos segundos después.

—De eso nada.

—Declan…

—Ayer ya me diste plantón —interrumpió con suavidad—. No pude disfrutar de un desayuno a solas contigo en albornoz. Hoy no pienso repetir la experiencia.

Noté cómo el calor subía por mi cuello.

—No te di plantón.

—Desapareciste antes mientras me duchaba, antes de que pudiera tomarte a ti como aperitivo al desayuno.

Dios mío, esos ojos… Ese gris que me observaba con deseo y sin ocultar las ganas de querer repetir lo que había pasado apenas unas horas antes…

Si la tentación tuviera apellido, sin duda, sería Reed.

—Eso es exactamente lo que intentaba evitar —respondí al fin.

Declan se inclinó de nuevo y me besó, esta vez con un punto más de firmeza.

—Error estratégico, señorita Monroe.

Antes de que pudiera replicar, se estiró hacia la mesilla y cogió el teléfono. Le observé mientras hablaba con recepción. Su tono cambió ligeramente: profesional, claro y sin titubeos.

—Dos desayunos completos. Sí. Con todo. Café, fruta, huevos, bollería y zumo recién exprimido. En una hora en mi suite.

Una hora. Fruncí el ceño al escucharlo; él colgó con tranquilidad y volvió a mirarme.

—¿Por qué dentro de una hora? —pregunté, cruzándome de brazos bajo la sábana.

Sus ojos descendieron deliberadamente hacia el movimiento. Después volvieron a los míos.

—Porque antes vamos a darnos una ducha.

Parpadeé.

—¿Tanto tardas en ducharte?

Declan soltó una risa baja, casi vibrante.

—Solo cuando la ducha se pone interesante.

Mi estómago dio un vuelco. Ahí estaba otra vez esa sensación. Esa mezcla de anticipación y peligro. Como si cada conversación con él tuviera una doble capa.

Como hombre, era magnético. Como empresario, impecable. Como amante… Cerré los ojos un segundo. Como amante, era devastador.

Se incorporó en la cama y la sábana resbaló por su torso. Mi mirada, traicionera, descendió sin permiso. Espalda ancha. Hombros marcados. Abdomen firme. Nada excesivo. Nada ostentoso. Simplemente… sólido. Poder contenido. Y supe, con una claridad incómoda, que lo que más me descolocaba no era su cuerpo.

Era su mente. La forma en que analizaba cada reacción mía. La forma en que anticipaba mis movimientos. La forma en que parecía disfrutar tanto de mi vulnerabilidad como de mi desafío.

—¿Vienes? —preguntó, ya de pie junto a la cama.

Mi primera reacción fue negarme. La segunda fue recordar cómo me había sentido la noche anterior. La tercera fue levantarme. La sábana cayó, sus ojos oscurecieron ligeramente y supe que esa ducha no iba a ser rápida.

Declan no dijo nada cuando me levanté, pero sus ojos sí.

Me recorrieron con una lentitud descarada, sin vergüenza, sin prisa. No como un hombre que miraba un cuerpo desnudo por primera vez, sino como alguien que ya sabía cómo respondía ese cuerpo. Cómo temblaba. Cómo ardía. Y eso, extrañamente, me afectó más que la propia desnudez.

—Ven —dijo simplemente.

No fue una orden ni una exigencia, fue una invitación que sonó inevitable.

Cruzó la suite con esa seguridad silenciosa que tenía incluso descalzo, y yo lo seguí, intentando mantener la compostura que llevaba años perfeccionando. La arquitecta competente. La mujer independiente. La que no se dejaba impresionar.

El cuarto de baño era tan impecable como el resto de la suite: mármol claro, espejo amplio, ducha acristalada con efecto lluvia. Todo limpio, ordenado, casi excesivamente perfecto. Como él.

Declan abrió el agua caliente y dejó que el vapor comenzara a llenar el espacio.

—Siempre controlándolo todo —murmuré, apoyándome en la encimera.

—Siempre —respondió sin negar la acusación.

Se volvió hacia mí y, sin previo aviso, me cogió en brazos. Solté una exclamación ahogada y me aferré a sus hombros por puro reflejo.

—Puedo andar —protesté, aunque mi voz ya no tenía demasiada firmeza.

—Lo sé.

Entró en la ducha conmigo todavía en brazos y el agua caliente cayó sobre nuestros cuerpos a la vez. El contraste me hizo cerrar los ojos un instante. Calor. Vapor. Su piel contra la mía…

Me dejó en el suelo despacio, pero no se apartó. El espacio era amplio, pero él decidió reducirlo al mínimo. Su pecho casi rozaba el mío. El agua resbalaba por sus hombros y descendía por su torso en líneas brillantes.

—Gírate.

Obedecí sin pensar demasiado en ello. Sentí sus manos enjabonando mis hombros, descendiendo por mis brazos con movimientos firmes pero cuidadosos. No había prisa. No había urgencia. Solo una atención minuciosa que me hizo tragar saliva.

No era una caricia erótica todavía. Era… dedicación. Sus dedos recorrieron mi espalda, insistiendo en la curva de la columna, bajando hasta mis caderas. Cerré los ojos cuando sus manos volvieron a subir, lentamente, dibujando círculos que me hicieron estremecer bajo el agua.

—Estás tensa —murmuró cerca de mi oído.

—No es cierto.

Su leve risa vibró contra mi piel.

—Abigail… puedo notar cuándo estás tensa.

Y eso era lo inquietante. Que podía.

Cogió el champú y comenzó a lavarme el cabello con movimientos sorprendentemente suaves. Sus dedos se movían entre mis mechones, masajeando el cuero cabelludo con paciencia. Nunca nadie me había lavado el pelo así. Era un gesto íntimo de una forma completamente distinta.

—No pareces el tipo de hombre que hace esto —dije, con la voz más baja de lo habitual.

—¿Lavar el pelo?

—Cuidar.

Hubo un breve silencio y el agua siguió cayendo sobre nosotros, envolviéndonos en vapor.

—No lo hago —respondió al final—. No suelo hacerlo.

Esa precisión en las palabras no pasó desapercibida. *No suelo. Pero contigo…* No lo dijo, pero tampoco necesitaba hacerlo.

Se inclinó para aclarar el champú y sus manos descendieron de nuevo por mi cuerpo, arrastrando la espuma. Esta vez no fingió que era solo porque me estaba duchando.

Se detuvo en mi cintura. En mis caderas. En la curva de mis muslos. Y cuando sus manos regresaron a mi vientre, su respiración cambió. Yo también lo noté. El aire se volvió más denso. Pero antes de que el deseo lo invadiera todo, habló.

—Cuéntame lo de tu ex.

Esa petición me descolocó tanto que abrí los ojos de golpe.

—¿Ahora?

—Ahora.

Giré despacio hasta quedar frente a él mientras el agua caía entre los dos y suspiré. No me apetecía recordar. No me apetecía abrir esa puerta. Pero tampoco quería huir.

—Éramos jóvenes —empecé—. Instituto. Primer amor. O eso creía yo.

Declan no apartó la mirada.

—Seguimos durante la universidad y todos creían que acabaríamos casados, con una casa, hijos… Yo la primera, no voy a mentir. Un día decidió que necesitaba "algo diferente". —Sonreí con amargura—. Traducido: alguien más delgada.

Vi cómo su mandíbula se tensaba sutilmente.

—Fue honesto —continué—. Brutalmente honesto. Me dijo que yo era demasiado. Demasiado curvilínea. Demasiado visible. Que no era el tipo de mujer que imaginaba a su lado.

El agua resbalaba por mis mejillas y no supe si agradecía que ocultara cualquier brillo incómodo en mis ojos.

—Desde entonces —añadí más bajo—, aprendí a no creer demasiado cuando un hombre dice que le gusto. Siempre hay una condición escondida.

Declan dio un paso hacia mí. Solo uno. Pero suficiente para que mi espalda tocara el cristal.

—Escúchame —dijo con voz firme, pero no dura.

Levantó una mano y la apoyó en mi mejilla, apartando un mechón húmedo.

—Ese hombre era un idiota.

—No hace falta que…

—No he terminado —me cortó.

Su tono no admitía interrupciones, pero sus dedos eran increíblemente suaves.

—No hay nada en tu cuerpo que deba reducirse. Nada que deba esconderse. Anoche no podía apartar los ojos de ti. Y esta mañana tampoco.

Mi respiración se volvió irregular. No era solo deseo, era algo más profundo. Validación. Y me odié un poco por necesitarla.

Se inclinó y me besó. Esta vez no fue dominante, fue diferente. Más lento. Más consciente.

Sus labios exploraron los míos con una mezcla de ternura y hambre contenida. Como si estuviera intentando comunicar algo que las palabras no alcanzaban. Y yo pensé, contra todo pronóstico, que Declan Reed besaba distinto cuando estaba siendo sincero.

Mis manos subieron por su pecho mojado, sintiendo el latido firme de su corazón bajo la piel caliente. El beso cambió y se volvió más intenso.

El agua seguía cayendo, pero ya no era protagonista. Lo eran sus manos recorriéndome, ahora sin disfraz de jabón, ahora sin excusa.

Su boca descendió por mi cuello, deteniéndose en mi clavícula. Sentí cómo mi cuerpo respondía sin reservas, cómo el calor crecía bajo la piel, cómo cada respiración se volvía más corta.

—Declan… —susurré, sin saber exactamente qué estaba pidiendo.

Él respondió con un sonido grave en el fondo de su garganta. No hubo brusquedad, pero tampoco contención.

Me levantó ligeramente, apoyándome contra el cristal empañado, y la sensación de su cuerpo contra el mío hizo que me aferrara a sus hombros. El vapor nos envolvía. Sus manos firmes, su boca recorriendo mi piel, la forma en que sabía exactamente dónde detenerse un segundo más…

No fue como la noche anterior frente al espejo. No hubo órdenes ni desafío. Fue pura intensidad compartida.

Cada roce parecía amplificado por el agua caliente. Cada suspiro encontraba eco en el espacio reducido de la ducha.

Ni siquiera me tocó para excitarme; los dos sabíamos que no era necesario porque mi cuerpo reaccionaba a él como si lo reconociera de siempre. Ya estaba húmeda y no era precisamente por el agua de la ducha. Sentía mi sexo palpitante y necesitado mientras el miembro de Declan, grande, grueso y tremendamente excitado, rozaba mi clítoris mientras movía las caderas, tentándome.

Seguimos besándonos y, de una sola embestida, poderosa, fuerte y profunda, me penetró, haciendo que un grito ahogado muriera en su boca.

Cuando nuestros cuerpos finalmente se unieron bajo la cascada constante, no hubo espectáculo ni control exhibido. Hubo necesidad. Ritmo. Calor.

Me aferré a él, sintiendo cómo el mundo quedaba reducido a ese instante suspendido entre vapor y piel. No pensé en Boston. No pensé en Nick. No pensé en las consecuencias, que había muchas, como por ejemplo que Declan Reed era una tentación prohibida para mí.

Solo pensé en cómo me miraba incluso en medio de la tormenta de sensaciones. Como si quisiera asegurarse de que estaba allí, presente, con él.

Y cuando el placer nos alcanzó, no fue estruendoso como la noche anterior. Fue profundo e intenso, casi abrumador.

Me quedé apoyada contra su pecho unos segundos después, respirando con dificultad, mientras el agua seguía cayendo como si nada extraordinario hubiera ocurrido. Pero algo sí había ocurrido. Algo que no sabía cómo nombrar.

Declan apoyó la frente contra la mía.

—Una hora —murmuró, en voz baja—. Vamos a tener que darnos prisa.

Y, contra toda lógica, me reí. Porque por primera vez en mucho tiempo, no me sentía juzgada. Me sentía deseada. Y eso era mucho más peligroso.

Capítulo 24



Abigail

Salimos de la ducha envueltos en vapor y silencio. No un silencio incómodo, sino uno denso y cargado.

Declan cogió una toalla y comenzó a secarme a mí primero; después cogió otra para sí mismo. Sus movimientos eran tranquilos, medidos, como si nada de lo que acababa de ocurrir hubiera alterado su equilibrio. Yo, en cambio, sentía el pulso todavía acelerado bajo la piel.

Me envolví en uno de los albornoces blancos del hotel y me dejé abrazar por la suavidad de la tela. Era como si todo en ese lugar estuviera diseñado para que uno olvidara el mundo exterior.

Declan hizo lo mismo y, durante un instante, nos miramos frente al espejo empañado. No había desafío esta vez, solo algo más difícil de etiquetar.

Cuando llamaron a la puerta, el sonido me hizo volver a la realidad.

—Justo a tiempo —dijo él.

Yo ajusté el cinturón del albornoz, intentando recomponer también algo más que la tela.

Declan abrió la puerta con naturalidad. El carrito del desayuno entró en la suite como una escena perfectamente coreografiada. Bandejas plateadas, café

humeante, fruta fresca cortada con precisión, huevos, tostadas, bollería, zumo recién exprimido. Demasiado íntimo. Demasiado doméstico.

Esperé a que el camarero se marchara y entonces me acerqué a la mesa junto al ventanal. La ciudad seguía extendiéndose bajo nosotros, ajena a lo que ocurría en esa altura.

Declan sirvió café sin preguntarme cómo lo tomaba. Le observé.

—Dos de azúcar —dijo antes de que pudiera abrir la boca—. Y un poco de leche.

Le miré.

—¿Cómo lo sabes? —fruncí ligeramente el ceño.

—Te observé ayer en la cafetería.

Claro. Nada en él era casual.

Nos sentamos frente a frente, en albornoz y con el cabello aún húmedo. Como si aquello fuera algo habitual.

Probé la fruta primero; necesitaba algo ligero para calmar la extraña sensación en el estómago.

—¿Todos tus hoteles son así? —pregunté, señalando con la mirada la suite.

Declan tomó un sorbo de café antes de responder.

—Sí.

—¿Todos iguales?

Negó con la cabeza.

—Cada país tiene su estilo. En París hay más clasicismo, por ejemplo. Pero la estructura… la experiencia… es prácticamente la misma en todos.

Había orgullo en su voz, no una arrogancia vacía, sino un orgullo construido.

—Controlas hasta el último detalle, ¿verdad?

—Es la única manera de garantizar excelencia.

Ahí estaba el empresario. El hombre que hablaba de estándares, de coherencia, de visión global.

—¿Y nunca te cansas? —pregunté—. ¿De que todo dependa de ti?

Su mirada se clavó en la mía.

—No todo depende de mí. Tengo equipos excelentes. Pero la decisión final, sí.

Asentí despacio. Eso lo entendía demasiado bien.

—Me gustaría llevarte a conocerlos —añadió entonces, con una calma que me descolocó.

—¿Tus hoteles?

—Todos.

La forma en que lo dijo no sonó como una invitación turística, sonó como algo más amplio. Como un lugar dentro de su mundo. Sonreí, aunque algo en mi interior se tensó.

—Suena muy bien, Declan. De verdad. Pero no puedo.

—¿Por qué no?

—Porque tengo trabajo. Proyectos. Clientes. No puedo desaparecer semanas enteras para recorrer medio planeta.

Él apoyó el tenedor con precisión.

—Puedes delegar.

Solté una risa breve.

—¿Eso lo dice el hombre que revisa personalmente cada suite de cada hotel antes de inaugurarlo?

Una sombra de reconocimiento cruzó su expresión.

—No es lo mismo.

—Para mí sí.

Me incliné hacia delante ligeramente.

—Al igual que tú te implicas en todo lo que concierne a tus hoteles, yo me implico en cada proyecto que acepto. No soy la arquitecta que firma planos y desaparece. Estoy presente. Superviso. Corrijo. Ajusto.

Hubo un silencio breve, no de confrontación, sino de reconocimiento mutuo.

—Ese cliente del que hablabas ayer —dijo de pronto—. El que te contrató para diseñar la casa de su hija. ¿Es de tu tipo?

Parpadeé.

—¿Perdona?

—Si parece interesado en ti.

El cambio de tema fue tan directo que casi me hizo reír.

—Para empezar, eso no sería asunto tuyo.

Sus ojos se entornaron levemente.

—Contesta.

Negué con la cabeza.

—Está felizmente casado. Lleva cuarenta y dos años con su esposa. Tienen seis hijos. La que se casa es la pequeña.

Declan no pareció convencido.

—Muchos hombres casados tienen amantes.

Sentí una punzada de irritación.

—Yo no sería una de ellas.

—¿Tan segura estás?

Le sostuve la mirada.

—Jamás sería la tercera en una relación consolidada. No me interesa competir con una mujer que lleva media vida construyendo algo con alguien.

Mi voz salió más firme de lo que esperaba. Declan me observó en silencio unos segundos.

—Entonces háblame del hombre de la llamada de ayer.

Sabía que llegaría ese momento. Bajé la mirada hacia mi taza de café.

—Era Nick.

—¿Nick?

—Un antiguo compañero de universidad.

—¿Y?

Inspiré hondo.

—Tenemos… una relación sin compromiso.

Declan no dijo nada, pero su quietud se volvió más densa.

—Cuando viaja a Boston, nos vemos —continué—. Es sencillo. Claro. Sin expectativas.

Levanté la vista hacia él.

—Y, por si lo estás pensando, es la primera vez desde que tengo eso con Nick que me acuesto con otro hombre.

El silencio que siguió fue diferente a los anteriores, más pesado. Declan me miraba fijamente. No lo hacía con furia y tampoco con celos evidentes. Me miraba como si calculara cada una de mis palabras.

Aparté la mirada ligeramente, algo avergonzada por la necesidad absurda de justificarme. No éramos nada. No tenía que darle explicaciones. Y, sin embargo, lo había hecho.

Él apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos.

—Interesante.

No supe si aquello era bueno o malo.

El café ya se había enfriado ligeramente entre mis manos y, por primera vez desde que me había despertado, comprendí que el verdadero campo de batalla no estaba en la cama.

Estaba en las reglas. Y todavía no sabía cuáles eran las suyas.

No supe en qué momento dejó de haber mesa entre nosotros. Solo que Declan se levantó con esa calma peligrosa que tenía cuando algo le interesaba de verdad y rodeó la mesa sin prisa. Yo seguía sentada, con la taza entre las manos, observándolo acercarse como si fuera consciente de cada centímetro que reducía entre los dos. Se detuvo frente a mí.

—Ven aquí —dijo en voz baja.

No fue una orden brusca, fue peor. Fue una certeza. Dejó la mano abierta ante mí, esperando. Podría haberme negado. Debería haberlo hecho. En lugar de eso, dejé mi mano en la suya.

Tiró suavemente y me levanté. No me soltó; al contrario, me atrajo hacia él hasta que mis rodillas chocaron con sus muslos y, con un movimiento fluido, me sentó sobre su regazo.

El albornoz se abrió ligeramente al acomodarme. Mi respiración cambió, pero la suya no.

Declan deslizó una mano por mi cintura mientras la otra apartaba mi cabello húmedo hacia un lado y entonces, sin aviso, besó mi cuello. Despacio. Con la boca caliente y la intención clara. Cerré los ojos un instante.

—Declan…

—Escúchame tú ahora —murmuró contra mi piel.

Su voz era más grave. Más íntima. Sus labios recorrieron la línea de mi clavícula mientras hablaba.

—No soy hombre de una sola mujer.

La frase se clavó en algún punto bajo mis costillas.

—No lo he sido nunca. Pero admito que no me gusta compartir con otros.

Su mano descendió por mi muslo, lenta y firme.

—Si quieres seguir viendo a ese tal Nick… no tengo problema.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente.

—Siempre y cuando también me sigas viendo a mí.

Abrí los ojos.

—¿Perdona?

Su pulgar dibujó un círculo lento bajo la tela del albornoz.

—No competiré con él —dijo con calma—. No reclamaré tu exclusividad aunque, como te he dicho, no me gusta compartir. Pero tampoco renunciaré a

lo que quiero.

El calor me subió por el vientre.

—Eso no funciona así.

—Ah, ¿no?

Su mano avanzó apenas un centímetro más y mi respiración se entrecortó.

—O estoy con uno o estoy con otro —conseguí decir—. No soy una opción compartida.

Declan levantó la vista hacia mí. Sus ojos grises se oscurecieron.

—No quisiera compartirte y tampoco voy a renunciar a ti —murmuró—. Eres tú la que decide. Pero tu cuerpo…

Sus dedos se movieron con precisión, arrancándome un jadeo involuntario.

—…tu cuerpo me obedece.

Intenté apartarme, pero su brazo en mi cintura me sostuvo firme.

—Eres un cliente —dije, aunque mi voz ya no tenía la firmeza que pretendía—. Esto no debería continuar.

Sus labios rozaron mi mandíbula.

—Entonces levántate.

—Declan…

—Levántate —repitió, pero no lo hice.

El silencio se volvió denso. Mi mente gritaba que aquello era una mala idea. Que él acababa de dejar claro que no me exigía exclusividad. Que no era hombre de una sola mujer. Pero mi cuerpo recordaba el espejo. La ducha. La forma en que me había mirado como si yo fuera suficiente.

Me incliné hacia él casi sin darme cuenta y su boca capturó la mía con una intensidad contenida que explotó en cuanto nuestros labios se encontraron.

El beso fue urgente. Más cargado que los anteriores. Como si ambos supiéramos que ya no se trataba solo de deseo, sino de territorio emocional.

El albornoz se deslizó un poco más. Mis dedos se enredaron en su cabello. Y no hubo delicadeza, hubo fricción y respiraciones entrecortadas.

El desayuno quedó olvidado en la mesa mientras el fuego volvía a encenderse entre nosotros. No era como con Nick. Con Nick todo era sencillo. Familiar. Sabíamos el ritmo y el final. No había conversaciones incómodas después.

Con Declan… Era incendio. Era tensión. Era algo que podía quemar más allá de la piel.

Sus manos me guiaron con firmeza y yo respondí sin fingir resistencia. El deseo estaba ahí, indiscutible, amplificado por todo lo que acabábamos de decir.

Declan deslizó los dedos entre mis pliegues y gemí ante el modo en el que me tocaba, cómo me provocaba, cómo me tentaba y me llevaba a la excitación más exquisita. Sus labios buscaron mis pechos y comenzó llevándose uno a la boca, degustándolo con deleite. Lamió el pezón y después lo mordisqueó, tirando de él hasta que un gemido de puro placer escapó de mis labios.

Dio esas mismas atenciones al otro pezón y lo siguiente que sentí fue la mesa donde esperaba el desayuno bajo mis nalgas. Declan se inclinó y comenzó a lamer mi clítoris con avidez mientras cada centímetro de mi cuerpo temblaba ante lo que ese hombre le hacía sentir.

Mantuvo mis piernas bien separadas con ambas manos sujetando mis muslos; yo le miraba y veía cómo lamía una y otra vez sin parar, aumentando el ritmo cada segundo que pasaba.

Comencé a mover las caderas y gruñó, sin duda satisfecho porque lo que me hacía me volvía loca y me llevaba a ese punto de no retorno donde el placer se volvía más y más intenso.

Me corrí apenas sin darme cuenta, jadeando, gimiendo y moviendo las caderas, presa del placer, y antes de que los últimos coletazos del orgasmo se disiparan, Declan me cogió por la cintura y me acomodó a horcajadas sobre sus piernas, penetrándome de inmediato.

Me estremecí y un grito ahogado salió de mis labios mientras me agarraba con fuerza a sus hombros y dejaba caer la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados. Sentí la lengua de Declan lamiendo un pezón y después el otro mientras me sostenía con fuerza con un brazo. Y no tardé en notar su pulgar sobre mi clítoris, haciendo círculos de lo más perversos y tentadores mientras con una mano me subía y me bajaba sobre su duro miembro, abriéndose paso entre los músculos de mi vagina.

Yo gemía y él dejaba escapar leves gruñidos mientras me penetraba una y otra vez, follándome sin pudor ni arrepentimientos.

Cuando el placer volvió a envolvernos, fue más intenso precisamente por la advertencia previa. Por la falta de promesas. Por esa honestidad casi brutal. Y cuando por fin nos quedamos quietos, respirando con dificultad, mi frente descansó contra su hombro.

El silencio posterior fue distinto al de la ducha. Más consciente y más real. Me incorporé despacio y me recompuse el albornoz mientras Declan me observaba con esa expresión indescifrable que tanto me descolocaba.

Yo, en cambio, tenía algo claro. Con Nick era intensidad sencilla. Con Declan era fuego prohibido. Y lo más inquietante no era la pasión.

Era que ese hombre no era de los que jugaban con una sola mujer. Y, aun así, yo acababa de elegir no marcharme.

Capítulo 25



Declan

El coche avanzaba por calles iluminadas por farolas cálidas, y yo apenas podía apartar la vista de Abigail Monroe sentada a mi lado. Había algo en cómo su cabello castaño oscuro caía sobre sus hombros y cómo su postura, elegante y confiada, delataba un aire de desafío que me excitaba más de lo que cualquier mujer había conseguido jamás.

Sabía que era inteligente, sarcástica, independiente… pero también sabía que detrás de esa armadura había una vulnerabilidad que me resultaba irresistible. Y esa noche, quería tocarla, mirarla, sentirla de todas las formas posibles.

La llevé a comer porque necesitaba verla fuera de la cama. Necesitaba comprobar si lo que había entre nosotros seguía ardiendo cuando no estábamos desnudos.

Reservé en un lugar donde nadie pudiera molestarme. Un sitio donde el dinero no solo compraba comida, sino silencio.

El restaurante estaba oculto tras una fachada discreta en una calle tranquila de Nueva York, lejos del bullicio turístico. Desde fuera parecía una galería privada más que un local gastronómico. Sin rótulos luminosos. Sin escaparates. Solo una puerta oscura y un portero que sabía exactamente quién era yo.

Dentro, la iluminación era tenue, cálida, calculada para acariciar la piel. No había mesas visibles al entrar, solo un pasillo revestido de madera oscura que conducía a reservados independientes. Cada uno estaba separado por paneles gruesos tapizados en terciopelo burdeos, con puertas correderas que garantizaban intimidad absoluta.

Nadie escuchaba. Nadie miraba. Eso era lo que pagaba.

Abigail caminaba a mi lado con ese equilibrio suyo entre elegancia y naturalidad que me estaba empezando a resultar peligrosamente adictivo.

Llevaba un vestido sencillo, pero en ella nada era sencillo. El tejido se ajustaba lo suficiente para insinuar, no para mostrar. El cabello suelto le caía sobre los hombros y tuve que contener el impulso de apartárselo para besarle el cuello antes siquiera de sentarnos.

El *maître* nos condujo hasta nuestro reservado. Una mesa redonda. Dos sillones tapizados enfrentados. Una lámpara suspendida justo encima, creando un pequeño mundo privado bajo su luz dorada.

Cuando la puerta se cerró tras nosotros, el silencio fue absoluto.

—Esto es… muy exclusivo —dijo ella, mirando alrededor.

—No me gusta que me interrumpan cuando estoy concentrado —contesté arqueando una ceja y ella entendió el doble sentido. Lo vi en cómo se le tensaban ligeramente los hombros.

Nos sentamos uno frente al otro. Pedí vino tinto sin mirar la carta. Un reserva potente, profundo, de esos que dejaban rastro en la lengua.

Cuando el camarero se marchó, apoyé los antebrazos en la mesa y la miré. No lo hice con prisa ni con hambre, lo hice con intención.

—¿Estás incómoda? —pregunté.

—No.

Mentía un poco. Pero no era incomodidad negativa, era anticipación.

El vino llegó y lo serví yo mismo. Observé cómo sus dedos rodeaban la copa. Cómo sus labios rozaban el cristal antes de probarlo. Mi mirada bajó a su boca demasiado despacio.

Pedí varios platos para compartir: ostras, *foie*, trufa negra, chocolate amargo y un *carpaccio* de ternera con aceite de trufa. Todo afrodisíaco, diseñado para excitar los sentidos tanto como nuestra tensión contenida.

—¿Todo para compartir? —preguntó ella cuando llegaron los platos.

—Estoy seguro de que te van a gustar.

La primera ostra la abrí yo y la acerqué a sus labios.

—Declan…

—Confía en mí.

Sus labios se entreabrieron y la deslizó dentro. Observé cómo tragaba. Cómo su garganta se movía. Cómo cerraba los ojos un segundo.

Mi mano descansaba ya sobre su rodilla bajo la mesa. Al principio de forma neutra, después no tanto.

Y mientras cenábamos, hablamos del proyecto. De Boston. Del hotel. Pero cada frase estaba cargada de algo más.

Mis dedos subían lentamente por su muslo mientras ella fingía normalidad. Mientras hablaba de materiales y estructuras, su respiración cambiaba de un modo casi imperceptible. Yo no dejaba de tocarla ni de mirarla.

Cuando probó el *carpaccio*, una pequeña mancha de aceite quedó en la comisura de sus labios. No avisé, simplemente me incliné sobre la mesa y la limpié con el pulgar. Después me llevé el dedo a la boca. Ella se sonrojó y eso… Eso me gustó demasiado.

—Te gusta provocarme —dijo en voz baja.

—Me gusta comprobar hasta dónde llegas.

Mi mano ya estaba demasiado arriba para ser inocente. El reservado era insonorizado, eso lo sabía. Deslicé los dedos bajo el borde del vestido con una lentitud calculada. Ella dejó la copa en la mesa.

—Declan…

—Dime que pare.

No lo dijo. Sus ojos estaban más oscuros. Más brillantes. Me levanté despacio y rodeé la mesa sin romper el contacto visual. Me senté a su lado esta vez y la acerqué más a mí. El espacio se redujo.

Mi mano subió por su muslo hasta encontrar la piel caliente bajo la tela. Su respiración se volvió irregular.

—Aquí nadie entra —murmuré junto a su oído.

Ella giró la cabeza un poco, lo justo para que nuestras bocas quedaran a centímetros.

—Eso no lo mejora —susurró.

—Lo empeora —confesé y la besé.

Un beso lento al principio, después no. Su sabor estaba mezclado con vino tinto y trufa. Mis dedos la exploraban con la misma paciencia con la que había elegido cada plato. No era hambre física. Era control. Era tensión.

La hice estremecerse contra mí mientras mi otra mano se deslizaba por su espalda, marcando territorio sin necesidad de palabras. El mantel seguía impecable y la comida casi intacta. Pero el aire se había vuelto denso. Caliente.

Separé mi boca de la suya solo para mirarla. Estaba completamente encendida y lo sabía.

—Todavía no hemos terminado de comer —dije.

Ella soltó una breve risa nerviosa.

—Eres imposible.

—No. Soy claro.

Volví a besarla, esta vez más profundo, y su mano se aferró a mi camisa. Su entrega era distinta fuera de la habitación. Más consciente. Más peligrosa. Y mientras la tocaba, mientras la hacía contener el aliento en un reservado donde nadie podía vernos, supe algo que no me gustó reconocer.

No la había llevado allí solo para acostarme con ella. La había llevado porque quería verla en mi mundo. Quería que encajara. Y lo estaba haciendo demasiado bien.

Tuve que hacerme con todo el autocontrol del que siempre presumía para apartarme de ella y disfrutar de la comida, aunque lo que quería en ese momento era disfrutar de ella.

No me moví de su lado, me quedé ahí para poder sentirla cerca, para dejar que el aroma de su perfume me envolviera, pero también el de su excitación porque sí, podía sentir que estaba muy excitada.

Le di otra ostra y ella la degustó con deleite, mirándome a los ojos con ese brillo de deseo y travesura mezclados con un leve rastro de timidez.

No podía dejar de pensar en la noche anterior, en cómo se observaba en el reflejo del espejo mientras la tocaba, mientras la besaba y la llevaba al límite follándola como ambos deseábamos.

Su exnovio era un completo imbécil, alguien a quien la palabra hombre le quedaba grande y la de amante no le servía.

Un hombre no tiene que exigir a su mujer, no tiene que obligarla, simplemente tiene que hacerla partícipe de lo que ambos desean, y procurar que ella no solo se sienta segura y vista, sino deseada y venerada en todo momento. Ella debía ser comprendida sin importar lo que él necesitara. En el sexo, lo primordial era que ambos disfrutaran de lo que hacían en todo momento.

Comimos, bebimos, me perdí en sus ojos y en el modo en el que brillaban, en cómo me observaba y en ese sonrojo que inundaba sus mejillas cuando mi mano se perdía bajo la tela del vestido.

Un gemido ahogado salió de sus labios cuando deslicé mis dedos entre sus piernas, apartando la tela del tanga a un lado y rozando su clítoris. La miré y vi cómo cerraba los ojos mientras mis dedos se movían con destreza entre sus pliegues, mientras le pellizcaba el clítoris y la hacía tragar saliva.

Besé su cuello sin dejar de tocarla, bajé hasta su torso y con la mano que tenía libre bajé la cremallera del vestido y se lo fui bajando hasta que sus pechos quedaron libres y expuestos ante mí.

Abigail gimió al sentir mis dientes sobre el pezón, tirando de él, y volvió a gemir cuando lo lamí con avidez con la punta de la lengua y después di otro tirón con los dientes y soplé sobre él.

Me miró con los ojos completamente vidriosos por el deseo, se mordió el labio y sentí una punzada en mi miembro. Quería y necesitaba poseerla. Una necesidad urgente y casi primitiva que nunca antes había sentido con otra mujer.

Me incliné, apenas rozando sus labios con los míos, y cuando levanté la mirada para encontrar los suyos, su respiración se había acelerado. El vino tinto, los aromas de la comida, el ambiente privado, todo conspiraba para que ese momento se sintiera casi prohibido, pero intensamente necesario.

Capítulo 26

Declan

No dejé de acariciarla mientras compartíamos los últimos platos. Cada bocado que tomábamos juntos parecía un ritual de deseo, un juego donde la comida y el contacto físico se entrelazaban hasta que su mano buscó la mía, entrelazando los dedos con fuerza. Sus ojos se encontraron con los míos y, por un instante, el mundo desapareció: solo existíamos ella, yo y esa tensión que quemaba como fuego bajo la piel.

—Declan… —murmuró, y no pude evitar sonreír al notar cómo sus labios temblaban ligeramente—. Esto es… demasiado intenso.

—Lo sé —le dije, con una sonrisa fría y dominante—. Y solo estamos empezando.

Y entonces, en medio del ambiente íntimo del restaurante, con los platos afrodisíacos aún calientes y el vino acariciando nuestras gargantas, la llevé más allá de las palabras, deslizando mi mano por su espalda, rozando su cabello, aproximando nuestros cuerpos hasta que no había más distancia que el aire caliente entre sus labios y los míos.

La recosté en el sofá y le subí el vestido hasta la cintura, le quité el tanga y me quedé contemplándola. El pelo desparramado en el sofá, los ojos vidriosos, las mejillas sonrojadas, los labios hinchados por los besos, sus pechos al aire y su sexo húmedo y expuesto para mí.

Me quité la camisa y me deshice de la corbata, la besé con hambre y urgencia mientras volvía a jugar con mis dedos en su clítoris y la penetraba con dos de ellos, y la sentí estremecer mientras mi miembro seguía palpitando, queriendo que lo liberara.

Dejé breves y suaves besos en su cuello, sus clavículas y sus pechos, lamí sus pezones y los mordisqueé, y continué bajando con mis labios por su curvilíneo y tentador cuerpo hasta que me detuve entre sus piernas.

Cuando la miré y vi el deseo en sus ojos, sonreí, me incliné y comencé a lamer su sexo como si degustara uno de esos platos que habíamos compartido. Abigail gemía y se retorcía mientras movía las caderas. Seguí lamiendo sin detenerme y sentí sus dedos enredándose en mi cabello, tirando de él cada vez que elevaba las caderas, pidiéndome en silencio que no parara, cosa que no pensaba hacer hasta que se corriera en mi boca.

Esa mujer me volvía loco, me hacía perder el autocontrol, me atraía y me excitaba como ninguna otra, y tenía algo que no sabía explicar, pero que me impedía dejarla marchar o alejarme de ella.

La deseaba con cada fibra de mi ser, y a pesar de su fuerza y su carácter de mujer luchadora, una parte de ella era más vulnerable y, de algún modo, era la que me pedía que me mantuviera cerca y la cuidara.

Y cuando llegó al orgasmo, fue un momento eléctrico, un instante suspendido en el tiempo donde su cuerpo se rindió a mi toque, y yo confirmé algo que ya sabía: no era solo deseo físico. Había algo en ella que me hacía perder el control, algo que me hacía quererla en todas las formas posibles, ahí, frente a mí, en ese santuario privado que había creado solo para ella.

No, no me la follé, y no por falta de ganas, sino porque ese momento era para ella, y yo lo había disfrutado igual.

Tras aquella comida, mientras el último sorbo de vino tintineaba en nuestras copas, sentí cómo Abigail me observaba con una mezcla de curiosidad y deseo que me hizo sonreír de manera apenas perceptible. Habíamos compartido más que comida: habíamos compartido tensión, contacto físico y silencios cargados de insinuaciones.

—Declan… —murmuró, mientras acomodaba su cabello detrás de la oreja, una vez se había recompuesto la ropa—. No sé si debería… —Su voz tembló levemente, y yo incliné la cabeza, disfrutando del pequeño juego de incertidumbre que le provocaba mi presencia.

—¿No deberías qué? —pregunté, bajando la voz, tan grave y cargada de intención que podía sentir cómo su cuerpo reaccionaba incluso antes de que sus labios respondieran.

—No… —dijo, interrumpiéndose—. No debería sentirme así contigo… — Y ahí lo tuve. Su confesión silenciosa, su lucha entre control y deseo.

Sonreí, inclinándome hacia ella de manera que nuestra proximidad fuera inevitable. Mis dedos rozaron los suyos sobre la mesa, jugueteando apenas con la yema de sus dedos mientras mis ojos buscaban los suyos. Los abrí lo suficiente para que supiera que no había margen de duda: quería más, mucho más que esta comida.

—Abigail —susurré, dejando que la palabra sonara como una caricia—. No quiero que esto sea solo un fin de semana de sexo, ni que seas solo la arquitecta encargada del proyecto. Quiero verte, cenar contigo, comer contigo… y follarte, si tú me lo permites.

Ella se sonrojó, llevando una mano a su rostro, y yo aproveché para rozarle la muñeca con el pulgar, bajando lentamente hasta entrelazar mis dedos con los suyos. La intensidad de nuestra conexión era palpable, y el simple contacto hacía que cada músculo de su cuerpo se tensara con anticipación.

—Declan… —susurró, con un hilo de voz—. No sé si puedo… —pero sus ojos color avellana brillaban con una mezcla de miedo y excitación que me volvía loco.

—Puedes —dije, dejando que mis labios rozaran los suyos apenas unos segundos, sin besarla del todo—. Y quiero que lo hagas. Porque no es solo deseo físico. La mujer que tengo delante, tú… tienes algo que no me deja ir.

Su respiración se aceleró, y percibí cómo la piel de sus brazos se erizaba mientras se acercaba un poco más a mí. La tensión entre nosotros era eléctrica, cada mirada un desafío, cada gesto un anuncio de lo que estaba por venir.

Decidí subir un poco más la intensidad del juego: deslicé mi mano desde la mesa hasta su muslo, sintiendo cómo se estremecía bajo el contacto, y le hablé con la voz más baja y firme que pude.

—Quiero seguir viéndote, Abigail. No solo como la arquitecta de mi proyecto, sino como mujer. Quiero cenas, comidas, momentos… y sí, también quiero follarte cada vez que pueda. Quiero que me permitas descubrir cada parte de ti.

Ella se sonrojó aún más, apartando la mirada por un instante, y luego volviendo a encontrar la mía con un brillo de desafío mezclado con deseo.

—¿Y… y si acepto? —preguntó, con un hilo de voz tembloroso, pero claramente tentador.

—Entonces te aseguro que no habrá vuelta atrás —dije, con un tono que combinaba autoridad y deseo. Mis dedos seguían recorriendo su brazo y su muslo con delicadeza, provocando que cada caricia fuera un recordatorio de lo que podía suceder.

Su respiración se volvió más profunda y rápida, y pude notar cómo su cuerpo se inclinaba hacia mí, buscando inconscientemente más contacto. La miré, y por un momento, solo nos entendimos sin palabras. Todo lo que había entre nosotros, historia, deseo y vulnerabilidad, se mezclaba en ese instante.

—Declan… —susurró finalmente—. Esto…

—No tienes que tener miedo —dije anticipando lo que seguiría, acercando mis labios a su oído para que solo ella pudiera escucharme—. Solo confía en mí… y deja que esta noche nos lleve a donde quiera a partir de ahora.

Sentí cómo su cuerpo reaccionaba completamente a mi voz, a mi toque, a la intensidad de mi presencia. Su mano temblaba ligeramente en la mía, y yo la atraje un poco más hacia mí, lo suficiente para que nuestras respiraciones se mezclaran. Cada latido de su corazón parecía sincronizarse con el mío, y la tensión sexual alcanzó un punto casi insoportable.

Nos quedamos así, cerca, mirándonos, tocándonos, disfrutando de cada segundo de anticipación. Cada palabra que decía llevaba implícita una

promesa de más, y cada roce de mis dedos sobre su piel era un recordatorio de lo inevitable.

Finalmente, no pude resistirme más: la tomé suavemente del rostro y la besé, primero lentamente, explorando, y luego con más intensidad, dejándola saborear un poco de lo que estaba por venir.

Su entrega era perfecta: no era solo deseo físico, sino una mezcla de confianza, excitación y un pequeño desafío que me incitaba a ir más allá. La tensión creció, y su respiración se volvió más profunda, más entrecortada, mientras nuestros cuerpos casi se rozaban por completo bajo la mesa.

—Abigail —susurré entre besos—. Esto no termina aquí. Quiero más… y sé que tú también.

Ella me miró, con los ojos brillantes y un rubor intenso que cubría sus mejillas, y asentí lentamente, comprendiendo que lo que estaba por suceder no era solo físico. Era un juego de control, de deseo, de entrega mutua. Un momento en el que las palabras eran casi innecesarias, porque nuestros cuerpos y miradas lo decían todo.

En ese instante, mientras los últimos restos de nuestra cena desaparecían entre caricias y besos, supe que lo que había entre nosotros no era pasajero. No era solo la química de un fin de semana: había algo en ella que me hacía querer más, que me impedía dejarla ir, y que me aseguraba que la querría incluso cuando el mundo nos obligara a separarnos.

Capítulo 27



Declan

Cuando salimos del restaurante, el aire nos golpeó, pero la cercanía de Abigail hacía que ni la temperatura ni el mundo exterior importaran. Cada paso que daba junto a ella aumentaba la urgencia que llevaba dentro, y no tardé en deslizar mi brazo alrededor de su cintura, atrayéndola hacia mí mientras ella apoyaba la cabeza en mi hombro con una mezcla de diversión y complicidad.

—Declan… —susurró, y comprobé que su voz temblaba levemente mientras la miraba—. Esto… me está volviendo loca.

—A mí también —respondí, dejando que mis dedos recorrieran la curva de su cadera bajo el abrigo que llevaba.

Su perfume era un veneno que me hacía perder toda lógica. Cada movimiento suyo parecía sincronizarse con mi deseo, cada gesto era una invitación silenciosa que yo no podía ignorar.

Al entrar en el coche que nos esperaba para llevarnos de vuelta a mi hotel, el ambiente privado nos envolvió como un santuario. Cuando el chofer cerró la puerta, dejé que la tensión acumulada estallara. Abigail me miró, con los ojos brillantes, y antes de que pudiera decir nada más, la atraje hacia mí y la besé con una intensidad que la hizo suspirar y apoyarse por completo en mi cuerpo.

Mis manos bajaron a su espalda, explorando cada curva de su figura curvilínea, marcando su cintura, acariciando sus caderas pronunciadas y sintiendo la firmeza de su pecho generoso contra mi torso. Cada caricia era medida y precisa, pensada para excitar y provocar, pero también para mostrarle que no había vuelta atrás. Su respiración se aceleraba, y yo podía sentir cómo cada fibra de su cuerpo respondía a mi contacto.

—Declan… —susurró entre gemidos mientras sus manos buscaban mi cuello, aferrándose a mí como si temiera que la soltara—. No puedo… —y su voz se rompió con un suspiro que era pura rendición.

—Shh… solo déjate llevar —le susurré, mientras la empujaba suavemente para recostarla en el asiento. La vi morderse el labio y, con movimientos lentos y deliberados, me dejé caer junto a ella, acariciando su cabello, su cuello, sus brazos. Cada beso que le daba era un recordatorio de lo que podía ser, de lo que ella me permitía explorar.

El encuentro fue un juego de fuego y deseo. Sus manos recorrían mi espalda, mientras yo deslizaba mis dedos por su muslo y la sentía estremecerse con cada roce. No era solo sexo; era un intercambio de poder, de entrega y de placer compartido. La miraba fijamente, notando cómo sus ojos se humedecían, cómo su respiración se entrecortaba, y pensaba que no se trataba de necesidad o de simple atracción: era ella, y solo ella, la que no me dejaba apartarla de mi mente ni un segundo.

—No es solo deseo… —murmuré mientras la besaba nuevamente, sintiendo cada reacción de su cuerpo—. Es que no puedo dejarte ir. Si pudiera, te tendría en exclusiva, y serías solo mía.

Ella arqueó la espalda contra mí, entregándose por completo, y por un instante, el mundo desapareció. No había más que el calor de su piel, la suavidad de su cabello, el aroma que me embriagaba y la sensación de control mezclada con rendición que solo Abigail podía provocar en mí. Cada gemido suyo era una declaración, cada movimiento un recordatorio de que quería más, de que podía tenerlo todo.

El tiempo dejó de existir mientras explorábamos cada rincón de nuestros cuerpos. Cada beso, cada toque, cada caricia fue un juego medido de placer intenso. La veía entregada, totalmente suya en ese instante y, sin embargo, no

era solo posesión física: había algo más profundo, un vínculo innegable que me hacía querer protegerla, querer mantenerla cerca.

La senté a horcajadas sobre mis piernas y la penetré mientras la besaba, mientras mis manos recorrían su espalda y la atraían por la nuca hacia mí, profundizando en ese beso voraz y hambriento que nos consumía.

Aquel no era el lugar adecuado para el sexo, pero en el reservado me había contenido, había intentado mantener el control y esperar a llegar a la suite de mi hotel, y había fracasado estrepitosamente en el momento en el que nos sentamos en el coche.

Finalmente, tras un clímax compartido que nos dejó exhaustos y temblando, nos recostamos juntos en el asiento, ella apoyada contra mi pecho, y yo respirando profundamente su aroma, sintiendo cómo su cuerpo seguía temblando bajo el mío. Sabía que, aunque este fin de semana terminara, no podría dejar de pensar en ella, no podría dejar de desearla en cada momento.

—Declan… —murmuró, con la voz ronca y el aliento entrecortado—. Esto… es demasiado intenso.

—Lo sé —susurré, acariciando su cabello—. Pero no se trata solo de esto… se trata de ti. Y no voy a dejar que te vayas de mi lado sin que lo sepas.

Nos levantamos lentamente, arreglándonos lo mejor que pudimos mientras los últimos restos de nuestra pasión seguían ardiendo en nuestras venas. El reloj marcaba que debíamos salir hacia el aeropuerto para regresar a Boston, pero incluso en ese instante, cada gesto entre nosotros estaba cargado de deseo contenido. Me aseguré de que ella tuviera todo lo necesario, mientras la miraba con intensidad, sabiendo que esta despedida sería solo temporal.

Y mientras nos acercábamos al hotel, supe que la deseaba de una manera que no había experimentado antes: no era necesidad, era adicción a su presencia, a su entrega, a esa fuerza que emanaba incluso cuando se sonrojaba o dudaba. Si pudiera, la tendría conmigo siempre, y no solo por la pasión de una noche: quería su risa, su mirada, su cuerpo… Lo quería todo de ella.

El coche se detuvo frente a la entrada del hotel, y al abrir la puerta nos golpeó un torrente de flashes y voces: periodistas y fotógrafos esperaban la

llegada de un famoso actor que promocionaba su última película y se alojaría en mi hotel. La multitud estaba expectante, y pude sentir la tensión en el aire mientras los fotógrafos buscaban capturar cada gesto, cada sonrisa.

Cogí la mano de Abigail con firmeza, guiándola fuera del coche. La noté rígida a mi lado, y no tardé en entender por qué: los flashes iluminaban su rostro y su rubor era evidente. Me encantó verla así, vulnerable y hermosa a la vez, y la protegí sin dudarlo.

—Señor Reed, no esperábamos verle —dijo uno de los periodistas.

—Bueno, este es uno de mis hoteles. Sería raro que no viniera de vez en cuando.

—¿Y qué le ha traído a Nueva York, señor Reed? ¿Negocios o placer? —preguntó otro.

—Negocios, siempre negocios —sonreí levemente—. Tengo entre manos un nuevo proyecto.

—¿Nos puede decir sobre ese proyecto, señor Reed? —preguntó una periodista mientras yo abría la puerta para que Abigail entrara primero.

—Estamos finalizando detalles importantes —respondí con voz firme, calculada, manteniendo la compostura—. Pero hoy no voy a responder a más preguntas. —Miré a Abigail, que apenas podía sostener la mirada de los fotógrafos, sonrojada hasta las orejas.

—¿Y ella… quién es? —insistió otro periodista, claramente intrigado.

La miré y sonreí levemente, un gesto que solo nosotros entendíamos.

—Es la arquitecta encargada del proyecto. Ahora, por favor, respeten nuestra privacidad.

Agarré su mano con fuerza, guiándola hacia la entrada del hotel mientras los flashes continuaban disparando a nuestro alrededor. Abigail respiraba entrecortadamente, y yo podía sentir cómo sus dedos se aferraban a los míos,

buscando seguridad en medio del caos. Una vez dentro, cerré la puerta detrás de nosotros y la llevé hacia el ascensor.

—No sé cómo los famosos soportan esto todo el día —dijo, dejando escapar un suspiro mientras se recostaba ligeramente contra mí.

—Con mucha paciencia y autocontrol —respondí, abrazándola por la cintura mientras el ascensor comenzaba a subir—. Aunque, a veces, algún que otro periodista se merece un buen puñetazo.

Ella soltó una risa suave, ladeando la cabeza mientras sus ojos brillaban con complicidad.

—Yo se lo daría, y acabaría con más de una demanda —murmuró, y sentí un calor recorrerme todo el cuerpo.

Antes de que pudiera contestar, la atraje hacia mí y la besé en el ascensor, aspirando profundamente su aroma. Después de dos noches compartiendo su cuerpo, su piel, su aroma… no tenía ninguna duda de que la echaría de menos en mi cama. Cada instante lejos de ella me resultaba insoportable, y en ese beso concentré todo el deseo, la protección y la fascinación que sentía por ella.

Abigail correspondió, entregándose a ese contacto como solo ella sabía, con una mezcla de vulnerabilidad y fuego que me recordaba por qué no podía dejarla ir. La sujeté con firmeza mientras mis manos recorrían su espalda y su cintura, asegurándome de que sintiera que, allí conmigo, nada ni nadie podría dañarla.

Cuando el ascensor llegó a nuestra planta, nos separamos un instante, solo lo suficiente para mirarnos a los ojos y sonreír cómplices. La tensión sexual seguía allí, latente, y aunque sabía que teníamos que ir al aeropuerto y volver a Boston, no podía ni quería separarme aún de ella.

—Vamos —susurré, cogiéndole la mano y guiándola hacia la suite—. Todavía tenemos tiempo antes de irnos —le hice un guiño y ella sonrió con las mejillas sonrojadas.

Mientras caminábamos por el pasillo, sentí su mano apretando la mía y su respiración cerca de mi oído.

La contemplé de reojo y sonreí por dentro: después de todo lo que habíamos compartido en dos noches, ya no tenía ninguna duda. Esta mujer, Abigail Monroe, se había convertido en algo que no estaba dispuesto a soltar. Y si pudiera, la tendría conmigo en exclusiva, en cada comida, cada cena y cada instante en que el mundo nos permitiera ser solo nosotros.

Capítulo 28



Abigail

Era martes y la cafetería de siempre estaba casi vacía a esa hora. Me senté en la mesa junto a la ventana, apoyando los codos, y me llevé las manos a las sienes mientras miraba el vapor ascender de la taza de café.

La ciudad comenzaba a desperezarse lentamente, y yo apenas podía concentrarme en algo que no fuera la vorágine de titulares y fotos que habían aparecido en todos los medios el día anterior.

—¡Abigail! —la voz de Clare me sacó de mis pensamientos antes incluso de que entrara en la cafetería—. Ahora sí puedo presumir de que tengo una prima famosa.

—Por Dios.

Resoplé y dejé que la cabeza cayera sobre mis manos, intentando en vano ignorar la marea de titulares.

"Declan Reed y la mujer que podría ser su nueva conquista", *"¿Quién es Abigail Monroe?"*, *"El magnate de los hoteles y la arquitecta"*.

La prensa siempre exageraba, inventaba o distorsionaba la realidad, pero no podía evitar sentir un calor extraño en las mejillas.

—La prensa se inventa muchas cosas —dije, tratando de restarle importancia mientras levantaba la vista y veía a mi prima Clare sonreír—.

Pero…

—Puede ser —me interrumpió, inclinándose hacia mí con esa expresión traviesa que siempre delataba que había leído entre líneas—, pero el modo en que te miraba… Abigail, era como si fueras un bizcocho que quisiera comerse. Ese hombre no puede negarlo: le gustas. Y él a ti.

Negué con la cabeza, apartando la mirada, con un nudo en la garganta que no podía ignorar. Por suerte, el camarero se acercó para tomarle nota a ella, que pidió un café y una tostada de aguacate.

—No me gusta —respondí, con un hilo de voz cuando nos quedamos solas —. Solo me atrae. Y por eso… lo hicimos.

Clare abrió la boca y me miró con los ojos abiertos como platos, y por un instante creí que me había equivocado al decirlo en voz alta.

—Espera, ¿qué? —exclamó—. ¿Te has acostado con él?

Asentí, mordiéndome el labio, incapaz de decir nada más que la verdad. Su reacción fue un estallido de sorpresa, curiosidad y, por supuesto, el entusiasmo de su papel de prima protectora.

—¡Cuéntamelo todo! —dijo, apoyando los codos sobre la mesa, con los ojos brillantes y la boca entreabierta—. No te dejes nada.

Suspiré, dejando que mi mente recreara cada instante sin entrar en detalles explícitos, porque no era eso lo que necesitaba contar: la intensidad, la tensión, las miradas, los roces que nos dejaron sin aliento. Le hablé de las cenas, de la comida del día anterior, de cómo me había mirado, de la manera en que su cercanía me había hecho perder el control, de lo inevitable que había sido entregarme al deseo que nos unía, aunque fuera solo por un instante.

Le conté cómo me había hecho quedarme desnuda ante el espejo para observarnos, para verme a mí misma y verle a él disfrutando de ese encuentro, de mi cara de placer y la suya, de todo.

Clare escuchaba con atención, suspirando y murmurando comentarios que me hicieron sonreír y ruborizarme al mismo tiempo.

—Así que no fue solo un capricho —dijo finalmente—. Fue… real, aunque sea por un momento.

Asentí, aunque no estaba segura de qué significaba "real" en este contexto. No podía confundir deseo con amor, al menos todavía no, porque lo cierto era que no conocía a Declan Reed.

Clare seguía sentada frente a mí, con los ojos brillantes y la sonrisa traviesa intacta. Yo jugueteaba con la cucharilla del café, sin atreverme a mirarla demasiado, porque sabía que mi cara revelaba más de lo que quería admitir.

—No sé cómo pasó —susurré, apoyando la cabeza sobre la mano—, pero pasó. Y sí, me siento atraída por él. Por eso lo hice. No es algo que suela hacer, desde que… bueno, desde que estoy con Nick, no había estado con nadie más.

Clare asintió lentamente, comprendiendo más de lo que yo decía con palabras.

—Ya era hora de que conocieras a alguien —dijo con esa mezcla de complicidad y picardía que siempre la caracterizaba—. Quién sabe… igual Declan Reed es el hombre que llegará hasta tu corazón.

Reí, soltando una carcajada corta que terminó en un suspiro.

—No seas tan romántica —protesté—. No voy a casarme nunca, Clare. Solo estoy disfrutando de las cosas tal como son.

Ella me miró como si no pudiera creer lo que decía, y su sonrisa se suavizó, adoptando ese aire protector que siempre tenía conmigo.

—Bueno, disfrutar está bien, pero tampoco te cierres del todo. A veces la vida te sorprende —dijo con un encogimiento de hombros.

Asentí, aunque no estaba segura de querer ser sorprendida por nadie. Solo quería sentir, observar, mantener las cosas claras y… controladas. Y eso incluía a Declan, a Nick y, por supuesto, a mí misma.

—Lo que no entiendo es cómo han sabido quién era yo. Declan no dijo mi nombre en ningún momento.

—Prima, son periodistas, tienen ojos y oídos en todas partes. Seguro que alguien que conoce a alguien que conoce a alguien vio a Declan Reed por tu estudio de arquitectura, indagó un poco, y con suerte desde ayer todos los periodistas de Boston saben hasta de qué color llevas hoy las bragas.

—Joder, Clare, menuda manera de animarme.

—Es broma, lo de las bragas, digo, porque en cuanto a los periodistas, seguro que están investigándote a fondo a ver si vas a ser la futura señora Reed.

—Madre mía —resoplé—. ¿Qué perra te ha dado con que me case?

—Porque quiero darme la satisfacción de encontrarme un día con el malnacido de tu exnovio y restregarle en la cara que hay a quien no le importan unas curvas aquí y allá y te hace suya con pasión hasta que se te olvida tu nombre mientras notas cómo te tiemblan las piernas.

—Clare, no me digas que has tenido sexo con alguien este fin de semana —arqueé la ceja porque a mi prima no le brillaban los ojos como lo hacían ahora, ni se le sonrojaban las mejillas así, desde su último novio hacía ya tres años.

—Pues sí, lo confieso. Salí el sábado con unas compañeras del instituto, cenamos y nos tomamos una copa. Al final nos encontramos con sus parejas y yo estaba ahí en medio. Total, que cuando iba al baño, un tipo en traje, de cabello castaño y unos ojos azul oscuro, tropezó conmigo, pero evitó que me cayera porque se me rompió un tacón.

—Dime que no eran tus zapatos favoritos. —Sonreí y ella negó.

—Por suerte, no, esos siguen intactos —rio—. El caso es que, bueno, se disculpó, me invitó a una copa, yo con un tacón en el bolso y cojeando al caminar. Mis compañeras se marcharon y me quedé hablando con él. Salió el tema de mis citas.

—Desastrosas citas, dirás.

—Lo que sea —le quitó importancia con la mano—. Y al final le dije que ya no es que buscara un marido ni nada de eso, que con alguien que me hiciera temblar las piernas y reír a carcajadas me valía. A lo de temblar las piernas dijo que podía ayudarme, y a lo segundo que lo iríamos viendo.

—Y te hizo temblar las piernas.

—Y de qué manera, Abi, por Dios, qué hombre —suspiró—. Y no se fue, pasó la noche en mi apartamento y el domingo me preparó el desayuno. ¿Cuándo, en los seis años que estuve con Steve, me hizo aunque fuera un café?

—¿Nunca? —arqueé la ceja, aunque sabía la respuesta.

—Exacto. Y este me había preparado el desayuno como si acabara de pedir en el servicio de habitaciones de un hotel.

—¿Has vuelto a verle?

—Ayer —sonrió—. Me invitó a comer y me dijo que le gustaría que saliéramos a cenar el viernes.

—Bueno, al menos a este no le has conocido en ninguna aplicación ni te ha sacado una lista de requisitos para ser su esposa.

—Eso suma puntos, te lo digo yo.

Reímos como hacía tiempo que no nos reíamos, y terminamos de desayunar mientras me hablaba de ese hombre y de lo mucho que había congeniado con él. Me alegraba por ella porque desde luego que merecía ser feliz, sobre todo cuando Steve la dejó a tres meses de celebrar su boda.

—Bueno —dije, levantándome tras acabar mi desayuno—. Nos vemos el viernes en casa de mis padres para comer.

—No lo dudes —respondió ella con una sonrisa cómplice, levantándose también—. Nos vemos el viernes, Abigail. Y… no te preocupes demasiado. La

prensa se cansará de hablar de ti y de ese CEO tan insufrible en cuanto os prometáis.

—Que no me voy a casar con él, solo hemos… follado —murmuré esto último y ella se rio.

—Y por el cutis que tienes, diría que ese hombre debe follar como los dioses.

—Adiós, Clare —dije alejándome de la mesa y ella se echó a reír.

Salimos de la cafetería y nos despedimos con un abrazo rápido, lleno de complicidad y de esa sensación de que, aunque el mundo y la prensa estuvieran llenos de titulares, todavía teníamos nuestro espacio seguro para reírnos y contarnos verdades sin filtros.

Mientras caminaba de vuelta al estudio, no podía evitar repasar la conversación con Clare. Habíamos hablado de Declan y de mis sentimientos, de lo que había pasado y de lo que no debía confundir.

Pero, más allá de todo, me di cuenta de algo: no podía negar que me había dejado llevar. Que había sido real, al menos en ese instante, aunque no quisiera admitirlo del todo. Y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, sentí que podía manejarlo sin perder la cabeza… aunque fuera difícil.

Volví al estudio con la sensación de que la conversación con Clare había aclarado un poco mis ideas, aunque el recuerdo de Declan seguía latiendo en mi pecho como un tambor imposible de ignorar.

Saludé con una sonrisa a Julia y Alisa mientras pasaba por la entrada, intentando concentrarme en la agenda del día. Tenía una reunión importante: la sala de juntas me esperaba para tratar los últimos detalles de la casa que estaba diseñando para la hija de un cliente.

Al abrir la puerta, el ambiente cambió. La luz entraba suavemente por los ventanales, la mesa de madera larga reflejaba orden y elegancia, y allí estaba el señor Anderson, un hombre elegante, de cabello ligeramente canoso y mirada cálida, listo para recibirnos.

—Abigail —dijo, extendiendo la mano—. Es un placer verte de nuevo.

—El placer es mío, señor Anderson —respondí, estrechando su mano con firmeza, pero dejando que una sonrisa sincera se dibujara en mis labios.

La reunión comenzó con formalidad, repasando planos y detalles de materiales, pero pronto se transformó en una conversación cálida, casi cómplice. Podía notar cómo el señor Anderson confiaba en mis decisiones, cómo valoraba mi opinión y cómo nuestras ideas se complementaban.

—Estoy convencido de que esta casa va a dejar a mi hija sin palabras —comentó, sonriendo mientras examinaba los bocetos en 3D que había en la pantalla—. Has logrado captar exactamente lo que buscábamos.

Sonreí, sintiendo una mezcla de orgullo y satisfacción. Era agradable trabajar en un proyecto donde la relación con el cliente fluía de manera tan natural y elegante. Respondí con calma, explicando decisiones de diseño, materiales y disposición, siempre atenta a sus preguntas y comentarios. Al final, después de cerrar los acuerdos y recibir su aprobación, nos despedimos cordialmente.

Mientras recogía mis cosas, el móvil vibró sobre la mesa. Al mirar la pantalla, vi que era Nick. Mi primer impulso fue ignorar la llamada, pero algo en su nombre me hizo vacilar. Respiré hondo y contesté.

—Hola, Nick —dije, intentando mantener la voz neutra y profesional.

—Abigail… te he visto en algunos artículos y en la televisión con Declan Reed en Nueva York —su voz sonaba contenida, pero cargada de algo que no supe identificar al instante—. Creía que estabas muy ocupada para venir a Chicago a verme, pero ya veo que para irte con otro sí has podido dejar el trabajo.

Mi corazón se aceleró, y sentí un calor incómodo en las mejillas. Intenté mantener la calma.

—Fui por trabajo, Nick. Para ver los materiales y revisar los detalles. Nada más.

—No me tomes por tonto —respondió él, un poco más firme—. Sé que te has acostado con él. No hace falta más que ver cómo te sonrojabas cuando le preguntaron quién eras y cómo te mira… como un lobo a punto de comerse a Caperucita.

Me encogí de hombros mentalmente, intentando no dejar que sus palabras me afectaran más de lo necesario.

—Estoy en el trabajo, Nick. No tengo tiempo para escenas de celos —dije lo más firme que pude en ese momento—. Como he dicho, fue por trabajo y, además, no tengo que darte más explicaciones.

—No son celos —replicó, pero su voz no lograba ocultar la frustración—. Me jode que llevo años pidiéndote que vengas a Chicago a verme y no lo hayas hecho, y con ese tío sí te vas a Nueva York.

Corté la conversación con un "adiós" seco y colgué. Me recosté en la silla, mirando por la ventana de la sala de juntas mientras la ciudad se desplegaba bajo mis pies, y pensé en Nick, en su reacción, en la mezcla de celos y decepción que jamás habría esperado vivir con él. Y en ese momento me di cuenta de que, si él no tenía claro que lo nuestro nunca iría a más, lo mejor sería dejarlo ahí y ya.

Y mientras observaba los rascacielos y el tráfico a lo lejos, tomé una decisión: hablaría con Nick cuando estuviera más calmado, para aclarar las cosas sin dramatismos. Pero también tendría que hablar con Declan, dejando las cosas claras entre nosotros.

Las interacciones que tuviéramos en adelante debían ser estrictamente profesionales, nada de confusiones ni de momentos fuera de lugar. Solo trabajo, nada más.

Respiré hondo, dejando que la tensión del teléfono se disipara lentamente. Sabía que no sería fácil, pero necesitaba mantener el control sobre mi vida, mis decisiones y, sobre todo, mis emociones.

El trabajo continuaba, y con él, mi capacidad de mantener la cabeza fría.

Capítulo 29



Declan

Era jueves por la tarde, y el sol bajaba lentamente sobre Boston, colándose entre los ventanales de mi ático y proyectando sombras largas sobre el minimalista interior.

Estaba terminando de vestirme para salir a cenar con Sofía. Su escala en Boston como siempre era breve: mañana volaría rumbo a Grecia, su parada final antes de retomar la rutina con más vuelos.

Me ajustaba la corbata frente al espejo, repasando cada detalle de mi imagen, asegurándome de que todo estuviera impecable, como siempre. Cada gesto, cada línea de mi traje, debía proyectar control absoluto, aunque mi mente estaba algo más revuelta de lo habitual.

Justo cuando terminé de acomodarme el puño de la camisa, el teléfono sonó. Vi el nombre de mi madre en la pantalla y cogí aire antes de contestar.

—Hola, mamá —dije, intentando mantener la calma en mi voz.

—Declan, ¿cómo va el proyecto del nuevo hotel? —preguntó, y su tono tenía esa mezcla de curiosidad y preocupación que siempre lograba ponerme alerta.

—Está en marcha —respondí—. De momento he dejado todo en manos del estudio de arquitectura, pero sé que harán un buen trabajo. Confío en que será impecable.

—Me alegra escuchar eso —dijo con un suspiro—. Pero… he visto las fotos, Declan. Las imágenes tuyas con esa arquitecta en la entrada de tu hotel en Nueva York siguen circulando. Todos se preguntan quién es para ti y qué habrás visto en una mujer como ella.

Fruncí el ceño.

—¿En una mujer como ella?

—Eso dicen ellos, no mates al mensajero, hijo.

—¿Se han referido a ella de algún modo despectivo? —pregunté, con un tono que delataba que aquello me molestaba más de lo que quería admitir.

—Todos comentan que no está dentro del tipo de mujer que suele gustarte o con la que te han cazado alguna vez en el pasado —suspiró—. Pero no te preocupes demasiado, Declan. Es solo el juicio de la gente.

Maldecí entre dientes y resoplé, con un toque de irritación que no podía ocultar.

—No hagas caso de esos comentarios —continuó ella, cambiando de tono —. Esa mujer es preciosa, y tiene unas curvas que ya quisiera yo.

No pude evitar soltar una risa baja.

—Estoy seguro de que os llevaríais bien —dije, con un toque de complicidad en la voz.

—Y dime, ¿qué hay entre vosotros? —preguntó de repente, directa como siempre.

Vacilé un instante. No había nada más que sexo. No había promesas ni planes, solo encuentros fugaces. Le había dicho que quería seguir viéndola, y no le mentí. También le dije que no me gustaría compartirla con ese tal Nick, pero si ella decidía estar con los dos, por ella, lo aceptaría. Pero no quería que mi madre lo supiera así.

—No hay nada… solo trabajo —respondí finalmente, con firmeza, intentando no revelar demasiado.

—Ya me hago una idea —dijo, suspirando al otro lado de la línea—. Solo hazme caso, hijo. No mezcles trabajo con placer, porque no siempre sale bien. No me gustaría que perdieras a la mejor arquitecta de Boston por no haber sabido mantener la bragueta cerrada.

Resoplé, sintiéndome molesto y divertido al mismo tiempo.

—Mamá… —protesté, pero ella no me dejó continuar.

—Te quiero, Declan —dijo suavemente—. Pero quiero verte feliz y con una familia algún día. No entregándote a mujeres y yendo de cama en cama.

—Lo sé… —murmuré, mientras mi mirada se desviaba hacia el espejo.

La imagen reflejada me mostraba impecable por fuera, pero por dentro sentía un pequeño torbellino de emociones que no quería enfrentar.

—Tengo que colgar, voy a cenar a casa de Richard; hoy sería el cumpleaños de su difunta esposa y no he querido dejarle solo.

—Intuyo que él no sabe que vas —sonreí.

—Pues no, me voy a presentar allí por sorpresa con un pastel de carne que me ha quedado delicioso y unos pasteles de crema de su pastelería favorita.

—Siempre he pensado que, tal vez en otra vida, Richard y tú habríais sido pareja.

—Eso mismo pensamos nosotros —rio—. Te quiero, hijo. Cuídate.

—Y yo a ti, mamá.

Colgó, y me quedé solo frente al espejo, respirando hondo, repasando cada detalle de mi traje y dando vueltas a lo que acababa de decir.

Abigail Monroe apareció en mi mente antes de que pudiera detenerla. Su nombre, su risa, la forma en que me había mirado aquel fin de semana… y de pronto, me pregunté si algo en ella había empezado a desarmarme más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Suspiré, negando con la cabeza mientras me ajustaba la corbata una vez más. Nunca había soñado con amor de niño, ni creído que pudiera necesitar algo más que control y deseo. Y, aun así, mientras recorría el ático con pasos seguros, no podía evitar pensar que tal vez, por primera vez, algo o alguien me hacía cuestionar todo eso.

Miré mi reflejo por última vez y me sentí extrañamente vulnerable, aunque nadie más lo vería. La idea de que el mundo comentara sobre Abigail, sobre mí, sobre lo que había entre nosotros… me irritaba y me intrigaba al mismo tiempo.

Siempre había sido dueño de mi vida y mis decisiones, pero allí, frente al espejo, supe que había algo que podría desestabilizarme, algo que no podía controlar: la certeza de que no sabía cuánto tiempo más podría resistirme a lo que sentía por ella.

Con un último suspiro, me puse la chaqueta y salí del ático. La ciudad estaba vibrante, y yo me dirigía hacia la cena con Sofía, consciente de que cada decisión, cada encuentro, iba a despertar pensamientos que no podía ignorar.

Y mientras cerraba la puerta detrás de mí, no pude evitar preguntarme cuánto de todo esto estaba empezando a cambiarme, aunque no quisiera admitirlo.

El trayecto hasta el hotel donde se alojaba Sofía me permitió ordenar mis pensamientos, aunque sin éxito del todo. Cada reflejo en los escaparates, cada sombra que cruzaba la calle, me recordaba la conversación con mi madre y, por un instante, Abigail Monroe se coló en mi mente de manera inevitable. Sacudí el pensamiento con un resoplido y giré con el coche para aparcar frente a la entrada del hotel.

Entré caminando con calma, con las manos en los bolsillos, y no me pasó desapercibido el modo en el que me miraban algunas mujeres. Algunas

sonreían, otras cuchicheaban entre ellas. Les resultaba atractivo, lo sabía; aquello no era nuevo para mí.

Fui hacia el restaurante y, nada más cruzar la puerta, vi a Sofía. Estaba esperando en una mesa, y como siempre, la vi impecable y sensual. El vestido ajustado que llevaba acentuaba sus curvas, y el brillo de sus ojos al verme me hizo sonreír de inmediato.

Se levantó con elegancia y se acercó para saludarme. Su gesto fue sutil, pero cargado de intimidad: un ligero beso en la comisura de los labios y esa sonrisa que solo ella tenía, esa que siempre lograba desarmarme.

—Hola, Declan —susurró, y el olor de su perfume me envolvió en un instante—. Qué guapo estás esta noche.

—Gracias, Sofía —respondí, guiándola suavemente hasta la silla—. Y tú… espectacular, como siempre.

Nos sentamos y empezamos a revisar la carta, aunque apenas la mirábamos de verdad. Las miradas se cruzaban más rápido que cualquier menú, y el murmullo del restaurante parecía fundirse en segundo plano mientras compartíamos una complicidad que llevaba años construyendo, aunque esta vez teñida de una tensión que no sabía de dónde salía.

—¿Cómo va el trabajo? —pregunté mientras ella tomaba un sorbo de su copa de vino blanco.

—Bien, ya sabes… viajes interminables de una punta a otra y a veces con escalas para dormir lo justo —dijo con una sonrisa irónica—. Pero no me quejo. Me gusta lo que hago.

Entre bromas y risas, la conversación derivó inevitablemente hacia el tema que ninguno de los dos esperaba, aunque sabíamos que llegaría.

—Oye… —Empezó ella con curiosidad, ladeando la cabeza—. He visto las noticias, las fotos con la arquitecta. El fin de semana en Nueva York… ¿Pasó algo entre vosotros?

Asentí, y vi cómo su sonrisa se amplió, divertida.

—Sabía que habías utilizado tus encantos —dijo, riéndose suavemente—. Siempre supe que eres… convincente cuando quieres.

—A medias —respondí, tomando un sorbo de mi vino—. Hay cosas que… Bueno, no quiero hablar de ello.

—¿Declan Reed no quiere hablar conmigo de una nueva conquista? Eso es nuevo.

—Abigail no es… —Me quedé callado, porque en realidad no sabía qué iba a decir.

Ella arqueó una ceja y me estudió, perceptiva como siempre.

—Te veo distinto —dijo finalmente—. Incluso te brillan los ojos cuando hablas de ella… o cuando pronuncias su nombre.

Resoplé, dejando escapar un leve suspiro de irritación contenida.

—No seas como mi madre —contesté con una sonrisa forzada—. No hay nada más que sexo entre nosotros, te lo aseguro.

Sofía soltó una risa suave, ladeando la cabeza, y levantó la copa en un gesto de complicidad.

—Claro, claro —dijo, aunque su mirada aún tenía un toque de picardía—. Pero lo digo en serio, Declan, te veo mucho más interesado de lo que crees.

No respondí, concentrándome en la cena que habíamos pedido, mientras las conversaciones se mezclaban con miradas, sonrisas y gestos que hacían que la tensión se mantuviera latente.

Cuando la comida terminó, Sofía se inclinó ligeramente hacia mí y me dijo con esa voz baja y sugerente:

—¿Subimos a mi habitación?

Sonreí, sintiendo cómo cada fibra de mi cuerpo respondía al instante, aunque con un matiz distinto al de otras veces.

—Eso siempre —susurré, dejando que mi mano encontrara la suya mientras nos levantábamos—. Siempre.

Nos levantamos y posé una mano en la parte baja de su espalda; no tardé en notar cómo se estremecía ante ese contacto. Siempre era así.

Caminamos hacia la recepción y no presté atención a nada ni nadie que no fuera ella mientras me hablaba de un percance que habían tenido en el vuelo poco antes de llegar. Ya en el pasillo, pulsé el botón del ascensor y cuando ella me miró con esa sonrisa que siempre me dedicaba, se me dibujó una a mí en los labios, casi imperceptible; me incliné y la besé el cuello.

Mientras subíamos al ascensor, sentí cómo el aire entre nosotros se cargaba de electricidad. No era solo deseo; había complicidad, intimidad y ese entendimiento tácito de lo que estaba a punto de ocurrir.

Pero, a diferencia de otras ocasiones, algo dentro de mí estaba inquieto. Una presencia mental que no esperaba, un pensamiento que no lograba ahogar: Abigail.

La puerta de la habitación se cerró tras nosotros y, de inmediato, el ambiente se volvió íntimo, cargado de electricidad. Sofía se acercó lentamente, con esa seguridad que siempre la hacía irresistible, y yo no pude evitar seguir cada uno de sus movimientos con la mirada. Sus labios, su perfume, la manera en que sus manos buscaban las mías… todo encendía en mí un fuego que no había sentido en días.

Susurró mi nombre mientras se apoyaba cerca, y sus dedos rozaron el borde de mi chaqueta, tirando suavemente de ella. La atraje hacia mí, y nuestras respiraciones se entrelazaron en un instante de complicidad cargado de deseo. Cada gesto suyo era calculado, provocador, y respondí con la misma intensidad, disfrutando de cómo la tensión entre nosotros crecía con cada segundo.

Pero, mientras me perdía en el calor de su cercanía, un pensamiento inesperado me atravesó: Abigail Monroe.

Pensé en ella sin quererlo, y el simple recuerdo de su rostro, su risa, su manera de mirarme, hizo que me detuviera un instante. Fue un golpe

inesperado, casi incómodo, porque estaba allí, con Sofía, y sin embargo… deseaba que fuera Abigail quien estuviera a mi lado.

Suspiré suavemente, apartando la cabeza por un segundo y tomando aire, tratando de concentrarme en Sofía, pero el recuerdo persistía, como una sombra que no podía ignorar. Cada gesto de Sofía era tentador, cada caricia provocadora, y, aun así, mi mente volvía a perderse en pensamientos de Abigail: su mirada, su cuerpo, la intensidad con la que me había hecho sentir vivo durante el fin de semana.

Sofía notó el pequeño cambio, la pausa apenas perceptible, y me miró con esa sonrisa que mezclaba comprensión y picardía. Sus dedos encontraron los míos, apretándolos suavemente, y su cercanía volvió a centrar mi atención.

Y de nuevo me dejé llevar por la pasión que nos envolvía, por el calor de su cuerpo, por la electricidad de su cercanía, aunque mi mente continuara revoloteando hacia Abigail.

Fue un instante confuso, excitante y perturbador al mismo tiempo. Disfrutaba de Sofía, de su entrega, de la manera en que se movía conmigo, pero la presencia mental de Abigail hacía que todo tuviera un matiz distinto.

Cada sonrisa, cada susurro de Sofía, cada gesto que normalmente habría disfrutado sin reservas, se mezclaba con la sensación de que había algo más grande que no podía controlar: la intensidad de lo que sentía por Abigail.

Al final, la pasión nos envolvió por completo, y por un momento, el mundo exterior desapareció. La habitación, la ciudad, la noche… todo se redujo a nosotros dos y, aun así, el pensamiento de Abigail seguía allí, insistente. Era una sensación que no esperaba, que me sorprendió por completo: que alguien pudiera aparecer en mi mente de esa manera mientras estaba con otra mujer.

Cuando la intensidad se calmó, Sofía me sostuvo cerca y sonrió suavemente, como si hubiera percibido mi conflicto interno sin necesidad de palabras. Su presencia era cálida y envolvente y, aun así, un nombre seguía retumbando en mi cabeza: Abigail.

Me quedé un instante mirando al vacío, respirando hondo, consciente de que algo había cambiado. No era solo deseo ni diversión pasajera: Abigail Monroe había dejado una marca que ninguna otra podía igualar, y por primera vez en mucho tiempo, sentí que esa conexión no podía ignorarla, aunque quisiera.

Todavía recostado en la cama junto a Sofía, con el calor de su cercanía y el eco de la intensidad reciente, escuché cómo rompía el silencio con una voz baja, juguetona pero firme:

—Me has llamado Abigail tres veces —dijo, con una sonrisa que mezclaba complicidad y advertencia.

Me quedé paralizado. Tres veces. Su nombre sonó en mis oídos como un recordatorio que no esperaba. Mis ojos se abrieron, y mi mente giró hacia ella instantáneamente. Sofía se inclinó y, apoyando su frente contra la mía, me besó suavemente, sonriendo mientras lo hacía.

—Piensa bien qué quieres de la arquitecta antes de que llegue otro y te la quite —susurró—. Y cuando sepas lo que quieres y estés decidido a ser fiel a una sola mujer… me lo haces saber. Mientras tanto, buscaré otro amiguito para mis escalas en Boston.

No dije nada, solo la miré, procesando cada palabra. Mis dedos se aferraron al borde de la cama mientras ella se incorporaba con gracia y me daba un último beso, un gesto ligero, provocador y lleno de intención.

Me vestí en silencio, con la sensación de su perfume aún flotando en la habitación, mezclada con los recuerdos de la cercanía que habíamos compartido. Cada movimiento estaba cargado de una energía diferente ahora; no era solo Sofía, ni el deseo de un encuentro más, era Abigail la que ocupaba cada rincón de mi pensamiento.

Salí de la habitación y cuando cerré la puerta tras de mí, el clic del cierre resonó como un recordatorio. Caminé por el pasillo, con pasos firmes pero lentos, mientras repasaba cada detalle de lo que Sofía había dicho.

Cada palabra resonaba en mi mente: Abigail… decidir… fidelidad… ¿Qué significaba todo eso para mí? ¿Hasta qué punto me había afectado realmente

esa mujer que hasta su nombre aparecía y salía de mis labios en el instante más inesperado?

El bullicio del hotel, los murmullos de los huéspedes, el murmullo de la ciudad a lo lejos… todo se mezclaba con mis pensamientos, pero la claridad era inevitable. Abigail Monroe no era un encuentro casual. No era solo una atracción pasajera. Era algo que me hacía cuestionarlo todo, algo que despertaba en mí emociones que creía haber dejado enterradas hacía años.

Mientras caminaba hacia la salida, respiré hondo y me detuve un instante frente al ventanal que daba a la ciudad iluminada. La vista me recordaba la imposibilidad de ignorar lo que sentía. Si quería mantener el control, si quería seguir con la vida que siempre había conocido, necesitaba enfrentarme a esto de frente. Y por primera vez, tuve la certeza de que Abigail Monroe no iba a ser fácil de dejar pasar.

Con un último suspiro, giré y continué hacia el vestíbulo, con la mente en el torbellino de emociones que había desatado en mí. El nombre de Abigail persistía, no como un recuerdo, sino como una promesa silenciosa de que nada volvería a ser igual.

Y mientras cruzaba la recepción del hotel, sabía que lo que Sofía me había dicho no era solo un aviso… era un desafío a mi propio corazón, uno que no estaba seguro de poder ignorar.

Capítulo 30



Abigail

El viernes amaneció gris, con ese cielo bajo tan propio de Boston cuando el invierno todavía no había decidido marcharse del todo. Desde las cristaleras del estudio, el *South End* parecía envuelto en una bruma elegante, casi teatral.

Me gustaban los días así. Eran días en los que nadie esperaba sonrisas excesivas.

Estaba inclinada sobre la mesa larga de trabajo, repasando por tercera vez el listado de materiales para la casa de la hija del señor Anderson. Isla de cocina en cuarzo blanco veteado. Suelo de roble europeo cepillado. Carpintería lacada en crema roto. Revestimiento exterior en piedra caliza traída de Vermont. Todo tenía que encajar. Todo tenía que ser impecable.

Deslicé el bolígrafo por la hoja mientras comprobaba medidas y referencias de proveedores. Si algo salía mal, no sería por falta de previsión mía.

A mi alrededor, el estudio respiraba su ritmo habitual: el zumbido bajo de las conversaciones, el sonido intermitente de una impresora 3D trabajando en una maqueta, el aroma constante del café recién hecho que alguien, probablemente Piero, acababa de preparar.

—Abi —canturreó Julia desde su mesa—, ¿has visto el nuevo catálogo de textiles reciclados que te envié?

—Está en mi correo. Lo revisaré después de terminar esto —respondí sin levantar la vista.

—Eres la única persona que conozco que disfruta con las listas de materiales —murmuró Piero con su acento italoamericano exageradamente dramático.

Sonreí levemente. Disfrutar no era la palabra. Controlar, sí.

Mi teléfono fijo sonó entonces, ese sonido interno del estudio que pasaba primero por recepción. Fruncí el ceño. Nadie me llamaba directamente a esa línea salvo clientes o problemas. Descolgué.

—Abigail Monroe.

—Señorita Monroe —dijo la voz dulce de Megan desde recepción—. Tiene una llamada del señor Reed.

El aire se volvió más denso. No sabía cómo explicarlo. Fue como si alguien hubiese cerrado una puerta invisible. Tragué saliva.

Por un segundo, mi mente no reaccionó. Solo vi una imagen: un pasillo de hotel, luz cálida, su espalda amplia inclinándose hacia una mujer que no era yo. Parpadeé.

—Dile que no estoy en el estudio —respondí con tono neutro, imaginando que si me llamaba ahí era porque me estaba llamando al móvil y no atendía sus llamadas.

Hubo un breve silencio al otro lado.

—¿Perdón?

—Que no estoy. Y que no volveré hasta la semana que viene. Si necesita algo del proyecto de su hotel, puede hablar con Julia, con Alisa o con Piero.

Mi voz salió firme, profesional y perfecta.

—De acuerdo…

—Gracias, Megan —dije, y colgué antes de que pudiera añadir nada más.

Durante unos segundos me quedé mirando la hoja delante de mí sin ver realmente las palabras. Notaba el latido en las sienes. Era ridículo. Absolutamente ridículo.

—¿Todo bien? —preguntó Alisa, siempre observadora.

Levanté la cabeza.

—Era Reed. Si os llama por el proyecto, atendedlo vosotros.

Julia dejó el lápiz en el aire.

—¿Por qué no hablas tú con él? Es tu cliente estrella.

—Porque es insufrible.

Piero soltó una carcajada baja.

—¿Insufrible en qué sentido? ¿Empresarial o masculino?

Lo fulminé con la mirada.

—En todos.

Julia me observó con los ojos entrecerrados, curiosa.

—No pareces enfadada. Pareces… otra cosa.

—Estoy ocupada —atajé.

Pero la verdad era que no quería hablar con él porque, si escuchaba su voz, si me decía mi nombre con ese tono grave que siempre parecía una orden disfrazada de cortesía, algo dentro de mí se iba a desmoronar.

Y yo no podía permitirme desmoronarme. No ahora. Y mucho menos por él. La noche anterior había sido suficiente.

Volví a inclinarme sobre la lista. Mármol. Herrajes en latón cepillado. Iluminación empotrada regulable. Todo bajo control.

Mi móvil vibró sobre la mesa. Lo miré por inercia y vi que era Declan. Rechacé la llamada. Ni siquiera dudé.

El teléfono fijo volvió a sonar apenas cinco minutos después. Julia lo cogió esta vez, más cercana a la extensión.

—*Thompson & Atelier Architects*, buenos días.

Silencio. La vi tensarse ligeramente y supe, sin escuchar nada más, que era él.

—Sí, claro. Un momento… —Julia me miró—. Pregunta por ti.

Negué con la cabeza, tajante. Julia volvió al auricular.

—La señorita Monroe está en una reunión ahora mismo… Sí… Entiendo… De acuerdo.

Su tono cambió y se volvió más serio. Después, colgó despacio.

—Quiere que le llames urgentemente.

Sentí una presión incómoda en el pecho y asentí, como si fuera lo más lógico del mundo.

—Lo haré —mentí, y Julia me sostuvo la mirada unos segundos, pero no insistió.

El estudio volvió a su ritmo y yo intenté hacer lo mismo. Pero mi mente era un bucle constante.

"No soy hombre de una sola mujer". Su voz en mi memoria era clara, casi fría. Y yo, idiota, había creído que aquella confesión era una forma de sinceridad brutal. Había pensado que al menos conmigo estaba siendo honesto.

Honesto. Reí por lo bajo. Había comprobado lo honesto que era cuando lo vi en aquel hotel.

No sabía qué me había dolido más: la imagen o la naturalidad con la que encajaba en ella. Como si perteneciera a ese mundo de mujeres esculturales y sonrisas perfectas. Como si yo hubiese sido solo una variación exótica.

—Abi, ¿seguro que estás bien? —insistió Alisa.

—Perfectamente.

No lo estaba, pero no necesitaba terapia colectiva en mitad del estudio. Cerré la carpeta con decisión.

—Me voy. He terminado lo del listado. Revisad los bocetos antes de enviarlos al señor Anderson.

—¿No vas a llamar a Reed? —preguntó Piero.

Me puse el abrigo, ese que me hacía sentir más alta de lo que era.

—El lunes —contesté, aunque no pensaba hacerlo ni el lunes, ni ningún otro día.

Cogí el bolso y el móvil, y antes de salir, noté la vibración otra vez en la mano. Declan. Otra llamada.

Lo miré durante un segundo largo. Mi reflejo en la pantalla estaba más pálido de lo habitual. Pulsé rechazar y guardé el teléfono en el bolso.

—Hasta el lunes —me despedí.

—Buen fin de semana, Abi —canturreó Julia.

El aire frío de la calle me golpeó el rostro y agradecí la sensación. Necesitaba algo que me despejara.

Caminé hacia el aparcamiento subterráneo intentando mantener la mente en blanco. No pensar en él. No pensar en su mano en la cintura de aquella

mujer. No pensar en el beso en el cuello que había visto a distancia, desde el otro extremo del vestíbulo. Había sido un gesto íntimo, natural y automático, estaba claro.

Subí a mi coche, cerré la puerta con más fuerza de la necesaria y apoyé la frente un segundo en el volante. ¿Por qué dolía tanto si no había nada?

Nada más que sexo. Nada más que encuentros intensos y conversaciones con doble sentido. Nada más que su cuerpo sobre el mío y su voz ordenándome cómo tocarlo. Nada más.

Arranqué el motor. Si él no creía en el amor, yo menos. Y desde luego no iba a permitir que alguien que no era capaz de elegir a una sola mujer me hiciera sentir como si yo no fuera suficiente. No, otra vez no. No como en el instituto. No por alguien como mi ex, que me dejó porque quería "una mujer más delgada".

Respiré hondo buscando mi control. Puse el móvil en modo silencio antes de salir del aparcamiento. Si el señor Reed quería algo urgente, podía esperar. Yo no iba a desmoronarme por una llamada. Ni por un hombre.

Aunque, muy en el fondo, una parte de mí sabía que la verdadera razón por la que no respondía no era orgullo. Era miedo.

Miedo a escuchar en su voz que lo de anoche no significaba nada. Miedo a confirmar que yo tampoco significaba nada. Y eso, ahora mismo, era algo que no estaba preparada para soportar.

El tráfico de salida del *South End* estaba más denso de lo habitual. Era viernes al mediodía y todo el mundo parecía tener prisa por escapar de la ciudad, como si el fin de semana fuese un refugio físico y no solo una ilusión de descanso.

Conduje en silencio, sin música; no quería distracciones. O quizá sí, pero no las adecuadas.

Tomé *Storrow Drive* en dirección a *Cambridge* para cruzar luego hacia la zona residencial donde vivían mis padres. El río Charles estaba gris,

encrespado por el viento. El cielo pesaba bajo, como si fuera a nevar otra vez. Y, como si mi mente fuese incapaz de obedecerme, volvió a él.

A aquella noche. "*No soy hombre de una sola mujer"*. Lo había dicho sin arrogancia. Sin intención de herirme. Como si estuviera explicando una norma empresarial. Una política interna.

Yo había sostenido su mirada sin apartarla.

Yo tampoco le habría pedido exclusividad, al menos no con palabras, pero sí con el cuerpo. Con la forma en que me había aferrado a él cuando me besó. Con la manera en que había empezado a esperarlo más de lo que era prudente.

El semáforo se puso en rojo y frené con suavidad. Lo que más me atormentaba no era lo que había dicho, era lo que yo había visto.

Había quedado en aquel hotel con un cliente nuevo, un inversor interesado en reformar una cadena de pequeños edificios históricos. Llevaba los bocetos en la carpeta, perfectamente organizados. Estaba en mi faceta habitual, profesional y seria.

Entré en el vestíbulo con la seguridad habitual. Tacones firmes sobre mármol pulido. Y entonces lo vi.

Declan caminaba hacia la recepción. Alto. Impecable. Traje oscuro perfectamente cortado. Su presencia llenaba el espacio como siempre. Pero no estaba solo. La mujer que iba a su lado era… perfecta.

Alta. Muy alta. Cuerpo estilizado como el de una modelo de pasarela. Piernas interminables, cintura estrecha, hombros delicados. Cabello oscuro recogido en una coleta pulida. Sonrisa brillante.

Ella hablaba animadamente de algo y él la miraba. La miraba con atención. Con una leve sonrisa en los labios. Esa sonrisa casi imperceptible que yo creía exclusiva.

Se inclinó hacia ella cuando pulsó el botón del ascensor y la besó en el cuello. Un gesto íntimo, natural y familiar. No fue un beso apasionado ni obsceno, fue peor. Fue cotidiano.

El semáforo cambió a verde y arranqué, pero mi garganta seguía cerrada como la noche anterior. Me quedé inmóvil unos segundos entonces, observándolos desde lejos, invisible entre otros huéspedes.

No sabía qué esperaba. ¿Que él me viera y se apartara? ¿Que su expresión cambiara? No pasó nada de eso. Las puertas del ascensor se cerraron y desaparecieron.

Y yo me quedé allí, con la carpeta pegada al pecho, sintiéndome pequeña. Pequeña e idiota.

Me incorporé al puente y apreté el volante. No tenía derecho a sentirme traicionada, no éramos nada. Nada más que sexo. Nada más que encuentros esporádicos donde él era dominante y yo, por una vez, me permitía dejar de controlar. Nada más.

Él nunca prometió exclusividad. Nunca habló de futuro. Nunca insinuó que yo fuera la única. Entonces, ¿por qué dolía como si me hubiera arrancado algo? Porque yo sí había empezado a querer algo más. Quizá no amor, al menos todavía. Pero sí exclusividad. Sentir que, entre todas, él me elegía a mí.

Y la mujer del hotel no se parecía en nada a mí. En nada. Ella era esbelta, casi etérea. Un cuerpo largo, sin curvas pronunciadas. Elegante de una forma fría.

Yo era todo lo contrario. Caderas marcadas. Pecho generoso. Muslos fuertes. Curvas imposibles de disimular incluso con vestidos estructurados.

Recordé las palabras de mi exnovio antes de dejarme, como si alguien las susurrara desde el asiento trasero. "*Quiero una mujer más delgada"*.

Apreté la mandíbula. Habían pasado años y seguía clavado en algún rincón de mi cerebro. Siempre había sabido que no encajaba en el canon exacto de pasarela. Nunca me había odiado por ello, pero tampoco había dejado de compararme. Y aquella mujer… encajaba perfectamente.

¿Qué hacía realmente Declan Reed conmigo? Un hombre como él, dueño de una cadena hotelera internacional, acostumbrado a mujeres sofisticadas,

impecables, acostumbradas a moverse en su mismo mundo de lujo y aeropuertos privados.

¿Yo? Una arquitecta que desayunaba croissants en una terraza acristalada mientras nevaba. Que trabajaba hasta tarde revisando planos. Que se reía demasiado alto cuando estaba cómoda.

Quizá yo era solo una distracción. Una novedad. Curvas diferentes. Carácter diferente. Sexo intenso sin complicaciones.

Lo había conseguido. Había follado conmigo. Varias veces, de hecho, y ahora seguía con su vida. Con otras mujeres. Con la mujer de la noche anterior.

Sentí una punzada en el estómago. Me había dicho que quería cenar conmigo. Conocerme más allá del sexo. ¿Había sido todo mentira? ¿O simplemente era su forma de asegurarse de que volvería a llevarme a la cama?

Capítulo 31



Abigail

Giré hacia la calle arbolada donde vivían mis padres. Allí las casas eran amplias, elegantes, con jardines cuidados incluso en invierno. Todo transmitía estabilidad.

Respiré hondo antes de aparcar. Quizá lo que más me asustaba no era que él no quisiera nada serio, era que yo sí empezaba a quererlo. Y no sabía en qué momento había ocurrido.

Yo no era una adolescente. No era ingenua. Sabía cómo funcionaban los hombres como él. Sabía que el poder y el control eran parte de su identidad. Sabía que no creía en el amor; él mismo lo había dicho.

Entonces, ¿por qué me había permitido imaginar cenas tranquilas? ¿Fines de semana sin prisas? ¿Conocer a su familia sin que fuera un encuentro casual?

Me quedé unos segundos dentro del coche, mirando la casa de mis padres. Ladrillo claro. Ventanales amplios. La puerta azul marino perfectamente barnizada. Un hogar construido sobre trabajo, discusiones fuertes y amor firme.

Mis padres no eran perfectos, pero se elegían cada día. Eso era lo que yo quería. Que alguien me eligiera. No ser una opción entre muchas.

Miré mi reflejo en el retrovisor. Ojos avellana más oscuros de lo habitual. Labios apretados.

—*No seas ridícula, Abigail* —murmuré.

No era mi novio, no me debía nada y yo tampoco le debía explicaciones. Si quería acostarse con mujeres espectaculares, estaba en su derecho. Igual que yo estaba en el mío de no volver a verlo. Aunque solo pensar en eso me apretaba el pecho.

Apagué el motor y, antes de salir, el móvil vibró dentro del bolso. Lo saqué y vi que era Declan, otra vez. Lo observé unos segundos y mi pulgar flotó sobre la pantalla. Podía contestar. Podía escuchar su versión. Podía decirle que lo había visto. Podía preguntarle qué demonios estaba haciendo.

Pero eso implicaba mostrar vulnerabilidad. Y yo llevaba años protegiéndome precisamente de eso.

La llamada se cortó y guardé el móvil sin devolverla. Hoy no. Hoy no iba a permitir que su voz me hiciera dudar de lo que había visto con mis propios ojos.

Salí del coche, me coloqué el abrigo y caminé hacia la puerta. Respiré hondo antes de llamar. Sonreír. Ser hija y sobrina. Ser prima. Ser profesional. Por unas horas, podía fingir que todo estaba bajo control.

Pero en el fondo, mientras escuchaba los pasos acercándose al otro lado de la puerta, solo había una pregunta repitiéndose como un eco insoportable.

Si no éramos nada… ¿Por qué me dolía como si lo hubiéramos sido todo?

La puerta se abrió antes de que pudiera volver a recomponer del todo la sonrisa.

—¡Abi! —exclamó mi madre.

Eleonor Monroe seguía siendo una de esas mujeres que entraban en una habitación y la hacían más luminosa. Delgada, impecable, con su cabello rubio

claro corto perfectamente peinado y un jersey de cachemira color crema que parecía recién planchado. Olía a perfume caro y a hogar.

Me rodeó con los brazos con esa mezcla suya de elegancia y afecto contenido que solo se rompía cuando estaba realmente feliz.

—Estás más delgada —dijo, apartándose para mirarme de arriba abajo, y yo volteé los ojos.

—Hola, mamá. Yo también me alegro de verte.

—No es una crítica, es observación —replicó, divertida—. Entra, hace frío.

El recibidor era amplio, con suelo de madera oscura brillante y una consola antigua francesa que mi padre había insistido en importar cuando el negocio empezó a prosperar. Sobre ella, un jarrón con flores blancas frescas. Mi madre nunca descuidaba los detalles.

Escuché la voz grave de mi padre desde el salón.

—¿Ha llegado ya mi arquitecta favorita?

—La única que tienes —respondí, entrando.

Peter Monroe estaba de pie junto a la chimenea encendida. Alto, elegante incluso en vaqueros oscuros y camisa azul marino con el cabello canoso impecablemente peinado hacia atrás. Su presencia siempre había sido firme, casi magnética. Se acercó y me besó en ambas mejillas.

—¿Cómo va el imperio de *Thompson & Atelier*?

—Resistiendo —respondí con media sonrisa.

—Eso espero. Porque he oído que cierto magnate hotelero no deja de salir en las noticias locales.

Mi estómago dio un pequeño vuelco. Antes de que pudiera responder, una voz conocida intervino desde el comedor.

—Déjala respirar, tío Peter.

Clare apareció con una copa de vino en la mano, se acercó y me abrazó con fuerza.

—Tienes cara de haber dormido poco —susurró solo para mí.

—Tú tienes cara de haber tenido otra cita horrible —respondí en el mismo tono.

Sonrió.

—Pues no.

Desde la mesa del comedor se levantó mi tía Margot.

Margot Monroe siempre había tenido una elegancia distinta a la de mi madre. Más sobria y más silenciosa. Cabello gris plata natural, corte perfectamente definido. Mirada observadora que parecía atravesarte. Se acercó despacio y me cogió de las manos.

—Abigail.

Solo pronunció mi nombre, pero fue suficiente para que sintiera que me estaba leyendo por dentro.

—Hola, tía —sonreí y me besó en la mejilla.

—Vamos a sentarnos. El asado no espera a nadie, ni siquiera a arquitectas famosas.

Nos acomodamos alrededor de la mesa ovalada del comedor. Mantel blanco impecable. Vajilla francesa que mis padres solo usaban en reuniones familiares importantes, como si cada comida fuese una celebración de lo que habían construido desde cero.

El aroma a carne asada con hierbas llenaba el ambiente y, durante los primeros minutos, la conversación giró en torno al instituto donde trabajaban mi prima Clare y mi tía Margot.

—Un alumno ha intentado justificar que Napoleón era “malinterpretado por la prensa” —contó ella—. Tiene quince años y acceso ilimitado a internet. Es una combinación peligrosa.

—Peor es que los padres le den la razón —añadió mi tía Margot, con serenidad—. La historia no se reescribe por capricho adolescente.

Reímos y mi padre habló después de un nuevo proyecto inmobiliario en las afueras. Mi madre comentó que una clienta imposible quería cambiar el color de un salón por quinta vez. El ritmo era ágil, lleno de interrupciones y pequeñas bromas. Durante un rato conseguí olvidarme de todo.

Hasta que mi padre me señaló con el cuchillo, sin agresividad, pero con una intención clara.

—Y tú. Cuéntanos. ¿En qué estás trabajando ahora exactamente?

Bebí un sorbo de vino antes de responder.

—Estamos cerrando el proyecto de la casa del señor Anderson para su hija. Reforma integral. Mucha piedra natural, espacios abiertos, eficiencia energética alta. Y luego está el contrato con una cadena hotelera para su nuevo proyecto hotelero en Los Ángeles.

Noté la mirada de mi tía sobre mí.

—¿La cadena hotelera de Declan Reed? —preguntó con aparente inocencia.

Silencio breve. Clare dejó el tenedor en el plato con una lentitud sospechosa.

—Sí, esa —respondí, manteniendo el tono profesional.

Mi madre arqueó ambas cejas.

—¿Por eso estabas en Nueva York con él, en su hotel?

Ahí estaba. La fotografía. Yo, con vestido entallado negro, abrigo, sonrisa medida. Él, impecable a mi lado.

—Habíamos salido a comer antes de volver aquí —aclaré—. Viajamos para ver los materiales, nada más.

Mi tía apoyó los codos en la mesa, elegante incluso en ese gesto.

—Es un hombre muy atractivo.

Mi padre carraspeó ligeramente.

—Margot.

—¿Qué? Es un dato objetivo —respondió ella con calma—. Además, parece inteligente. Eso es más interesante.

Clare me miraba con la ceja arqueada y la fulminé con la mirada en un claro intento de decirle, sin palabras: "No digas nada. No te atrevas".

—¿Hay algo entre vosotros? —preguntó mi tía directamente.

Ahí estaba la pregunta. Podría haber titubeado. Podría haberla esquivado. Pero me limité a cortar un trozo de carne y responder con una naturalidad estudiada.

—Solo una relación profesional.

Clare tosió disimuladamente, claramente conteniendo un comentario. La miré otra vez. "Te mato", le advertí.

—Me alegro —intervino mi madre—. Las relaciones que empiezan como algo profesional y se convierten en algo personal suelen ser… incómodas.

Si ella supiera… Mi padre asintió.

—Mientras no interfiera en tu trabajo, todo bien.

Interfería en mi estabilidad mental, pero eso no lo dije.

La conversación derivó hacia otros temas. Clare contó con un dramatismo exagerado su última cita desastrosa con un abogado que había pasado toda la noche hablando de sí mismo. Yo sabía que desde esa cita no había vuelto a salir con nadie, porque al parecer se estaba viendo con el hombre al que conoció el sábado anterior en un local de copas.

—Al final fingí una llamada urgente de la directora —confesó, señalando a mi tía.

—Espero que al menos inventaras algo verosímil —respondió mi tía Margot con sequedad, pero divertida, y nos reímos todos.

El café llegó después del postre. Fuerte, aromático. Mi madre sirvió pequeñas pastas junto a las tazas y yo me relajé en la silla por primera vez en todo el día.

Allí, en esa mesa, todo parecía más sencillo. Amor no perfecto, pero sólido. Discutían fuerte, sí. Pero se elegían. Siempre se elegían.

Mi móvil vibró dentro del bolso apoyado junto a mi silla y sentí el latido en el cuello. No quería mirarlo, pero lo hice. Era Declan.

Mi pulgar tembló un segundo; luego dejé sonar. Clare lo vio y arqueó una ceja. Negué con la cabeza. La llamada se perdió. Metí el móvil de nuevo en el bolso como si quemara.

—¿Todo bien? —preguntó mi padre.

—Trabajo —mentí.

Terminamos el café entre más risas y comentarios ligeros. Cuando me levanté para despedirme, mi madre me abrazó con fuerza.

—Brilla sin complejos, Abigail —me susurró en el oído su frase de siempre y asentí.

Mi padre me besó la frente. Clare me acompañó hasta la puerta.

—No es solo profesional —dijo en voz baja.

—Cállate.

—Te duele.

La miré, seria.

—No empieces.

—Solo digo que no pongas muros tan altos que luego no puedas salir.

Abrí la puerta.

—Buenas noches, Clare.

—Te quiero, prima testaruda.

—Y yo a ti.

Salí al aire frío y caminé hasta el coche. Nada más sentarme, el móvil volvió a sonar. Declan, otra vez. Lo observé con el corazón golpeando con fuerza.

Podría contestar ahora; estaba sola. Podría escuchar lo que tuviera que decir. Pero dejé que sonara y lo ignoré.

Activé el silencio, arranqué el coche y conduje hacia mi apartamento. La ciudad empezaba a encender sus luces. Los escaparates brillaban. El tráfico era denso pero fluido. Intenté concentrarme en la carretera.

Cuando llegué a mi edificio, aparqué en el garaje subterráneo y subí en el ascensor hasta el *loft*. Al entrar, el silencio me envolvió.

Las vigas vistas, el sofá gris claro frente a los ventanales, la cocina con isla de mármol… Todo en su sitio. Todo bajo control. Me quité el abrigo y dejé el bolso sobre la encimera.

Saqué el móvil y vi dos llamadas perdidas más y un mensaje de Declan. Lo abrí y lo leí.

Declan: *Me gustaría verte este fin de semana.*

Solté una risa sin humor.

—*Claro. Seguro que la otra te ha dado plantón* —murmuré en voz alta.

El eco de mi propia voz me resultó extraño en el espacio abierto. Quizá estaba siendo injusta o quizá no. Pero el recuerdo del beso en el cuello seguía demasiado vivo.

Me apoyé en la isla y escribí una respuesta antes de poder pensarlo demasiado.

Abigail: *Me voy a Chicago con Nick.*

Nada más. Sin explicaciones. Sin emoticonos. Sin espacio para la interpretación. Envié el mensaje y, acto seguido, apagué el teléfono. Silencio absoluto.

Caminé hasta los ventanales. Fuera, la ciudad brillaba bajo el cielo oscuro. Algunas luces reflejadas en el cristal me devolvían mi propia imagen. Suspiré y crucé los brazos sobre el pecho.

Si no éramos nada y entre nosotros no había nada más que sexo, no debería importarme con quién estuviera. No debería doler. No debería sentir esta presión constante en el estómago.

Nick era cómodo. Conocido. Sin riesgo. Declan era otra cosa. Una caída libre sin red.

Apoyé la frente en el cristal frío. ¿Por qué me había dolido tanto verlo con otra si no había nada más que sexo entre nosotros? La respuesta era simple. Porque yo ya no quería que fuera solo sexo.

Y admitirlo en voz alta, aunque estuviera sola en mi apartamento, era más aterrador que cualquier otra cosa en el mundo.

Capítulo 32

Declan

Los lunes en Los Ángeles no olían igual que en Boston. Allí el aire era más denso, más cálido incluso a primera hora de la mañana, impregnado de sal y gasolina, de sol permanente y promesas exageradas.

Me bajé del coche frente al hotel que había reservado, uno de los más discretos de *Beverly Hills*, con las gafas de sol puestas y el traje oscuro impecable pese al vuelo temprano. No me gustaba perder tiempo.

Había comprado el antiguo hotel tres meses atrás. Una propiedad con historia, mal gestionada, decadente en su grandeza. Justo el tipo de desafío que me interesaba. Iba a remodelarlo por completo y convertirlo en un *Reed International*.

Mi nombre en la fachada. Mi estándar en cada rincón.

Subí a la suite, amplia, minimalista, con ventanales que daban a la ciudad extendida como una maqueta imperfecta. Dejé la chaqueta sobre el respaldo de una silla y caminé hacia el cristal. Los Ángeles siempre parecía fingir algo. Yo no.

Encendí la Tablet y repasé la agenda del día.

A las once tenía reunión con el ingeniero principal del proyecto, Marcus Hill. Necesitaba que se pusiera en contacto directo con el estudio de arquitectura en Boston para coordinar las modificaciones estructurales. Los

permisos municipales ya estaban aprobados. Había tardado más de lo previsto, pero el dinero y la persistencia siempre abrían puertas.

Después conocería a la constructora que ejecutaría la obra. La propuesta me la había enviado Julia Bennett por correo electrónico el viernes anterior. Detallada, bien estructurada, profesional. Abigail había elegido bien a su equipo.

Abigail. Su nombre apareció en mi mente como un golpe seco.

Me apoyé en la encimera del minibar, respirando hondo. Pensé en Chicago, en ella y en ese tal Nick y apreté la mandíbula.

El viernes por la tarde, cuando leí su mensaje, sentí algo que no supe identificar de inmediato. No era simple molestia ni tampoco orgullo herido. Era una sensación física, incómoda y densa.

Celos. La palabra me resultaba absurda aplicada a mí. Nunca antes me había sentido así por ninguna mujer. Nunca.

Siempre había dejado claras mis normas. Nada de exclusividad. Nada de promesas. Nada de interferencias en mi vida empresarial. Las mujeres que habían pasado por mi cama sabían exactamente dónde se metían.

Y ninguna había cuestionado ese acuerdo. Hasta Abigail Monroe.

Aún recordaba nuestro fin de semana en Nueva York. Su vestido negro ajustado. La forma en que caminaba por la suite del hotel como si fuera dueña del espacio. Nuestra conversación sobre lo que quería de ella.

*—No me gusta compartir a las mujeres con las que me acuesto con otros hombres —*le dije*—, pero contigo haría una excepción.*

Aquella fue una confesión inesperada incluso para mí. No supe por qué añadí eso. Quizá porque ya intuía que ella no era como las demás.

Y, aun así, el modo en el que ignoraba mis llamadas como si no hubiera habido nada entre nosotros, como si yo fuera solo un cliente más, algo se tensó dentro de mí.

Y luego el mensaje. Se iba a Chicago con Nick.

¿Quién demonios era Nick exactamente para ella? Sabía que existía. Sabía que era un antiguo compañero. Sabía que se veían ocasionalmente. Pero leerlo así, directo, sin explicación, fue como si me estuviera retando.

Me serví un café y caminé de nuevo hacia el ventanal. Nunca antes me había importado lo que hiciera una mujer cuando no estaba conmigo. Nunca.

El móvil vibró en la mesa y vi que era un correo del ingeniero confirmando la reunión. Lo ignoré un segundo. Mi mente seguía en Boston.

¿Estaría ahora mismo en su estudio? ¿Con ese traje que dibujaba su silueta y la hacía lucir sensual y tentadora sin que se lo propusiera? ¿Con esa mirada afilada que usaba como escudo?

¿Habría estado en Chicago realmente? El simple pensamiento de ella en una habitación de hotel con otro hombre me hizo tensar los hombros.

No tenía derecho a sentir eso, pero lo sentía, y me molestaba no tener control sobre ello.

Apoyé las manos en el cristal y suspiré. Abigail no era como las otras. No se conformaba con las reglas establecidas. No aceptaba migajas. Y eso, lejos de alejarme, me había atraído más.

Exhalé lentamente. Tenía una ciudad que conquistar y un hotel que transformar. Pero, por primera vez en mucho tiempo, mi mente no estaba completamente centrada en el negocio.

Estaba en una arquitecta de ojos color avellana que había decidido irse a Chicago con otro hombre. Y lo peor era que no podía sacármela de la cabeza.

Cogí el móvil antes de que pudiera pensarlo demasiado y marqué su número. Un tono. Dos. Tres. Cuatro… Esperé, caminando de un lado a otro por la suite.

Cinco. Seis, y nada. Corté la llamada antes de que saltara el buzón.

Volví a intentarlo. Esta vez escuché cada tono como si marcara un segundo de impaciencia acumulada. No respondió. Por supuesto que no. Apreté el teléfono con fuerza.

Si estaba en el estudio, podría haber contestado. Si estaba libre, también. Salvo que no quisiera.

Decidí escribirle un mensaje; al menos eso sí lo contestaría.

Declan: *Quiero invitarte a comer el sábado.*

Simple y directo. No mencioné trabajo. No mencioné Chicago. No pregunté por Nick. Esperé.

El indicador de mensaje leído apareció al cabo de unos minutos y luego su respuesta.

Abigail: *Si es por temas profesionales, estaré encantada de atenderle en el estudio de arquitectura de lunes a viernes en horario de oficina. No quiero tener ningún otro tipo de relación fuera de eso.*

Leí el mensaje dos veces. Luego una tercera. Y la mandíbula se me tensó tanto que noté un leve dolor. Profesional. Horario de oficina. Ningún otro tipo de relación.

Resoplé con una furia que no reconocí como propia y lancé el móvil contra el sofá. Rebotó sin daños visibles, pero el gesto me dejó respirando con dificultad.

¿Quién demonios se creía que era para cerrarme la puerta así? Yo no había terminado. Yo no había decidido nada.

La puerta de la suite se abrió sin llamar.

—Vaya —dijo David desde la entrada, silbando bajo—. Estoy bastante seguro de que ese pobre aparato no tiene la culpa de lo que te pase.

Lo miré. David llevaba años viéndome en todas mis versiones.

—No empieces.

Entró y dejó su bolsa en una silla.

—Eso depende. ¿Es asunto empresarial o femenino?

No respondí de inmediato. Caminé hacia el sofá, recogí el móvil y lo dejé sobre la mesa.

—Es Abigail.

David alzó las cejas.

—Interesante. Continúa.

Le conté lo esencial. Nueva York. La conversación sobre exclusividad. Mi comentario sobre no compartir. Mi disposición a hacer una excepción con ella.

—Y este fin de semana quería verla —añadí, intentando mantener el tono neutro—. Me dijo que se iba a Chicago con el otro tipo.

No pude evitar que sonara ligeramente incómodo, molesto e incluso furioso. David sonrió.

—Ah.

—Ah, ¿qué?

—Que, por lo que veo, la señorita Abigail Monroe te interesa más de lo que ni siquiera tú habías imaginado.

—No digas tonterías.

—¿Tonterías? —se cruzó de brazos—. Declan, te conozco desde que llevábamos pañales. Nunca has lanzado un teléfono por una mujer.

—No lo he lanzado por ella.

—Claro.

Lo miré con frialdad.

—Siempre ha sido así. Sin exclusividad. Ninguna ha puesto impedimentos.

—Probablemente —respondió con calma— porque ninguna esperaba nada más.

No dije nada.

—Y quizá —continuó— Abigail no es como las demás.

Me molestaba que tuviera razón.

—Solo quería verla el fin de semana —insistí.

—Y ella se fue con otro.

Asentí, tenso. David sonrió de nuevo, pero esta vez con algo más serio en la mirada.

—Puede, solo puede, que te estés enamorando.

Solté una risa seca.

—No digas estupideces.

Cogí el móvil y caminé hacia la puerta.

—Tenemos una reunión en una hora.

—Ajá —dijo él, siguiéndome—. Huye todo lo que quieras. Eso no cambia lo que estás sintiendo.

No respondí, porque no estaba dispuesto a analizarlo. Al menos no todavía.

El chófer que había contratado para mi estancia en Los Ángeles conducía con una precisión impecable. El interior del coche era silencioso, aislado del ruido exterior.

David revisaba unos documentos a mi lado mientras yo miraba por la ventanilla. Palmeras. Cielos despejados. Fachadas blancas. Pero mi mente estaba en Boston. En su mensaje. En su frialdad.

¿Era posible que me interesara para algo más que sexo? La pregunta se instaló sin permiso. Siempre había separado claramente deseo y futuro. El deseo era inmediato, físico y controlado. El futuro era planificación, estrategia y herencia.

Mi madre llevaba años insinuando que debería pensar en formar una familia.

—*Algún día querrás algo más que hoteles, Declan* —me decía.

Yo siempre había respondido lo mismo.

—*No necesito más.*

Pero la imagen de Abigail en mi ático, descalza, caminando hacia la terraza acristalada con una manta sobre los hombros, apareció sin que pudiera evitarlo.

¿La vería como algo más que una aventura? ¿Como un futuro? ¿Como la mujer con la que formar una familia? La idea no me resultó absurda. Me resultó… inquietante. Porque no la descarté de inmediato.

Quizá David tenía razón. Quizá lo que me molestaba no era que estuviera con Nick, sino que no quisiera estar conmigo. En mis términos. Tal vez debía hacer lo que ella sugería.

Centrarme en que lo nuestro fuese única y exclusivamente profesional. Cortar la parte personal antes de que se complicara más. Era lo más lógico y lo más seguro.

Quizás incluso el fin de semana Abigail lo había hablado con él y él la hubiera convencido de que no siguiera viéndome, que siguiera con él y lo nuestro no pasara de nuevo la barrera de lo profesional.

Suspiré mientras apretaba la mandíbula, pensando en que esa posibilidad fuera el verdadero motivo de que me hubiera pedido que lo nuestro fuera solo profesional.

El coche se detuvo frente al hotel que pronto llevaría mi nombre y miré la fachada envejecida. Podía transformar edificios enteros. Rediseñar estructuras. Reinventar espacios.

Pero no tenía la menor idea de cómo rediseñar lo que estaba empezando a sentir por una mujer que había decidido imponer sus propias reglas. Y eso, más que cualquier proyecto millonario, era lo que realmente me descolocaba.

Capítulo 33



Abigail

Habían pasado dos semanas. Catorce días exactos desde que Declan Reed me escribió y dijo que quería comer conmigo. Y yo, con toda la dignidad que pude reunir, le respondí que solo aceptaría si era por trabajo.

Solo por trabajo. Ni una palabra más. Ni una sonrisa cómplice. Ni una tregua.

Desde entonces, silencio. Un silencio denso, pesado y absurdo. Porque técnicamente seguíamos trabajando juntos. Su cadena hotelera era uno de los proyectos más ambiciosos del estudio. Pero cada vez que llamaba, hablaba con Julia. Cada correo iba dirigido al equipo. Cada consulta pasaba por terceros.

No había vuelto a oír su voz. Y eso, contra todo pronóstico, me estaba afectando más de lo que quería admitir.

Me obligaba a repetir que era lo mejor. Que la distancia era la única forma de apagar el incendio. Que cuanto más lejos estuviera de él, más fácil sería olvidarlo. Pero no lo olvidaba.

Pensaba en él cada mañana al entrar en el estudio. Pensaba en él cuando veía los planos del hotel extendidos sobre la mesa. Pensaba en él cuando alguien pronunciaba su apellido con esa mezcla de respeto y ligera tensión que provocaba en todo el mundo.

No imaginé que iba a tenerle en la cabeza cada día. No imaginé que iba a echarle tanto de menos. Y lo peor era reconocerlo. Porque Declan Reed no era un hombre conveniente.

Era una tentación. Un fruto prohibido. Como la manzana para Eva en el Paraíso. Hermosa, brillante, prometedora y peligrosa.

Sabía exactamente lo que ocurriría si volvía a acercarme demasiado. Ya lo había probado una vez. Ya había sentido el calor de su piel, su dominio tranquilo, su forma de mirarme como si pudiera desmontarme con solo inclinar la cabeza.

Y, aun así, mi cuerpo parecía recordar cada detalle con una claridad insultante.

Sacudí la cabeza mientras me acomodaba en la silla de la sala de juntas. No, no iba a permitir que un hombre que no creía en el amor volviera a desordenarme la vida.

Tenía trabajo. Y el trabajo, al menos, era algo que podía controlar.

La sala de juntas del estudio estaba bañada por la luz de media mañana. Las cristaleras dejaban entrar el sol, que iluminaba las maquetas dispuestas en las estanterías y las paredes de cristal esmerilado. El aroma del café recién hecho flotaba en el ambiente.

Respiré hondo cuando oí pasos acercándose.

—Adelante —dije, adoptando mi mejor expresión profesional cuando llamaron a la puerta.

El nuevo cliente entró con una sonrisa contenida. Tendría unos cincuenta años, abrigo de lana gris, gafas rectangulares y aire de empresario acostumbrado a tomar decisiones rápidas.

Se presentó como el señor Whitaker. Quería ampliar su casa en las afueras de Boston. Una propiedad tradicional, me explicó, pero necesitaba espacio. Más luz. Más vida.

Durante la primera media hora lo escuché con atención. Tomé notas. Observé la manera en que describía su hogar. Las pausas, las palabras que repetía. La casa no era solo un inmueble, era memoria.

Quería conservar la fachada original, respetar la estructura clásica, pero soñaba con una ampliación moderna en la parte posterior: una cocina abierta, grandes ventanales, una conexión directa con el jardín.

—No quiero que parezca un pegote —dijo, casi avergonzado—. He visto reformas que parecen dos casas distintas pegadas sin cariño.

Sonreí.

—Eso no ocurrirá. La clave está en la unión entre lo antiguo y lo nuevo. No se trata de borrar el pasado, sino de integrarlo.

Le expliqué cómo podíamos trabajar con materiales que respetaran la esencia original y, al mismo tiempo, aportaran contemporaneidad. Hablamos de acero negro mate, de madera natural. Le propuse abrir un patio interior que permitiera que el corazón de la casa respirara.

Sus ojos se iluminaron y, durante un instante, volví a sentir esa certeza que siempre me acompañaba cuando diseñaba. Ahí era donde brillaba. Ahí no había inseguridad. Ahí nadie me comparaba con otra mujer.

Tras una hora intensa, acordamos que mi equipo y yo prepararíamos varios bocetos iniciales y le enviaría propuestas en una semana. Nos estrechamos la mano y cuando la puerta se cerró tras él, me quedé sola en la sala.

Y, sin saber por qué, pensé en cómo sería diseñar un espacio para alguien como Declan. Minimalista. Preciso. Dominante. Negro y acero. Control absoluto. Me mordí el labio.

No. Ya era suficiente de Declan Reed por el momento. Recogí mis notas y salí hacia el despacho compartido.

Dos semanas. Solo eran dos semanas. Y si seguía así, pronto dejaría de pensar en él. O eso intentaba convencerme.

El despacho compartido estaba en plena ebullición cuando regresé.

Las mesas largas estaban cubiertas de planos, gráficas, tazas de café a medio terminar y pequeñas maquetas iluminadas por focos direccionales. La luz de las cristaleras del *South End* entraba limpia, casi fría, dibujando sombras rectas sobre el suelo industrial.

Ese espacio siempre me había gustado. Era imperfecto, ruidoso y creativo. Nada que ver con el orden casi clínico que imaginaba en el ático de Declan.

Sacudí la cabeza otra vez. Últimamente, tenía que hacerlo demasiado a menudo.

Me senté frente a mi ordenador y abrí la carpeta del nuevo cliente. Empecé a trazar líneas preliminares sobre la Tablet: la ampliación posterior, la conexión con el jardín, el juego de volúmenes que no rompiera la armonía original.

Cuando me concentraba, el mundo desaparecía. O casi.

El móvil vibró sobre la mesa una vez. Y luego otra. Miré la pantalla sin querer hacerlo y, al ver el nombre de Nick, suspiré antes incluso de abrir el mensaje.

Nick: *¿Nos vemos esta noche? Paso por Boston. Te echo de menos.*

Me quedé mirando las palabras unos segundos más de lo necesario. Te echo de menos. Qué frase tan ligera para algo tan pesado. Dejé el móvil boca abajo sobre la mesa y no respondí.

Mi mente, en cambio, retrocedió inevitablemente a la conversación de la semana anterior. A su tono tenso por teléfono. A esa escena absurda de celos que me había montado cuando supo que había viajado a Nueva York con Declan.

Después de eso hablé con él, dejando claro que entre nosotros nunca había habido nada serio, que lo nuestro era sexo sin compromisos y, sin saber cómo, me sorprendí a mí misma diciendo algo que no creí que diría jamás.

—*No me gusta imaginarte con otro* —dijo él.

—*Entonces quizá deberíamos dejarlo como está* —le respondí, más serena de lo que me sentía—. *Si no puedes aceptar que yo pueda estar con otros hombres igual que tú puedes estar con otras mujeres, no tiene sentido seguir así.*

Hubo una pausa larga.

—*Abi…*

—*Entre nosotros no hay nada serio, Nick. Y así seguirá siendo. Y si alguno de los dos conoce a alguien y siente atracción… no veo el problema en tener sexo con esa persona.*

Cuando colgué, me quedé mirando el teléfono como si no reconociera mi propia voz. Ni yo misma entendía cómo había sido capaz de decirlo con tanta claridad. Pero la verdad era esa.

Acostarme con Declan sin promesas, sin etiquetas ni expectativas había sido como arrancarme una venda de los ojos. Él no me debía nada. Yo no le debía nada. Y, sin embargo, lo que sentí aquella noche había sido infinitamente más real que muchos fines de semana repetidos con Nick.

Declan mantenía encuentros esporádicos con otras mujeres. Yo lo sabía. No lo ocultaba. Y, por primera vez en mi vida, comprendí que yo también podía ser igual de libre.

No una chica esperando algo más ni una mujer comparándose. Libre para decidir hacer lo que quisiera, cuando quisiera y con quien me apeteciera.

El móvil volvió a vibrar, pero no lo miré.

—¿Todo bien, jefa?

Levanté la vista y vi que Piero estaba apoyado en el borde de mi mesa, con esa sonrisa suya que mezclaba descaro y lealtad en proporciones exactas.

—Perfectamente —respondí—. ¿Qué necesitas?

Se inclinó hacia la pantalla.

—Estoy revisando la propuesta del complejo residencial. Hay algo en la distribución de los patios interiores que no me convence.

Agradecí el cambio de tema. Nos inclinamos sobre los planos y durante la siguiente hora discutimos proporciones, circulación de luz, materiales. Piero proponía abrir más los espacios comunes; yo defendía cierta intimidad en las zonas privadas.

Trabajar con él siempre era fácil.

—Si eliminamos este muro estructural, necesitamos reforzar aquí —dijo señalando una columna.

—Alisa puede calcularlo —respondí—. Pero estéticamente ganamos continuidad.

Piero me observó un segundo más de la cuenta.

—Estás especialmente concentrada hoy.

—¿Eso es una crítica?

—Es una observación.

Sonreí levemente.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

No preguntó más y se lo agradecí.

Cuando finalmente se alejó para hablar con Alisa, volví a mirar el móvil. Nick había enviado otro mensaje.

Nick: *¿He hecho algo para que estés distante?*

Me apoyé en el respaldo de la silla. Distante. Quizá lo estaba. O quizá simplemente estaba dejando de fingir que necesitaba algo que en realidad no

me llenaba.

Cogí el teléfono. Escribí. Borré. Y volví a escribir. Al final envié algo sencillo, pero que siempre me hacía salir del paso.

Abigail: *Esta semana estoy muy liada. Hablamos.*

Ni promesas ni rechazo. Simplemente algo neutral.

Lo dejé de nuevo sobre la mesa y entonces, sin quererlo, mi mente volvió a desviarse hacia quien no debía. Me pregunté en qué ciudad estaría ahora.

Si estaría mirando planos en alguna sala acristalada de Los Ángeles. Si estaría caminando por París con ese gesto suyo de hombre que siempre sabía a dónde iba. Si pensaría en mí.

Negué con la cabeza. Era ridículo. Dos semanas sin hablar. Dos semanas sin cruzar una sola palabra. Y yo seguía aquí, pensando en él después de decirle que nuestra relación sería únicamente profesional.

Me obligué a volver a los bocetos del señor Whitaker. Ajusté líneas, añadí notas para Julia y Alisa e hice una lista de materiales posibles. Trabajo. Solo trabajo. Eso era lo único sensato.

Y, sin embargo, debajo de toda esa disciplina, algo latía con impaciencia. Algo que no quería resignarse a la lógica. Algo que, pese a todo, lo echaba de menos.

Y eso era lo verdaderamente peligroso.

El día se me hizo más largo de lo habitual. Quizá porque estaba cansada de fingir que no esperaba nada. Quizá porque, en el fondo, sí esperaba algo.

A las seis y media, el murmullo constante del estudio empezó a apagarse. Las luces sobre las maquetas quedaron como pequeñas islas luminosas en medio del espacio industrial. Alisa recogía sus carpetas y Piero discutía algo con Julia junto a la impresora.

Guardé mis notas en la carpeta del señor Whitaker y cerré el portátil.

—Abi.

La voz de Julia me alcanzó antes de que pudiera levantarme.

Me giré hacia ella y vi que su melena pelirroja brillaba bajo la luz blanca del techo. Tenía esa expresión suya de entusiasmo contenido, como si siempre estuviera a punto de compartir una buena noticia.

—Estamos avanzando muchísimo con el hotel del señor Reed —dijo, apoyando los planos sobre mi mesa—. Creo que la propuesta de la fachada principal está casi cerrada.

Mi pulso dio un leve vuelco. El hotel de Reed. Forcé una sonrisa profesional.

—Me alegro. Confío en ti. Puedes seguir liderando ese proyecto.

Y lo decía en serio. Julia era brillante, intuitiva y creativa. El proyecto estaba en buenas manos. Aun así, al pronunciar esas palabras, sentí algo extraño, como si estuviera renunciando a algo más que a una dirección técnica.

Julia inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Qué ha pasado con el señor Reed?

Mantuve la mirada fija en los planos.

—Nada.

—Abi…

Suspiré.

—No nos entendemos. —Me encogí de hombros—. Y no quiero acabar cada reunión discutiendo con él y con dolor de cabeza.

Era una versión reducida de la verdad y suficientemente creíble para que no insistiera demasiado.

Julia me observó unos segundos más.

—Ha estado una semana en Los Ángeles revisando todo lo del nuevo hotel de allí —dijo como quien no quiere la cosa—. Y ahora lleva otra semana en París. Después irá a visitar el de Londres. Luego, Miami. Y Chicago. Más de un mes fuera antes de volver a Boston.

La miré con una ceja arqueada.

—Gracias por informarme de la agenda del insufrible señor Reed, pero no necesitaba saberlo.

Ella cruzó los brazos, divertida.

—Yo creo que sí.

—Julia…

—Te conozco.

Demasiado bien, para mi desgracia. Se acercó un poco más, bajando la voz.

—No dejas de pensar en él. Aunque no lo digas, se te nota.

—Ah, ¿sí?

—Te tensas cuando escuchas su apellido. Y cuando hablo con él por teléfono, me miras de reojo como si intentaras descifrar el tono de su voz a través de mis respuestas.

Me quedé inmóvil. No sabía que fuera tan evidente. O quizá sí lo sabía, pero prefería creer que mi autocontrol era más sólido de lo que realmente era.

—No es nada —murmuré—. Simplemente, prefiero mantener la relación estrictamente profesional.

Julia me dedicó una sonrisa suave, casi compasiva.

—Claro.

Ese “claro” lo decía todo. Cogí el bolso del respaldo de la silla.

—De verdad, Julia. Es mejor así.

Ella asintió lentamente. Luego, justo cuando me disponía a dar el primer paso hacia la salida, añadió:

—Por cierto…

Me detuve.

—El señor Reed no deja de preguntar por ti.

Mi corazón se detuvo un segundo. O eso sentí.

—¿Qué?

—Pregunta cómo estás. Si estás supervisando el proyecto. Si las decisiones estructurales pasan por ti. —Se encogió de hombros—. Como si también te echara de menos.

El aire pareció volverse más denso. Intenté que mi voz sonara neutra.

—Es el cliente principal. Es normal que quiera saber quién toma las decisiones.

—No. —Negó suavemente—. No es eso.

No supe qué responder, así que me limité a asentir, fingiendo indiferencia.

—Buenas noches, Julia.

—Buenas noches, Abi.

Salí del estudio intentando mantener la compostura.

El pasillo parecía más silencioso de lo habitual. Mis botas resonaban contra el suelo pulido mientras caminaba hacia el ascensor. Cuando las puertas

se cerraron, me apoyé en la pared metálica y exhalé lentamente.

Preguntaba por mí. Preguntaba si yo supervisaba. Preguntaba cómo estaba. ¿Eso significaba algo? No. No debía significar nada.

Declan Reed era un hombre acostumbrado a tener el control. Quizá simplemente le molestaba que yo hubiera establecido límites. Que no hubiera aceptado su invitación bajo sus términos. Quizá solo era orgullo. O curiosidad. O simple interés profesional.

Cuando el ascensor llegó al vestíbulo, salí, crucé las puertas de cristal y el aire frío de la tarde de Boston me golpeó el rostro.

Caminé unos pasos antes de detenerme en la acera. Más de un mes fuera. Los Ángeles. París. Londres. Miami. Chicago. Ciudades elegantes, hoteles impecables, reuniones interminables.

Y yo aquí. Intentando convencerme de que la distancia era lo mejor. Que si no hablaba con él, que si no lo veía, que si estaba lejos, me olvidaría. El problema era que el olvido no funcionaba como una decisión racional.

No basta con proponérselo, porque cuanto más intentaba apartarlo de mi mente, más presente estaba.

Aún recordaba la manera en que me miró aquella noche. La seguridad de sus manos. La intensidad controlada de su voz. Y también recordaba mi propia vulnerabilidad. El modo en que mi cuerpo respondió sin reservas. La facilidad con la que me dejé llevar.

Eso era lo que realmente me asustaba. No él, sino yo. Mi capacidad para desear a alguien que no ofrecía nada más que presente. Un hombre que no creía en el amor. Un hombre que veía las relaciones como acuerdos temporales. Un hombre peligroso para alguien como yo, que aún arrastraba la cicatriz de un hombre que me dejó por no ser “lo bastante delgada”.

Me abracé a mí misma mientras empezaba a caminar hacia el coche. No iba a repetir la historia. No iba a permitir que otro hombre me hiciera sentir insuficiente. Aunque, en realidad, Declan nunca me había hecho sentir pequeña.

Al contrario. Me había hecho sentir vista y deseada. Y eso era precisamente el problema. Porque cuando me sentía deseada, bajaba la guardia. Y cuando bajaba la guardia, me volvía vulnerable.

Subí al coche y apoyé la frente un segundo contra el volante. Si no hablaba con él… Si no lo veía… Si estaba lejos… Se olvidaría de mí. Y yo también.

Giré la llave y el motor arrancó. Me repetí esa idea durante todo el trayecto, como si fuera un mantra. La distancia era la cura.

Aunque, muy en el fondo, una parte de mí temiera que la distancia no curara nada. Que solo hiciera crecer lo que intentaba sofocar.

Capítulo 34



Abigail

Era sábado por la noche y había quedado para salir con Clare.

Había algo casi terapéutico en nuestras cenas. Una especie de ritual sagrado entre primas que habían crecido compartiendo secretos, peleas infantiles y confesiones a medianoche.

El restaurante estaba lleno, cálido, con luces bajas y mesas demasiado juntas. El murmullo constante de conversaciones ajenas formaba un telón de fondo perfecto para olvidarse del mundo durante un par de horas.

Clare llegó cinco minutos tarde, como siempre, con el abrigo negro perfectamente colocado sobre los hombros y esa sonrisa suya que anunciaba que traía novedades.

—No empieces —le dije nada más sentarse—. Se te nota en la cara.

—¿El qué? —preguntó fingiendo inocencia mientras cogía la carta.

—Esa expresión de “tengo algo que contarte y voy a hacerte sufrir antes”.

Sonrió más.

—Vale, sí. Tengo algo que contarte.

Pedimos vino. Siempre empezábamos con vino; era parte del protocolo.

La cena fue ligera, divertida, llena de comentarios irónicos sobre sus alumnos adolescentes, mis clientes exigentes y nuestras respectivas incapacidades para encontrar hombres emocionalmente estables.

—Bueno —dijo finalmente, apoyando el mentón en la mano—. El hombre misterioso.

Arqueé una ceja.

—Por fin.

Clare llevaba semanas saliendo con alguien al que se negaba a poner nombre delante de mí. Decía que era supersticiosa. Que, si lo nombraba demasiado pronto, lo estropearía.

—Es el hombre de mi vida.

Lo dijo sin titubear y parpadeé.

—¿Perdona?

—No tengo ninguna duda.

Su tono no era el de una adolescente enamorada. Era firme, sereno y convencido.

—Explícate —le pedí.

Clare sonrió, pero esta vez no había ironía en sus ojos.

—Es leal. De esos que no se mueven cuando todo se tambalea. Tiene ese humor irónico que te desmonta sin hacerte daño. Parece frío al principio, pero en realidad es más emocional de lo que aparenta. —Hizo una pausa—. Ha pasado por cosas muy duras. Perdió a sus padres hace unos años en un accidente. Y eso lo cambió. Pero no lo volvió amargado. Lo volvió más consciente.

La escuché con atención. Había algo en la manera en que lo describía que me hizo sonreír sin darme cuenta.

—¿Y te mira como si fueras lo mejor que le ha pasado? —pregunté.

Clare se ruborizó levemente.

—Sí.

Eso me ablandó, porque Clare merecía eso.

Después de tantas citas desastrosas, de hombres inseguros o inmaduros, verla así… tranquila y convencida, era reconfortante.

—Me alegro por ti —le dije con sinceridad.

—Lo sé.

Bebimos un poco más de vino y la conversación derivó inevitablemente hacia mi parte favorita: evitar hablar de mí. Pero Clare no era fácil de despistar.

—¿Y tú qué tal con el magnate hotelero?

Suspiré. Ahí estaba.

—Por lo que me dijo Julia, estuvo la semana pasada en Los Ángeles revisando todo lo concerniente al nuevo hotel. Esta semana ha estado en París. Y las próximas semanas estará en Londres, Miami y Chicago antes de volver a Boston.

Clare me observó con una media sonrisa.

—Vaya, te sabes su agenda internacional bastante bien para alguien a quien "le da igual".

Le lancé una mirada asesina.

—Información logística. Nada más.

—Ajá.

Me apoyé en el respaldo de la silla.

—Da igual, Clare. Está claro que Declan Reed no quiere una relación seria con nadie. Solo sexo. Sexo y más sexo sin ataduras.

Pronunciarlo en voz alta tenía algo liberador.

—Y me parece bien —añadí, levantando la barbilla—. Porque yo voy a hacer lo mismo. Paso del amor. Paso de los hombres que te regalan los oídos y te prometen la luna y amor eterno.

Clare levantó la copa.

—Amén.

—Voy a follar sin sentimientos con quien me apetezca. Y punto.

Ella soltó una carcajada.

—Me encanta tu energía postraumática.

Sonreí, pero había un toque de verdad en lo que decía.

—Nick me escribió ayer —añadí.

Clare ladeó la cabeza.

—¿Y?

—Aún no le he respondido.

Su expresión se volvió más pensativa.

—Si te soy sincera, siempre pensé que tú y Nick acabaríais siendo algo más que solo follamigos.

—Yo también lo pensé en algún momento.

—Pero esa escena de celos por teléfono… —negó con la cabeza—. Me decepcionó mucho.

—A mí también. Si vuelvo a verle, será con nuevas condiciones. Y si no las acepta, se acabó.

Clare sonrió con malicia.

—¿Qué condiciones?

—Que no me monte escenas. Que no espere exclusividad. Y que tenga claro que no soy suya.

Clare levantó la copa otra vez.

—Brindo por eso.

—Y si no lo acepta —añadí—, ya encontraré a otro que me quite el estrés.

Ambas estallamos en carcajadas. El camarero nos miró con discreta desaprobación y, por un momento, de verdad, me sentí ligera. Fuerte. Convencida. Como si pudiera reescribir mis propias reglas.

Aunque en el fondo supiera que había un nombre que seguía ocupando demasiado espacio en mi cabeza. Y que por mucho que proclamara libertad, había un hombre al que no conseguía arrancar de mí. Declan.

No lo dije en voz alta, pero no hacía falta. Clare me observó en silencio unos segundos, como si pudiera leer ese pensamiento flotando entre nosotras.

—No te hagas daño por alguien que no sabe lo que quiere —dijo con suavidad.

Sonreí de medio lado.

—No pienso hacerlo.

Y esa era una mentira piadosa. Porque lo que más miedo me daba no era que él no supiera lo que quería, era que yo sí lo supiera. Y que, aun así, estuviera dispuesta a ignorarlo.

Terminé el vino de un trago más largo de lo necesario.

—Venga —dije, levantándome—. Antes de que me ponga intensa y filosófica. Vamos a tomar una copa. Necesito música alta y decisiones cuestionables.

Clare soltó una carcajada y cogió su abrigo.

—Esa sí que es mi prima.

Salimos del restaurante envueltas en el frío de Boston, riéndonos sin motivo aparente, como cuando éramos adolescentes y el mundo parecía más sencillo.

Mientras caminábamos hacia el bar, me repetí lo mismo que llevaba días intentando creer. No lo necesitaba. No necesitaba a Declan Reed. No necesitaba a ningún hombre que no estuviera dispuesto a ofrecer algo más que deseo.

Podía ser libre. Podía ser fuerte. Podía acostarme con quien quisiera sin implicar el corazón. Por supuesto que podía.

Aunque una parte de mí supiera que, si en ese instante él apareciera frente a mí, con esa mirada gris acero y esa seguridad insoportable, probablemente todo mi discurso se vendría abajo. Y eso era lo que más me enfadaba. No él, sino mi debilidad cuando se trataba de él.

Respiré hondo. La noche apenas empezaba y todavía no sabía que estaba a punto de enfrentarme a un pasado que creía superado.

El bar estaba lleno, más que de costumbre.

Luces moradas, destellos intermitentes, el suelo ligeramente pegajoso y esa mezcla de perfume caro y alcohol que siempre anunciaba una noche larga. Clare me agarró de la mano y se abrió paso entre la gente como si estuviera en una misión.

—Hoy no se piensa —me gritó al oído—. Hoy se bebe.

—Y se baila —añadí.

Nos hicimos con dos copas en la barra después de esperar lo justo para empezar a impacientarnos. El primer sorbo me calentó la garganta y me relajó los hombros.

La música subió. Un ritmo conocido empezó a sonar y entonces reconocí los primeros acordes de *"Flowers"* de Miley Cyrus. Clare me miró con los ojos muy abiertos.

—¡Esta es nuestra!

—¡Obvio!

Nos miramos un segundo… y empezamos a cantar. Ni bien ni mucho menos afinadas, pero con convicción.

—I can buy myself flowers…[1]

Levanté la copa como si fuera un micrófono improvisado. Podía comprarme mis propias flores. Podía sostener mi propia mano. Podía quererme mejor de lo que cualquier hombre que no supiera lo que quería podría hacerlo.

Canté más alto de lo necesario. Quizá para convencerme o quizá para ahogar pensamientos que no quería escuchar.

Clare se reía, giraba sobre sí misma, me empujaba para que bailara y yo bailé. Moví las caderas sin pensar en si alguien miraba. Dejé que el vestido se ajustara a mi cuerpo sin esconder nada.

Me sentía viva. Libre. Un poco ebria incluso. Y entonces lo vi.

Tardé unos segundos en reconocerlo. La memoria siempre tardaba un instante en encajar el presente con el pasado. Pero era él. Mi ex.

Estaba apoyado en la barra, mirándome con una sonrisa que no supe interpretar. El mismo hombre que, años atrás, me había dicho que quería "una mujer más delgada".

Sentí una punzada vieja, conocida, pero ya no tan afilada. Clare notó mi rigidez.

—¿Qué pasa?

—Nada… —Mentí.

Pero él ya venía hacia nosotras. Se detuvo a menos de un metro.

—Abi.

Mi nombre en su boca me resultó extraño.

—Hola.

Me recorrió con la mirada. Una mirada lenta y evaluadora.

—Estás genial —dijo—. Muy guapa. Y muy sexy con ese vestido.

Solté una risa corta.

—No te rías de mí —le dije, y frunció el ceño.

—No me estoy riendo. Lo digo en serio.

Clare permanecía a mi lado, observando como una guardiana silenciosa.

—¿Qué tal te va? —preguntó él—. ¿Tienes pareja? ¿Estás casada? ¿Hijos?

Sonreí con deliberada insolencia.

—No. Estoy soltera. Pero follo con todo el que puedo y no me desprecia por no ser delgada.

Fue como ver una bombilla apagarse. Él palideció y apartó la mirada un segundo.

—Abi… yo… siento mucho haber dicho eso. No lo pensaba. Ni lo pienso.

Me crucé de brazos.

—Déjate de gilipolleces. —Negué con la cabeza—. Me abriste los ojos. Me hiciste ver que no podía confiar en los hombres que prometen todo para después despreciarte de ese modo.

Sus labios se tensaron.

—Tenía mis razones para dejarte.

Solté una carcajada seca.

—Claro. Ilumíname.

Me sostuvo la mirada.

—Tal vez algún día lo entiendas.

Lo miré con incredulidad.

—Si no me dejaste porque tenías una enfermedad mortal y no querías que sufriera contigo, no hay excusas que valgan.

Silencio. La música seguía sonando a nuestro alrededor, pero en ese rincón parecía haberse detenido. Él tragó saliva.

—Hay cosas que no sabes.

—Entonces dímelas.

Negó lentamente.

—No puedo.

Volteé los ojos.

—Pues entonces no me vengas con misterios baratos.

Me observó unos segundos más, como si estuviera debatiéndose entre hablar o marcharse, y entonces dijo algo que me dejó helada.

—Quizá tu amigo pueda darte las respuestas que yo no.

Fruncí el ceño.

—¿Qué amigo?

Pero él ya estaba dando un paso atrás.

—Ojalá algún día lo entiendas, Abi.

Y se fue. Se mezcló entre la gente hasta desaparecer y yo me quedé quieta. Con la música vibrándome en el pecho y el corazón latiendo más deprisa de lo que debería.

—Ni se te ocurra comerte la cabeza —dijo Clare, colocándose frente a mí —. Es gilipollas. Siempre lo ha sido.

Me puso otra copa en la mano sin darme opción.

—Brindemos por superar traumas del pasado.

Choqué mi vaso con el suyo. Bebimos y volvimos a bailar y reímos. Pero algo se había instalado en mi mente como una astilla. “Tu amigo puede darte las respuestas…”

¿Nick? ¿Se refería a Nick? Nick era mi amigo. Pero… ¿Qué respuestas?

La música cambió. Las luces giraron. Y yo intenté concentrarme en el ritmo, intenté dejarlo ir, pero la cabeza no siempre obedecía. Y, como si no fuera suficiente, apareció otro pensamiento.

Declan.

Si en ese instante entrara por esa puerta. Si lo viera cruzar la sala con esa seguridad suya. Si sus ojos grises me encontraran entre la multitud. Supe, con una claridad incómoda, que sucumbiría.

Que toda mi teoría sobre libertad emocional y sexo sin sentimientos se desmoronaría en el segundo en que me tocara. Porque él no era solo deseo, era algo más. Algo que no quería nombrar.

Bailé más fuerte. Bebí otro trago. Reí cuando Clare me hizo girar. Pero por dentro estaba en otra parte.

En preguntas sin respuesta. En un pasado que quizá no estaba tan cerrado como creía. Y en la certeza inquietante de que, por mucho que intentara convencerme de lo contrario… Seguía echando de menos al hombre menos adecuado para mí.

Intenté seguir bailando. Intenté que el alcohol hiciera su trabajo. Intenté convencerme de que lo que había dicho mi ex no significaba nada. Pero ya no estaba tan dentro de la música.

Clare, sí. Clare estaba en modo celebración absoluta, cantando cualquier estribillo que sonara, aunque no se supiera la letra. Yo sonreía, giraba, levantaba los brazos… pero mi cabeza iba por libre.

¿Respuestas a qué? ¿A su cobardía? ¿A su forma de dejarme sintiéndome insuficiente? ¿O a algo que realmente no sabía?

La duda era peor que el recuerdo, porque el recuerdo, al menos, estaba cerrado. Dolía, pero tenía bordes definidos. La duda no. La duda era una grieta abierta.

—Te has ido —dijo Clare, acercándose a mi oído.

—Un poco.

—No pienses en ese imbécil.

—No estoy pensando en él.

Mentí, pero tampoco estaba pensando exactamente en él. Estaba pensando en Nick. ¿Qué sabía él que yo no?

Sentí un nudo en el estómago. Porque si había algo que no soportaba era no tener el control de la información. No saber si había vivido una mentira o solo una versión incompleta de la verdad.

—Vámonos a la barra —propuso Clare—. Necesito agua o mañana me odiaré.

Asentí, y mientras caminábamos entre la gente, saqué el móvil casi sin darme cuenta. Ningún mensaje nuevo. Ni de Nick ni de nadie que me importara más de lo que quería admitir.

Me apoyé en la barra y pedí agua. Clare me miraba con esa expresión suya de profesora que sabía cuándo el alumno no había terminado los deberes.

—Te conozco —dijo.

—Eso es preocupante.

—Estás rumiando.

Suspiré.

—¿Y si hubiera algo que no supe?

—¿Como qué?

—No lo sé. —Negué con la cabeza—. Pero no me gusta la sensación de que haya piezas que no encajan.

Clare apoyó los codos en la barra.

—A veces la gente dice cosas crípticas para sentirse importante.

—Lo sé.

—Y a veces intentan aliviar su culpa sin asumirla del todo.

Eso tenía más sentido. Mi ex siempre había sido así. Nunca enfrentaba del todo las consecuencias. Dejaba frases a medias, como si el misterio lo hiciera más profundo, pero aun así…

—¿Crees que debería preguntarle a Nick?

Clare me miró con cautela.

—¿Quieres preguntarle por él… o quieres una excusa para escribirle?

La pregunta fue directa y dolorosa. Porque tal vez las dos cosas eran ciertas. Me quedé en silencio unos segundos.

—Si le escribo y seguimos viéndonos, será bajo mis condiciones —dije finalmente.

Clare sonrió.

—Esa es mi chica.

Pagamos y salimos del bar poco después. El aire frío me despejó un poco la cabeza. La ciudad estaba viva, pero más serena que dentro. Caminamos juntas un tramo antes de despedirnos.

—No dejes que un fantasma te estropee la noche —me dijo antes de abrazarme.

—No lo haré.

La vi alejarse con esa seguridad suya de recién enamorada y yo me quedé un momento quieta en la acera.

Saqué el móvil otra vez. Abrí el chat de Nick y lo miré durante un rato. Podía preguntarle directamente. Podía ignorarlo. Podía mantener mi postura de mujer libre, indiferente, sin ataduras. Pero la verdad era que detestaba la sensación de estar en la oscuridad. Y además… había algo más.

Declan. Mi mente volvió a él como si fuera un reflejo automático. Londres. Miami. Chicago. Un mes fuera. Un mes sin verlo.

¿Y si cuando volviera ya no fuera lo mismo? ¿Y si esta distancia lo convertía en una anécdota? ¿Y si eso era lo mejor?

Me apoyé en la pared del edificio y cerré los ojos un instante. Si en ese momento apareciera frente a mí, no tendría discurso que me salvara. No tendría orgullo que me protegiera.

Porque no era solo deseo. Era la forma en que me miraba. Era la sensación de que, con él, no era “demasiado”. Ni demasiado intensa. Ni demasiado curvilínea. Ni demasiado emocional. Con él me sentía suficiente. Y eso era adictivo.

Abrí los ojos y volví al chat de Nick. Pero no escribí nada, no me atreví. Guardé el móvil en el bolso como si quemara.

No sabía si buscar respuestas era una buena idea. Solo sabía que esa noche algo se había removido. Mi pasado me había mirado a los ojos. Mi presente estaba a miles de kilómetros. Y mi futuro… seguía siendo una incógnita peligrosa.

Empecé a caminar hacia el coche con la sensación inquietante de que las piezas empezaban a moverse. Y que muy pronto, quisiera o no, tendría que enfrentar verdades que quizá cambiarían la forma en que entendía todo.

Incluso a mí misma.

Capítulo 35



Declan

Habían pasado cuatro semanas. Cuatro malditas semanas desde que le dije a Abigail Monroe que quería verla.

Y ella, con esa dignidad suya que me desarmaba más que cualquier negativa directa, respondió que solo lo haría de manera profesional. Solo trabajo. Nada más.

Desperté en la suite del hotel de Miami con la cabeza martilleando como si un ejército de martillos neumáticos se hubiera instalado entre mis sienes. El sol del mediodía se colaba entre las cortinas automáticas, haciendo que deseara no abrir los ojos jamás.

Gruñí, pasándome el antebrazo por la cara mientras trataba de recomponer la memoria de la noche anterior.

Cena con David, unas copas, conversaciones sin importancia y risas obligadas. Después él se fue, y yo subí a la suite. Solo. Una botella de whisky para mí solo, sin hielo, sin pausa, sin compañía que no fuera la silenciosa acusación de mi propio reflejo.

Suspiré mientras me incorporaba en la cama de tamaño *King size*. Nunca había bebido para olvidar a una mujer. Nunca.

Había tenido amantes, encuentros casuales, mujeres que se entregaban sin preguntar, sin importar nada más que el placer. Siempre supe separar el sexo

del sentimiento. Pero Abigail…

Resoplé. Jamás una mujer me había hecho sentir así. Nunca había bebido para borrar un cuerpo, una sonrisa, una mirada que me retaba, un modo de entregarse que te desarmaba sin proponérselo. Por mucho que bebiera, no podía sacarla de mi cabeza. Y, peor aún, en estas cuatro semanas ni siquiera había podido estar con otra mujer.

Sofía había intentado llamarme dos veces. No respondí. Ni a ella ni a nadie. El simple pensamiento de otras manos recorriéndome me parecía vacío, inútil. Solo quería las de Abigail.

Mi móvil vibró en la mesita de noche. Lo cogí con el corazón latiéndome a mil, hasta que vi que era un mensaje de David.

David: *¿Sigues vivo o necesitas café en vena?*

Bufé y escribí.

Declan: *Voy a la ducha. Pide el desayuno. En media hora en mi suite.*

David respondió con un pulgar arriba y comentó que sentía compasión por mi hígado. Dejé el teléfono y me levanté. La habitación, minimalista, impecable, con vistas al océano, parecía demasiado silenciosa. Demasiado grande para alguien que no podía dejar de pensar en una mujer que no estaba allí.

Entré en el baño y abrí la ducha efecto lluvia. El agua fría me golpeó la espalda y siseé entre dientes. Apoyé las manos en la pared de mármol y cerré los ojos. Y, como cada día desde hacía tres semanas y media… apareció ella.

Desnuda. Frente al espejo de la suite de Nueva York. Su piel perfecta bajo la luz cálida, sus curvas reflejadas desde todos los ángulos, sus ojos clavados en los míos mientras la sostenía por las caderas. Recordé cómo se observaba, cómo se sorprendía de sí misma, cómo disfrutaba sin esconderse.

Mi respiración cambió. Mi cuerpo reaccionó con rapidez pese a la resaca. La imaginé otra vez allí, mis manos deslizándose por su cintura marcada, su espalda arqueándose, el sonido contenido de su placer.

Maldije en voz baja. Nunca me había masturbado pensando en la misma mujer durante semanas, pero allí estaba, cada mañana, como un ritual, como una necesidad.

Apoyé la frente en el mármol, respirando hondo cuando terminé. El agua siguió cayendo unos segundos más. No importaba cuántas veces lo hiciera. No bastaba. No la borraba ni la olvidaba.

Cerré el grifo y salí de la ducha. Me puse un pantalón de chándal gris y me sequé el pelo con la toalla. Cuando entré a la sala principal de la suite, llamaron a la puerta. David apareció acompañado por el chico del servicio de habitaciones, que dejó la bandeja sobre la mesa baja: café humeante, huevos, tostadas y fruta recién cortada.

David me miró de arriba abajo con esa expresión suya que mezclaba reproche y diversión.

—Tienes cara de haber intentado ahogarte en whisky.

—Lo intenté. —Negué con la cabeza.

—Y no funcionó, ¿verdad? —dijo con media sonrisa.

Negué de nuevo. No, no funcionó. Nada funcionaba cuando se trataba de ella.

Nos sentamos frente a la bandeja del desayuno, el sol entrando por los ventanales de la suite de mi hotel de Miami y el aroma del café recién hecho llenando la habitación. David, como siempre, parecía capaz de ver más allá de mis máscaras, de mis silencios calculados. Y hoy, de alguna manera, parecía decidido a no dejarme escapar.

—Tenemos que hablar del proyecto de Los Ángeles —dijo, tomando un sorbo de su café. Intentaba sonar profesional, pero sus ojos brillaban con algo más que interés laboral.

Asentí, apartando el cabello húmedo de la frente.

—Sí. Necesito revisar los planos finales de la suite presidencial. Los acabados que discutimos la semana pasada no encajan del todo con la visión que quiero transmitir.

David asintió y empezó a repasar los detalles mientras yo escuchaba. Pero, como siempre, no tardó en desviarse hacia un terreno más peligroso, más personal.

—Declan… —empezó, bajando un poco la voz—. Tienes que admitirlo. Te has enamorado de ella. No puedes negártelo ni a ti mismo.

Suspiré, hundiéndome un poco en el sillón. Él me miraba fijamente, sin dejarme escapar.

—Admítelo —insistió—. Si esa mujer no se hubiera metido bajo tu piel, ahora mismo estarías con Sofía, o con cualquier otra a quien habrías llamado anoche.

—No. No estarías aquí, con resaca, repasando cada gesto de su cuerpo en mi cabeza hasta hacerme daño —admití, dejando caer las barreras de hombre seguro de sí mismo que había llevado durante años.

David silbó.

—Joder. Estás jodido de verdad. Más te vale hablar con ella antes de que otro se adelante.

Negué con la cabeza, pero sabía que tenía razón.

—Seguro que está follando con ese tal Nick —dije, con un hilo de amargura—. Por eso bebo, para no pensar en las manos de otro hombre recorriendo el cuerpo de mi mujer.

David arqueó las cejas, suspirando.

—Sí, estás jodido. Y más te vale que te muevas antes de que sea demasiado tarde.

—Eso mismo me dijo Sofía —dije, medio riendo, medio serio—. Y ambos tenéis razón.

David me miró con intensidad.

—Entonces, ¿qué haces? —preguntó—. ¿Sigues en modo gilipollas y la respetas porque dijo que solo quería profesionalidad?

—Sí —contesté—. Respetaré su decisión. Ella quiso que fuera solo profesional, y lo estoy haciendo.

David lanzó una carcajada corta, un sonido mezcla de incredulidad y reproche.

—Déjate de gilipolleces, Declan. Admítelo de una vez. Esa mujer te gusta de verdad. No solo para sexo. Te gusta y punto. Y si no hablas con ella ahora, antes de que te des cuenta alguien más lo hará.

Lo miré, consciente de que tenía razón. Pero también sabía que tenía que medir cada palabra, cada gesto. No podía permitirme precipitarme.

—Lo sé —dije—. Y lo haré. Pero primero debo ser estratégico.

David bufó, resignado.

—Estrategia, estrategia… mientras tanto, estás aquí, con resaca, pensando en ella. Y sabes que tengo razón.

Asentí. Él me conocía demasiado bien. Me levanté de la silla y me acerqué a la ventana, apoyando las manos en el cristal. Miami brillaba bajo el sol de la mañana, pero nada podía competir con la imagen que tenía grabada en la retina: Abigail Monroe y todo lo que ella significaba.

Terminamos el desayuno con más silencios que palabras, pero cargados de entendimiento. David recogió los platos y se giró hacia mí antes de irse.

—Piensa en esto, hermano: si no te mueves pronto, puedes perder lo que ni siquiera creías que querías perder.

—Lo sé —dije de nuevo, mientras él salía—. Lo sé.

Cuando la puerta se cerró, me quedé solo con el café frío y el ruido lejano de la ciudad. Y, por primera vez en semanas, no quise escapar del pensamiento de ella.

Porque, sabiendo lo que sentía, sabía que era incapaz de olvidar a Abigail Monroe.

Me quedé solo en la suite después de que David se marchara. El silencio me envolvía, interrumpido solo por el rumor de la ciudad a lo lejos y el tic-tac de un reloj que no parecía moverse.

La taza de café estaba olvidada sobre la mesa, y yo estaba atrapado en un combate mucho más agotador que cualquier viaje o reunión de negocios: mi mente contra mí mismo.

Debería llamarla. Pedirle verla. Hablar con ella. Hacer que entendiera que no podía ignorar lo que estaba ocurriendo entre nosotros. Que quería más que sexo, que quería todo lo que nunca había querido con ninguna mujer. Pero sabía que, si lo hacía, ni siquiera atendería mi llamada. Ni me contestaría en el estudio. Ni siquiera me miraría.

Suspiré y supe que lo mejor era escribir un mensaje. Un mensaje frío, profesional en apariencia, calculado para que no se cerrara de inmediato.

Declan: *Abigail, estaré de vuelta en Boston dentro de dos semanas. Me gustaría hablar contigo. Necesitamos revisar el proyecto, y quiero que seas tú quien lo lidere. Hablamos entonces.*

Lo leí una vez, dos veces. Sí, era mentira. Mentira, porque en realidad no solo quería hablar de trabajo; quería hablar de nosotros. Pero sabía que, si mostraba demasiado, no obtendría respuesta. Así que lo envié, con el corazón latiendo más rápido de lo que quería admitir.

Diez minutos después, el móvil vibró. Contuve la respiración, lo cogí y vi un mensaje de Abigail.

Abigail: *Te espero en mi despacho el viernes a última hora. Te concedo media hora para hablar de trabajo.*

Sonreí. Media hora. No era mucho, pero sabía que sería suficiente para cambiarlo todo. Para que entendiera que no había casualidades entre nosotros, que éramos más que una coincidencia profesional.

Me recosté en el sofá de la suite, dejando que la sonrisa se expandiera por mi rostro. Media hora de trabajo… y probablemente terminaríamos hablando de algo mucho más íntimo. De algo que ninguno de los dos podía negar por más tiempo.

Pensé en su pelo castaño oscuro, en la forma en que se movía cuando caminaba y llenaba cada lugar como si fuera una reina, en cómo su risa podía llenar un espacio entero y hacer que todo lo demás desapareciera.

Pensé en cómo había intentado resistirme, cómo había ignorado mi deseo, cómo me había enseñado que incluso un hombre con control absoluto podía perderlo todo frente a una mujer. Y lo sabía: no había vuelta atrás. Con ella, nunca la habría. Nunca.

Guardé el móvil, me levanté y miré por la ventana de la suite. El mar brillaba bajo el sol, pero nada en el horizonte podía competir con la imagen que tenía grabada en mi mente: Abigail Monroe.

Media hora. Solo media hora. Pero en esa media hora, iba a hacerle ver que éramos perfectos el uno para el otro, aunque ambos lucháramos por negarlo.

Y, por primera vez en semanas, sentí una certeza absoluta: iba a conseguirlo.

Capítulo 36



Abigail

Era viernes y el despacho estaba más silencioso de lo habitual. Solo el leve zumbido del ordenador y el tic-tac del reloj rompían la calma.

Estaba terminando de enviar un correo electrónico al proveedor de los materiales que necesitábamos para uno de los proyectos más importantes del estudio, repasando cada detalle con cuidado, asegurándome de que no se escapara ni un error. Cada medida, cada fecha de entrega, cada especificación técnica debía ser perfecta; no podía permitirme descuidos.

Julia, Alisa y Piero ya se habían despedido entre risas y bromas, prometiendo pasar un fin de semana tranquilo y soltando comentarios sobre lo mucho que nos necesitábamos los unos a los otros para sobrevivir a los lunes. Me quedé sola, y por primera vez desde hacía semanas, mi mente se rebeló contra la concentración que intentaba mantener. Miré el reloj de pared.

Menos de una hora. Menos de sesenta minutos para volver a verlo después de cinco largas semanas sin tenerlo delante. Y ya estaba nerviosa. Mi estómago se revolvía solo de pensarlo, y un calor extraño se extendió por mi pecho. Si sin tenerlo enfrente me sentía así, no quería ni imaginar lo que pasaría cuando finalmente lo tuviera delante.

La ansiedad me carcomía, pero intenté respirar hondo, intentando imponer calma sobre la tormenta que me recorría por dentro.

Respiré hondo y traté de concentrarme en los bocetos del proyecto que tenía abiertos en la pantalla. Ajusté medidas, revisé notas y anoté cambios, intentando mantener la calma y la concentración. Pero no servía de nada.

Cada línea que trazaba me parecía difusa; cada decisión me resultaba automática. Mi mente estaba en otra parte, en un lugar donde él ocupaba todo el espacio.

No me di cuenta de su presencia hasta que escuché esa voz familiar, firme y cercana, que me hizo detener el lápiz en seco.

—Abigail.

Me giré de golpe y me quedé sorprendida al ver a Nick con esa mirada intensa que siempre me había hecho sentir vulnerable y expuesta, y con un paso seguro que parecía dominar todo el despacho.

—¿Qué… qué haces aquí? —pregunté, tratando de sonar firme, pero sin poder ocultar el sobresalto que me recorría.

—Necesitaba hablar contigo —dijo, caminando hacia mí con paso decidido—. Y como no me das la oportunidad, he pensado en venir.

Fruncí el ceño, intentando mantener la compostura.

—Tengo diez minutos como mucho —dije, con la voz más firme de lo que me sentía—. En menos de una hora tengo una reunión de trabajo muy importante.

—Perfecto —respondió él, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Suficiente.

Se acercó mucho, demasiado, y mi corazón se aceleró. Podía sentir su presencia y la tensión en su postura.

—Te he echado de menos —dijo, y su voz sonaba grave y seria—. No quiero perderte. Si tengo que aceptar que estés con otros hombres, lo haré, pero no puedo permitirme perderte.

Lo miré, intentando no ceder al miedo ni a la confusión que me provocaba, pero su intensidad era abrumadora.

—No es que yo te lo permita —dije, con cuidado, intentando mantener una distancia invisible entre nosotros—. Yo no soy de nadie y decido por mí misma.

—Pero eres mía —replicó Nick, con intensidad, casi rugiendo—. Siempre lo has sido. Y hasta tu ex lo entendió.

Fruncí el ceño y lo miré, sin entender.

—¿A qué te refieres? —pregunté, con un escalofrío de alarma recorriéndome el cuerpo.

—No me costó mucho hacer que ese imbécil desapareciera de tu vida y te dejara —dijo con firmeza, acercándose más—. Sabía que necesitarías apoyo y un hombre que te entendiera. Y ahí estaba yo. Desde el primer día en la universidad te he amado. Ningún hombre te amará como yo. Solo tuve que decirle que nos estábamos acostando y que no te atrevías a dejarlo, y él se apartó, diciéndote lo que sabía que más te dolería. Lo hice por ti.

Me quedé sin palabras y mi respiración se volvió entrecortada. El corazón me latía con fuerza, golpeando contra mi pecho, y una mezcla de miedo, rabia y confusión se adueñaba de mí y no entendía del todo lo que acababa de decir.

Antes de poder reaccionar, Nick me cogió ambas manos con fuerza, atrayéndome hacia él. No pude moverme, paralizada por la sorpresa y la intensidad de su mirada. Sentí la presión de su cuerpo, su cercanía casi sofocante, y un nudo de ansiedad se instaló en mi estómago. Su cercanía me hacía sentir atrapada, y su firmeza era abrumadora.

—Abigail… —susurró, con esa voz que antes me había resultado cálida, y que ahora sonaba cargada de intensidad—. Te necesito.

Intenté zafarme de su agarre, forcejeando solo un poco, pero no logré que me soltara. Su presencia era demasiado fuerte, demasiado dominante, demasiado agresiva.

Podía sentir la presión de su cuerpo, la insistencia de sus ojos sobre mí, y un nudo de rabia y miedo se formó en mi estómago. Cada músculo de mi cuerpo se tensaba y la adrenalina corría por mis venas, mezclada con miedo y rabia.

—Nick… ¡Suéltame! —dije, intentando mantener la voz firme, tratando de empujarlo y sin dejar que el miedo me paralizara del todo—. Este… no eres tú…

—Sí soy yo —dijo, con voz firme y casi agresiva—. Soy el hombre que te ama y que no va a permitir que estés con otro. Nadie más que yo va a tocarte.

Mi mente giraba sin control. Este no era el chico que había conocido en la universidad, ni el hombre cariñoso con el que había estado antes. Este Nick era otra cosa: intenso, posesivo, implacable. Mi respiración se volvió rápida y agitada, y sentí una oleada de rabia mezclada con miedo. Cada intento de mantenerme firme se encontraba con su fuerza abrumadora.

—¡Nick! —grité con rabia y miedo, intentando empujarlo y apartarlo—. No… no eres el hombre que conocí…

—Sí lo soy —repitió con firmeza—. Y cuando te des cuenta de que eres mía, no querrás estar con otro.

Forcejeé, intentando retroceder, empujando con todas mis fuerzas, gritando pidiendo ayuda. Pero no había nadie más en toda la planta, ni sabía si había alguien en el edificio. Su intensidad era abrumadora, y yo empecé a sentir que no podría zafarme por mí misma.

Me giró e hizo que me inclinara sobre el escritorio; noté la fuerza con la que seguía sujetando mis muñecas en mi espalda y sentí su otra mano deslizándose por mi muslo bajo la tela de la falda. Lo siguiente que escuché fue el modo en el que rasgaba las medias y mi tanga.

Cerré los ojos y sentí la rabia y un nudo en la garganta que me oprimía el pecho. No podía estar pasando esto, no podía estar haciendo lo mismo que hizo mi ex.

Escuché cómo se desabrochaba el pantalón y, cuando se inclinó sobre mí, se me revolvió el estómago al notar su aliento en mi cuello.

—Eres mía, Abi —susurró.

—¡Déjame! —grité—. ¡Esto no está bien!

Y en ese momento escuché un grito desgarrador que cortó todo:

—¡Hijo de puta!

El cuerpo de Nick se tambaleó y sentí cómo alguien lo empujaba con fuerza, separándolo de mí. Miré hacia arriba y vi a Declan, golpeando a Nick con una fuerza brutal, con cada músculo de su cuerpo cargado de rabia y desesperación. El miedo y la adrenalina me hicieron retroceder, intentando recomponerme. Cogí el teléfono para llamar a seguridad y pedir que subieran rápido.

Intenté acercarme a Declan para detenerlo, pero era imposible. Estaba fuera de control y no dejaba de golpear a Nick mientras este se defendía como podía, ambos forcejeando en medio de la sala. Los insultos de Declan resonaban, llenos de rabia y desprecio.

—¡Maldito hijo de puta! —gritaba—. ¡Te vas a arrepentir de haber intentado tocarla! ¡Nunca! ¡Jamás! ¡Volverás a tocarla!

Pocos minutos después, llegaron los de seguridad y los separaron. Nick jadeaba, pálido, y empezó a amenazar.

—¡Te voy a denunciar! ¡Te voy a arruinar la vida!

—Perfecto —dijo Declan, todavía respirando agitado—. Mis abogados se encargarán de ti por intentar violar a una mujer.

Nick me miró, con la cara blanca de furia, y murmuró algo que me heló la sangre.

—Tú querías… tú lo pediste…

—¡No es cierto! —le respondí, temblando de rabia—. No quiero volver a verte en la vida.

Los de seguridad me aseguraron que la policía estaba en camino y que seguramente tendría que presentar una denuncia. Asentí, aun con el corazón latiendo a mil por hora, intentando calmarme.

Cuando nos quedamos solos, Declan respiraba con dificultad, despeinado, con la camisa blanca manchada de sangre y el labio partido. Los nudillos de su mano derecha estaban ensangrentados. Me miró con una intensidad que me recorrió de pies a cabeza, se acercó en dos pasos y me sostuvo las mejillas, transmitiendo con la fuerza de sus manos una protección absoluta.

—Dime que estás bien… o juro que sigo a ese hijo de puta y lo mato —me pidió, con voz grave.

Asentí, con lágrimas acumuladas y la adrenalina todavía recorriendo mi cuerpo.

—Estoy bien —dije, casi susurrando.

Él exhaló el aire con fuerza y me abrazó. Yo simplemente me dejé cuidar, apoyando la cabeza en su pecho, sintiendo que, por primera vez en toda la tarde, el peligro había terminado y alguien estaba ahí para protegerme de verdad, para asegurarse de que nadie pudiera volver a intentar dañarme.

Capítulo 37



Declan

Todavía sentía la adrenalina recorriéndome cada fibra del cuerpo mientras sostenía a Abigail entre mis brazos. Cada golpe que le había propinado a Nick, cada puñetazo que había recibido de él en su defensa, resonaba en mi cabeza como un tambor incansable. La respiración me venía entrecortada y, aun así, sostenía a Abigail entre mis brazos, temiendo soltarla.

Su cuerpo estaba tenso contra el mío, su pecho subía y bajaba con rapidez, y aunque no derramaba lágrimas, podía sentir el dolor, la rabia y la indignación en cada palabra que había dirigido a ese hijo de puta antes de que yo llegara. Su voz había temblado solo un instante, y eso me bastaba para entender la magnitud de lo que había soportado.

La abracé más fuerte, como si con eso pudiera borrar todos los minutos de miedo que había pasado sola, como si pudiera transmitirle que nada malo volvería a pasar mientras yo estuviera allí. La rabia seguía burbujeando en mi interior; podía sentir cómo la sangre aún me hervía por la impotencia de haber imaginado lo que podría haberle sucedido si no llego a aparecer.

Cerré los ojos por un instante y vi la escena: su cuerpo vulnerado, su mirada fija en el miedo, y sentí un escalofrío recorrer mi columna. Me obligué a apartar ese pensamiento; no podía permitirme caer en lo que habría sido, porque ya estaba aquí y ella estaba a salvo.

—Vas a dejarme sin aire —me dijo entre risas nerviosas, empujándome suavemente.

Sonreí con ironía, intentando devolverle algo de normalidad, pero mis ojos no dejaban de recorrer su rostro, buscando cualquier signo de trauma o miedo residual. Me aparté un poco y la miré directamente a los ojos.

—¿De verdad estás bien? —pregunté, incapaz de ocultar la preocupación.

—Sí… pero tú no lo estás —dijo, y se acercó para tocarme el labio partido. Noté el escozor instantáneo, pero la suavidad de su gesto me calmó un poco y me recordó que estaba viva, conmigo.

—Vamos —dijo entonces, cogiendo mi brazo—. Sígueme, hay un botiquín en la sala de descanso.

Caminamos juntos hasta allí. Me senté en una de las sillas mientras ella me limpiaba con cuidado el labio y los nudillos ensangrentados. Su cercanía me provocaba un hormigueo inesperado, pero era su calma lo que me ayudaba a recomponerme.

—Y la camisa… se te ha estropeado por completo con la sangre —dijo, con un toque de reproche que no podía ignorar.

Miré la tela manchada, y sonreí.

—Puedo comprarme cien más si quiero —dije, intentando aliviar la tensión —. Pero no podría volver a tener a una Abigail Monroe en mi vida.

La vi sonrojarse y morderse el labio, y un escalofrío recorrió mi espalda. Esa conexión silenciosa entre nosotros, esa mezcla de deseo, rabia y ternura contenida, era más fuerte que cualquier distancia o tiempo separados. Su mirada me decía lo mismo que mis propios pensamientos: ella no me había olvidado en estas semanas, al igual que yo no había logrado pensar en otra cosa que no fuera ella.

Mientras me limpiaba, no podía dejar de pensar en lo vulnerable que había estado, en lo indefensa que se veía frente a aquel imbécil. Mi mente repetía la escena una y otra vez, con un solo deseo: no permitir que nadie jamás la pusiera en peligro de esa manera. Cada palabra de Nick, cada gesto posesivo, me revolvían el estómago con rabia y un instinto casi primitivo de protección.

Cuando regresamos al despacho, la tensión se transformó en un nudo de emociones diferentes: alivio, rabia contenida, deseo, y un reconocimiento silencioso de lo que ambos habíamos pasado.

Me senté frente a ella, intentando recomponer la compostura, pero el corazón seguía golpeando como un tambor. Cada mirada suya me recordaba lo cerca que había estado de perderla y lo indefensa que se había sentido.

—Dime —le pedí suavemente, tratando de mantener un hilo de control sobre mis emociones—. ¿Por qué se puso así ese hombre?

Ella me miró, bajando ligeramente la cabeza, y suspiró.

—Es… Nick —dijo, titubeando—, el compañero de universidad del que te hablé.

Asentí, comprendiendo de inmediato.

—Sí… lo recuerdo.

Ella continuó, contándome cada palabra, cada verdad de lo que aquel tipo había dicho sobre su exnovio, y escuché con atención, sintiendo cómo el nudo en mi pecho se apretaba con cada detalle. Comprendí su sorpresa, su indignación y la confusión que la había consumido. Abigail estaba acostumbrada a tener el control, a manejar situaciones difíciles, pero esa manipulación había sido inesperada, y el miedo que había sentido estaba impreso en su voz y en su postura.

—Ahora entiendo lo que me dijo mi ex hace unas semanas —dijo, con un tono de vulnerabilidad que no había visto antes—. No pensé que Nick hubiera planeado aquello solo para estar cerca de mí.

—Gracias por confiar en mí —le dije, suavemente—. Sabes que siempre estaré aquí.

Ella asintió, y el silencio que siguió no era incómodo, sino cargado de posibilidades.

Sentí un peso en el pecho al escucharla, pero también un alivio inmenso: ella confiaba en mí, me dejaba compartir ese dolor con ella. Extendí la mano y cogí la suya, notando cómo su pulso aún estaba acelerado.

Sin poder evitarlo, extendí la mano y cogí la suya. La atraje hacia mí y, en un impulso natural, la senté sobre mi regazo. Sentí cómo su cuerpo se acomodaba con confianza, cómo su respiración se mezclaba con la mía.

No pude evitar inclinarme y besar su cuello, sintiendo cómo su cuerpo se estremecía, cómo su respiración se mezclaba con la mía. Su fragilidad mezclada con fuerza me hacía sentir una necesidad de protegerla que iba más allá del deseo físico: era un instinto de resguardo, de posesión de la forma más pura y emocional.

—Declan… —susurró, y su voz tembló ligeramente, sincera.

—Abigail —dije, mirándola a los ojos—. No quiero a otras mujeres. Y no quiero que tú estés con otros hombres. Te quiero solo a ti, en exclusividad.

Ella me miró, y vi que sus ojos reflejaban sorpresa y una mezcla de temor y deseo.

—¿Solo sería sexo? —preguntó con un hilo de voz, como si temiera la respuesta.

—Será todo lo que tú quieras que sea —respondí, con una sonrisa y una seguridad que venía de lo más profundo de mí—. No solo sexo… Si quieres, será todo.

Ella suspiró, y en esa exhalación sentí la aceptación, la entrega.

—Sé que no eres hombre de relaciones amorosas… —dijo, como si intentara comprender lo imposible de imaginarme con alguien.

—Hasta ahora —dije, dejando escapar una sonrisa, más para mí que para ella—. Solo tú has conseguido que me plantee tener una pareja… y querer formar una familia.

La besé de nuevo, sintiendo cómo se relajaba y se acurrucaba entre mis brazos. Temblaba ligeramente, y cuando nos separamos un momento, me dijo:

—No quería que pasara… pero me he enamorado de ti.

Sonreí, apoyando la frente en la suya.

—Me ha pasado lo mismo —susurré.

En ese instante, todo el mundo desapareció. No existía ni el despacho, ni la amenaza de Nick, ni siquiera la tensión del día. Solo estábamos ella y yo, respirando al unísono, sintiendo el calor del otro, reconociendo sin palabras que ese vínculo era más fuerte que cualquier miedo, cualquier rabia o cualquier distancia.

—De ahora en adelante, nada ni nadie hará que te pierda —susurré, con la convicción de quien había sobrevivido al peor escenario imaginable.

La besé de nuevo, con suavidad y ternura, y en ese beso no había urgencia ni prisa, solo la certeza de que, después de todo lo vivido, habíamos encontrado nuestra seguridad y nuestro lugar juntos.

El mundo podía arder a nuestro alrededor, pero mientras estuviéramos así, nada podía dañarnos.

Capítulo 38



Abigail

Había pasado un año desde aquella noche en la que Declan irrumpió en mi despacho y cambió mi vida de golpe. Un año completo de desafíos, de emociones intensas, de días en los que la adrenalina del trabajo y la pasión por él se habían entrelazado hasta volverse inseparables.

Ahora estaba en la suite de su hotel de Los Ángeles, la misma que habíamos recorrido juntos durante la inauguración, y me dejé caer sobre la alfombra suave frente al ventanal que daba a la ciudad iluminada. La luz de las farolas reflejada en los edificios, los coches brillando como luciérnagas, todo parecía insignificante frente al torbellino de recuerdos que me envolvía.

Mis pensamientos volvían a todo lo que había sucedido en esos doce meses. Había sido un año de trabajo intenso y de recompensas inesperadas.

Los proyectos habían puesto a prueba mi creatividad hasta el límite, pero cada logro se había visto reflejado en la satisfacción de Declan, en su mirada llena de orgullo y deseo. Las cenas compartidas en lugares inimaginables, desde terrazas con vistas infinitas hasta pequeños bistrós escondidos en calles que apenas conocía, habían sido nuestra manera de recordar que, a pesar de la intensidad de nuestro trabajo, el tiempo a solas era un lujo que ambos necesitábamos.

El proyecto del hotel había sido un desafío, pero también una bendición que nos había unido más de lo que jamás habría imaginado. Durante esas

semanas de trabajo intenso, su presencia había sido mi equilibrio y su seguridad mi refugio.

Me había llevado a conocer sus hoteles de Miami, París, Londres y Chicago, y cada viaje nos había acercado más. Habíamos aprendido a leer los silencios del otro, a anticipar pensamientos, a compartir miradas que hablaban de deseos prohibidos y planes futuros.

Nick seguía fuera de mi vida. Tenía una orden de alejamiento después de aquella noche en la que casi cruzó la línea del respeto y el peligro, un recordatorio de que ciertas personas nunca debían volver a cruzarse en nuestro camino. Sentía que su sombra se había desvanecido, que por fin podía respirar sin miedo, sin ansiedad, sin la sensación de que alguien podía arrebatarnos lo que era nuestro. La libertad que sentía ahora no tenía precio y al lado de Declan me sentía más viva que nunca.

Mis padres estaban encantados con Declan, y yo lo entendía. Había algo en la manera en que él me miraba, la forma en que protegía lo que era mío y al mismo tiempo me hacía sentir capaz y fuerte, que hacía que mis padres lo admiraran y lo respetaran, y se había ganado su cariño.

La madre de Declan, Colette, me quería con locura, y cada vez que estaba con ella sentía que pertenecía a su familia tanto como a la mía. La complicidad entre nosotros tres había creado un espacio seguro, lleno de cariño y respeto.

Mi prima Clare había dado la gran noticia: el hombre misterioso con el que se veía era David, el mejor amigo de Declan. Y no solo eso, estaba embarazada de cinco meses y esperando un niño. En cuanto naciera, ella y David se casarían y formarían su propia familia. Eso me hacía sentir esperanza y felicidad por ellos, y una certeza silenciosa de que el amor verdadero siempre encontraba su camino.

Sonreí mientras miraba por el ventanal, pensando en todo lo que habíamos vivido este último año. Cada viaje, cada risa compartida, cada beso robado en pasillos o suites de hotel, todo había sido un testimonio del hombre que amaba, de cómo me había tratado y de la intensidad de nuestra conexión.

Sentí un calor repentino detrás de mí, un temblor en mi espalda que hizo que mi corazón diera un vuelco. Supe al instante que Declan se había

acercado. Sus brazos rodearon mi cintura, y un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando su aliento acarició mi cuello. Sus labios rozaron mi piel, húmedos y cálidos, y su voz grave y profunda susurró:

—Me alegra tanto que estés a mi lado… y que al fin hayamos inaugurado el hotel.

Mi cuerpo reaccionó instintivamente. Giré ligeramente la cabeza y encontré su mirada, intensa, profunda, que parecía atravesar cada capa de mi ser. Sonreí y me dejé caer hacia él, besando sus labios con un hambre contenida, con una necesidad que había crecido durante semanas, meses incluso. Sentí sus manos firmes recorrer mi espalda, mi cintura, y un fuego cálido se encendió dentro de mí.

Cada roce, cada susurro, cada presión de sus labios me hacía sentir deseada, deseable, completamente suya y, al mismo tiempo, completamente libre.

—La cara de tu madre al ver la suite donde ella y tu padre celebraban sus aniversarios ha merecido la pena —dije, riendo suavemente.

Su sonrisa se amplió, y respondió con un beso que fue lento, cargado de promesas y de una electricidad que me recorrió como un rayo. Nuestras manos se movían con precisión casi instintiva, explorando los contornos, los pliegues de piel, los ángulos de nuestro deseo compartido.

Cada mirada era un desafío y una invitación: “Mírame”, decía, “quiero sentirte, deseo sentirte”. Cada caricia era provocadora, y cada suspiro suyo era un eco de lo que yo misma sentía.

Nuestros labios se encontraron de nuevo, y todo el mundo desapareció. La pasión se volvió intensa y deliciosa: caricias que recorrían hombros, espalda, cintura; miradas que decían más que cualquier palabra; susurros provocadores que me hacían estremecer; manos que exploraban con suavidad y precisión cada curva de mi cuerpo, recordándome lo deseada que era.

El juego de nuestra cercanía y nuestra química nos envolvía, y por un instante, me sentí completamente viva, completamente suya, aunque en la misma medida él era mío.

Nos movimos juntos hacia la cama, pero antes de que pudiéramos tumbarnos, sus dedos se entrelazaron con los míos, y sus labios encontraron mi cuello nuevamente. Sus palabras eran suaves pero cargadas de insinuación, de promesas que me hacían temblar.

—No sabes cuánto te he deseado esta noche… cuánto he esperado tenerte así, solo mía.

Mi cuerpo respondió sin que yo pensara, arqueándome hacia él, buscando más, queriendo que sus manos exploraran cada curva, cada línea que solo él parecía conocer. Su respiración caliente contra mi piel me provocaba, y yo respondía con gemidos apenas contenidos, con manos que lo llamaban a acercarse más, a perderse conmigo.

—Declan… —susurré, temblando—. Hazme tuya… ahora.

Él sonrió, y sus manos descendieron con delicadeza y firmeza a la vez, recorriendo mi espalda, mis caderas, abrazándome con posesión y cuidado. No era solo deseo físico; era una necesidad de conexión absoluta, de entrega y confianza.

Nos dejamos llevar por la pasión, por el juego de miradas y susurros provocativos que encendían cada fibra de nuestro cuerpo. Sus dedos eran expertos, sus labios maestros de cada sensación, y mi mente se nublaba entre placer y emoción, entre amor y deseo.

Cada movimiento, cada roce, cada suspiro nos acercaba más, nos consumía en un fuego que no tenía fin. La habitación desapareció, y solo existíamos nosotros, nuestras respiraciones mezcladas, nuestras manos explorando, nuestros cuerpos respondiendo al del otro.

Su lengua trazaba caminos prohibidos sobre mi piel, y yo gemía, gritaba, me retorcía, sintiendo cómo cada caricia lo encendía aún más y cómo mis propias ganas de él se volvían incontrolables.

Nos tomamos nuestro tiempo. Cada roce, cada suspiro y cada palabra nos acercaban más, hasta que la intensidad nos hizo perder la noción del espacio y el tiempo.

Entre besos, caricias y sonrisas cómplices, sentí que estaba exactamente donde debía estar: en los brazos del hombre que había convertido la tentación en amor verdadero.

Después, tumbados juntos sobre la cama, con mi cuerpo aún temblando por la intensidad del momento, Declan se apartó ligeramente y me miró con esa seriedad que podía encender mi corazón y congelar mi respiración al mismo tiempo.

—Te quiero —dijo, y cada palabra era una caricia en mi alma—. Y tengo una petición.

—¿Otra más? —pregunté, sonriendo—. Si es que quieres que lleve otro proyecto hotelero, estaré encantada.

Él me miró con esa mezcla de travesura y seriedad que tanto me volvía loca.

—De esos quiero al menos dos o tres… —susurró, y mis mejillas se sonrojaron—. Pero mi petición es otra.

Vi cómo abría un cajón de la mesita de noche y sacaba una pequeña cajita. La abrió frente a mí, y dentro brillaba un anillo de oro blanco con dos diamantes y un zafiro en el centro. El corazón me dio un vuelco, y mis manos temblaron mientras lo miraba con los ojos llenos de lágrimas de emoción.

—Me habría gustado pedírtelo de otra manera —dijo con suavidad, y cada palabra suya acariciaba mi oído—. Pero no puedo esperar más. Abigail Monroe, ¿quieres casarte conmigo?

Sentí que las lágrimas llenaban mis ojos y no tardaron en rodar por mis mejillas mientras escuchaba su voz. Sus palabras llenas de verdad y de amor me hablaban, alabando todo de mí: mi risa, mi carácter, mis curvas, la manera en la que enfrentaba el mundo, cómo me había hecho su compañera, su igual, su amor. En ese instante me hizo sentir completamente viva.

—Sí… sí, quiero —susurré entre sollozos, abrazándolo con fuerza.

Nos besamos con la certeza de que nada ni nadie podría separarnos. Su cuerpo sobre el mío, nuestras manos entrelazadas, los susurros de deseo y amor que intercambiábamos, todo se convirtió en un instante eterno.

Mientras sus manos recorrían mi espalda y yo lo abrazaba, pensé que jamás habría imaginado que acabaría casándome con el hombre que, sin saberlo, se convirtió en mi mayor tentación y mi más profundo amor.

Este había sido un año de pasión, de amor, de deseo compartido, de miradas que decían más que mil palabras y de caricias que recorrían cada rincón de nuestra intimidad.

Y sabía que, mientras él estuviera a mi lado, nada ni nadie podría romper la intensidad de lo que nos unía.

Epílogo



Declan

Nueve años después…

Habían pasado diez años desde aquel primer encuentro que cambió mi vida para siempre. Diez años llenos de decisiones, desafíos, viajes, proyectos y, sobre todo, amor. Y nueve años desde que le pedí a la mujer de la que me había enamorado sin apenas darme cuenta que se casara conmigo.

Abigail seguía siendo la mejor arquitecta de Boston. Su talento era indiscutible, y cada proyecto que lideraba demostraba su genialidad, su creatividad y su capacidad para transformar espacios en experiencias inolvidables.

Después de ver cómo había quedado mi hotel de Los Ángeles, muchas cadenas hoteleras y dueños de restaurantes confiaron en el estudio de arquitectura en el que aún hoy en día trabajaba, solicitando sus diseños y su visión única. Cada encargo reforzaba la reputación de Abigail y nos recordaba por qué habíamos llegado tan lejos juntos.

Nuestra vida había crecido de manera natural y hermosa. Teníamos dos hijos que eran nuestro mayor orgullo y alegría. Nuestra hija, Emma, de siete años, era exactamente idéntica a Abigail: su sonrisa, su determinación, esa chispa de vida que iluminaba todo a su alrededor. Siempre decía que sería la mejor directora de la cadena de hoteles que su abuelo, o sea, mi padre, había fundado.

Nuestro hijo, Lucas, de cinco años, era una versión mía en miniatura: decidido, curioso y con la cabeza llena de ideas sobre casas y hoteles, asegurando que él seguiría los pasos de su madre.

Verlos soñar y crecer me hacía sentir que nuestra historia, nuestro amor y nuestra pasión habían dejado una huella imborrable en ellos.

David, mi mejor amigo, y Clare, la prima de Abigail, estaban felizmente casados. Su familia también crecía a pasos agigantados. Tenían un niño de casi ocho años, Oliver, idéntico a David, con la misma mirada traviesa y energía inagotable, y las gemelas de cinco años, Sofía e Isabella, que eran como reflejos de Clare, llenas de vida, inteligencia y curiosidad. Cada vez que estábamos juntos, nuestras casas se llenaban de risas, carreras por los pasillos y juegos interminables.

Mi madre estaba encantada con todos ellos, y su relación con Abigail seguía siendo cercana, cálida y afectuosa, diciendo que era la hija que siempre quiso y no pudo tener.

Los padres de Abigail, al igual que su tía Margot, se habían jubilado y disfrutaban de la vida como abuelos. Pero manteníamos activa la inmobiliaria que Peter había fundado y es que yo había decidido asumir la dirección, ampliando el negocio y asegurando que la compañía creciera sin perder la esencia que habían dejado mis suegros.

Ellos me trataban como a un hijo más, y la gratitud que sentía por ello era enorme.

Mientras observaba a Abigail y a nuestros hijos jugando en el jardín de nuestra casa, me permití un momento de reflexión.

Pensé en los años que habíamos compartido, en cómo nuestro amor había crecido y cómo la pasión que nos unió no había decaído ni un solo día. Cada encuentro, cada mirada, cada caricia, cada instante de deseo seguía siendo intenso, y cada día disfrutábamos más de nuestra conexión íntima y emocional.

Abigail era increíble. Siempre lo había sido y siempre lo sería para mí. Su talento, su fuerza, su inteligencia y su corazón me habían conquistado desde el

primer momento. Y aunque el tiempo había pasado, su cuerpo seguía provocándome y sus curvas seguían despertando en mí un deseo intenso y constante.

Pero más allá de eso, lo que más me llenaba era el amor que nos profesábamos. Ese amor que compartíamos con nuestros hijos, que alimentaba nuestra familia y que sabía que jamás desaparecería.

Como decía mi madre, no importaba el envoltorio de la persona, sino la perfección de su interior y la manera en que su corazón amaba. Y Abigail era perfecta. Perfecta en su manera de vivir, de sentir, de entregar amor, de inspirar a quienes la rodeaban.

Cada mirada suya, cada gesto, cada sonrisa, cada abrazo era un recordatorio de que había encontrado a alguien único, a alguien que no solo había sido mi tentación, sino mi compañera, mi socia, mi hogar.

Me acerqué a ella y la abracé con fuerza, inhalando su aroma y sintiendo cómo nuestras almas se encontraban incluso sin palabras. Miré a nuestros hijos jugar, a nuestra familia reunida, a los amigos que se habían convertido en familia, y sentí un profundo agradecimiento por todo lo que habíamos construido.

Abigail me sonrió, y en esa sonrisa estaba todo lo que necesitaba: complicidad, amor, pasión, ternura y el recordatorio de que éramos imparables juntos. La besé con suavidad, dejándome llevar por la certeza de que nada ni nadie podría romper lo que habíamos creado.

Nuestra historia había comenzado con tentación y deseo, con pruebas y desafíos, pero se había convertido en algo eterno, inquebrantable. Cada día con ella, cada momento compartido, cada beso, cada abrazo, cada instante de vida en familia, era una victoria sobre el tiempo y las dificultades.

Mirando a Abigail y a nuestros hijos, con la ciudad iluminada a lo lejos y la brisa envolviéndonos, sentí que todo estaba completo. Sabía que habíamos vivido, amado y disfrutado cada segundo, y que lo seguiríamos haciendo. Que cada sonrisa, cada gesto, cada roce y cada abrazo serían eternos. Que el amor verdadero, la pasión compartida y la familia que habíamos construido eran nuestra obra maestra.

Abigail Monroe, la mujer que amaba, que me completaba y que había sido mi mayor tentación, seguía siendo la misma fuerza, la misma pasión, la misma inspiración.

Y mientras la abrazaba, supe que nada ni nadie nos separaría jamás. Que nuestro amor era infinito, y que juntos habíamos creado un hogar, un legado y un mundo en el que siempre existiríamos, apasionados, unidos y enamorados.

Y en ese instante, con nuestros hijos riendo a nuestro alrededor y la vida desplegándose ante nosotros, entendí que había encontrado el lugar al que siempre pertenecí: a su lado, amando y siendo amado, para siempre.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:
Dylan Martins
Janis Sandgrouse

Amazon:
Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins
Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:
@dylanmartinsautor
@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:
@ChicasTribu

---

[1] Traducción: Puedo comprarme flores